

Autoras *best seller* del *USA Today*

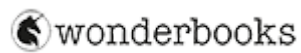
SARINA BOWEN Y ELLE KENNEDY



Top Secret

Elle Kennedy y Sarina Bowen

Traducción de Azahara Martín



Contenido

Página de créditos
Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Sobre las autoras

Página de créditos

Top Secret

V.1: mayo de 2025

Título original: *Top Secret*

© Elle Kennedy y Sarina Bowen, 2019

© de la traducción, Azahara Martín Santamaría, 2025

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2025

Los derechos morales de las autoras han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.

Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Elle Maxwell Design

Corrección: Pablo López, Jorge Fernández

Publicado por Wonderbooks

C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10

08013, Barcelona

www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-13-2

THEMA: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Top Secret

¿Qué posibilidades hay de que encuentres novio buscando un trío?

Keaton Hayworth III lo tiene todo en la vida: una novia perfecta, una familia que lo apoya y un futuro prometedor. Además, está a punto de convertirse en el presidente de su fraternidad. Pero cuando su novia le pide que hagan un trío como regalo de cumpleaños, su mundo da un giro inesperado.

En su búsqueda del tercer participante, Keaton conoce en una *app* a CanallaTres, un misterioso chico con quien conecta de inmediato. Lo que no sabe es que tras ese alias se esconde Luke Bailey, su rival en la lucha por la presidencia de la fraternidad.

Lo que comienza como un juego erótico pronto se transforma en una atracción irresistible que se convertirá en algo real, profundo, complicado... y también muy divertido.

**Una novela adictiva de Elle Kennedy y Sarina Bowen,
autoras *best seller* de la romántica *Young Adult***

«Adictiva, sincera e increíblemente *sexy*. Es todo lo que podrías pedir a una novela.»

Lauren Blakely, autora *best seller* del *New York Times*

«Una novela divertida, ingeniosa y sexy. La he devorado en una noche.»

K. A. Tucker, autora *best seller* del *USA Today*

«Sarina Bowen y Elle Kennedy nos ofrecen un manjar tan delicioso y lleno de talento que no podrás dejar de leer.»

Sierra Simone, autora *best seller* del *USA Today*

«Estas autoras ya son maravillosas cuando escriben sus propias historias (y he leído muchas), pero cuando escriben juntas... crean MAGIA.»

Wendys Wycked Words

«Una historia de Sarina Bowen o Elle Kennedy ya es una victoria garantizada. Juntas son lo más. En *Top Secret* nos demuestran la armonía y la facilidad con la que encajan sus estilos de escritura.»

The Bookish Sweet Tooth

***iBest seller* del *USA Today*, incluye un epílogo extra!**

#wonderlove

1. Apuesto por un desconocido

Keaton

—Mira —me susurra Annika al oído. Por debajo de la mesa, me da un apretón en el muslo con su pequeña mano al mismo tiempo que, con la mejilla, me empuja suavemente la barbilla para que mire hacia la puerta—. Es mono.

—Qué sutil —bromeo antes de echarle un vistazo superficial al objeto de su atención. Solo es un chico alto de cabello castaño; nada del otro mundo—. ¿Qué tal si dejamos esta conversación para más tarde?

Pone los ojos en blanco.

—Los dos sabemos que no habrá ninguna conversación, Keaton. Te gusta seguirme el rollo, pero, a la hora de la verdad, no haces nada. —Esta vez se le olvida bajar la voz.

—¿Hacer el qué? —pregunta uno de mis hermanos de la fraternidad desde el otro lado de la mesa.

Tanner, Judd y yo nos hemos pasado por el Starbucks del campus a por una dosis de cafeína tras el entrenamiento. Como Annika tenía su próxima clase justo al otro lado de la calle, ha venido a saludar antes de entrar.

—Nada —le contesto a Tanner.

Si es que se le puede llamar *nada* a que tu novia quiera hacer un trío con otro tío.

Sí, mi novia quiere hacer un trío. Y yo que pensaba que tras seis años juntos Annika ya no podía sorprenderme.

Hemos sido inseparables desde el tercer año de instituto. Conozco cada ápice de su ser, desde sus gustos gastronómicos hasta sus manías. Sé que le provoca ansiedad hacer cola, que estornuda cada vez que huele la canela y que le encanta la playa, pero odia esquiar.

Lo que no sabía era que mi novia fantaseaba con hacer tríos. La primera vez que lo mencionó pensé que estaba de broma. ¿Annika Schiffer, heredera de la fortuna de una empresa de mobiliario, quiere tirarse a dos chicos al mismo tiempo? *Sí, claro.*

Mi chica es la presidenta de su hermandad, siempre lleva un collar de perlas (y no precisamente de las falsas) y me hizo esperar hasta los dieciocho años para que perdiéramos la virginidad juntos. No me malinterpretes, no es la típica zorra rica con un palo metido por el culo. Es divertida y cariñosa, y una fiera cuando alguien trata de meterse con ella o con alguno de sus seres queridos.

Pero también es... seamos sinceros: convencional.

No pensé que fuera en serio con lo del trío hasta la semana pasada, cuando le pregunté qué quería por su cumpleaños y volvió a mencionarlo.

Acerco la boca a su oreja para que ni Tanner ni Judd puedan escucharme.

—No te preocupes, nena, habrá más que conversación —digo con voz ronca.

Primero se estremece y luego me lanza una sonrisa deslumbrante. Tiene un rostro perfecto: rasgos clásicos, labios carnosos y piel suave, brillante en su justa medida. Dedicar mucho esfuerzo y dinero a conseguir esa piel. He estado en el baño de su hermandad, y he visto la cantidad de productos que se aplica en la cara para mantenerla tan perfecta. Eso por no mencionar los tratamientos faciales que se hace cada mes, para lo cual tiene que volar hasta Nueva York, ya que en esta ciudad universitaria en la que vivimos no hay ninguna «esteticista competente». Lo dice ella, no lo digo yo.

Ayuda el hecho de que su padre tenga un helicóptero para llevarla a hacer estas excursiones mensuales. Aunque no soy quién para juzgar, porque mi padre tiene su propio *jet* privado.

—Estoy deseándolo —dice antes de bajarse de mi regazo—. Pásate esta noche después del entrenamiento, ¿vale, cariño? Ahora tengo que irme a clase.

—Nos vemos luego.

—Adiós, chicos. —Annika se despide con la mano de camino a la puerta.

—¡Hasta luego! —grita Tanner tras ella. Y si no me equivoco, se le queda mirando el culo con deseo.

—Tío —digo—. Si vas a follarte a mi novia con la mirada, al menos podrías disimular un poco.

—¿Por qué? —pregunta Tanner—. Debería sentirse halagada. Y tú deberías valorar lo que tienes. Además, soy inofensivo. —Me dedica una gran sonrisa—. A todo esto, ¿qué vamos a hacer este fin de semana? —inquire—. Es el baile presidencial, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Eso es como en dos semanas, tío.

—¿En serio? ¿Por qué pensaba que era antes?

—Porque eres tonto —sugiere Judd con amabilidad.

Tanner le hace una peineta antes de girarse hacia mí.

—Y tú, ¿ya sabes lo que vas a hacer?

No tengo ni idea. Y no, el baile no es un requisito para la carrera a la presidencia de la fraternidad. Aunque antes sí lo era. Hace unas décadas, los candidatos que se postulaban a presidente de la fraternidad pensaron que un duelo de baile era la única forma de decidir quién era más apto para el liderazgo. De ahí procede el baile presidencial. En las paredes de la sala de estar hay fotos antiguas de hombres bien vestidos con el cabello peinado hacia atrás y chicas con faldas con vuelo en sus brazos.

Mi fraternidad tiene tradiciones que comenzaron mucho antes de la invención de los vasos rojos de plástico. Aunque, desde entonces, Alfa Delta ha evolucionado. O involucionado, depende de a quién le

preguntas. En vez de perfeccionar su *twist* y su baile del puré de patatas, se espera que el candidato a la presidencia deslumbre a los demás miembros organizando un evento espectacular. Me refiero a algo épico, monumental. El tipo de fiesta que se recordará durante años.

Aunque no tengo nada claro que organizar una fiesta increíble indique que vayas a ser un buen presidente, lo mismo ocurre con el hecho de saber bailar bien. Las fraternidades celebran muchas fiestas, pero tienen un comité social para ello. El papel del presidente, según Reedsy, el *presi* actual, es un coñazo. Me llevó a un lado después de que me presentara y admitió que es un trabajo aburrido y que debería pensármelo dos veces.

—Demasiada responsabilidad sobre tus hombros, tío —se lamentó.

Por un instante, casi me rajo. En realidad, solo me presenté porque mi padre fue presidente de Alfa Delta en su juventud, y mi abuelo antes que él. Pero esa también es la razón por la que no podía retirarme. Mi padre se volvería loco si el legado de los Hayworth acabara conmigo.

Así que tengo diez días para organizar una fiesta legendaria.

—¿Y si contrato a un organizador de eventos? —sugiero.

—Ni de coña. —La respuesta de Judd es inmediata—. Si el imbécil de Bailey se entera, te hará una moción de censura.

—Solo se puede llevar a cabo una moción de censura una vez que se ha elegido al candidato —señala Tanner.

De todos modos, no quiero que me acusen de ser tramposo. Menudo quebradero de cabeza es todo esto.

—Podemos hacer una lluvia de ideas el domingo por la noche. Tenemos un partido que ganar el sábado.

—Oh, vamos a ganar —promete Tanner.

Pues yo no estoy tan seguro. No solo me preocupa la línea ofensiva del Northern Mass, sino que también creo que mi padre vendrá a ver el partido. Y en ese caso, ganar ni siquiera es suficiente. Si los jugadores del Northern Mass no lloran dentro de

sus cascos después del último cuarto, mi padre me dará la lata en el *brunch* del día siguiente.

Y yo que pensaba que los fines de semana eran para relajarse.

—Vale —dice Judd—. Hablaremos de tu campaña después de la otra reunión el domingo por la noche.

—¿Qué otra reunión? —trato de acordarme sin éxito.

—El comité de novatos —dice mientras se bebe de un trago lo que le queda de café.

Ah, uf, menos mal.

—Yo no tengo que ir. Este año no estoy en el comité de novatos.

—Pero te envié el correo —se queja Judd—. Te dije que necesito que vayas. Se acerca la noche de iniciación y mi comité da pena.

—¿Quién forma parte de él? ¿Qué tienes planeado? —«Nota para mí mismo: no estar disponible el domingo por la noche». Ni de coña volveré a asistir al comité de novatos. Lidar con los novatos del año pasado fue un fastidio absoluto.

—Está Ahmad, inteligente pero aburrido. Paul, solo aburrido. Owen, divertido, pero no precisamente creativo. Y Paxton, que es simplemente idiota. —Suspira—. En fin, al menos esta vez no tenemos a Bailey. ¿Recuerdas lo aguafiestas que fue el año pasado? Odio a ese tío.

No es un gran secreto. Judd lleva odiando a Luke Bailey desde que se unió a Alfa Delta el tercer año. Y podrás decir lo que quieras sobre Judd, pero no se comporta como un imbécil a menos que sienta que le han dado una razón. Es un hermano hasta la médula: cree en los vínculos masculinos, en los choques de manos y, según él, una amistad no es oficial a menos que hayáis sangrado juntos, salido de fiesta juntos y compartido resaca la mañana siguiente.

Luke Bailey no comparte esta filosofía. En el momento en el que se burló del intento de choque de puños de Judd, se lo ganó como enemigo.

Desde entonces, su turbulenta relación solo ha empeorado. Luke puede ser un capullo arrogante cuando quiere, y Judd odia sentir que lo juzgan o se burlan de él.

Ah, y luego está el hecho de que Bailey se tiró a la ex de Judd.

—Gastas demasiada energía en ese tío —opina Tanner. Tanner es estudiante de Psicología, por lo que siempre está dando consejos, bastante buenos, que la mayoría ignora—. Aferrarse a la ira no es lo más adecuado para tener una salud mental sólida.

—En primer lugar, vuelve a decir la palabra «sólida» una vez más y te doy un puñetazo. Sabes lo que me provoca esa palabra, hermano. —La indignación brilla en los ojos de Judd—. Y, en segundo lugar, ¡Luke Bailey se folló a mi novia! Siempre estaré cabreado con ese gilipollas.

—Exnovia —digo con cautela, pero me gano una profunda mueca de Judd. Los dos somos compañeros de equipo y le soy leal, pero tampoco temo decirle las cosas como son—. Therese y tú llevabais meses separados.

—Therese y yo nunca lo dejamos. Es verdad que nos tomamos algún que otro tiempo breve, un descanso o dos, pero es mi chica —dice Judd con firmeza—. Todo el mundo lo sabe.

—Bailey dice que no lo sabía —replica Tanner.

—Eso es una gilipollez. Es un mentiroso. ¡Y ahora está tratando de joder a K! —gruñe Judd—. Se postuló a presidente para vengarse de mí. Lo sé.

—¿Tú crees? —Tanner parece escéptico—. Porque eso sería llegar a extremos sociopáticos solo por fastidiarte.

—Sí —coincido con una risita—. Bailey es un imbécil, pero no creo que asuma la gran responsabilidad de dirigir una fraternidad solo para hacerte un corte de mangas metafórico. —Aunque, a decir verdad, no sé por qué Luke Bailey se ha presentado a presi. El tío no ha mostrado demasiado interés en las actividades de la fraternidad desde que se unió a nosotros.

—Claro que lo haría —discrepa Judd.

—Oye, tenemos clase —le recuerda Tanner a nuestro malhumorado amigo—. Deberíamos salir pitando para allá.

—Vale. —Judd empuja la silla hacia atrás y se pone en pie. Su mirada turbulenta se encuentra de nuevo con la mía—. Lo digo en serio, tío. Bailey es un problema, y tenemos que darle una paliza en

esta campaña. Ni de coña le voy a permitir que sea nuestro presidente.

—No te preocupes. No lo será.

Una vez que mis amigos se han marchado, dejo escapar un suspiro de cansancio. El problema de Judd con Bailey no es algo que me importe demasiado en este momento. Tengo un partido de fútbol que ganar, una campaña que planificar y un padre al que impresionar.

Y una novia a la que complacer.

Me acerco al mostrador para pedir más café. Luego me acomodo en mi acogedor rincón de la cafetería y abro la aplicación que me descargué anoche. Antes no le he mentado a Annika: su regalo de cumpleaños es mi principal preocupación. Solo necesito investigar un poco.

¡Bienvenido a Vicio!

Añade una foto de perfil.

Añade una biografía.

Quería rellenar todo esto anoche, pero los hermanos de la fraternidad me liaron para echar una partida épica al *Red Dead Redemption* que se alargó hasta las tres de la madrugada. Ahora tengo que pasar rápidamente las fotos de la galería del teléfono hasta que encuentro una adecuada. En ella salimos Annika y yo, la tomamos en Easthampton el verano pasado. Ella está buenísima con su microbikini y, si se me permite decirlo, a mí se me ven los abdominales marcadísimos. Recorto las caras para que no se vean y subo la foto.

Me salto la biografía por ahora. Estoy impaciente por ver lo que la aplicación puede ofrecerme. No tengo ganas de estrujarme los sesos para escribir ciento cuarenta y cinco caracteres sobre el deseo de mi novia de follarse a dos hombres al mismo tiempo.

En realidad, esa es más o menos la esencia.

De todos modos, siento curiosidad por ver lo que se cuece. Vicio es más una aplicación para enrollarse que para tener citas y me complace descubrir que te permite buscar usuarios que han expresado interés en ciertos planes.

Hago clic en la opción «trío» de la sección de búsqueda. Hay una cantidad sorprendente de opciones, combinaciones que ni siquiera se me habían ocurrido. Annika quiere otro chico, así que pienso en las combinaciones más fáciles.

H/m/h

H/h/m

Desplazo el dedo por el botón «h/m/h». Creo que la otra opción significa que los hombres se pueden tocar. Es el momento de la verdad. Algunos chicos odiarían esta idea, pero yo no. Soy científico. Hago experimentos en mi día a día.

Incluso alguna vez he soñado con tener sexo con hombres, aunque nunca se lo he mencionado a Annika. Pero ¿por qué lo haría? También he soñado que conocía a un dragón que fumaba cigarrillos con aroma de clavo. No es algo nuevo que mi cerebro se invente cosas mientras duermo.

Así que mentiría si dijera que la impactante petición de cumpleaños de Annika me corta el rollo. Hay que probarlo todo una vez en la vida. Y la aplicación te permite hacer clic en todas las casillas que quieras. Entonces, después de echar un vistazo por encima del hombro una vez más solo para asegurarme de que ningún conocido está mirando, selecciono ambas opciones y abro paso a la posibilidad de dar un paseo por el lado salvaje.

El trío tiene que ser con alguien desconocido. Estoy seguro de que cualquiera de los hermanos de la fraternidad estaría dispuesto a ayudarme a darle a mi novia una noche memorable. Bueno, excepto Dan, a quien solo le van los tíos. Y, bueno, Bailey, que piensa que soy un gilipollas. Yo también creo que él es un gilipollas, así que supongo que estamos en paz. Pero no puedo hacer esto con un conocido. ¿Qué pasa si la noche resulta ser muy incómoda? Si es un hermano, tendré que convivir con él. Si es un compañero de equipo, tendré que verlo en el vestuario. Y luego está la otra posibilidad: ¿y si no es nada incómodo? ¿Y si me gusta mucho?

Ya, no quiero que mis amigos me juzguen. Apuesto por un desconocido.

Me recuesto en la silla y empiezo a deslizar el dedo por la pantalla.

2. Estadísticamente es improbable

Luke

Esta noche estoy cuestionándome todas las decisiones de mi vida. Y todo por una máquina expendedora.

Aquí estoy, muerto de hambre, un jueves a las ocho, en el centro de estudiantes. El próximo turno de trabajo en el club no es hasta mañana por la noche, así que estoy pelado. Meto las dos monedas que me quedan en la máquina de aperitivos y pulso el botón de los *pretzels* de mantequilla de cacahuete. La espiral metálica gira y la bolsa empieza a moverse.

Me ruge el estómago por el ansia. Supongo que saltarme la cena para estudiar en el laboratorio de estadística no ha sido la decisión más inteligente, pero estoy tratando de ahorrar dinero y tiempo, dos cosas que escasean en mi vida.

Como la suerte no me acompaña, antes de que la precaria cena caiga en mis manos, la espiral deja de girar. Y los *pretzels* se quedan ahí, al filo del estante, colgando por una esquina de la bolsa de plástico. Atascados.

—Mierda —murmuro. Le doy un golpe rápido a la máquina expendedora con el puño. No ocurre nada. Típico—. ¡Vaya suerte de mierda!

—Es mala suerte —coincide una voz débil— ... pero, estadísticamente, no es improbable.

Me doy la vuelta y veo a una chica delgada con unas gafas gigantescas esperando su turno para usar la maldita máquina.

—¿Por casualidad ibas a comprar también *pretzels* de mantequilla de cacahuete?

Niega con la cabeza.

—Los cacahuetes me provocan un *shock* anafiláctico.

—Qué lástima. Eso también es mala suerte, pero no estadísticamente improbable.

La chica sonríe.

—¿Quieres que te preste un par de dólares?

—No, gracias —digo con rapidez.

Me he propuesto no pedir prestado nada a los niños ricos con los que voy a la universidad. De esa forma, cuando me gradúe con honores y consiga el mejor trabajo posible, nadie podrá decir que llegué ahí gracias a su ayuda.

Le deseo suerte y me marcho de la biblioteca. Mi única opción es volver a casa, a Alfa Delta, y prepararme otro sándwich de queso. Así pues, me echo al hombro la correa de la mochila y me dirijo hacia la puerta.

Cruzar el frondoso campus siempre me hace sentir como si estuviera en un plató de cine. Los ladrillos rojos, las lámparas antiguas de gas que proyectan círculos de luz amarillos sobre los senderos, los jóvenes Rockefellers, Carnegies y otros igual de millonetis pasando por mi lado con sus náuticos.

Me encanta y lo odio al mismo tiempo. He pasado toda mi vida en las afueras de esta ciudad. Los demás universitarios no salen del campus a menos que se dirijan al aeropuerto. Para ellos es como si la ciudad no existiera más allá de estos senderos de losas.

Pero sí existe. Y no es bonita. Darby es una antigua ciudad industrial que atravesó tiempos difíciles alrededor de un siglo después de que se fundara la universidad. Solía ser pintoresca y limpia. Ahora es una completa mierda.

Sin embargo, cuando cumplí los dieciocho años, encontré un billete dorado en la tableta de chocolate. En serio, fue algo casi

mágico. El orientador del instituto me dijo que rellenara la preinscripción para la Universidad de Darby.

—Los residentes de la ciudad no tienen que pagar tasas. Solo tienes que probar suerte, muchacho, nunca se sabe. Con tus notas, ya sabemos que puedes entrar en la pública. Esta preinscripción es solo por diversión.

La presenté y luego me olvidé. Pero en abril de ese año recibí un sobre muy gordo.

«Bienvenido a la Universidad de Darby, fundada en 1804. Aquí está su beca».

Un billete dorado para el pueblerino local. Ni siquiera me lo creí cuando leí la carta. Al parecer, el estado de Connecticut había presionado a la universidad para que mejorase su relación con la ciudad. El resultado fueron becas para sus habitantes. La matrícula es gratis. Si logro evitar que mi vida se venga abajo durante tres semestres más, obtendré un grado en una de las universidades más famosas de Estados Unidos.

Por desgracia, la beca no cubre alojamiento ni comida. Se supone que los residentes no necesitan alojamiento. Y hasta el año pasado no había problema en quedarme en casa de mi madre.

Sin embargo, vivir en casa ya no es una opción, de modo que durante el segundo y tercer año en la Universidad de Derby he tenido que lidiar con el hambre e intentar no convertirme en un sintecho, y esto seguirá así hasta que me gradúe. Las residencias son caras, por eso ingresé en Alfa Delta y cogí la habitación más barata. Problema resuelto.

Más o menos.

El año pasado tuve dos trabajos de mierda hasta que encontré uno mejor en un club. Ahora cobro más por doce horas de trabajo de lo que ganaba en el doble de tiempo. Aunque trabajar hasta las tantas me está matando.

En el último curso, la carga de trabajo escolar será mayor. Por ello, he estado pensando en formas de reducir las horas laborales. Hace dos semanas, durante una maratón de pelis y alcohol con un

par de tíos de la fraternidad, uno de ellos me dijo algo que yo no sabía.

Dato curioso: el presidente de la fraternidad no tiene que pagar alquiler. Tiene la habitación gratis.

Una. Habitación. Gratis.

Así que, ¿adivina quién se va a postular a presidente?

La casa de Alfa Delta es una mansión antigua de estilo tudor a las afueras del campus. Entro pavoneándome por la puerta principal como si fuera el dueño. Porque lo soy, al menos tanto como los demás. No importa que no sea la tercera generación de la familia que es miembro de Alfa Delta, como algunos niños bonitos que viven aquí. No me rechazan los cheques, y eso es lo único que importa.

—Hola, chicos —saludo a cuatro de mis hermanos.

Son las ocho de la tarde y como ninguno trabaja, están jugando al póker.

—Bailey —gruñe Jako, mi mejor amigo de la casa—. Dime, ¿cómo voy?

Me coloco de pie detrás de él y observo su mano. Tiene un par de reinas y las tres cartas bocarriba en la mesa son dos dieces y un ocho. Un doble par no es una mala mano, pero tampoco es como para volverse loco. Judd solo necesita un diez en su mano para conseguir un trío. Mientras observo, Judd sube y Jako iguala.

Estudio el rostro de Judd por un instante y llego a la conclusión de que no tiene tres dieces. Es un farol. Pero, por supuesto, no soy tan idiota como para decir nada. Judd me odia, así que simplemente espero y observo. Después de la siguiente carta, la reina de corazones, Jako tiene un *full*. Vuelve a apostar, y los demás se retiran.

—Has hecho bien al igualarlo —le digo a Jako mientras recoge las ganancias—. Probablemente podrías haberle sacado más dinero a Judd si hubieras apostado en esa última ronda.

—Ni de coña —replica Judd, que no me soporta.

Sin saberlo, me acosté con su ex el año pasado en una fiesta de disfraces de temática grecorromana, y eso es una seria violación del

código de los tíos.

En mi defensa, he de decir que en realidad no fue con maldad. Therese era mona, yo estaba un poco borracho, y en ningún momento mencionó el nombre de Judd. Ni que decir tiene que esa fue la última fiesta de Alfa Delta a la que asistí. Ahora solo voy a los eventos obligatorios.

Según Jako, toda esa situación podría haberse evitado si me involucrara más. Al parecer, no me involucro.

Quizá sea cierto, pero la culpa no es solo mía. Ojalá que mi vida en Alfa Delta fuera como en una comedia de Hollywood en la que mis mejores amigos y yo bromeamos hasta altas horas de la madrugada y disfrutamos de la camaradería de nuestros locos años universitarios. Y tal vez los demás chicos están viviendo ese sueño, pero yo solo intento mantenerme a flote trabajando de sol a sol. Estos tíos no tienen ni idea de lo que es ser yo.

Y no se lo digo porque es una realidad tan oscura como aburrida. Así que no me he esforzado en conocerlos a fondo a todos y supongo que eso constituye un grave delito. Jako dice que, si hubiera mantenido un mínimo de treinta segundos de conversación con Judd, habría sabido lo de Therese.

Pero ¿por qué iba a hablar con Judd? Ha sido desagradable conmigo desde que nos conocimos. En la vida no todos nos convertimos en mejores amigos. Algunas personalidades te atraen y otras te repelen. Por esa razón soy amigo de los hermanos con los que me llevo bien e ignoro al resto.

O, al menos, eso es lo que hacía antes. Lamentablemente, esta estrategia tan razonable tiene que cambiar si quiero que me elijan presidente de la fraternidad. No puedo permitirme tener enemigos, razón por la cual me trago el orgullo y me dirijo a Judd.

—Has jugado de forma muy inteligente —lo elogio—. Tienes talento para los faroles. No se te ha notado en absoluto.

Se hace un silencio incómodo mientras me mira y frunce el ceño como si sospechara de mí.

—¿Gracias?

Me encojo de hombros y me dirijo a las escaleras.

—¿Quieres jugar una mano? —me grita Jako.

—No puedo. Tengo que hacer un trabajo.

No me lo estoy inventando, pero también es cierto que soy incapaz de pronunciar un solo elogio más hacia Judd. Además, estoy famélico.

Subo un tramo de escaleras y luego otro. La *suite* de la tercera planta cuenta con un gran baño y dos dormitorios de extrañas dimensiones, uno gigante y otro diminuto.

Obviamente, mi habitación es la que tiene el tamaño de un armario. Es la más barata de la casa y la que nadie elige nunca.

—Es como la habitación del servicio —dijo un chico durante el sorteo de habitaciones del año pasado.

Fingí hacerles un favor al elegir la habitación minúscula, pero la verdad es que casi no me puedo permitir ni siquiera esta. Cuando llego a lo alto de las escaleras, me detengo en el rellano con las llaves en la mano. No oigo voces. Ni jadeos sexuales.

¡Qué silencio tan pero tan dulce! Keaton debe de estar en la habitación de su novia.

Sí, mi vecino se llama Keaton. Peor aún: Keaton Hayworth III. ¿Y sabes qué es peor todavía? Que es mi rival en la campaña por la presidencia de la fraternidad.

La mayoría de los chicos cree que tiene la victoria asegurada Y, bueno, cumple con todos los requisitos para ser presidente..., al menos en teoría. Le cae bien a casi todo el mundo. Además, su padre dirige una farmacéutica multinacional, así que cumple el requisito de ser rico. Juega al fútbol americano, así que también gana puntos por ser deportista

Pero como ya he dicho, esa es la teoría. En la práctica, es un poco —bueno, bastante— egocéntrico. El presidente de la fraternidad debería anteponer las necesidades de los demás a las suyas. No creo que Keaton sea capaz de hacer eso, y los demás se darán cuenta a medida que avance la campaña.

Está claro que «tonto» y «egoísta» son los adjetivos que emplearía si decidiera lanzar una campaña de desprestigio contra don Deportista.

También sería apropiado «*supersexy*», aunque me mata admitir eso. Aun así, a pesar de que es un tío atractivo, no es mi tipo en absoluto. No me van los deportistas pijos. Cuando estoy de humor para un chico, me gustan un poco más brutos. Pero, oye, si te gustan guapos y ricos, Keaton es tu hombre.

Cierro la puerta tras de mí. El estómago me ruge como una bestia.

Si crees que la cocina es un buen lugar para guardar los ingredientes para tus bocadillos, ya te digo que es un error. Los chicos con los que vivo se comen todo lo que haya en el frigorífico porque no tienen vergüenza. Y tampoco pueden concebir un mundo en el que esas cuatro últimas lonchas de queso sean lo único que tengo para comer.

Aprendí esa lección por las malas. Ahora guardo la comida en mi habitación. Tengo un minifrigido viejo debajo del escritorio. El compresor hace ruido, pero mantiene el queso y la mayonesa frías. Y hay una hogaza de pan en el escritorio.

Solo tardó un minuto en hacer el bocadillo. Lo coloco en un plato desechable y me siento en la cama, con el teléfono en la mano para entretenerme mientras como.

Todavía tengo que estudiar más, pero puedo perder unos minutos jugando o —y esto puede ser incluso más divertido— navegando por la aplicación Vicio. Hace tiempo que no me enrolló con nadie. He tenido demasiados deberes y demasiado trabajo en el club durante los fines de semana. Últimamente caigo rendido en la cama a las tantas y trato de dormir unas horas hasta que don Deportista empieza a poner *rock* clásico a toda pastilla mientras hace abdominales y flexiones en su habitación. Apuesto a que en su casa tiene un ala entera para él solo. Probablemente nunca se le haya ocurrido hacer poco ruido para no molestar. La pantalla de inicio de la aplicación carga y me ofrece una pregunta tentadora.

¿Qué te apetece probar hoy?

Como si el sexo fuera un bufet al que pudiera acercarme cuando sintiera la necesidad.

Aunque, bueno, es un punto de vista que se adapta bastante bien a mis apetitos sexuales. Algunos utilizan Vicio para encontrar a alguien con quien realizar una fantasía sexual. Pero yo soy más de buscar variedad. A veces tengo ganas de mambo con curvas y la ligera caricia de unas manos femeninas, pero los chicos también son muy divertidos en la cama.

A veces ni siquiera tengo que elegir. Vicio también tiene una sección para parejas que buscan añadir a alguien a su cama. Esa es la opción que selecciono ahora:

Tríos inminentes.

Claro que no va a ocurrir esta noche. Tengo que terminar los deberes de dos asignaturas antes de que llegue el fin de semana cargado de turnos nocturnos en el club. Pero un chico tiene derecho a soñar. Además, preparar un trío lleva su tiempo. Tienes que asegurarte de que todos están en sintonía.

Paso por un par de imágenes conocidas. Una foto muestra una pareja de buenorros con la que ya he estado de fiesta. Eran divertidos, pero el chico es demasiado dominante para mi gusto.

Quería que me arrodillara y le dije que eso no era una opción. Luego, una pareja gay. No estoy de humor para dos chicos, así que paso a la siguiente.

¡Vaya! Carne fresca. Hay una foto de una pareja que nunca he visto antes. Están en una playa. El bikini de la chica no deja lugar a la imaginación, con tetas perfectas y un vientre tan plano que podría estar en una portada de revista.

El chico rodea la diminuta cintura de la chica con un brazo musculoso. Es bastante corpulento, pero tiene buenas proporciones. Me gustaría deslizar las manos por esos abdominales marcados e introducirlas en su bañador. Pongo los ojos en blanco cuando me doy cuenta de que tiene un estampado de langostas rojas.

En general son una pareja *sexy*. Sin duda, atractiva. La foto está recortada a la altura de los hombros, así que no puedo verles la cara. Pero eso es de sentido común. Mi foto es igual.

Deslizo el dedo hacia la derecha. La pantalla se sacude.

«Hay conexión, pibón» dice la aplicación.

—Guau —digo en voz alta porque me gusta que las aplicaciones me adulen. Entonces, me pongo manos a la obra a inspeccionar el perfil.

Veinteañero con pareja mujer también en la veintena. Ella quiere un trío h/m/h para su cumpleaños, y yo estoy totalmente abierto a ello. Busco una aventura de una noche dentro de unas semanas.

Esa es toda la información que ofrece. Su nombre de usuario es BañadorDeLangostas, lo cual me hace reír. Al menos reconoce lo ridículo de ese traje de baño pijo. Otro punto a su favor.

Mi nombre es CanallaTres, porque yo también admito las verdades.

Me termino el bocadillo y dejo el plato a un lado. El perfil del chico tiene un punto brillante en la esquina, lo que significa que está conectado ahora. Apostaría todo mi dinero (que, bueno, es cero) a que ha creado este perfil hace solo unas horas. Parece que está un poco verde. Pero eso no es un chasco. Apostaría el resto de mi inexistente fortuna a que nunca se ha corrido frente a otro chico.

Impresionar a los demás es al menos la mitad de la diversión, ¿no?

Como norma general, mantengo la geolocalización de la aplicación desactivada. A nadie le importa dónde estoy. Pero cuando me estoy pensando si interactuar o no, la activo por un instante, solo para intentar adivinar si tengo delante a otro estudiante de la Universidad de Darby.

¿Con ese bañador? Probablemente. Pero, de todos modos, cambio la configuración.

Ubicación: a 1,4 km de ti.

Vuelvo a desactivarla. Uh. Menos de dos kilómetros es bastante cerca. Podría ser un estudiante o alguien que está de prácticas en el hospital. O, y esta es la peor posibilidad, un estudiante de posgrado que aparecerá de repente para impartir la próxima asignatura de empresariales en la que me matricule. Eso sí que sería incómodo.

Desplazo los dedos sobre el icono del mensaje. No hay nada de malo en charlar con él, ¿verdad? Lo selecciono y envío el saludo estándar.

CanallaTres: Hola.

No me hace esperar.

BañadorDeLangostas: Hola.

CanallaTres: Bonita foto de perfil.

Se lo digo porque los halagos siempre funcionan.

BañadorDeLangostas: Gracias. Eh... 😊 Nunca he chateado con un chico antes. Pero ahí va: igualmente. Veo que entrenas mucho para tener esos abdominales.

CanallaTres: Ni te lo imaginas.

Tener unos abdominales marcados es lo que me da de comer.

CanallaTres: Así que quieres un chico para hacer un trío, pero te parece raro chatear conmigo en una aplicación. ¿Cómo te va a ir entonces en el cumpleaños de tu novia? Podrías, ejem, tener que verme la polla.

Ya que estamos, quitémonos las preguntas incómodas de encima lo antes posible.

BañadorDeLangostas: Relájate, solo necesitaba un minuto para hacerme a la idea. Eres el primero que me ha escrito.

CanallaTres: Guau, ¿te he desvirgado? Qué honor. ¿He sido delicado?

BañadorDeLangostas: Me ha cambiado la vida. Soy un hombre nuevo.

Añade un emoticono con los ojos en blanco y me echo a reír. El sentido del humor es buena señal.

CanallaTres: ¿Quieres enseñarme vuestras lindas caras? Si terminamos haciendo planes juntos, os veré de todos modos.

BañadorDeLangostas: No puedo.

La respuesta es inmediata.

BañadorDeLangostas: No en una aplicación. Mi novia y yo todavía no hemos hablado sobre cuándo revelar nuestra

información personal.

CanallaTres: ¿No te preocupa que yo sea feo?

BañadorDeLangostas: ¿Lo eres?

CanallaTres: Ni de coña. De hecho, me contrataron en el trabajo porque gusto a las mujeres.

BañadorDeLangostas: Bueno, mi dentista usaba mi cara para hacer publicidad de su clínica hasta que le pedí que dejara de hacerlo. Misterio resuelto, entonces.

Me vuelvo a reír.

CanallaTres: ¿Puedo darte un pequeño consejo? Si a tu chica le preocupa su privacidad, quita el tema del cumpleaños del perfil. El friki informático de tu barrio podría hacer una referencia cruzada con las redes sociales con bastante facilidad y averiguar quiénes sois.

BañadorDeLangostas: ¡Mieeeeerda!

BañadorDeLangostas: Un segundo.

Por supuesto, la descripción de su perfil ha cambiado cuando actualizo la pantalla un minuto después.

BañadorDeLangostas: Gracias.

BañadorDeLangostas: ¿Utilizas mucho esta aplicación?

CanallaTres: Define mucho. Me conecto constantemente, pero no tengo tiempo para muchas quedadas.

BañadorDeLangostas: ¿Estudiante?

CanallaTres: A tiempo parcial.

Miento. Tengo que mantener las distancias.

CanallaTres: ¿Y tú?

BañadorDeLangostas: Estudiante a tiempo completo.

Qué lástima. Prefiero enrollarme con gente que no pertenezca a la Universidad de Darby. Estas cosas son complicadas.

BañadorDeLangostas: ¿Has hecho tríos con parejas antes?

CanallaTres: Sí.

Tengo la sensación de que estoy en una entrevista de trabajo.

CanallaTres: No son tan fáciles de organizar como un simple encuentro casual, pero cuando funcionan es una de las cosas más divertidas que puedes hacer.

BañadorDeLangostas: Eso suena prometedor.

CanallaTres: Eres nuevo, ¿no? Créeme, es divertido ver a una pareja traspasar sus propios límites. Es como participar

en una peli porno, con la diferencia de que en este caso es real.

BañadorDeLangostas: Entiendo por qué es excitante.

Esto no se lo digo, pero la mejor parte es que cuando termina, termina. A diferencia de las citas, no hay expectativas. Cada uno sigue por su lado.

CanallaTres: Define el tipo de excitación que estás buscando. ¿De qué nivel estamos hablando?

Tarda varios segundos en contestar.

BañadorDeLangostas: No estoy seguro de entender tu pregunta. Soy nuevo, ¿recuerdas?

Sonrío, porque aprecio su sinceridad. Mucho.

CanallaTres: Vale, has dicho que esto es idea de tu chica. Y también has dicho que estás abierto a ello. Pero ¿abierto a qué?

Decido ser brutalmente honesto.

CanallaTres: ¿A mirar mientras me la follo? ¿Quiere mirar ella? ¿Quieres que te toque a ti también o solo a ella? ¿Quieres follarme? ¿Quieres que te folle? Las opciones son infinitas...

BañadorDeLangostas: Guau. VALE. Hay mucho en lo que pensar.

CanallaTres: No es ninguna broma. Por eso hay que resolver estas cosas con antelación. No se puede improvisar.

BañadorDeLangostas: Pero tienes que admitir que tomar una decisión sobre la marcha tiene sus cosas buenas. ¿Cómo diablos sé lo que quiero hasta que no lo pruebo?

Suelto una carcajada.

CanallaTres: ¿Les pides a los camareros que te traigan un bocado de todo lo de la carta antes de elegir?

BañadorDeLangostas: ¿Qué? ¿Qué tiene eso de raro? ¿Esperas que elija entre la hamburguesa de la casa y el pescado con patatas sin saber antes cómo están?

Espero que no me esté tomando el pelo con lo de hacer un trío, porque me está empezando a gustar.

CanallaTres: Vale, mira. ¿Qué tipo de porno te gusta?

BañadorDeLangostas: El que tiene gente desnuda.

Pongo los ojos en blanco.

CanallaTres: ¿Mujeres desnudas?

BañadorDeLangostas: Sí.

CanallaTres: ¿Hombres desnudos?

BañadorDeLangostas: ¿Supongo? Veo mucho porno de sexo grupal, orgías, etc. Mujeres desnudas con hombres desnudos en todo tipo de combinaciones. No sé, mi gusto para el porno es muy variado. Soy más galgo que gourmet.

Como si supiera lo que eso significa. De hecho, abro el diccionario del teléfono y escribo «galgo». Me molesta muchísimo no conocer el significado de una palabra. Siento que delata mi pobreza.

«Galgo: goloso; persona que está muy interesada en la buena comida y bebida».

Sabía que me gustaba este chico.

CanallaTres: Pareces divertido.

CanallaTres: Es un buen augurio que dos pollas en una peli porno no te corten el rollo. Pero hay una diferencia entre verlo y hacerlo.

BañadorDeLangostas: Cierto.

CanallaTres: ¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Alguna vez has estado con un chico?

BañadorDeLangostas: No. ¿Por qué?

CanallaTres: Solo me preguntaba si alguna vez habías tenido la tentación de hacerlo.

BañadorDeLangostas: Llevo mucho tiempo con mi novia, así que no es algo en lo que piense.

A solas en mi habitación, sacudo la cabeza. Esta es la razón por la que no salgo con nadie. Cuando me pica, quiero que me rasquen.

BañadorDeLangostas: Cuando mi novia propuso que hiciéramos un trío con un chico, casi me trago la lengua. Pero soy un poco temerario. Me gusta el paracaidismo. Una vez me comí un paquete entero de grillos por una apuesta.

CanallaTres: Qué asco. Te prometo que desnudarte conmigo será más divertido.

BañadorDeLangostas: Bueno es saberlo. Aunque los grillos estaban condimentados con chili y lima y crujían que daba gusto.

CanallaTres: DIOS MÍO.

BañadorDeLangostas: :) Es solo para que sepas que no me asusto fácilmente.

CanallaTres: Genial, pero aún tienes que especificar qué quieres sacar de este encuentro. Y hasta dónde estás dispuesto a llegar. Piénsatelo, ¿vale? Como he dicho antes, los tríos son divertidos, pero solo cuando las reglas están claras. Sin decepciones ni arrepentimientos.

BañadorDeLangostas: Lo pillo, Pepillo.

CanallaTres: ¿Cómo has adivinado mi nombre?

Ahora es él quien responde a mi broma enviando un emoticono con los ojos en blanco.

CanallaTres: Voy a desconectarme. Tengo que escribir un ensayo para luego poder trabajar todo el fin de semana.

BañadorDeLangostas: ¿A qué te dedicas?

Sí, claro. Como si fuera a decírselo.

CanallaTres: Lo único que diré es que te reirías a carcajadas si lo supieras. Y espera, tengo deberes para ti.

BañadorDeLangostas: Como si necesitara más.

Me pregunto dónde estará ahora. ¿En la biblioteca? ¿En una sesión de estudio? Es bastante excitante pensar que podría estar hablando de estas guarradas en público.

CanallaTres: No, estos deberes son divertidos. Quiero que te imagines que voy a hacerte una mamada. Me dejas abrirte la cremallera y luego meto la mano por dentro de los... ¿slips?

Tarda un momento en responder, pero luego llega su confirmación.

BañadorDeLangostas: Boxers.

CanallaTres: ¿Debería seguir?

Otra pausa.

BañadorDeLangostas: Sigue.

CanallaTres: Meto la mano en los boxers y ya estás empalmado para mí.

Dejo de escribir y coloco el teléfono sobre la cama. Espero.
Escribe un minuto más tarde.

BañadorDeLangostas: ¿¿Y??

BañadorDeLangostas: Estoy esperando aquí con la polla fuera.

BañadorDeLangostas: Bueno, metafóricamente.

Añade eso último de forma apresurada.
Me río tan fuerte que resuena contra las paredes de la diminuta habitación.

CanallaTres: Eso es todo. Tu tarea es terminar la escena.
Hablamos mañana.

BañadorDeLangostas: ¿Qué? ¿Me dejas a medias?

CanallaTres: Buenas noches, señor Langosta.

Cierro la aplicación. Dejar a la gente a medias es mi especialidad.
Y de verdad que tengo que redactar ese ensayo.

3. Compañeros embadurnados de aceite

Luke

Paso la mayor parte del viernes encerrado en mi habitación, corriendo para terminar el trabajo de Economía. Los fines de semana no son propicios para hacer deberes. Empiezo el turno a las nueve de la noche y, aunque el club cierra a la una de la madrugada, a veces hago otro turno en el club de al lado, que cierra más tarde. Normalmente no llego a casa hasta después de las cinco, dependiendo de lo que tarde en ducharme, cambiarme y cobrar.

Aun así, preferiría pasar el día durmiendo para estar bien descansado para esta noche. O tal vez sextear con BañadorDeLangostas. Me resultó muy duro desconectarme anoche. Tan duro como el estado de mi polla en ese momento. No te imaginas lo excitante que es ayudar a un chico a explorar su sexualidad.

Verás, la novia de BañadorDeLangostas no sacará nada demasiado novedoso de nuestro encuentro. En vez de una polla, tendrá dos. Pero él... Él nunca se ha comido una polla, y nunca ha tocado ni besado a otro chico.

Maldita sea. Tal vez tenga que masturbarme ahora. Estudiar con una erección va a ser imposible.

Estoy a punto de deslizar la mano por debajo de la cinturilla de los pantalones deportivos cuando el teléfono vibra.

Entonces miro la pantalla y bato el récord mundial a la Pérdida de Erección más Rápida. Y aprieto los dientes de forma involuntaria.

No quiero responder, pero, por otro lado, conozco a mi madre y sé que no dejará de llamar hasta que lo coja. Cuando se trata de sus hijos, su dedicación es incomparable. Ay, espera, ¿he dicho hijos, en plural? Qué tonto. Marlene Bailey solo tiene un hijo varón por el que se preocupa, y por supuesto que no soy yo.

—Hola. —Mi tono es brusco, pero no puedo evitarlo—. ¿Qué pasa?

—Hola, cariño. Soy mamá.

—Sé quién eres. —Frunzo el ceño, me siento y apoyo la cabeza contra la pared—. ¿Qué pasa? —repito.

—Es solo... —Su tono adquiere una nota de desesperación—. Todavía estás enfadado conmigo. Oh, Luke. Ha pasado un año... ¡No puedes odiarme eternamente!

—No te odio.

—Entonces, por favor, no te enfades. ¿Qué alternativa tenía?

—No estoy enfadado —miento—. ¿Qué necesitas, mamá? Ahora mismo estoy un poco ocupado.

—Pues... —Se le quiebra la voz y solloza.

No me lo trago. Mi madre puede llorar cuando quiere. Y, créeme, saca mucho provecho de esa habilidad. Me pasé toda mi infancia viéndola utilizar ese truco para hacer lo que quería con sus novios. Esa mierda también le funciona con mi hermano, pero conmigo no. Su numerito de damisela en apuros no me ha engañado nunca.

—Mamá, en serio —digo irritado—. Dime por qué has llamado o te cuelgo.

—Te he llamado para invitarte a cenar el domingo.

Casi se me cae el teléfono. ¿A qué coño está jugando ahora?

—A cenar... —repito, incapaz de ocultar la sospecha en mi tono de voz.

—Sí, a cenar. —Hace una pausa—. Tenemos noticias.

—¿Qué noticias? ¿Y *quiénes* tenéis noticias?

—Lo sabrás en la cena —dice de forma obstinada.

—Sí, claro. ¿Y estará Joe en esa cena? —Se me revuelven las entrañas solo con pronunciar el nombre de mi hermano mayor.

Joe es la razón por la que no puedo vivir en casa. Hace un año salió en libertad condicional. Llevaba tres años en prisión por robo. Cuando lo soltaron, le preguntó a mi madre si podía regresar a casa, y, por supuesto, ella aceptó.

«Estoy deseando que seamos una familia de nuevo», fueron sus palabras exactas.

Por desgracia, ser una familia significaba mirar para otro lado mientras mi hermano reanudaba sus actividades ilegales. Y la casa solo tiene dos habitaciones, así que, literalmente, no hay modo de escapar de Joe y sus amigos delincuentes.

Dos meses después de que Joe regresara a casa, encontré algunos tubos vacíos de anestésico tópico en el cubo de la basura de la cocina.

—No tengo ni idea de lo que es —insistió Joe—. Quizá a mamá le duela algo.

Pero sé reconocer a un mentiroso cuando lo veo. Con algo de ayuda del doctor Google, me enteré de que la lidocaína se usa con frecuencia para cortar la cocaína y convencer a los compradores de que el producto es de buena calidad. Le planté cara y él trató de manipularme.

Y entonces encontré la pistola debajo de su colchón. Cargada. Lo cual no solo es peligroso, sino también una flagrante violación de su libertad condicional.

—No es mía —dijo—. Bix la dejó ahí. Yo no lo sabía.

—Tu hermano no lo sabía —repitió mi madre. Solo se cree lo que quiere.

—No puedes quedarte aquí —había espetado yo—. Coge tus mierdas y márchate.

—Oblígame.

Lo único que mamá añadió a la situación fueron lágrimas.

Así que al final quien se marchó fui yo. No iba a compartir una habitación con alguien a quien, sin lugar a dudas, iban a volver a

arrestar y meter en prisión. De hecho, me sorprende que haya durado un año en libertad.

No lo he visto desde julio, cuando mamá me hizo sentir culpable para que asistiera a una barbacoa familiar en la que su último novio hizo perritos calientes y los quemó. Ah, y me pidieron que llevara yo la cerveza, cómo no.

—Por favor, ven a cenar —me ruega mi madre ahora—. Ni siquiera tienes que traer nada.

Qué suerte.

—Todavía no me has dicho si Joe estará allí.

—Pues claro que estará. Es su casa.

Sofoco un suspiro de cansancio.

—¿Sabe que me has invitado?

—Fue idea suya.

Si antes tenía mis sospechas, ahora estoy en modo desconfianza total. ¿Fue idea de Joe invitarme?

Sí. Me encantaría evitar una situación tipo la Boda Roja de *Juego de tronos*, muchas gracias.

—Lo siento, estoy ocupado el domingo —le digo—. Si quieres contarme ahora la gran noticia, soy todo oídos. De lo contrario, tengo que colgar.

—Luke —protesta.

—Está bien, tengo que irme, mamá. Hablamos luego.

Los dos sabemos que luego no hablaremos.

En cuanto dejo el teléfono en la caja de leche que hace las veces de mesita de noche, el cansancio me invade. Conozco a mucha gente que tiene familias de mierda, pero la mía se lleva la palma. Un hermano mayor que me arrastrará con él si se lo permito, un padre irresponsable al que no he visto desde que tenía dos años, y una madre dramática que probablemente se casaría con su primogénito si la sociedad no lo viera con malos ojos. Y esto no es broma. El amor que mamá siente por Joey roza lo... espeluznante.

Supongo que debería sentirme afortunado por que a mí no me quiera. ¡Hurra!

Se oyen pasos por detrás de la puerta y me pongo rígido de forma instintiva. Por mucho tiempo que lleve viviendo en Alfa Delta, sigo sin sentir que pertenezca aquí.

«Y lo dice el chico que se postula a presidente».

Mierda. ¿Dónde me estoy metiendo?

Una explosión de música resuena en el pequeño rellano que hay entre las habitaciones. «Sweet Emotion», de Aerosmith. Maravilloso, don Deportista está en casa. Y es hora del entrenamiento previo a la cena.

Echo un vistazo a la pila de libros de mi escritorio mientras la estridente voz de Steven Tyler sale de la habitación de Keaton. Si tuviera dinero, lo invertiría en un par de auriculares caros con cancelación de ruido.

Por desgracia, no tengo dinero.

* * *

No estoy del mejor humor cuando llego al trabajo unas horas después. No he terminado los deberes y no he podido pegar ojo ni un minuto por culpa de Hayworth. Entiendo que es deportista, pero, por el amor de Dios, ¿cuántas horas al día tienen que hacer pesas esos idiotas?

Y justo cuando me estaba quedando frito, llegó la novia y se pasó una hora quejándose de sus compañeras de hermandad. Ni siquiera tuvieron la decencia de tener sexo. Escucharlos follar habría sido mucho más interesante que oír que una chica llamada Lindy le dijo a Annika que sus mechas no eran naturales.

Está claro que Lindy es un puto monstruo.

No hace falta decir que esta noche estoy de mal humor. Y muerto de hambre. Se me hace la boca agua solo con pensar en las propinas que conseguiré. Por fin voy a poder alimentarme.

—Llegas tarde —me dice la gerente.

Entro a grandes zancadas en el vestuario.

—No. —Frunzo el ceño—. ¿En serio?

No hay reloj en la habitación, así que no puedo estar seguro, pero normalmente soy puntual.

—Solo un minuto —dice Heather sonriendo—. Llevo mucho tiempo esperando para castigarte por llegar tarde. Es una lata ver lo buen chico que eres.

Le devuelvo la sonrisa.

—Es la primera vez que alguien me dice que soy un buen chico. Normalmente, dicen que soy malo. —Le dedico un guiño y ella pone los ojos en blanco.

Heather es morena y mayor que yo; dirige uno de los dos clubes asociados, Jack's y Jill's. Aunque llevo trabajando en el Jill's poco menos de un año, Heather y yo ya somos grandes amigos. Antes era *stripper*. Se casó con el dueño de su antiguo club y ahora dirigen negocios ubicados uno al lado del otro.

Ah, ¿he mencionado que soy *stripper*?

Algunos prefieren llamarlo «artista masculino» o «bailarín exótico», pero yo llamo a las cosas por su nombre. Paso dos noches a la semana moviendo la entrepierna frente a mujeres alegres y desnudándome hasta quedarme en tanga. Por lo tanto, soy *stripper*.

—Bueno, te toca ya mismo, chico malo, así que será mejor que te vistas. —Heather me da una palmadita en el trasero por encima de los vaqueros y me empuja hacia el largo estante de metal que está al otro lado de la habitación.

—Oye, Heather. —La detengo antes de que se dé la vuelta—. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir un par de turnos de camarero en el Jack's esta semana? Necesito pasta.

—¡Pues claro, cariño! —Me ofrece una sonrisa alegre—. Voy a poner una nota en la pizarra para ver si alguien necesita una noche libre. ¿Va todo bien?

—Sí, claro. Tengo que organizar una fiesta, ¿te lo puedes creer?

Es irónico que la junta electoral de la fraternidad la llame «duelo de baile», porque si pudiera convertirme en presidente por bailar, ganaría en un abrir y cerrar de ojos. No tengo rival.

Pero no. Tengo que deslumbrar a mis hermanos con una buena fiesta. Pero no pasa nada: tengo un plan.

—Me alegro —dice Heather—. Ahora ve a ponerte guapo.

Pongo los ojos en blanco y me dirijo al cubículo ubicado en medio de la fila.

—¡Bailey! —grita George, uno de mis compañeros.

Está tirado en el cómodo sofá del vestuario, con el pecho desnudo y un tanga de elastano de la bandera de Estados Unidos. Agita un puñado de billetes en mi dirección.

—Adivina cuánto dinero acabo de ganar.

Poso la mirada brevemente en la parte inferior de su cuerpo.

—Eeeh... El espectáculo del buen americano... Voy a decir... ¿ciento cincuenta?

Las actuaciones de temática americana son muy populares. Supongo que el patriotismo excita a las chicas. Y no es que quiera excluir a los chicos gays o bis: el Jill's no atrae al público masculino. Tal vez sea por el nombre. En un buen fin de semana, puede que tengamos dos chicos, tal vez tres. La mayoría prefieren los clubes gays.

No los culpo. El Jill's es un lugar extravagante. Es como la versión Disney del *striptease*. Nos encargamos de noches de chicas y despedidas de soltera, aunque solo abre los fines de semana, excepto cuando hay fiestas privadas. Esa es la razón por la que tengo que hacer turnos adicionales en el bar de al lado, donde se paga peor.

—¡He ganado doscientos veinte! —se jacta George.

Levanto una ceja.

—Guau.

¿En la primera actuación de la noche? Eso es un buen augurio para mí.

Al contrario de lo que todos creen, el *striptease* no es dinero fácil. Al menos, no para un bailarín masculino. Las mujeres pueden empezar a trabajar y ganar una fortuna en su primera noche. Pueden conseguir cuatrocientos o quinientos dólares por turno. Los hombres lo tenemos más difícil. Somos trabajadores independientes, lo que significa que no nos pagan por las horas trabajadas, de ahí mi

risa ante la idea de recibir un *salario*. Nos pagan en propinas, y unto. Nada más.

No te voy a mentir, eso me asustó cuando Heather y Louis me contrataron. ¿Dejar los dos trabajos como camarero para *quizá* ganar dinero como bailarín? Aterrador. Así que, en lugar de eso, lo que hice fue tomarme dos fines de semana de descanso en mis otros trabajos y probar con lo de bailar.

El primer fin de semana gané setecientos dólares. El segundo, mil doscientos. Ya sabía que era un bailarín fantástico; solo necesito un ritmo caliente y sensual para brillar. Pero resulta que soy incluso mejor cuando me desnudo.

De modo que al día siguiente dejé los otros trabajos, y aquí estamos.

—Eres mi nuevo héroe, G —le digo al italiano grande y musculoso.

—Hey —me saluda mi amigo Xavier.

—Hey.

Chocamos los puños y me sigue hasta los percheros donde tenemos los disfraces.

—Qué bien —digo al darme cuenta de lo que se está poniendo—. Me encanta empezar con el número de bombero—. Es otro de los favoritos del público.

—Luke, hermano, ¿cuándo vas a terminar de corregir mi redacción?

Un compañero de baile y de estudios se acerca caminando con pesadez. Brock va a una universidad pública cercana y hace *striptease* para pagarse la matrícula. También es camarero, hace sus pinitos en la jardinería, pasea perros y trabaja en un lavadero de coches. El pobre está tan ocupado que me ofrecí a corregirle los trabajos este semestre.

Soy un buen amigo, pero también soy idiota. Santo cielo, si apenas tengo tiempo para redactar mis propios trabajos, mucho menos para corregir los de los demás.

—Te lo doy el domingo —prometo—. Dijiste que era para el lunes.

—Sí, solo quería asegurarme de que no se te había olvidado. — Me da una palmadita en el hombro y luego llama a otro bailarín—. Oye, Lance, ¿me has robado los tirantes? ¡No puedo apagar fuegos sin mis tirantes, hermano!

—Luke —me reprende Heather—. Sales en diez minutos. Desnúdate. Ahora.

—¡Que alguien le prenda fuego a este en el trasero! —bromea Lance, que ya está engalanado con su equipo de bombero y puede o no haberle robado los tirantes a Brock.

Me quito la sudadera y la camiseta interior y luego me bajo la cremallera de los pantalones, pero todavía no me pongo el disfraz. En cambio, espero obedientemente a que George me unte el pecho desnudo con aceite.

—El mejor trabajo del mundo, ¿eh? —Desliza las palmas de las manos de arriba abajo por mis abdominales y sonrío como si alguien le acabara de regalar el cupón ganador de la lotería.

Lo curioso es que a George no le van los tíos. Simplemente piensa que untarnos aceite y menear el culo en el escenario es el mejor trabajo del mundo.

—Eres un chico raro, G.

—Oh, venga ya, ¡como si tú no te lo pasaras genial, Bailey! Buena música, buena compañía, buen sueldo... No me digas que esto no es increíble, joder.

Supongo que no se equivoca del todo.

—¡Sí! Ahí están —dice Brock con alegría. Asoma la cabeza rubia por el armario de utilería en el que estaba rebuscando y sostiene en el aire un par de tirantes rojos—. ¡Los he encontrado! —Y luego se baja la cremallera de los pantalones.

En esta sala se bajan muchas cremalleras. Y no voy a mentir, trabajo con unos especímenes que están muy buenos. Sin embargo, aunque puede que sea idiota para algunas cosas, sé cómo actuar en lo que respecta al trabajo. Es decir, nunca meto la polla donde tengo la olla. La mayoría de los chicos del Jill's saben que juego a dos bandos y, aunque un par han insinuado en más de una ocasión que

estarían dispuestos a... cualquier cosa, les he dejado claro que no me interesa.

Me presento en el trabajo, bailo, cuento las propinas y me marchó.

Ah, y a veces agito una gran manguera de bombero y simulo que estoy mojando a mis compañeros de trabajo embadurnados de aceite.

Aunque para eso necesito el disfraz. Me pongo una camiseta blanca de tirantes; usamos una marca especial muy barata porque dentro de un rato me la arrancaré. Ahí es cuando llegan los chillidos de alegría de las féminas.

Luego me pongo los pantalones amarillos de bombero con los tirantes rojos. También me pongo la chaqueta que me quitaré botón a botón cuando llegue el momento.

«Estamos aquí para apagar el fuego... ¡de tus bragas!».

No es de extrañar que no le cuente a ningún compañero de Alfa Delta cómo me gano la vida en realidad. Este trabajo no es sutil. Mañana estaré hecho un desastre, y el domingo estaré aún peor. Pero tendré dinero para la comida, el alquiler y la gasolina, y una parte del dinero que necesito para el evento de la fraternidad. Pero ahora es el momento del verdadero concurso de baile. El que obtenga mejores propinas, gana.

4. Mi propia Siria mental

Keaton

El domingo por la mañana, la alarma me despierta a la diez.

Mi padre está en Darby. Esa es la única razón por la que pondría el despertador un domingo después de haber ganado el partido de fútbol y de haber pasado una muy merecida noche de fiesta.

Annika está dormida a mi lado. Estamos desnudos, pero estoy bastante seguro de que estábamos demasiado borrachos como para hacer nada.

Entonces, ahora es el momento.

Me doy la vuelta hacia ella y le rodeo el cuerpo dormido con un brazo. Los ojos se me cierran de nuevo, pero no me duermo. Vuelvo a recordar la conversación que tuve con CanallaTres y la tarea que me puso.

«Termina la escena», había dicho.

He intentado no pensar en ello en estos dos días. A ver, se supone que el trío es para Annika, no para mí. No soy yo quien tendría que sentirse intrigado por CanallaTres ni estar preguntándose cómo sería enrollarse con él.

Pero tiene razón. Si vamos a hacer esto, debería tener una idea de hasta dónde quiero llegar.

Así que, está bien. Haré la tarea. En fin, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que tenga un orgasmo? Dios, qué horror.

De acuerdo..., eeeh. ¿Cómo quiero que sea CanallaTres? Musculoso, eso por descontado. Paso mucho tiempo haciendo ejercicio, así que el deporte es importante para mí. Un chico debe cuidar de sí mismo. Además de eso, no sé si tengo más preferencias. ¿Deportista o figurín? ¿Tatuajes y *piercings* o nada? Hay hombres atractivos de todo tipo, ¿no?

Una mano masculina. Eso es lo único que me hace falta para esta fantasía. Una mano grande y áspera que envuelva la base de mi polla.

La misma polla que se me estremece tan solo de pensarlo.

Vale, supongo que nos gusta cómo suena. Deslizo la mano hacia abajo y recorro la parte inferior de mi pene engrosado. Logro desbloqueado.

La cuestión es que normalmente evito este tipo de pensamientos. El sexo en grupo me resulta muy excitante, pero no tengo fantasías con chicos. Eso es como un país peligroso y devastado por la guerra del que me mantengo alejado. Aunque como CanallaTres me dijo que tengo que hacerlo, ahora me resulta menos raro.

Me permito imaginar una boca. Unos labios me recorren la polla. Y no unos labios cualquiera... tal vez los de alguien con barba de tres días. Barba que me acaricia los muslos...

Y, casi al instante, estoy empalmado. Pasar unas vacaciones en mi propia Siria mental es sorprendentemente excitante.

Dejo caer la mano y le doy un beso a Annika en el hombro.

—Despierta, princesa. —Le doy un empujoncito juguetón en el suave trasero con mi erección.

—Estoy durmiendo —gruñe.

Así es la vida.

Solo un imbécil molesta a su novia dormida para tener sexo, así que le doy un abrazo rápido y luego salgo de la cama para ducharme y afeitarme.

Todavía no se ha movido cuando yo ya casi he terminado.

—¡Annika! —grito en dirección al dormitorio—. Vamos, soldado. ¡A levantarse! Muévete.

El único sonido que oigo procedente de la habitación es un gemido ahogado. A mi chica también le gusta la fiesta, pero no tiene tanta experiencia como yo. Annika siempre está hecha trizas a la mañana siguiente.

Mientras me enjuago la cara, me doy cuenta de que voy a tener que tomar medidas drásticas.

Entro en la habitación, tiro del edredón y dejo expuesta su espalda desnuda. Después, cojo el teléfono de la cómoda y busco una canción de ritmo rápido que sé que le gusta. «Crazy In Love» de Beyoncé comienza a sonar en los altavoces *bluetooth* de último modelo.

—Te odio —dice con la boca contra la almohada.

¿Tengo un don con las mujeres o no?

Echo un vistazo al reloj y veo que son casi las once.

—Arriba, princesa. Sabes que se enfada si llego tarde.

Annika gira su rostro aturdido hacia mí y pronuncia las tres palabras que temía.

—Ve sin mí.

«Mierda».

—Dijiste que vendrías.

—Es muy temprano.

—No lo es.

Subo el volumen de Beyoncé.

—Por favor —le ruego—. De verdad que quiero que vengas.

Milagrosamente, la almohada se aparta del rostro perfecto de Annika.

—Vale. Pero solo si subes el volumen de la canción para que pueda escucharla en la ducha.

—Claro, nena.

Es un trato fácil. Subo el volumen.

Annika se desliza de la cama, coge mi toalla y se envuelve con ella el cuerpo desnudo de camino a la ducha.

Gracias a Dios.

Me estoy abotonando la camisa cuando oigo un portazo y un rugido procedente del otro lado del pasillo...

—¿Qué puta mierda es esta? Voy a... —Lo que quiera que esté diciendo el idiota de mi vecino queda amortiguado por Beyoncé.

La cara enfadada de Luke Bailey aparece por mi puerta abierta. No lleva camiseta, y me vuelvo a preguntar cómo está tan tonificado para ser un chico que no practica ningún deporte. Lleva el cabello negro azabache despeinado y tiene una marca de la almohada en la mejilla que lo hace parecer más aniñado de lo habitual, pero estropea el efecto cuando me grita.

—¡Apaga esa mierda!

—Eso no es posible —grito por encima de la música.

Abre los ojos como platos. Entonces, se acerca al altavoz y lo desenchufa de la pared.

Se hace el silencio, y tengo que admitir que no me importa. Sin embargo...

—¡Teníamos un trato! —grita Annika desde la ducha—. ¿Dónde está Beyoncé?

—¡Beyoncé se ha ido a tomar café! —grita Luke—. ¡Es un puto domingo por la mañana y anoche llegué a casa a las cuatro!

—Tranquilo —digo con la mandíbula apretada—. Annika no tiene la culpa de que hayas estado hasta las tantas de fiesta.

—De «fiesta». —Aprieta los puños—. Sí, estuve fuera pasándomelo bien.

«Pues vale, tío».

—¿Tal vez podrías bajar un poco el tono? De todos modos, nos vamos ya.

Me estudia con la mirada, y no de buena manera. Se fija en la camisa Zegna y los pantalones Armani.

—¿Té con la reina?

—*Brunch* con mi padre.

—Qué bien —dice, pero no me pasa desapercibido que pone los ojos en blanco—. Quédate fuera todo el tiempo que quieras.

Se da la vuelta, desaparece dentro de su habitación y cierra la puerta con un portazo que hace temblar las ventanas.

Qué tipo tan encantador. Me sorprende que no le caiga bien a la gente. Por otro lado, mi victoria en las elecciones está totalmente asegurada.

Annika comienza a cantar Beyoncé en la ducha.

Pongo los ojos en blanco ante todo el puto mundo.

* * *

Cuarenta minutos después me encuentro pidiéndole disculpas a mi padre por el retraso.

—Es culpa mía —admite Annika—. No salgo de casa sin maquillar.

—Tú vales la espera —le asegura mi padre mientras le da un beso en la mejilla.

Mi padre odia que llegue tarde, pero adora a Annika. Así que supongo que esta vez lo va a pasar por alto.

—Buen placaje durante el segundo cuarto de ayer —me dice mientras me siento—. Un partido fantástico.

—¡Gracias!

Desdoble la servilleta en el regazo y trato de no mostrar lo mucho que significa el cumplido para mí.

¿Demasiado patético? Tengo veintiún años y sigo tratando de complacer a mi padre.

De hecho, acabo de leer un estudio en el que un científico hizo resonancias a algunos perros (en serio, no me imagino cómo. «Un momento, no te muevas... ¡Buen chico!») y descubrió que el cerebro se les ilumina con el mismo entusiasmo por los elogios que por la comida.

En otras palabras, soy tan inteligente como un *golden retriever*.

Mi novia abre la carta.

—Siempre pido huevos benedictinos y Keaton siempre pide gofres con beicon, pero puede que sea hora de un cambio...

—Siempre dices eso. —Me coloco la servilleta sobre el regazo—. Y luego pides lo mismo. Puede que pida yo los huevos benedictinos.

Levanta una ceja perfecta por encima de la carta.

—No te atrevas. Necesito un bocado de los gofres con beicon.

Mi padre se ríe con humor.

—¿Cómo está tu padre? —le pregunta a Annika—. Ha pasado tiempo desde que lo machaqué en el campo de golf.

—¿Te ha machacado él en el campo de golf desde entonces? —pregunto.

Papá hace un espectáculo dándome patadas por debajo de la mesa. Esta es la razón por la que quería que Annika estuviera aquí: aligera nuestra relación hasta un nivel soportable. Papá es más gracioso cuando hay una chica presente. O cualquier persona, en realidad.

Annika no tiene ni idea de lo tensa que se está volviendo nuestra relación últimamente. Aunque todavía queda un año y medio para la graduación, siento que se avecina. Las intromisiones de papá en mi vida solo van a ir a peor.

Por fortuna, el camarero está aquí de nuevo para tomar nota. Mi padre pide la *quiche* y una mimosa.

—¿Una copa también para la dama? —pregunta el camarero, pero enseguida frunce el ceño—. Aunque necesitaría que me enseñara el carnet de identidad.

Mi chica niega con la cabeza.

—Entonces para enero, que ya tendré la edad legal para beber. Solo los huevos benedictinos, por favor, y un vaso de zumo recién exprimido.

Cuando el chico se marcha, mi padre hace una simple pregunta.

—¿Tienes grandes planes para tu cumpleaños?

Annika abre mucho los ojos y a mí se me va el agua para el otro lado cuando intento tragar saliva.

«Bueno, papá, vamos a invitar a un hombre a desnudarse y correrse con nosotros. Lo normal».

Me paso los dos segundos siguientes tratando de no toser, pero Annika me cubre al contar una historia sobre diseñar camisetas para su hermandad. Por fin, recupero el control de mi esófago justo cuando está terminando.

¿He mencionado ya que le debo mucho a esta chica?

—¿Qué tal la semana, señor Hayworth? —pregunta Annika mientras llega la comida.

—Te conozco desde que llevabas coletas y aparato, Ani. ¿Cuántas veces tengo que recordarte que me llames Keat? —bromea papá.

—Lo intentaré, señor Hayworth. —Le guiña el ojo, pero, a pesar de la respuesta juguetona, sé que nunca jamás lo llamará Keat. Annika ya me ha confesado que le resulta extraño llamar a mi padre igual que a mí. Le confunde.

Por suerte, nunca ha tenido que estar en la misma habitación conmigo, papá y mi abuelo Keaton. Le explotaría la cabeza.

—La semana ha sido bastante normal —dice papá—. La pasé charlando con los administradores de la Universidad Presbiteriana de Columbia sobre el ensayo clínico. Pero aquí nadie quiere hablar sobre mí. Háblame de la campaña, Keaton. ¿Has decidido qué vas a hacer para el baile?

Tomo otro sorbo de café en un intento por ganar tiempo.

—Todavía no —admito cuando no puedo prolongar más el sorbo—. Quiero organizar algo distinto, algo que no se haya hecho antes en la fraternidad, pero no sé el qué.

—¿Qué evento organizó usted cuando se postuló a presidente? —pregunta Annika con curiosidad, dirigiendo la pregunta a mi padre.

Él esboza una sonrisa.

—No es por presumir, pero fue la mejor fiesta que he organizado y a la que he asistido jamás. La mejor noche de mi vida, de verdad. —Se ríe entre dientes—. Pasé seis meses preparándola.

Siento cómo se me revuelve el estómago. ¿Seis meses? Ya había oído a mi padre hablar de esta fiesta, pero hasta ahora no era consciente de cuánto esfuerzo le dedicó.

—El verano anterior, mi hermana Rosie y yo fuimos al espectáculo del Circo del Sol y teníamos entradas VIP que incluían una fiesta posterior para conocer a los artistas.

Claro que tenían entradas VIP. Papá siempre compra la mejor versión de todo.

—Me impresionó mucho. Pensaba que los circos se limitaban a perros entrenados y payasos, pero el espectáculo fue sobrecogedor. Y cuando leí el programa durante el intermedio, tuve una idea. Iban a venir a Nueva Inglaterra durante el año escolar y les ofrecí a algunos de ellos dos noches gratis de alojamiento en Alfa Delta a cambio de una actuación privada.

—¡Qué guay! —exclama Annika entusiasmada—. ¿Una actuación en la casa?

—En una carpa en el césped —dice papá antes de darle un sorbo a su copa—. Aunque no había sillas. Era más como una *rave* en la que una decena de invitados eran contorsionistas, malabaristas y acróbatas. Contraté a un *DJ* que entendió lo que buscaba a la perfección. Y los invitados vestían solo de rojo y azul, como los artistas. Solo estar allí ya fue una experiencia increíble.

Sé que no miente; las fotos son épicas. Me canso solo de pensar en ello. ¿Cómo demonios se me va a ocurrir a mí algo único? Y ahora la presión es doble. No solo tengo que mejorar la fiesta que organice Luke Bailey, sino también el maravilloso circo de mi padre.

Y solo tengo dos semanas para lograrlo.

Maldita sea.

Bebo el resto del agua de un trago, deseando que el camarero se apresure y me traiga la mimosa que he pedido al final. A diferencia de Annika, yo sí tengo veintiún años, y ahora mismo necesito una copa.

El teléfono de papá suena y él baja la mirada para leer el mensaje.

—Lo siento. Ya sabéis que no suelo permitir que se utilicen los teléfonos en la mesa, pero los médicos de Columbia me están ofreciendo actualizaciones sobre el ensayo cada hora.

—¿Qué ensayo es ese? —pregunta Annika.

—Tenemos en marcha un ensayo en fase tres de un medicamento para la diabetes. Funciona engañando al metabolismo para que se acelere mientras duermes.

Annika se inclina hacia adelante.

—Eso suena fascinante.

—¿De veras? —se ríe papá—. Bueno, pues necesito personal. Keaton no se interesa mucho por el negocio familiar. Tal vez tú puedas llevar la bandera en su lugar.

Y ahí está, esa leve dosis de hostilidad que siempre hay entre nosotros. Y aunque sé que no debería, me sumo a la refriega.

—Nunca he dicho que no me interese. Solo dije que quería trabajar para otra gente primero.

Pero en realidad tiene razón. No me interesa. Me estoy sacando el grado en Biología que él quería, pero no quiero lanzar productos farmacéuticos al mundo. Sencillamente, no quiero. Quiero graduarme e investigar, a poder ser en el campo de la biología marina. La ciencia pura es mucho más interesante para mí que tratar de sacar medicamentos para los *boomers*. Así que estoy perdiendo el tiempo, y discutimos sobre ello. Mucho.

—Bueno —dice él, ajeno a mi sufrimiento—. Te estoy organizando unas prácticas de verano en el departamento de finanzas. Estarías bajo las órdenes de Bo, así que ahí tienes: trabajarás para otro.

Es el mayor caso de semántica absurda que he escuchado. Bo trabaja para papá; por lo tanto, yo también trabajaría para papá, solo que estaría en... Un momento.

—¿El... qué? —pregunto.

¿Acaba de decir «finanzas»?

—Ya me has oído —dice—. Sé que te gustan más las ciencias. Y ya habrá mucho tiempo para eso. Pero para entender a las grandes farmacéuticas también tienes que ver cómo funciona el aspecto financiero.

—Pero... voy a solicitar otras prácticas —refunfuño.

—¿Como cuáles? —pregunta papá.

«Dios». No estaré preparado para hablar sobre la investigación que voy a solicitar hasta que me reúna con el estudiante de posgrado que está a cargo. Y solo estamos en noviembre. ¿Quién tiene pensado en noviembre lo que va a hacer en verano?

—Lo que suponía —dice mi padre ante mi silencio—. Hablaremos de ello más tarde. Ah, recursos humanos necesita tu currículum, ¿vale? Es parte del proceso. Envíame una copia antes de las vacaciones de Navidad.

—Claro —gruño.

En realidad, no lo tengo nada claro. Esto solo puede terminar de dos formas: cediendo o haciéndolo enfadar mucho cuando deje de lado sus prácticas por las que realmente quiero hacer.

Nuestra relación, en pocas palabras, consiste en que yo lo decepciono y luego me siento mal por ello. Juego al fútbol americano, su deporte favorito, pero desde que comencé en Darby, el equipo lleva dos temporadas perdiendo y es improbable que este año ganemos el campeonato, así que a sus ojos solo he tenido éxito a medias. Quería que fuera científico, por lo que me especialicé en Biología, pero no en Bioquímica, que habría sido su primera opción.

Un futuro trabajo en su empresa podría ser nuestro enfrentamiento final. Y no tengo ni idea de quién va a ganar.

5. Ese bañador de langostas tan masculino

Keaton

No me relajo del todo hasta la noche, cuando por fin me quedo solo en casa.

Ahora que la reunión del grupo de estudio se ha terminado, debería trabajar en el discurso para la campaña y hacer una lluvia de ideas para el baile, pero no estoy de humor para pensar en organizar una fiesta. Papá se ha desecho de toda mi alegría.

Así pues, cojo el teléfono y abro la aplicación que ha estado llamándome desde que la descargué. Tengo mensajes de un puñado de chicos. Están los típicos «qué tal» y «hola», pero ni siquiera me molesto en leerlos. Voy directo al perfil de CanallaTres.

No me ha vuelto a escribir. ¿Es raro que me sienta decepcionado? Aparto ese pensamiento y le mando un saludo.

BañadorDeLangostas: Hola, tío. Es domingo por la noche. Debería estar haciendo cosas, pero estaba pensando en lo que me pediste.

Envío el mensaje y me recuesto. Ha sido un día frustrante. Estoy tenso y necesito liberar tensión.

CanallaTres me pidió que pensara en cómo me sentiría si un chico me la chupara. Todavía es algo hipotético, pero a mi yo

hipotético no le disgusta la idea. A fin de cuentas, una mamada es algo genial, ¿no? ¿Importa realmente quién te la chupe? ¿La sensación no sería genial de todas formas?

Hay tantos factores en esta hipótesis... Menos mal que soy científico. Los científicos no tienen miedo a experimentar, ¿no?

Así que eso es lo que estoy haciendo ahora mientras cierro los ojos. Me imagino a un chico vagamente atractivo inclinándose sobre mí. Y también me imagino lo bien que la puede chupar un tío. Hace falta tener polla para conocerla bien, ¿verdad?

Entonces me paso al lado oscuro y me permito imaginar un rostro masculino mirándome con un brillo de lascivia en los ojos mientras se mete la polla en la boca hasta el fondo.

Y... Mmm... Esa imagen es más bien una obra de arte que un experimento científico. Me encanta la idea.

Me llega una notificación al móvil, y lo cojo de inmediato. Me alegro, quizá un poco demasiado, de que CanallaTres me haya contestado.

CanallaTres: ¿Y bien? ¿Has aprobado la tarea con buena nota?

BañadorDeLangostas: Estoy trabajando en ello ahora.

CanallaTres: ¿Y?

BañadorDeLangostas: Va bien.

CanallaTres: ¿Bien? ¿Te refieres a notable?

BañadorDeLangostas: En mi familia, un notable significa un sermón y la humillación pública. Estudio para sacar sobresalientes.

CanallaTres: Menudos empollones, ¿no?

BañadorDeLangostas: Sí, pero no de esos a los que encierran en las taquillas. Se supone que debo ser el hijo que gana cualquier tipo de competición simplemente porque puede.

Dios, no sé por qué le he contado eso. Estamos saliéndonos del tema. Me registré para hablar de pollas, no de mi familia de locos.

CanallaTres: Podría ser peor. Los capullos inteligentes son más divertidos que los capullos sin cerebro. Créeme.

BañadorDeLangostas: Entendido. ¿Estás rodeado de capullos sin cerebro?

CanallaTres: Solo cuando voy a casa. Cosa que nunca hago si puedo evitarlo.

BañadorDeLangostas: Chico listo.

CanallaTres: Pero ya basta de hablar de esos fracasados. Volvamos a lo divertido. ¿Estás listo?

BañadorDeLangostas: ¿Para qué?

CanallaTres: Para mí, que me estoy poniendo de rodillas frente a ti. Tiro de ese bañador de langostas tan masculino que llevas y te lo quito.

Me incorporo y escribo un mensaje.

BañadorDeLangostas: Espera. ¿No te gusta mi bañador favorito?

CanallaTres: ¿Estás dándome largas? ¿Estoy a segundos de tocarte la polla y prefieres hablar de ese bañador pijo?

Tiene razón en lo de pijo, supongo. Aunque, bueno, no me conoce.

BañadorDeLangostas: Si de verdad estuvieras a segundos de tocarme la polla, no creo que te detuviera para conversar. Pero, para que lo sepas, las langostas son guays. Y no necesitan una aplicación para buscar sexo.

CanallaTres: Vale, morderé el anzuelo. ¿Cómo encuentran pareja las langostas?

BañadorDeLangostas: La hembra orina en el refugio del macho. Y el chico dice: «OH, NENA». Entonces se mean el uno en el otro. Ella entra en su guarida y muda la piel. Él se la quita como si fuera un vestido de fiesta y luego hacen el misionero.

CanallaTres: Son muchos detalles, tío. No sé si sentirme aterrorizado o cachondo.

Genial. Ahora probablemente lo he asustado con mi conocimiento enciclopédico sobre el sexo de los crustáceos.

BañadorDeLangostas: Por favor, continúa. Ya no tengo el bañador de langostas.

CanallaTres: ¿Estás en casa?

BañadorDeLangostas: ¿Ahora quién está pidiendo demasiados detalles? ¿Qué importa dónde suceda esta mamada ficticia?

CanallaTres: Me refiero a si estás DE VERDAD en casa. Por si quieres cerrar la puerta para tocarte mientras hablo contigo.

¡Guau! Tengo la polla dura cuando termino de leer la frase. Pero no lo veo claro ni cuando me levanto de la cama y cierro el pestillo de la puerta. Entre charlar y tocarse hay una línea que él quiere que cruce.

¿De verdad voy a hacerlo ahora?

Me bajo la cremallera de los vaqueros y me los quito. Y, a la mierda, también me bajo los *boxers*. Me siento al borde de la cama, desnudo de cintura para abajo, y le respondo.

BañadorDeLangostas: Vale, la puerta está cerrada. El bañador es historia.

CanallaTres: Bien hecho, novato. No estaba seguro de que quisieras seguirme el ritmo.

En realidad, no estoy seguro de nada. Pero me da mucha curiosidad mi reacción a este pequeño proyecto. Y supongo que esta es una forma bastante inofensiva de explorar la idea.

BañadorDeLangostas: Empecemos. Háblame.

CanallaTres: Creo que debería ser al revés. Dime qué estás haciendo y qué debería hacerte.

Ah.

Eso es otra historia, ¿no? ¿Esta fantasía tiene que ser con mis propias palabras? Pongo el teléfono en silencio y me pregunto cómo empezar. Masturbarme en mi habitación no es exactamente una actividad nueva para mí, pero igualmente se me acelera el pulso. Porque masturbarse con la ayuda de un chico sí es nuevo.

Me da un empujoncito porque puede que esté tardando demasiado en contestar.

CanallaTres: ¿Yo también estoy desnudo?

BañadorDeLangostas: No. Pero ahora te pido que te quites la camiseta y tú lo haces.

Presiono enviar, miro la foto de perfil de Canalla e imagino esos abdominales frente a mí. Me sorprendo al darme cuenta de que puedo imaginarme a Canalla quitándose lentamente la camisa mientras flexiona el pecho para mostrarme lo que tiene.

Dejo escapar un suspiro y me pregunto cómo de lejos estoy dispuesto a llevar esto. Y por qué es tan fácil reproducir el encuentro en mi mente como si fuera una película.

Luego sigo escribiendo.

BañadorDeLangostas: Estoy sentado al borde de la cama. Te arrodillas frente a mí.

CanallaTres: Vale, estoy arrodillado. Mientras no tenga que llamarte «señor»... No me gusta eso.

BañadorDeLangostas: Tomo nota.

Y ahora me lo imagino arrodillado en el suelo frente a mí.
Mirándome, esperando una señal.

Guau. ¿No hace calor aquí?

BañadorDeLangostas: Tengo que separar las piernas un poco para que te puedas acercar.

CanallaTres: Sepáralas mucho, ¿vale? Estoy arrodillado entre tus piernas. Coloco las manos en el interior de tus muslos. Ya te estás empalmando para mí.

De repente, me encuentro separando las piernas más rápido que una animadora cuando hace una acrobacia porque de verdad ansío esas manos sobre mí. Pero ¿cómo exactamente?

Me estoy dando cuenta de que tener sexo con la misma persona durante tres años ha dejado huecos en mi imaginación. No es que no encuentre plena mi vida sexual, pero no sé cómo funcionan los encuentros esporádicos.

BañadorDeLangostas: Sigue.

CanallaTres: Vale. Tal vez desees que me la trague hasta el fondo de forma inmediata para ahorrarte el momento incómodo, pero no voy a hacer eso porque me gusta que estés nervioso. Primero coloco una mano en tu muslo y te quedas mirándola.

Supongo que sí. Y, joder, prácticamente puedo sentirla ahí ahora. Presiono mi propia mano contra mi piel desnuda y no es suficiente. Quiero más.

CanallaTres: Entonces, moviéndome lentamente, utilizo la otra mano para acariciarte los testículos y sostenerlos en la palma de la mano.

Juro que empiezo a sudar mientras extendiendo la mano hacia abajo para hacer justo lo que ha descrito. Se me acelera la respiración cuando deslizo la palma por debajo de la piel sensible de los testículos.

CanallaTres: ¿Sigues ahí? Tócatelos, ¿vale? Luego desliza el pulgar por tu polla.

Dejo escapar un jadeo mientras me acaricio. Luego escribo una respuesta torpe con un pulgar.

BañadorDeLangostas: Sí.

Ahora tengo la polla tiesa. Aunque tampoco es que suela necesitar mucho estímulo para ello.

CanallaTres: Ahora me inclino hacia adelante y te la agarro con las dos manos. ¿Tienes las piernas abiertas?

BañadorDeLangostas: Sí.

CanallaTres: Acaricio la parte inferior de tu rabo con el pulgar. Y luego la punta. Hasta que finalmente me inclino y te pruebo.

Solo en mi habitación, dejo escapar un gemido y deseo que una lengua real estuviera trazando círculos en mi glande. Mis dedos son

unos sustitutos mediocres. Cojo el teléfono y escribo con una mano.

BañadorDeLangostas: ¿Y luego, qué?

CanallaTres: ¿Te sigue gustando?

BañadorDeLangostas: Me gustaría más si estuvieras aquí de verdad, de rodillas, con mi polla en la boca.

Mierda, no puedo creer que haya escrito eso de verdad. Pero... es cierto. ¿Quién lo habría dicho?

CanallaTres: Genial. Acaríciate un poco más rápido. Y tengo una pregunta que hacerte.

Con un gemido, acelero el ritmo.

CanallaTres: Cuéntame. ¿Seguirías disfrutando de todo esto si te mirara? Porque no tienes delante solo una boca con talento. Lo que tienes ante ti es un chico que quiere follarte si alguna vez tiene la oportunidad. Aunque no voy a decirlo para no arruinar el momento. Soy inteligente. Te la chuparé primero, pero cuando estés cerca del clímax, te acariciaré el culo. Y si eso te hace gemir, probaré suerte y deslizaré la punta del dedo en el interior.

Cierro los ojos de golpe, como si temiera leer una palabra más. La charla lasciva de Canalla me tiene empalmado y anhelante. No sé lo que significa, pero hasta desearía poder escuchar su voz. Hay algo descarnado en su forma de hablar que no me molesta en absoluto.

Es sincero. «Así es como te quiero y así es como te conseguiré». Al parecer, tengo un fetiche con la sinceridad. ¿Quién lo habría dicho?

Cuando abro los ojos, hay un mensaje nuevo.

CanallaTres: ¿Sigues ahí?

No es fácil responder con una mano.

BañadorDeLangostas: Sí. ¿Tú también te estás masturbando?

CanallaTres: Ojalá. Pero ahora mismo no estoy en casa. Quiero que te corras ya. Dime si esto te ayuda...

Pasan unos segundos mientras me acaricio lentamente. Siento el calor en el rostro y mi pulso latiendo por todas partes. Necesito dejarlo salir.

Entonces, aparece una fotografía en la pantalla. Veo unos vaqueros y una camiseta negra levantada para mostrar los abdominales marcados. Los vaqueros tienen la cremallera bajada. Lleva ropa interior gris y dentro se perfila un bulto prominente. Tiene la mano extendida de modo que solo el pulgar toca su erección. Se está tocando ligeramente a través del tejido de algodón.

Entonces me doy cuenta de que se la he puesto dura a un chico. Un chico que quiere hacerme una mamada y jugar con mi culo.

El teléfono cae al suelo con un ruido metálico mientras me masturbo con determinación. Está arrodillado frente a mí, con las manos en mis muslos. Su cabeza oscila mientras me la chupa hasta el fondo. Coloco una mano en su nuca para sostenerlo donde lo quiero. Hay músculos ahí, no flacidez...

En ese momento me corro en la mano sin parar de masturbarme, y deseo que CanallaTres estuviera ahí para tragarse todo lo que le ofrezco.

Y luego todo termina. Estoy sentado aquí solo, con la mano pegajosa y el corazón a mil por hora. Me levanto y cojo un trozo de papel del rollo que tengo en la cómoda.

No sé qué acabo de averiguar, pero... lo que sí sé es que en estos últimos diez minutos no me he acordado en ningún momento de Annika ni de su cumpleaños.

6. A la poli le encantará

Luke

Pasan tres o cuatro minutos y BañadorDeLangostas sigue sin responder. Me he vuelto a subir la cremallera de los vaqueros con discreción bajo la mesa de la biblioteca y he guardado todos los libros.

Nada. La pantalla sigue en negro.

No sé por qué debería importarme, pero me este chico empieza a gustarme. O sea, el sexo de las langostas, ¿en serio? Y yo que pensaba que los empollones eran aburridos. Lo admito: quiero conocerlo.

Suena el teléfono y lo miro de inmediato, pero solo es un recordatorio de la reunión de la casa de la fraternidad a la que ya me dirijo.

Cuando salgo de la biblioteca y camino a través de la oscuridad, casi me arrepiento de haberme postulado a presidente. Las reuniones son lo peor, y así me estoy apuntando a un sinfín de ellas. Alquiler gratis durante todo un año suena al paraíso, pero ¿merece la pena el quebradero de cabeza de dirigir una fraternidad?

Uf, creo que sí. Porque si no tengo que pagar alquiler, puedo permitirme trabajar solo una noche durante el fin de semana. O, si ahorro suficiente pasta durante el verano, puede que ni siquiera tenga que trabajar. Podría pasar el último año de carrera

concentrado solo en las clases, la graduación y mis perspectivas laborales.

Y en Alfa Delta. Pero estoy seguro de que los deberes de *presi* no serán ni la mitad de estresantes que trabajar hasta las tantas todos los fines de semana.

Cuando llego a casa, encuentro otra reunión ya empezada en el comedor. Supongo que esta es la noche de las reuniones. Jako, mi director de campaña, no ha llegado todavía, así que mato el tiempo escuchando a escondidas el debate del Comité de novatos.

El director del comité es Judd Keller, así que este año opté por no participar.

—¿Quién quiere ser el primero? —pregunta Judd a los chicos, dispuestos alrededor de la mesa.

—Vamos a hacer una lluvia de ideas y después elegiremos las mejores novatadas.

Seleccionamos a los novatos en septiembre y desde entonces han sido miembros en pruebas. Ahora, los hacemos pasar por un infierno durante siete días antes de nombrarlos al fin hermanos de pleno derecho.

El año pasado me apunté a este comité porque todos los miembros tienen que presentarse voluntarios para alguna tarea, y el comité es un compromiso a corto plazo.

Aun así, fue una pesadilla, sobre todo porque Judd es muy molesto.

—Tal vez los novatos deberían hacer el desafío del clip —sugiere un veterano llamado Paul.

—¿El qué? —pregunta Judd—. ¿Eso es como ejercicio físico?

—No. Los dividimos en tres equipos de cuatro personas. Cada equipo coge un clip y tienen tres días para intercambiarlo por algo que merezca la pena. En este caso, debería ser algo que puedan donar a una organización benéfica. Cambian el clip por un lápiz; el lápiz por un bolígrafo; el bolígrafo por una grapadora... Y así hasta el final. —Paul se encoge de hombros—. Me lo enseñaron en una de mis clases de Gestión.

—¿Para qué cojones sirve eso? —pregunta Judd.

—Para mucho. Para empezar, te hace sentir cómodo pidiendo cosas, lo cual es una habilidad para la vida. Tienes que estar dispuesto a escuchar un no si alguna vez vas a escuchar un sí.

Judd comienza a burlarse.

—Creo que una vez lo leí en un libro de autoayuda.

—No sé —dice Ahmad Mithani—. A mí me gusta. Es un buen cambio respecto a las normas de las novatadas de Haggard.

No puedo evitar reírme.

—Espera, ¿hay un canon sobre las novatadas?

Judd gira la cabeza en mi dirección.

—Qué cojones, Bailey. ¡Ni siquiera estás en este comité! Vete a la mierda.

Reprimo una sonrisa.

—Lo siento, solo estaba esperando a que llegara el mío. ¿Esta casa está llena de comités o qué?

Paul se ríe con suavidad.

—No me hagáis ni caso —les aseguro. Hago un gesto como si me cerrara la boca con una cremallera—. Me quedaré en silencio.

Aunque Judd tiene la cara roja, no discute. ¿Qué va a hacer, echarme de mi propia casa? El comedor está al lado de la sala de estar, que es donde se supone que he quedado con mi director de campaña.

—El reto del clip no me disgusta —dice Ahmad, que se encoge de hombros—. Es un poco humillante, pero tiene un propósito real.

—Podrían contribuir con dinero a una organización benéfica y ya está —murmura Judd—. Pero, bueno, ponlo en la lista de posibilidades.

Ahmad se levanta de un salto y se dirige a la pizarra de la pared. Borra un dibujo gigante de una polla y unos testículos, porque, ¿qué otra cosa dibujaría la gente en la pizarra de una fraternidad? Coge el rotulador y escribe el título «IDEAS» y debajo: «Reto del clip».

—Ahora, ¿quién más tiene alguna idea que no me aburra hasta dormirme? —pregunta Judd.

—Tengo una genial —dice Owen Rickman, uno de los compañeros del equipo de fútbol de Judd—. La llamo Nudillos sangrientos.

Judd asiente con la cabeza en señal de aprobación.

—Un nombre increíble. Cuéntame más.

—Vale, sacamos a esos cabrones de la cama, como a las dos de la madrugada, y los llevamos fuera. Los colocamos en línea frente a la pared trasera de la casa y les frotamos los nudillos contra los ladrillos.

No voy a mentir, estoy fascinado...

Por la absoluta estupidez de la idea.

—¿Qué sentido tiene eso? —pregunta Tim Hoffman, un estudiante de último año.

—Ver cuánto pueden durar, lo duros que son. Se les destrozarán los nudillos y quedarán ensangrentados hasta decir basta. Será muy gore, tío.

Judd asiente de nuevo con un brillo en sus ojos oscuros.

—Y el que dure más será premiado con tener que limpiar toda la sangre de la pared y el patio.

Tim se ríe.

—¿Qué tipo de premio es ese?

—No lo es —contesta Judd con los ojos en blanco—. Porque no hay premios en la Semana del Infierno. Esos pringaos tienen que sufrir.

«¿Por qué?», estoy a punto de soltar. ¿Por qué tienen que sufrir?

Para ser sincero, nunca he entendido el concepto de las novatadas. Se supone que se trata de establecer vínculos, ¿no? Crear amistades duraderas entre los hermanos. Pero ya vivimos en una casa juntos, comemos juntos, estudiamos juntos... Compartimos baño, nos hacemos de terapeutas entre nosotros. Le sujetamos el pelo a nuestro hermano, tanto de forma metafórica como literal si hablamos de las largas rastas surferas de Jon Munsen cuando abraza el váter después de una borrachera.

¿Me estás diciendo que nada de eso genera un vínculo duradero? ¿Tenemos que ver a nuestros hermanos frotándose los nudillos en una pared de ladrillo hasta dejarlos en carne viva en una pared de ladrillo en la madrugada para generar una amistad sólida?

—Hey.

Me doy la vuelta al oír la voz queda de Jako. Debe de venir del gimnasio porque lleva una camiseta larga sin mangas, empapada de sudor, unos pantalones deportivos y unas zapatillas de deporte.

—Hey —respondo en un susurro para no interrumpir la reunión de Judd.

—¿Te importa si me cambio rápido? —pregunta Jako—. Bajo en cinco minutos.

—Sin problema —le contesto.

Cuando Jako se aleja a saltos, miro hacia el comedor.

—Mithani, añade nudillos sangrientos a la lista —dice Judd—. ¿Alguna otra idea?

Paxton Grier, el heredero de una fortuna procedente de la industria tecnológica, completa el grupo. Su padre es un tío de Silicon Valley que inventó un algoritmo que comprime un montón de archivos de imagen, así que es lógico que su hijo sea igual de inteligente e innovador, ¿verdad?

—La fraternidad de mi hermano hace una cosa que se llama «Pícnic sexual de sandías».

Reprimo un suspiro.

Ahmad se ríe a carcajadas.

—Eso suena a nombre de banda emo.

Se chocan la mano.

Judd, por supuesto, está pendiente de cada palabra de Grier.

—Cuéntame más.

—Conseguimos un montón de sandías y llevamos a los novatos a un pícnic. Entonces, básicamente, colocamos unas mantas o lonas para no ponerlo todo perdido.

¿Ponerlo todo perdido? Madre mía, no me gusta nada cómo suena.

—Hacemos unos agujeros en las sandías, desnudamos a esos fracasados y los obligamos a follárselas.

Owen se descojona.

—Y el chico que tarde más en correrse tiene que comerse las sobras.

Ahmad empieza a tener arcadas.

—Oh, mierda. Qué asco.

—Me encanta —declara Judd—. Escríbelo en la pizarra.

Me estoy mareando de verdad, y lo dice un hombre que se lo traga todo cuando hace una mamada. Un hombre que justo antes de esta reunión estaba sexteando con otro chico. Pero la idea de forzar a otros tíos, ya sean heteros o *gays*, a comer sandías llenas de semen me resulta increíblemente alarmante.

A pesar de que ni siquiera estoy en el comité, doy un paso adelante y me aclaro la garganta.

—No escribas eso —le ordeno a Ahmad.

Judd me dirige una mirada ceñuda.

—No eres el presidente de esta fraternidad, Bailey.

—Por ahora —me burlo.

—No, nunca lo serás —gruñe—. Y tampoco eres el que dirige a los novatos. Soy yo. Tú no mandas aquí.

—No, pero ¿sabes quién manda? La poli. —Cruzo los brazos sobre el pecho sin apretar—. El contacto sexual forzado durante las novatadas es ilegal.

—Van a follarse unas sandías —balbucea Judd—. No lo van a hacer entre ellos.

—Se les va a obligar a participar en una actividad sexual que la mayoría realizará porque están ansiosos por ingresar en esta fraternidad. Es un abuso de autoridad por nuestra parte y... —Me detengo al darme cuenta de que necesito un enfoque distinto con Judd. Él anhela el poder. Por eso, tengo que apelar a su... sentido de autoconservación, decido—. Y, con que solo uno de los novatos cuente lo sucedido o lo considere una agresión sexual y se lo diga a la policía, ya puedes despedirte de Alfa Delta.

—Los chivatos terminan en el hospital —dice Owen en tono sombrío.

—Sí, dales una paliza tan fuerte como para que tengan que darles puntos —le digo con una sonrisa educada—. A la poli le encantará.

Owen pone los ojos en blanco.

Para mi sorpresa, Judd vacila y demuestra que no es un completo idiota.

—No, Bailey ha planteado un buen argumento. Lo que vayamos a hacerles a esos cabrones no puede ser abiertamente ilegal.

Jako aparece al pie de las escaleras, así que dejo que Judd y sus compinches hagan una lluvia de ideas que no implique follar sandías.

—Ese tío es un verdadero personaje —le digo a Jako en un murmullo.

—Sí —coincide—, pero ese personaje tiene derecho a voto en las elecciones, y adivina quién necesita ganar el voto, Luke. Tú.

Me río de forma sombría.

—Sí, ya. Aunque me convirtiera en genio y le concediera tres deseos, nunca me votaría. Apoya a Keaton Hayworth de manera incondicional.

Jako asiente con la cabeza.

—Tal vez, pero eso no significa que no seas capaz de hacerle cambiar de opinión.

Ja. ¿Hacer que Judd Keller cambie de opinión sobre mí? Tendría más posibilidades de que me cogieran para *Supervivientes*.

* * *

Una hora después, me encuentro en la cocina buscando un aperitivo. Ahora que tengo un fajo de billetes en la cartera puedo permitirme comprar una bolsa de patatas fritas. Tenemos una despensa comunitaria de aperitivos que cualquiera puede usar siempre que contribuyamos con la compra. Normalmente me

abstengo, pero esta noche tiro un billete de diez dólares en el frasco y me atiborro.

Mieeerda. Había olvidado lo buenas que están las patatas fritas. Tal vez sea bueno que no suela tener dinero para comer carbohidratos. Mi sustento depende de mantener unos abdominales fuertes y apetecibles.

Pese a ello, me como casi hasta el envoltorio y disfruto de cada segundo. Mientras mastico, miro el teléfono, pero no tengo mensajes de BañadorDeLangostas. ¿Lo habré asustado? Vuelvo a leer sus mensajes, pero hasta donde puedo ver, estuvo de acuerdo con cada paso que dimos. Le gustó.

Aunque mi último mensaje fue atrevido.

«Quiero que te corras ya. Dime si esto te ayuda».

¿Quizá no le gustó la foto que le envié?

Pienso en ello y frunzo el ceño. A la mierda. Tengo un cuerpo increíble, joder. Claro que le gustó.

Es cierto que admitió que no había chateado ni estado con un chico nunca... Tal vez la mamada virtual no le gustó. Lo intentó, pero no pudo ponerse a tono. ¿O tal vez se puso tan a tono que se asustó?

No puedo negar que me decepciona pensar que haya podido marcharse para siempre. No me ha eliminado de Vicio; algo es algo. Pero tampoco me ha escrito.

Ojeo la conversación una vez más, pero cuando oigo pasos que se acercan, cierro la aplicación con un ademán brusco.

—Hola —gruño al ver aparecer a Keaton Hayworth. Él ni siquiera responde.

Sigo con una mirada cautelosa a don Deportista mientras se adentra en la despensa. Lleva unos pantalones deportivos y una camiseta sin mangas, lo cual me proporciona asientos en primera fila para admirar sus bíceps. Tiene unos brazos geniales. Qué pena que sea un gilipollas.

—Hola —gruñe por fin a modo de respuesta mientras yo me meto otra patata frita en la boca. Mastico haciendo ruido y sigo observando a Keaton.

Sale de la despensa con una barrita de granola. Una de esas sosas que llevan nueces y demás.

Ninguno de los dos habla. Lo cual es bastante normal, supongo. Keaton y yo no tenemos nada en común, así que las conversaciones entre ambos son escasas. No tenemos problemas en quejarnos el uno del otro por poner la música muy alta, pero ¿intercambiar otro tipo de palabras? No es nuestro estilo.

Aun así, lo detengo antes de que pueda salir de la cocina.

—Oye, espera.

Cuando se da la vuelta, me doy cuenta de que tiene la cara sonrojada y parece inquieto.

—¿Necesitas algo, Bailey? —dice con brusquedad.

Dejo la bolsa de patatas fritas.

—Esta noche había una reunión. Del Comité de novatos.

—¿Vale...? —Frunce el ceño—. No estoy en el comité.

Allá voy con cuidado.

—Sé que eres muy amigo de Judd y he pensado que tenía que avisarte. Tal vez puedas hablar con él cuando estéis en el vestuario dándoos palmaditas en el trasero con las toallas.

Keaton sonríe de lado.

—¿Eso es lo que crees que hacen los jugadores de fútbol americano en el vestuario?

Los que he visto en Pornhub hacen mucho más que darse azotes. Follan. Pero eso me lo guardo para mí.

—A juzgar por la erección que ha tenido esta noche ante la idea de ver a otros chicos metérsela a unas sandías, diría que sí. No me sorprendería que a Judd le gustara jugar con culos en el vestuario.

Keaton abre los ojos de par en par.

—Perdona, ¿qué?

—Tu colega tiene algunas ideas desquiciadas para las novatadas. Pensé que podrías intentar cortar el problema de raíz. —Me encojo de hombros—. Tal vez recordarle que el consentimiento y el *MeToo*

se aplican tanto a hombres como a mujeres. Preferiría superar la semana de iniciación de este año sin que nos demanden.

En serio, si quisiera problemas legales, me bastaría con vivir en casa de mi madre.

Keaton cruza esos impresionantes brazos y me examina.

—¿Estás tomándome el pelo?

—¿Qué? ¡No! Por Dios, pregúntale tú. Tengo mejores cosas que hacer que inventarme historias truculentas, Hayworth. Pero los dos sabemos que Judd solo escucha a uno de nosotros, y no soy yo.

Se pasa una mano por el cabello despeinado. Está rondando la puerta, como si se muriera por irse.

—Hablo en serio, Hayworth.

—Está bien, vale, se lo diré. —Se detiene para mirarme fijamente—. Pero si solo estás tratando de crear problemas entre mi compañero y yo...

—Oh, por favor —le espeto—. Estoy tratando de evitaros problemas. Me importa una mierda la Semana del Infierno siempre y cuando a nadie le caiga una demanda después.

—Tranquilízate —refunfuña Hayworth—. A Judd le pierde la boca, pero es demasiado listo como para ponernos en peligro.

—¿Listo? —escupo sin detenerme a pensarlo—. Metió un camión de mudanzas en un aparcamiento subterráneo, abriéndole el techo como si fuera una lata de sardinas. Y su exnovia tuvo que comprarse una nueva tarjeta SIM para el teléfono porque no dejaba de llamarla desde diferentes números.

Mi vecino semental niega con la cabeza. Lleva la barba desaliñada, y eso solo lo hace más atractivo. Algunas personas lo tienen todo en la vida.

Pero les falta el sentido común.

—Judd se preocupa por Alfa Delta —dice Hayworth—. Estoy seguro de que no se desmadrará.

—Pues yo no —digo para dejarlo claro—. Si aquí se líía una gorda, yo no voy a asumir la culpa.

—No se va a liar nada —dice con la boca apretada—. ¿Has acabado?

Dios mío, alguien está de mal humor esta noche.

—¿Qué pasa, Hayworth? —me mofo—. ¿Estás a dos velas? ¿Tu novia rica no te la chupa con suficiente frecuencia?

Keaton palidece y, por un instante, me siento mal por ser tan arrogante. Pero el remordimiento me dura poco, ya que Hayworth me mira con desdén y recurre a la respuesta más infantil posible:

—Al menos tengo novia.

El cabrón presuntuoso sale de la habitación con la barrita de granola.

Me quedo mirándole el culo. Porque puedo.

7. El apareamiento de la babosa marina

Keaton

—¿Desayunamos mañana? —la voz de Annika chirría en mi oído mientras me preparo para irme a la cama.

Solo son las once pasadas, pero he decidido dar por terminada la noche. Ha sido un día muy largo y apenas he podido hacer nada.

—No puedo —respondo mientras me cambio el teléfono de oreja para poder bajar las sábanas—. Tengo entrenamiento a las seis y luego una reunión con uno de los profesores asistentes.

—¿A quién le importa una reunión con un profesor asistente? —se queja—. Ni que fuera tu profesor de verdad.

—No, pero es importante. —De hecho, más importante que nunca. Charlie dijo que mañana podría tener noticias sobre unas prácticas que está organizando.

Aunque Annika no sabe nada de eso porque no se lo he contado a nadie. De todos modos, dudo que las consiga. Es más una fantasía secreta que una opción realista.

—¿Por qué es tan importante? —pregunta.

A pesar de su interés, que agradezco, no le doy detalles. De hecho, miento descaradamente.

—Me está ayudando con un trabajo que cuenta el cincuenta por ciento de la nota final.

—Vale, entonces nada de desayuno. Pero cenamos con Lindy y Max.

—Pensaba que estábamos enfadados con Lindy. —Me quedo en calzoncillos y me meto bajo las sábanas.

—Estábamos enfadados, pero ya no.

Prácticamente puedo «oírla» poner los ojos en blanco.

—Vale, entonces supongo que tenemos cita doble mañana por la noche.

—¿Hago la reserva para las ocho?

—Me parece bien, nena.

Nos despedimos, cuelgo y me quedo mirando el techo unos instantes. ¿Por qué no le he contado a Annika todavía lo del viaje de investigación a Chile? Al principio, me dije a mí mismo que no tenía sentido mencionarle el programa de verano a menos que fuera un hecho, porque parece más bien un sueño que otra cosa.

Pero últimamente he estado dándole vueltas a la idea de solicitar una plaza para hacer un posgrado el año que viene. Mi padre se volvería loco. Pero es mi vida, ¿no? Y el fondo fiduciario de mi abuelo lo cubriría incluso si mi padre me cerrara el grifo.

Si al final decido no trabajar para él, probablemente escoja detonar la bomba. Me ha estado preparando para que me haga cargo del negocio familiar desde el instante en el que declaré que quería especializarme en Biología.

El problema es que no quiero su trabajo. No quiero su vida.

Quiero pasar tres meses navegando por la costa de Chile en busca de una especie de orca desconocida. Ese es el tipo de programa de investigación práctica que hace que los biólogos marinos en ciernes se corran en los pantalones.

Hablando de eso... No volví a escribirle a CanallaTres después de nuestro pequeño experimento. No sabía qué decirle.

Ni a él ni a mí, sinceramente. Me impresionó lo cachondo que me puse hablando con él. Cuando Annika me pidió un cumpleaños excitante, sé que no estaba pidiéndome que explorara mi sexualidad con un desconocido en una aplicación.

Por ello, después de eso, necesitaba tiempo para calmarme y asimilar toda la experiencia. Joder, lo sigo necesitando. Cojo el

teléfono de la mesita de noche y abro la aplicación. En efecto, hay un mensaje en la bandeja de entrada. No recibo notificaciones de Vicio, sería demasiado incómodo que aparecieran cuando estoy con los chicos, así que no estoy seguro de cuánto tiempo lleva ahí.

Echo un vistazo a la hora del envío y me brinda algo de alivio. Es de hace solo quince minutos.

CanallaTres: Por favor, dime que el orgasmo no te mató. A ver, me han dicho que mi boca es peligrosa, pero nunca pensé que fuera letal.

Me estremezco.

BañadorDeLangostas: Hola, lo siento.

CanallaTres: ¡Estás vivo!

BañadorDeLangostas: ¡Estoy vivo! No era mi intención dejarte colgado. Tenía que ir a cenar y luego tuve que lidiar con un par de cosas, hablar con mi novia, etc., etc.

CanallaTres: Pensé que tal vez te había asustado.

Vacilo. ¿Le digo la verdad? Supongo que es lo justo.

BañadorDeLangostas: Tal vez me asusté a mí mismo.

Hay una breve pausa y luego añade:

CanallaTres: Porque... ¿te quedaste deslumbrado por mi poder de sensualidad? ¿Te corriste?

El calor me recorre la columna vertebral. Directo al grano, ¿no?

Bueno, ¿por qué no tendría que ser así? Estamos conversando en una aplicación que se llama Vicio, por el amor de Dios.

BañadorDeLangostas: ¿Tú qué crees? Por supuesto que sí.

CanallaTres: ¿Y?

BañadorDeLangostas: ¿Y qué?

CanallaTres: ¿Qué tal? ¿Te ha cambiado la vida?

«¿Qué tal?». No sé cómo responder a eso. Por supuesto que fue excitante. Lo disfruté, es obvio, pero si me preguntas cómo me siento... No estoy seguro. Y aunque sé que Canalla está de broma, no quiero que me cambie la vida. La cuestión es divertirse sin que me cambie la vida.

BañadorDeLangostas: Fue excitante.

CanallaTres: Sería más excitante en persona.

Tengo el presentimiento de que podría tener razón. Y no sé cómo me hace sentir eso, así que no respondo de inmediato. Y, sin embargo, de algún modo, este chico se las ingenia para leerme la mente a través del chat de una aplicación.

CanallaTres: Tú también lo crees.

Respiro hondo y luego escribo con cuidado:

BañadorDeLangostas: Sí, creo que podría ser más excitante en persona.

CanallaTres: ¿Y? ¿Crees que quieres hacerlo?

Vacilo un segundo. Mierda. Supongo... Uf, que sea lo que Dios quiera.

BañadorDeLangostas: Creo que... sí. Sí.

Antes de que pueda responder, añado otra frase con rapidez.

BañadorDeLangostas: Creo que a mi novia le gustará mucho mirar.

Casi al instante, me invade la confusión. Me he confundido yo solo al mencionar a Annika. Pero sigo sin entender que anoche no pensara en ella durante el sexteo.

CanallaTres: Háblame de ella.

Ahora me pongo en guardia.

BañadorDeLangostas: ¿A qué te refieres? ¿Qué quieres saber exactamente?

CanallaTres: Relájate, tío. No te estoy preguntando su nombre ni su número de la Seguridad Social. Dime qué le gusta en la cama. Cómo le gusta que la toquen, que la follen... O cuéntame más sobre el sexo de las langostas, si quieres. No soy exigente con las conversaciones sobre sexo, siempre que alguien esté follando.

Me río con suavidad. Es un tío gracioso, tengo que reconocerlo.

BañadorDeLangostas: Me he quedado sin datos sobre el sexo de las langostas. PERO... déjame hablarte sobre las babosas marinas.

CanallaTres: Dios mío, sí. Me muero por saberlo. Espera. Deja que me desabroche los pantalones.

Esta vez me echo a reír. Sé que está de broma y le sigo el juego.

BañadorDeLangostas: De hecho, yo también lo haré. Es muy apropiado que tengamos la polla al aire para este dato tan divertido.

CanallaTres: Ya la tengo fuera. Muy bien. Sexo de babosas. Vamos, nene.

BañadorDeLangostas: Vale, ¿estás listo?

CanallaTres: Sorpréndeme. Haz volar mi imaginación.

BañadorDeLangostas: Las babosas marinas tienen peleas de penes.

Tras la revelación sobreviene un silencio absoluto.
Veo aparecer los tres puntos que indican que está escribiendo.
Luego desaparecen. Vuelven a aparecer. Desaparecen.
Al fin aparece un mensaje.

CanallaTres: Ni siquiera sé qué decir ante eso. Supongo que... ¿Por qué? ¿Cómo? ¿¿Por qué??

No puedo dejar de reírme mientras escribo una respuesta.

BañadorDeLangostas: Es exactamente como suena.
Como dos espadas chocando entre sí.

CanallaTres: ¿CHOCANDO? ¿Tienen los penes de metal?

BañadorDeLangostas: No, jajaja. VALE, analogía equivocada. En esencia, hacen esgrima con sus penes. La pelea determina cuál se pone encima y cuál debajo.

CanallaTres: Dios mío, ¿en serio?

BañadorDeLangostas: Te lo juro. Busca «esgrima de penes de platelmintos». Te espero.

Y la gente se pregunta por qué estudio el comportamiento animal. Es infinitamente fascinante.

Antes de que Canalla vuelva a escribir, hay otro largo silencio. Espero que esté mirando una foto de los penes de las babosas marinas.

CanallaTres: Eres una compañía divertida, señor Langosta.

BañadorDeLangostas: No me gusta presumir, pero...

CanallaTres: Estaba a punto de sugerir que deberíamos hacerlo nosotros cuando nos conozcamos en persona. Para decidir cuál de nosotros es el que da y cuál el que recibe, pero no tiene sentido.

Se me acelera el pulso de inmediato. Este tema no debería resultarme tan interesante.

BañadorDeLangostas: ¿Por qué?

CanallaTres: Porque te metería la polla en el culo yo. Fin.

Trago saliva al darme cuenta de que no me horroriza la idea. Hay que probarlo todo en la vida, ¿no? Por la ciencia.

BañadorDeLangostas: Ah, ¿sí? Entonces, ¿tomas tú todas las decisiones?

CanallaTres: La mayoría de ellas, sí.

BañadorDeLangostas: ¿Y qué pasa si no me gusta?

CanallaTres: Entonces no seríamos sexualmente compatibles. Pero tengo el presentimiento de que te gustaría. O, al menos, de que estás más abierto a ello de lo que se esperaría de un trío para un cumpleaños.

Echo un vistazo a mi entrepierna y veo que ya me aprietan los *boxers*. Es muy difícil rebatirlo. Difícil y duro, sobre todo duro.

CanallaTres: Imagínate esto: estoy detrás de ti, con la mano agarrándote esa polla dura como una roca. Te masturbo mientras te la meto.

Ya ni siquiera puedo tragar, mi boca ha pasado de estar seca a árida. Siento como si me la hubieran llenado de algodón. Cada una de las palabras que acaba de escribir ha enviado un chisporroteo de lujuria por mi cuerpo. Puedo imaginármelo. Y tiene razón. Creo... Creo que tal vez quiera saber lo que se siente.

Pero eso no es lo único que quiero y, aunque los dedos me tiemblan mientras escribo, me las ingenio para dejar mis necesidades claras.

BañadorDeLangostas: Eso suena tentador. Pero también lo contrario, metértela mientras te corres en mi mano. Así que, naturalmente, mi cerebro científico se pone en marcha y se pregunta: ¿qué opción sería mejor? Mi respuesta es: vamos a probar ambas.

Todo eso es pura bravuconería. Ahora mismo estoy comportándome de una forma totalmente temeraria. No hago proposiciones sexuales a los chicos. Pero tenía que probar. Al escribirlo parece aún más real. Me lleva un paso más al precipicio. Y me pregunto si realmente tengo los huevos de saltar. O si solo es palabrería.

Dios, me encanta la idea. Me gusta más de lo que nunca había permitido que lo hiciera. ¿Qué pensaría Annika si me viera ahora?

¡Annika! Su recuerdo es cada vez más discordante. ¿Qué demonios está pasando aquí? La conversación ha empezado con Canalla preguntando qué le gusta a Annika en la cama y, de algún

modo, se ha convertido en un debate sobre quién debería follarse a quién.

Respiro hondo y trato de digerir todo esto cuando por fin llega una respuesta.

CanallaTres: Ya que probablemente solo sea una hipótesis científica, acepto el trato. ¿La primera vez? Te follo yo. ¿Si hay una segunda vez? Me follas tú.

Tiene razón. De todos modos, esto solo es hablar por hablar. Si alguna vez conozco a CanallaTres en persona, la protagonista será Annika.

Entonces, ¿por qué me cuesta tanto acordarme de ella cuando chateo con él?

Tengo la polla dura como una piedra dentro de los gayumbos. Me paso la mano por ella de forma distraída y siento que me empiezan a palpar las pelotas.

BañadorDeLangostas: Tengo que irme.

BañadorDeLangostas: Se está haciendo tarde.

CanallaTres: Sí, sí. Siéntete libre de echarle un vistazo a mis fotos mientras liberas tensión dentro de unos minutos.

Dios.

BañadorDeLangostas: Sal de mi cabeza.

CanallaTres: No es tu cabeza lo que quiero. Duerme bien y sueña conmigo, nene. O con babosas marinas.

El punto verde al lado de su icono se apaga.

Dejo el teléfono y luego deslizo la mano por el elástico de los *boxers*. A continuación, hago lo que hacen los chicos cuando necesitan liberar tensión. Y trato de no pensar demasiado en por qué lo necesito tanto.

8. Se lía una buena

Luke

Otra semana brutal de deberes para la universidad y trabajo. Las horas extra de camarero me están matando, pero al menos los planes para el baile están cogiendo forma.

Por desgracia, el motor de la moto hace un ruido metálico cada vez que giro en una intersección. Puede que solo haga falta apretarle la cadena, pero tengo todas las herramientas en el garaje de mi madre.

Por esa razón me paso por allí el domingo, como mamá me pidió. Además, la comida gratis es comida gratis.

Aunque sentarse al lado de mi hermano Joe en esta mesa enana no es fácil. ¿También tenía esta sensación de falta de espacio cuando aún vivía aquí? La única que habla es mamá, Joe solo come y asiente con la cabeza cuando cree que debe hacerlo.

En realidad, no es una mala estrategia.

Joe se recuesta en la silla como un rey mientras mi madre le sirve otra porción de macarrones con queso caseros.

—Hay más huevos rellenos —dice mientras le ofrece también ese plato.

Juro por Dios que, mientras Joe estuvo en la cárcel, mi madre se pasaba el día dando vueltas por la casa, preocupada. Pero no se preguntaba por qué su hijo se había convertido en un delincuente.

No, nuestra madre no es así. Se preguntaba si estaba comiendo suficiente.

A mí no me ofrece una segunda ración y yo tengo demasiado orgullo como para tratar de alcanzar el plato, así que apuro el agua del vaso y me excuso.

—Tengo que abrir el garaje para buscar una llave inglesa, ¿vale?
—Empujo la silla hacia atrás.

—¡Espera! —dice mi madre—. No he tenido la oportunidad de contarte la gran noticia.

Me detengo con cautela.

—Vale. ¿Qué pasa?

—¡Vamos a abrir un negocio de mantenimiento! —anuncia mientras aplaude—. Yo tomaré los recados y Joe saldrá y hará las reparaciones.

Dios santo. Claro, todo el mundo quiere que un delincuente entre en su casa.

Me hace falta una fuerza de voluntad colosal para no decir lo que pienso.

—Eso es fantástico, mamá. Podría ser bueno para los dos.

Es cierto que Joe lo tiene difícil para encontrar un trabajo. Si marcas la casilla de delincuente convicto en la solicitud, nadie te devuelve la llamada.

Por otra parte, si hubiera pensado en eso antes de entrar en las casas para robar televisores de pantalla plana, tal vez no sería ese perdedor de veintiséis años que todavía vive a costa de mamá, ¿no?

Hago ademán de levantarme, pero mamá me coloca una mano en la muñeca.

—Cariño, necesito un favor. ¿Tienes quinientos dólares para invertir en nuestro negocio?

—Invertir —repito como un tonto.

Esa palabra se utilizaría tal vez para hablar de un fondo común. Darle dinero a mamá y Joe sería tan productivo como prenderle fuego. No, sería incluso menos productivo. Al menos con el fuego podrías asar malvaviscos.

—Solo sería un préstamo —dice—. Tenemos costes iniciales. Necesitamos una escalera extensible y poner un anuncio en el periódico.

—¿No sería más barato un anuncio en internet? —pregunto sin poder contenerme.

Me interesan los negocios, pero no puedo ofrecerme a ayudarlos con esta pequeña y triste empresa. No me voy a dejar arrastrar por sus problemas.

Tienen demasiados.

—¡Tal vez! —dice mamá, que me agarra la muñeca. Debe de ser obvio que quiero irme.

—Ahora mismo no tengo dinero —digo con la esperanza de zanjar la conversación—. Me encantaría ayudar, pero no puedo.

Parpadea. Y luego vuelve a hacerlo. Es hora de otro numerito de lágrimas y culpabilidad.

—Este viernes, tengo que pagarle setecientos dólares a la fraternidad —le digo. Y es cierto—. Y tengo que comer, echarle gasolina a la moto...

Suspiro.

—Solo esta vez —me ruega—. Por favor, piénsatelo.

—Lo haré. —Sueno más hosco de lo que pretendía—. Veré qué puedo hacer.

La verdad es que si hago más turnos extra tras la barra la próxima semana podría darle el dinero. Pero ya le he prestado dinero antes, y nunca me lo devuelve.

¿Y acaso eso está bien? En serio, si simplemente me lo pidiera y no me dijera que me lo va a devolver, no me sentiría tan utilizado cuando me pide dinero.

Huyo al garaje en busca de paz. Si tengo suerte, el traqueteo que hace la moto solo será la cadena suelta.

Encuentro la llave dinamométrica y me arrodillo en el suelo del garaje para ver mejor.

En efecto, la cadena se ha aflojado un poco. Puedo arreglarlo. O tal vez no. Se necesita el peso de alguien encima de la moto para

darle tensión. O tal vez haya otra manera de hacerlo. Saco el teléfono para buscar una solución en Google. Sinceramente, sería más fácil poner en equilibrio unos ladrillos en la moto que pedirle ayuda a un miembro de mi familia.

Tengo un mensaje nuevo en Vicio, así que lo abro porque carezco de autocontrol. BañadorDeLangostas y yo hemos seguido escribiéndonos esta semana. Es divertido hablar con él; las conversaciones siempre empiezan charlando sobre algo aleatorio antes de pasar de forma inevitable al sexo.

Creo que es un patrón. Langostas se siente atraído por mí, y probablemente por los hombres en general, pero se siente culpable. Cada vez que lo pongo loco, desaparece durante uno o dos días. Aunque siempre vuelve.

BañadorDeLangostas: El dato sobre comportamiento animal de hoy trata de los canguros.

Hay un enlace, así que hago clic en él. En la pantalla aparece un vídeo de un canguro, claro. Y se está...

¿En serio?

CanallaTres: ¿Se está masturbando ese canguro?

Su respuesta es tan rápida que me queda claro que estaba esperándome.

BañadorDeLangostas: Claro que sí. ¿De verdad creías que los humanos serían los únicos en descubrir que puedes sacarle brillo al sable tú solo?

CanallaTres: Supongo que he visto a perros lamerse las pelotas, pero pensé que se necesitaban pulgares oponibles

para las guarradas de verdad.

BañadorDeLangostas: Los delfines se lo montan con objetos inanimados. Y, en ocasiones, algún buceador.

CanallaTres: Dios mío. ¿Montado por un delfín? Es el colmo.

Estoy sentado en el suelo del garaje partiéndome de risa.

BañadorDeLangostas: Muchos primates se masturban, incluidas las hembras. Los murciélagos incluso se masturban mientras están colgados boca abajo. Y sí, se lía una buena.

Me muero.

—¿Qué tiene tanta gracia?

Levanto la vista con rapidez cuando mi hermano aparece por la esquina.

—Nada —digo, mientras escribo apresuradamente.

CanallaTres: Tengo que irme, el gilipollas de mi hermano me está tocando las narices.

Metó el teléfono en el bolsillo y me levanto.

—Oye, lo del dinero... —comienza Joe.

—¿De eso quieres hablar conmigo? *Quelle surprise*. —Se pone de los nervios cada vez que le recuerdo que estoy estudiando francés. O que soy bueno en algo, en realidad.

—Mira —dice sin morder el anzuelo—, tengo una idea mejor.

Muero de ansias por oírla.

—Vives en esa fraternidad en la que todos son niños ricos, ¿no? Lo único que necesitamos es un ordenador, Lukey. Solo uno valdrá más que los quinientos dólares que quiere mamá.

La tensión arterial se me dispara en cuestión de dos segundos.

—Esa es la peor idea que has tenido jamás. Ahora todos los portátiles tienen una aplicación que se llama «Encuentra mi dispositivo». Tendrías a la policía en la puerta en una hora. ¿De verdad quieres volver a prisión?

—¿No te gusta mi idea? —se burla—. Entonces, danos el dinero, maricón. Los dos sabemos que puedes.

Trato de controlar la ira. Solo mi hermano usaría un insulto homófobo mientras intenta convencerme de que le dé dinero.

—Estoy pensando, ¿vale? Hazme el favor más fácil del mundo y siéntate en la moto. Tengo que ajustar la cadena.

Se lo plantea durante un momento, y es tan terco que me hace creer que no hará esta nimiedad por mí, pero al final levanta una pierna por encima de la moto y apoya su peso sobre ella. Agradecido, me agacho y ajusto el mecanismo rápidamente con la llave dinamométrica.

—Mira, la verdad es que no tengo quinientos dólares de más. Tendría que trabajar horas extra para conseguirlos. Y solo si me ofrecen los turnos.

—Entonces, ¿qué tal si haces eso? —dice—. Si no, le contaré a mamá a qué te dedicas en realidad para ganar la mayor parte de tu dinero, y no es estar detrás de una barra.

Es bueno que no pueda verme la cara, porque se me da fatal disimular la sorpresa que siento. ¿Cómo diablos sabe que trabajo en el club?

Respiro profunda y lentamente y luego le desmonto el farol.

—Me da igual que se lo digas a mamá. A ella le da todo igual siempre que pueda tratarme como un cajero automático.

Pero yo también me estoy marcando un farol. Según qué persona, sí me importa que sepa a qué me dedico. Mi futuro podría peligrar si Joe se lo dijera a los hermanos de la fraternidad. Si hicieran una broma echándome una foto o grabándome el culo en el

escenario, eso podría terminar en internet. Y si se asocia a mi nombre real...

No puedo permitir que eso suceda. El año que viene solicitaré trabajos por todo el país. Y «*stripper* masculino» no puede ser lo primero que aparezca cuando alguien busque mi nombre.

No hay nada de malo en bailar. O desnudarse; lo que sea. Pero no me puedo permitir ser el remate de un chiste.

—Que sean seiscientos, entonces —dice Joe mientras toqueteo la cadena de la moto—. Uno de esos billetes de cien me lo das en privado.

«¡Que te jodan! —quiero gritar—. Que te den, que le den a mamá, que le den a todo este puto planeta».

Pero no lo hago.

—Vale —contesto.

Como si tuviera alguna otra opción.

9. ¿En serio, BañadorDeLangostas?

Luke

Interactuar con mi familia siempre me pone de un humor de perros, y esta noche hace que me resulte difícil concentrarme en los estudios. Al final me doy por vencido. El trabajo sobre Historia de la economía puede esperar hasta mañana. En realidad, lo único que me queda por hacer es retocar algunos párrafos, escribir la conclusión y luego revisarlo todo. Si trato de hacer algo de eso sin estar lúcido, al final tendré que volver a hacerlo mañana.

Así que me dejo caer en la cama y abro Vicio. Charlar con BañadorDeLangostas siempre me levanta el ánimo. Hago clic en la bandeja de entrada y sonrío cuando descubro que ya tengo un mensaje de él esperándome.

BañadorDeLangostas: Esta mañana me he despertado y me he masturbado con una foto de tus abdominales. Y luego he pensado: ¿me estoy masturbando con unos abdominales? ¿Por qué ese cabrón no me ha enviado todavía una fotopolla?

Me río a carcajadas. Sí, en solo dos segundos, este tío ha logrado hacerme reír. En mi vida normal casi no me río y, si lo hago, normalmente es de forma sarcástica. Pero Langostas me provoca

una diversión genuina. Es gracioso y *sexy*, y es exactamente lo que necesito esta noche. Me olvido del trabajo. Esto es mucho más divertido.

CanallaTres: Ajá. ¿Por qué no me has enviado TÚ una fotopolla?

BañadorDeLangostas: Nunca me la has pedido.

Sí, nunca lo he hecho porque pensaba que se asustaría y se marcharía a hibernar. Ahora bien, si se siente juguetón otra vez, estoy totalmente dispuesto. Tal vez me deje hacer que se corra en directo otra vez.

CanallaTres: Voy a decirte una cosa. *Quid pro quo*. Intercambiaremos fotopollas. Además, si tu chica está dispuesta, no me importaría ver sus tetas y su culo.

Como sus mensajes anteriores han aparecido en cuestión de segundos, la tardanza de ahora me hace sospechar. ¿He pedido algo fuera de lugar?

Pero no, no puede ser. Langostas propuso un trío y lo único que he visto de su chica hasta ahora es una foto de ella en bikini. Si voy a acostarme con los dos, estaría bien ver fotos de los dos.

«Sin embargo, ni una sola vez me has sexteado sobre este supuesto trío...».

Me pongo rígido. Y no en la parte baja de mi cuerpo. Tenso los hombros mientras dejo que la inquietante idea me invada.

BañadorDeLangostas: Déjame ver qué puedo hacer.

La vaga respuesta me hace fruncir el ceño. Algo va mal. Tal vez mis sospechas sean completamente ridículas, pero no puedo evitar hacer una pregunta directa.

CanallaTres: ¿Esa novia existe, BañadorDeLangostas?

Esta vez, la tardanza en responder no me sorprende. De hecho, estoy convencido de que podría ser una prueba más para respaldar mis sospechas. Langostas apenas menciona a su novia. Sí, la foto de perfil muestra a dos personas, una de ellas claramente es una chica atractiva. Y no creo que sea cosa de Photoshop ni nada de eso; estoy seguro de que en algún momento tenía novia. Joder, tal vez todavía la tenga y lo único falso es el trío.

Pero tengo la sensación de que este chico no quiere que me los folle a él y a su novia. Quiere que me lo folle a él, y punto.

BañadorDeLangostas: Lo siento, estoy confundido. Tengo novia; no mentiría sobre eso. No entiendo por qué crees que lo haría.

Decido actuar con cuidado porque, al fin y al cabo, me gusta hablar con él. No estoy preparado para perder esta conexión todavía. Pero tampoco tengo tiempo para juegos.

CanallaTres: Es que nunca la mencionas en nuestras charlas.

Responde mientras todavía estoy escribiendo.

BañadorDeLangostas: Eso no es cierto. Una vez dije que le gustaría mirarnos.

CanallaTres: Cierto. Lo dijiste. Pero... no la incluyes en las sesiones de sexo. Si vamos a hacer un trío, ¿no deberíamos discutir cómo encaja el tercer miembro en esto?

BañadorDeLangostas: Por supuesto que tienes razón. Pensé que todavía estábamos tratando de averiguar si puedo gestionar el sexo con un chico sin gritar y salir huyendo.

CanallaTres: Cariño, creo que eso quedó claro después de nuestra primera conversación. No saldrás huyendo. Gritando..., tal vez ;) En realidad, más bien gimiendo. Gimiendo a gritos.

BañadorDeLangostas: Alguien está seguro de sí mismo.

CanallaTres: Sí, lo estoy. De todos modos... Bueno, no me preocupa si vas a disfrutar o no de mi presencia. Ahora estoy más preocupado por cómo reaccionarás al verme cerca de tu chica.

BañadorDeLangostas: ¿A qué te refieres?

CanallaTres: A ver, voy a tocarla. ¿Lo sabes, no?

BañadorDeLangostas: Obviamente.

Esta vez frunzo los labios. Su forma de responder ha sido muy arrogante. No sé si está fingiendo, actuando como si no le importara la idea de que su novia se acostara con otro, o si realmente le da igual.

CanallaTres: Voy a besarla, voy a poner mi boca en sus tetas, en su clitoris. Puede que le meta la polla.

BañadorDeLangostas: Soy muy consciente de ello.

¿Está siendo desagradable? Eso ha sonado como si estuviera a la defensiva. Mierda, ojalá fuera más fácil captarle el tono a través de los mensajes de texto.

BañadorDeLangostas: Ese es el objetivo de un trío, Canalla. Tú la tocarás, yo la tocaré... Tú me tocarás, y ella y yo te tocaremos.

CanallaTres: ¿Y estás totalmente de acuerdo con todo esto?

BañadorDeLangostas: ¿Estaría en esta aplicación si no fuera así?

Trato de averiguar la mejor manera de responder, pero mientras estoy buscando las palabras, vuelve a insistir.

BañadorDeLangostas: ¿Por qué otra razón estaría en esta aplicación?

CanallaTres: Muchos chicos que sienten curiosidad por la idea de la bisexualidad y gays que están en el armario utilizan aplicaciones como Vicio para llevar a cabo fantasías que no pueden cumplir en la vida real. Y me parece bien. El sexteo no es más que eso. No me importan las razones de los demás para estar aquí. Supongo que lo que estoy diciendo es que, si fueras uno de esos curiosos y no

tuvieras novia, no me importaría y no habría necesidad de fingir.

BañadorDeLangostas: Te prometo que tengo novia.

CanallaTres: Vale.

BañadorDeLangostas: ¿Te decepciona? Jajaja, no sabría decirlo.

¿Me decepciona? No puedo descifrar por completo la tensión que siento en el estómago. Me gusta hablar con este chico. Es fácil. Y claramente somos sexualmente compatibles, al menos en teoría. Pero también le eché un vistazo a su perfil porque en ese momento realmente tenía ganas de un trío. Disfruto follando con mujeres, me encanta. Y no puedo negar que su chica tiene un cuerpazo que me pone tan cachondo como el suyo.

CanallaTres: No hay decepción por mi parte. Estoy deseando poneros la boca encima a los dos.

BañadorDeLangostas: ¿Ah, sí?

CanallaTres: Sí. Tu novia tiene unas tetas increíbles. ¿Son tan *sexys* por debajo del bikini como parecen?

BañadorDeLangostas: Sí. Respingonas, unas tetas perfectas. Con pezones de un tono rosado oscuro que se le ponen muy duros cuando está cachonda.

CanallaTres: ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? Si no te importa que pregunte.

Me doy cuenta de que me estoy alejando del tema del sexo, pero tenía la pregunta en la punta de la lengua y tenía que escribirla. No me importaría saber qué tipo de relación tienen antes de lanzarme en medio de ella.

BañadorDeLangostas: Años. Desde el instituto.

CanallaTres: ¿Es la única chica con la que te has acostado?

BañadorDeLangostas: Sí. ¿Y supongo que tú te has acostado con cientos?

CanallaTres: ¿Cientos? ¿Estás loco?

CanallaTres: Más bien miles... ;)

BañadorDeLangostas: 🙄

CanallaTres: En serio, me he acostado con muchas mujeres. Más mujeres que hombres, para ser sinceros.

BañadorDeLangostas: Ah, me parece sorprendente.

CanallaTres: ¿Por qué?

BañadorDeLangostas: Porque suenas muy seguro de ti mismo cuando se trata de sexo entre chicos. Hablas como si lo hubieras hecho innumerables veces.

CanallaTres: Bueno, a ver, lo he hecho. Solo que no tanto como con chicas.

BañadorDeLangostas: ¿Qué te gusta más? ¿Los hombres o las mujeres?

CanallaTres: Es una pregunta complicada. Son dos experiencias muy distintas.

BañadorDeLangostas: ¿Has tenido alguna relación larga con un chico o una chica?

CanallaTres: Salí con una chica en el instituto durante un año. Y estuve con un chico durante dos meses en el primer curso de la universidad.

BañadorDeLangostas: ¿Tenías alguna preferencia entonces?

CanallaTres: En realidad, no. Aunque a veces es más fácil hablar con un chico. No digo que los hombres no sean tan sentimentales como las mujeres, obviamente tenemos sentimientos, pero creo que las conversaciones profundas con las chicas a veces son más difíciles. Es como si esperaran que les leyera la mente o que sintiera lo mismo que ellas frente a ciertas situaciones.

BañadorDeLangostas: Te entiendo. Mi novia espera que sepa lo que está pensando y sintiendo siempre. Bueno, llevamos juntos tanto tiempo que prácticamente lo sé, jajaja.

CanallaTres: ¡Ja!

BañadorDeLangostas: Pero es cierto: no es fácil hablar con ella. Es como si pensara que todos los problemas tienen una única solución, y eso no es siempre así. A veces

hay muchas soluciones y tienes que analizar cada una antes de decidir qué hacer.

CanallaTres: Siempre se me olvida que eres un científico aburrido. ¿Tu novia también es una friki de las ciencias?

BañadorDeLangostas: No, no se acerca ni por asomo a mi genialidad.

CanallaTres: Que sepas que estoy poniendo los ojos en blanco.

BañadorDeLangostas: Mola un montón. Es inteligente, franca, y agresiva si te metes con ella. Te gustará.

Vacilo un instante antes de escribir:

CanallaTres: Y asumo que ¿la quieres?

BañadorDeLangostas: Sí.

No hay vacilación en esta parte. Excepto que luego añade:

CanallaTres: Es mi mejor amiga. Llevamos juntos una eternidad.

CanallaTres: ¿Qué opina sobre este trío?

BañadorDeLangostas: Fue idea suya, ¿recuerdas? Es lo que quiere para su cumpleaños.

CanallaTres: Claro, eso ya lo sé. Lo que quiero decir es, ¿qué opina de un trío conmigo? Le has hablado de mí, ¿no?

BañadorDeLangostas: Eh...

Levanto las cejas. ¿Está de broma? ¿No le ha hablado al tercer miembro de nuestro trío del chico con el que ha estado sexteando durante casi dos semanas?

BañadorDeLangostas: Antes de que saques conclusiones precipitadas, no es por eso que dijiste antes sobre los chicos con curiosidad por la bisexualidad y las novias falsas. Ella es real, y es la hostia. No le he hablado de ti todavía porque hasta ahora aún estaba..., no sé, «investigándote». Mi chica es muy importante para mí y no quiero que intime con cualquiera, ¿sabes?

Lo que dice tiene todo el sentido del mundo.

Y, sin embargo, no lo creo.

Sigo indagando con cuidado:

CanallaTres: Vale. ¿Cuándo planeas hablarle de mí? ¿Cuándo vamos a hacer el trío?

BañadorDeLangostas: Se lo diré esta semana, si eso te hace sentir mejor.

No estoy seguro de si me hace sentir mejor o no, así que no respondo. Simplemente, dejo que siga escribiendo.

BañadorDeLangostas. En cuanto a cuándo lo vamos a hacer... Su cumpleaños es justo después de las vacaciones de Navidad. El 4 de

enero. Incluso cae en fin de semana. ¿Te va bien?

Los fines de semana son complicados porque es cuando bailo, pero si esto va en serio, lo cuadraré.

CanallaTres: Claro. Os anoto a los dos para una sesión de sexo alucinante el 4 de enero.

BañadorDeLangostas: Perfecto. Esta semana hablaré con ella de todo.

CanallaTres: No olvides hablarle de mi enorme polla.

BañadorDeLangostas: Puf, será el primer punto del día. Ahora, ¿qué tal si te la sacas y me envías esa foto?

CanallaTres: Pronto. Habla con tu chica primero.

BañadorDeLangostas: Lo haré.

10. Un éxito rotundo

Keaton

—¡Novatos! —gruño hacia el bar instalado en la esquina de la gran carpa—. Tenéis diez minutos para abrir esos barriles.

—¿Cuántos para empezar? —pregunta Jimmy con su acento sureño.

—Tres. No, cuatro. Empezaremos la fiesta justo cuando las puertas se abran en diez minutos.

La semana pasada fue un infierno entre los entrenamientos de fútbol, estudiar para los exámenes finales y organizar esta fiesta. Pero lo he conseguido, joder. Y estoy seguro de que va a ser genial.

—¿Keat? —grita Tanner desde la entrada de la carpa—. ¿Estás esperando a un florista?

—Mierda. ¿Te podrías encargar tú? Te van a dar cien *leis*.

Tanner frunce el ceño.

—¿Te refieres a las patatas fritas?

—No, por Dios. Es un collar de flores hawaiano.

—Ah, claro. —Desaparece.

—¿Flores? —dice Luke Bailey de forma seca. Está de pie en el centro de la carpa, observando mi trabajo—. Eso no debe de haber sido barato.

Paso de él, aunque no se equivoca: las flores me han costado un dineral. Pero no me importa. Esta fiesta tiene un presupuesto concreto y estoy seguro de que ya he gastado más de lo debido. La

única forma de organizarla rápido era evitar preocuparse por los precios. Además, a mi padre no le va a importar. No si lo gasto para garantizarme la presidencia.

—¡Keat! —Tanner regresa a la carpa con una caja gigante de collares de flores—. Hay unas ciento cincuenta chicas de la hermandad fuera, esperando entrar.

Luce una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Solo ciento cincuenta? —bromeo. Pero si evaluáramos en base a la asistencia, esto sería pan comido—. Deja las flores cerca de la puerta. Dale un collar a cada chica que entre. Y no olvides la norma, ¿vale? El código de vestimenta solo admite trajes de baño. No, mejor ropa de playa —digo, cambiando de idea. No todo el mundo quiere llevar bañador en público—. Basta con que parezca que lo han intentado.

—¿Nos vamos a congelar el trasero? —se queja Jako. Está de pie cerca de su amigo Luke, y ambos parecen descontentos.

—¿Crees que no he pensado en ello? Pues sí que lo he hecho. —Chasqueo los dedos hacia los novatos de la esquina—. Ha llegado la hora, chicos. Encended las lámparas de infrarrojos.

Jimmy se apresura a hacer lo que ordeno. Un instante después, el cálido resplandor naranja de las lámparas de infrarrojos les ilumina la cara.

Tanto Luke como Jako levantan la barbilla para admirar mi trabajo. De hecho, Jako silba.

—Por el amor de Dios —se queja Bailey—. Intenta no parecer tan impresionado.

Su amigo se ríe.

—Tío, estamos en la playa. En diciembre.

—Qué original —dice Luke con una sonrisa burlona—. Una fiesta de playa en una fraternidad. ¿Quién lo habría imaginado?

Pone los ojos en blanco en un gesto que lo hace parecer insoportable. Tiene razón a medias. Muchas fraternidades organizan fiestas playeras en primavera. Llenar el patio con dos camiones llenos de arena no es una idea nueva. Pero ¿hacerlo en esta época del año? Superdivertido.

—Gracias por tus útiles aportaciones, Bailey. Pero esto va a ser una locura: la única fiesta invernal en todo el campus con invitados medio desnudos bailando hasta el amanecer. Y ni siquiera se ensuciará la casa, como ocurre en la mayoría de las fiestas de invierno. De nada.

Luke mira a su alrededor con expresión de enfado. Pero también vislumbro un atisbo de envidia.

Y debería sentirla, porque he pensado en todo. Además de la cerveza de buena calidad, hay ponche con sombrillitas de adorno. El grupo de percussionistas con tambores metálicos que he contratado está calentando motores, dándole al ambiente un sonido tropical. Cuando terminen su actuación, el *DJ* subirá al escenario y pondrá a bailar a todo el mundo.

Los hermanos ya están impresionados. Y como conozco bien a todo el mundo, he elegido los detalles con cuidado. La mitad de los barriles están llenos de la cerveza preferida de Paxton y la otra mitad, de la cerveza preferida de Reed. El ponche tiene ron, que a Owen y Zimmer les encanta. Y el *DJ* es el favorito de Munsen. Incluso he conseguido un montón de aros para realizar un concurso de *hula-hoop* porque a Mithani le encanta mover las caderas. La mejor parte es que lo he organizado todo en tres días. Una vez que dejé de entrar en pánico cada vez que pensaba en cómo organizar una fiesta original y revolucionaria y empecé a preguntarme qué les gusta a mis amigos, fue fácil.

¿A quién no le gusta la playa, eh?

A todos, excepto a Luke Bailey, al parecer. Pero a este tío no le gusta nada y por eso sabía que no debía perder el tiempo tratando de impresionarlo.

—Será mejor que te prepares —me advierte—, porque tienes a ciento cincuenta mujeres fuera.

—Lo sé. —Sonrío.

—En traje de baño —añade—. Con frío.

Oh, mierda. Miro el reloj.

—¡Tanner! Abre las puertas, venga. No puedo hacer esperar a mi público.

—Claro, tío —asiente mi amigo—. Pero, eh, tú aún no estás listo.
—¿Qué?

Miro de nuevo a mi alrededor. Claro que estoy listo. La arena es perfecta, las lámparas calientan la carpa, las bebidas están preparadas y la música ha comenzado.

—Has armado un gran escándalo respecto a que todos llevemos el bañador —dice Luke, que se quita la camiseta para enseñar esos abdominales marcados que tanto le encanta exhibir—. ¿Dónde está el tuyo?

Miro hacia abajo. Llevo pantalones deportivos y zapatillas de correr.

Mierda.

—Vuelvo enseguida —digo, y luego corro hacia la parte trasera de la carpa.

Oigo al gilipollas de Bailey reírse mientras me marchó. Da igual. Esta fiesta es increíble y él tiene mal perder.

—¿Y tu bañador? —pregunta Annika mientras troto por delante de donde ella y su amiga Lindy están colgando la última tira de luces con forma de chiles que rodean el perímetro.

—¡Ya! —grito—. ¡Vuelvo en un pispás!

—¡Gran fiesta, cariño! —grita—. ¿Me reservas el primer baile?

—¡Por supuesto!

Cruzo el césped a toda velocidad y luego subo las escaleras de dos en dos.

Es así en todas las grandes fiestas que he organizado en Alfa Delta; siempre hay un pequeño detalle que se me olvida entre tanto caos. Mientras abro apresuradamente la puerta de mi habitación, me pregunto dónde estará mi bañador. No me lo he puesto desde el verano.

En cuanto entro, abro el cajón de arriba, aparto los *boxers* a un lado y busco el estampado de langostas rojas. Pero no está aquí. Frenético, abro el siguiente cajón. Y el siguiente.

Nada. Pero, de repente, caigo en la cuenta: estoy buscando el bañador incorrecto. Ese bañador está en nuestra casa de los

Hamptons. Vuelvo a abrir el cajón de arriba y saco mi otro bañador favorito al primer intento. Es azul, con veleros amarillos y blancos por todas partes.

Me bajo los pantalones, me pongo el bañador azul y suspiro aliviado.

* * *

La fiesta es un éxito rotundo. Quedo en cuarto lugar en el concurso de *hula-hoop* porque el anfitrión tiene que causar buena impresión. El *DJ* está poniendo una música genial, los novatos están haciendo un gran trabajo al atender a la gente y los cumplidos que he recibido esta noche siguen acumulándose.

A la una de la madrugada ya voy contentillo, y tengo arena entre los dedos de los pies. No queda ponche, pero la cerveza sigue fluyendo. La pista de baile está abarrotada y Annika y yo estamos en el centro.

—Mira —dice, apretándome el brazo con el que la rodeo—. Tanner está pasando una buena noche.

Tras una rápida ojeada a mi alrededor, lo veo despatarrado contra un tiburón inflable, liándose con una tía buena en bikini. «¡Vamos, Tanner!». A veces le falta confianza, pero parece que esta noche no es así.

¿Ves? Mi fiesta de playa es medicina para el alma. Me siento todo un presidente.

La música se vuelve más lenta y aprieto a Annika contra mi pecho mientras le coloco una mano en la cadera. Examino mi reino, observando a todos los alegres asistentes.

—¿Qué ves? —pregunta Annika por encima del hombro—. ¿Como qué animal nos vamos a comportar esta noche? ¿Como ninguno, no? Los animales son demasiado inteligentes para hacer eso. —Señala a algunos novatos borrachos tratando de hacer un pulso en la barra.

—No, no lo son. —Le doy un beso en la frente—. Están los monos de Saint Kitts que roban cócteles y se emborrachan. Su tolerancia al alcohol está distribuida dentro de su sociedad igual que

ocurre en los humanos. Están los bebedores sociales, que constituyen la mayor parte. Después hay unos cuantos a los que no les gusta el alcohol, y luego están los hermanos de la fraternidad, unos borrachos.

Annika se da la vuelta en mis brazos y me sonrío.

—Eres fascinante hasta el infinito, Keaton Hayworth tercero.

Aprieta su cuerpo contra el mío y baila más pegada. Yo apoyo la barbilla en su hombro y giramos lentamente con los pies descalzos en la arena.

La noto suave y cálida contra mí; sus tetas respingonas me rozan los pectorales. Hace más de una semana que no nos acostamos, ya que mi libido tiende a hundirse bajo tierra como una marmota asustada cuando estoy estresado. Tampoco he sexteado con CanallaTres. Hemos intercambiado unos cuantos mensajes, pero él parecía tan ocupado como yo.

Annika también estaba abrumada y, como llevamos juntos cinco años, una semana sin sexo no es algo que realmente nos asuste. Hemos pasado periodos de sequía mucho más largos y ninguno de los dos se ha quejado nunca. La fiesta continúa a nuestro alrededor. Fijo la vista en Dan Zimmer, el único hermano de Alfa Delta que es abiertamente gay. Nunca lo había visto al acecho antes, pero, Dios santo, le está comiendo la boca a un chico. Mientras los observo, inclinan la cabeza para tener un mejor ángulo para el beso.

El otro chico, un tío rubio con unos pantalones cortos de color amarillo chillón, rodea con un fuerte brazo la cintura desnuda de Dan. Están pecho contra pecho mientras se devoran la boca, dándose un beso famélico tras otro.

Cuando la conquista de Dan le desliza la mano por el trasero y le da un provocativo apretón, empiezo a notar la polla dura e hinchada. Sé que debería apartar la vista.

Dejo caer los labios sobre el cuello de Annika y beso su cálida piel.

Aun así, todavía puedo verlos. Los miro sin disimulo mientras se enrollan y se chocan los pechos desnudos. Y me pregunto qué se

siente cuando unos pectorales firmes chocan contra los tuyos. Tal vez ese sea el camino de la felicidad.

«Maldita sea». Me obligo a cerrar los ojos, pero la imagen sigue ahí, tentándome. Esta curiosidad se está volviendo un inconveniente. Y los mensajes con CanallaTres solo la intensifican.

Le prometí que le hablaría a Annika de él esta semana, pero lo he estado posponiendo. Con la excitación vibrando en la sangre al ver la muestra de afecto público de Dan y la sensación de las tetas grandes de Annika aplastadas contra mi pecho, decido que este es el momento.

—Puede que haya encontrado un candidato —me escucho susurrar al oído de Annika.

—¿A qué te refieres? —murmura como respuesta, mientras me acaricia suavemente la nuca con las manos entrelazadas.

—¿Tu regalo de cumpleaños? —respondo.

Mi chica se inclina hacia atrás de repente y me mira.

—¿Te refieres a...? —Se le entrecorta la respiración y no puedo descifrar bien la expresión de su mirada. Creo que es ansia.

Y, sin embargo, en cuanto me pregunta quién es, me quedo callado.

Por alguna extraña razón, no quiero contarle lo increíble que es CanallaTres. Annika y yo hemos sido un equipo desde el instituto. Lo hacíamos y hacemos todo juntos. Compartimos amigos, comida y experiencias.

Esta conexión que tengo con Canalla a través de la aplicación... ahora es solo mía. Sé que pronto dejará de serlo; pronto tendré que compartirlo con Annika.

Y simplemente... No. Todavía no.

No estoy seguro de lo que voy a decir cuando abra la boca, pero, por fortuna, me libro.

—Hayworth —dice la voz reticente de Luke Bailey.

La semierección que tenía desaparece cuando él se acerca. Probablemente cause ese efecto en muchas personas.

—¿Qué?

Levanto una ceja. ¿Va a decirme que la fiesta es una mierda? ¿Que se lo está pasando horriblemente mal? Porque la última vez que lo vi estaba ligando con una de las hermanas de la fraternidad de Annika bajo una palmera inflable.

—Puede que tú seas horrible, pero la fiesta mola —me dice.

No puedo evitar reírme. Viniendo de Bailey, eso es un gran elogio.

—¿Eso significa que vas a retirarte? Sí es así, acepto la presidencia con toda mi humildad.

Él también se ríe.

—Vete a la mierda. No pienso retirarme. Un buen político es amable con sus oponentes incluso cuando está a punto de aplastarlos.

Hago un ademán hacia la elaborada fiesta que he organizado con pericia.

—¿Aplastarme? Tío, mira a tu alrededor. Esta noche te he ganado.

Bailey sonríe.

—Sigue tratando de convencerte.

Se aleja con paso calmado y Annika y yo nos quedamos mirándole la espalda mientras se marcha por un instante. Se le flexionan los músculos fibrosos con cada paso y... Bueno, es posible que ese bañador azul tan ajustado le haga muy buen culo.

A mi lado, Annika exhala un suspiro suave.

—Puede que ese chico sea un imbécil, pero está muy bueno.

Le tiro de un mechón del cabello.

—No te hagas ilusiones. Ninguno de los dos vamos a follar con él.

Inclina la cabeza a modo de sorpresa y me lleva un momento darme cuenta de que está sorprendida por la facilidad de mis palabras, por la naturalidad con la que acabo de hablar sobre acostarme con un chico.

Levanta una delicada ceja.

—Sí que has estado pensando mucho en mi regalo de cumpleaños... —Vacila—. Tal vez deberíamos subir y hacer algunos ejercicios de calentamiento.

—¿Ejercicios de calentamiento?

—Entrenamiento en equipo —dice ella, y me pellizca el trasero—. Solo para calentar antes del gran evento. No podemos salir al campo sin calentar.

Le doy un beso en el cuello.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Vale, vamos. El entrenador necesita que hagas sonar su silbato.

Annika se ríe contra mi pecho y luego le doy la vuelta hacia la salida y nos dirigimos escaleras arriba.

11. *Et tu, Judd?*

Keaton

La fiesta de Bailey es el domingo por la noche.

No, no es el comienzo de un mal chiste, Luke Bailey es el chiste, porque...

¿Quién demonios organiza una fiesta un domingo por la noche?

Y todavía no os he dicho lo mejor: Bailey no solo ha planificado el baile para el domingo, dos días después de la fiesta más genial del mundo, cortesía de un servidor, sino que ni siquiera es una fiesta de verdad. Es una cena. Y no nos deja llevar invitados.

Tengo la presidencia en el bolsillo.

Judd y yo intercambiamos una mirada divertida mientras tomamos asiento. El comedor no es lo bastante grande como para albergar a todos los hermanos, así que Bailey ha instalado unas largas mesas de alquiler en la sala de estar. Y aunque hay suficientes sillas para todos, no es exactamente el lugar más espacioso.

—Una fiesta de salchichas —le dice Judd a Bailey.

Luke le guiña un ojo. Lleva una camisa azul oscura con una americana encima y unos pantalones impecables. Pidió que todos viniéramos vestidos de manera semiformal: con traje, chaqueta y todo el tinglado. Así que aquí estamos, como sardinas enlatadas en esta mesa de comedor, vestidos como un grupo de jóvenes conservadores. Fieeeeesta.

Cuando Bailey se coloca en la cabecera de la mesa, veo a otros chicos intercambiando miradas. Parece que mi opositor no está sumando puntos con su electorado. Yo traje literalmente la playa a Darby en pleno invierno. Él ha organizado una cena.

Jaque mate.

—¿Vino peleón? —se queja Owen en voz alta mientras toma una de las botellas de vino que están sobre la mesa—. ¿En serio nos sirves esta mierda? ¿No podías permitirte algo mejor?

De nuevo, Luke parece imperturbable ante las críticas.

—Es lo mejor que he podido conseguir con el presupuesto que nos dieron. —Se encoge de hombros—. Y yo no te voy a servir nada. El personal del *catering* se encarga de esa parte.

Como si fuera una señal, la puerta que separa el comedor de la sala de estar se abre y salen dos rubias preciosas. Y a estas las siguen dos morenas con bandejas de aperitivos.

—Vaya —suelta Owen.

No estoy seguro de si está respondiendo a Bailey o expresando la sorpresa que solo permanece en su expresión durante un nanosegundo antes de que los ojos le brillen de admiración.

Las cuatro chicas son hermosas y nos saludan con unas sonrisas deslumbrantes. Dos de ellas empiezan a servir el vino. Las otras dos, no, mejor dicho, cuatro; cuatro tías buenas nos sirven un picoteo de aspecto delicioso mientras todos los chicos de la sala miran con asombro. Hasta Dan, a quien no le van las tías, parece intrigado por las camareras.

Frunzo el ceño y le lanzo a Bailey una mirada de «¿qué estás haciendo?», pero él se encoge de hombros de forma despreocupada. Entonces, le lanza esa sonrisa tan arrogante a un pibón de cabello oscuro con unas tetas tan grandes que parece que los botones de su camisa blanca vayan a salir volando por los aires.

Las seis... oh, por el amor de Dios, ahora son ocho. Las ocho camareras se contonean alrededor de las mesas, sonriendo mientras nos atienden. Todas llevan uniformes idénticos: camisa blanca metida por dentro de una minifalda negra. Y llevan tacones negros que parecen demasiado altos para el servicio de *catering*. Pero como

Annika siempre me dice, los tacones altos son apropiados para cualquier ocasión.

Mis hermanos de Alfa Delta están hincando el diente a los aperitivos. Saco una gamba al ajillo de su brocheta y me la meto en la boca. Vale, está buena. Bailey puede haber optado por el vino barato, pero ha hecho un trabajo decente con los aperitivos.

Dicho esto, una cena no va a superar ni de coña mi fiesta en la playa. No me importa si esta gamba la han traído en avión desde el golfo y la ha preparado el mismísimo Thomas Keller. La playa supera a la cena.

—Mmmmm —murmura Judd cuando se mete una bola de queso en la boca. Está tratando de hablar mientras sigue masticando.

—¿Qué has dicho? —pregunto divertido.

Traga y ya se le entiende.

—He dicho: prueba las bolitas de queso. Están deliciosas.

—¡Gracias! —dice una voz femenina complacida. Una de las rubias le da un toquecito en el hombro a Judd—. Las he preparado yo.

Judd la mira y sonríe de forma lasciva.

—Una mujer que sabe manejar las bolas. Me encanta.

Me quedo a la espera de ver una expresión horrorizada, pero ella le guiña un ojo y continúa avanzando por la fila para atender a Ahmad. Supongo que esta empresa ha atendido tantos eventos universitarios que las camareras están acostumbradas a que los chicos cachondos de las fraternidades hagan comentarios inapropiados.

Judd se acerca a mí y murmura:

—Lo tienes en el bolsillo. Esta cena es una porquería.

Y, sin embargo, en la cabecera de la mesa, Luke Bailey no se inmuta en absoluto, o tal vez es que no se da cuenta de nuestras reacciones. No solo la mía y la de Judd, sino la de todos. Hasta su propio director de campaña, Jako, tiene una mirada de desconcierto, como si no entendiera por qué Luke ha elegido celebrar una cena elegante solo para chicos.

Las atractivas camareras retiran los aperitivos, nos rellenan las copas y nos sirven el siguiente plato: una ensalada de melocotón y aguacate que está muy rica. Después llega el plato principal, *filet mignon au poivre* con patatas gratinadas y judías verdes. Hasta hay un plato vegetariano para Munsen, que no come carne. No se me pasa por alto la forma en la que los hermanos lo devoran todo.

Por primera vez en toda la noche siento una pizca de preocupación. «A los hombres se les conquista por el estómago...». Mierda, ese dicho es por algo. A los hombres les gusta la comida. A los hombres les gusta que les den de comer. A los hombres les gusta especialmente que les den de comer mujeres atractivas con las tetas grandes.

En la sala no hay ninguna camarera que tenga menos de una copa C. Y no parecen tener reparos en mover esas tetas en nuestra cara.

—Déjame que te la rellene —susurra una de ellas mientras prácticamente se echa sobre el ancho hombro de Paxton Grier.

Tiene la teta izquierda literalmente sobre la mejilla de él mientras le sirve el líquido espumoso en la copa. A Paxton prácticamente se le cae la baba en el filete a medio comer.

Entrecierro los ojos y vuelvo a echarle un vistazo a Luke. Está enfrascado en una conversación con Tanner, lo cual no es una imagen que me guste ver. Tanner está firmemente de mi lado. Es mi amigo más cercano en la casa después de Judd; ni de coña voy a permitir que vote a Bailey.

Intento obligarlos a terminar la conversación usando el poder de mi mente, pero no lo consigo. Tanner echa la cabeza hacia atrás y se ríe de algo que Luke acaba de decir. Maldita sea. Estoy perdiendo a Tanner. Y entonces una de esas tentadoras buenorras coloca una mano sobre el hombro de Judd, se inclina para susurrarle algo al oído y, de repente, temo también por el alma de Judd.

Para cuando se llevan el plato principal a la cocina, siento la nuca muy caliente y la chaqueta me aprieta demasiado. Empieza a preocuparme de verdad que Bailey se esté ganando a todo el

mundo. La cena ha sido increíble, no puedo negarlo. Y tampoco puedo negar que es una gran idea ofrecer estas increíbles vistas.

Necesito que la noche acabe antes de que Bailey gane más puntos. Acabamos de terminar el plato principal, así que supongo que ahora habrá postre y luego adiós a esta mierda.

Pero Luke tiene otros planes. Después de retirar el último plato, se aclara la garganta para llamar nuestra atención.

—Caballeros —dice cuando la sala queda en silencio—. Si me hacen el favor de alzar sus copas.

Judd me mira y pone los ojos en blanco. Yo hago lo mismo. Supongo que ha llegado la hora del gran discurso que a nadie le importa escuchar.

En cualquier caso, le seguimos la corriente. Todos levantan sus copas y esperan.

El brindis no llega.

—Eh, ¿vas a decir algo? —se burla Judd.

—No —responde Luke, alargando la palabra.

—¿No vas a hacer un brindis? —refunfuña Owen.

—Nop.

—Entonces, ¿por qué diablos estamos todos con la copa en la mano? —pregunta Tim.

—Ah, no he sido claro, lo siento. Solo quería que cogierais las copas para que haya espacio en la mesa. —Desvía la mirada hacia un punto por detrás de la cabeza de Tim.

—¿Espacio para qué? —pregunta Ahmad, confundido.

Echo un vistazo por encima del hombro para seguir la mirada de Luke. Una de las camareras, una pelirroja alta, está inclinada sobre un portátil junto al centro de entretenimiento. Una sospecha me recorre las venas en el mismo instante en el que una explosión de música inunda la casa.

—El entretenimiento —grita Luke a Ahmad. Luego nos recorre con esa mirada arrogante—. Hora de la parte divertida, chicos. Se mira pero no se toca.

Este cabrón astuto...

Y antes de que pueda parpadear, tres de las mujeres se han subido a la mesa de un salto y se pavonean sobre el mantel blanco con los tacones altos. Un ritmo sensual resuena en la sala, sacude las paredes y hace vibrar el suelo. Cuando suena un fuerte estruendo de platillos, una de las chicas se rasga la camisa y exhibe el *sexy* sujetador rojo que lleva debajo. Apenas le caben las tetas, que se desbordan por las copas de encaje.

—Dios mío —exclama Judd lleno de regocijo.

Todos los chicos de la sala comparten su reacción, incluido Dan. Nuestro único hermano gay literalmente se pone de pie de un salto y comienza a chocar las caderas contra una chica que todavía no se ha subido a la mesa. Es cierto que parece más interesado en la canción que en la chica, pero aun así... Me siento traicionado, y eso que Dan y yo ni siquiera somos amigos.

El caos estalla a mi alrededor. El seductor trío de la mesa mueve las caderas, bailando con movimientos sensuales y sinuosos que arrancan vítores y silbidos a los otros veintitrés chicos de la sala. Y, joder, sí que se saben mover. Se mueven de forma erótica, balanceando las caderas y meneando el culo cerca de los rostros llenos de alegría de mis chicos. Pero tengo que admitir que es un verdadero espectáculo.

No me lo puedo *putocreer*.

Estoy demasiado aturdido por este giro inesperado de los acontecimientos como para apreciar por completo a las preciosas criaturas semidesnudas que bailan de forma experta para nosotros.

Miro con el ceño fruncido a Bailey, que simplemente me sonrío.

—¿Quién necesita cambio para un billete de veinte? —grita mientras da vueltas alrededor de la mesa—. Es de buena educación dar propina a nuestras artistas.

Va de uno en uno, ofreciendo fajos de billetes pequeños a los hermanos de la fraternidad, que buscan en sus billeteras.

Qué maldito genio. Comida y *strippers*. Realmente sabe cómo conquistar a un hombre.

—¿Quién está listo para un *strip poker*? —grita Jako desde la puerta de la cocina.

Ha desaparecido justo después de que terminara la cena y ahora sé por qué. Tras sus amplios hombros, vislumbro las tres mesas de juego de fieltro verde que ha instalado en el comedor.

Ahora está claro que no estaba confundido por la actitud de Bailey. Estaba en el ajo desde el principio.

—¡Sí, joder! —Grita Judd a modo de respuesta.

Mierda. Todo el mundo sabe lo mucho que le gusta el póker a Judd. ¿Y ahora proponen jugar al póker desnudos?

Un puto genio.

Judd avanza con torpeza, con un brazo musculoso rodeando los hombros de una bailarina con curvas de grandes ojos verdes. De camino a la cocina, mi mejor amigo traidor se detiene para darle una palmadita en el hombro a Luke Bailey.

—Épico —le dice a Bailey—. Esto es épico, joder.

Et tu, Judd? Joder, et tu?

Mientras me erizo por dentro, siento que alguien me mira. Giro la cabeza con rigidez para encontrar a Bailey sonriéndome de nuevo. Levanta una mano y agita los largos dedos en un gesto de «que te jodan». Sus ojos marrones expresan un sentimiento muy claro: «Juego, set y partido».

12. Qué lástima que odie abrirme

Luke

Los lunes tenemos la asamblea en la que revisamos el calendario, el presupuesto y cualquier otro tema que pueda surgir. Estas asambleas son tan aburridas como parecen, pero entiendo por qué son necesarias.

Si no llegas pronto, te quedas sin sitio, pero hoy, a pesar de que llego cinco minutos antes de lo previsto, quedo relegado a un lugar de pie contra la pared.

Hasta que Tanner, de entre todos los presentes, dice:

—Bailey, siéntate aquí. Anthony, mueve el culo.

Trato de no levantar las cejas. He recibido un montón de elogios por parte de los chicos tras el éxito de anoche, pero Tanner es del equipo de Keaton. ¿Desde cuándo los amigos de Keaton me piden que me siente con ellos? Y para colmo ¿echar a Anthony del sofá? ¿Acaso estoy en una dimensión alternativa?

Aun así, no voy a mirarle el diente a un caballo regalado.

Me siento en el sofá al lado de Tanner, mientras que Anthony, estudiante de segundo año, se mueve hacia la pared.

—Hola —dice Tanner—. Adivina quién me ha enviado un mensaje esta mañana.

—¿Quién?

—Cassidy —responde con el rubor tiñéndole las mejillas—. La llevaré a cenar el viernes.

Asiento con la cabeza en señal de aprobación.

—Bien hecho. Es una chica muy dulce.

De hecho, Cassidy es una de mis bailarinas favoritas del Jack's. Me llevo bien con todas, pero tengo debilidad por ella. No solo porque es tan dulce como la miel, sino porque los dos crecimos en Darby. Los paisanos tienen que cuidarse entre sí.

—Todavía no me creo que seas amigo de todas esas *strippers* —comenta Paxton, sentado al otro lado de Tanner. Lo dice en tono envidioso—. Es genial, hermano.

Me limito a encogerme de hombros, pero por dentro hago un gesto de triunfo. Ayer mi baile presidencial fue un éxito. Hasta Hayworth lo sabe: tenía un aspecto sombrío mientras observaba a sus amigos bailar y ligar con mis chicas hasta altas horas de la madrugada.

Cassidy y compañía tampoco se pueden quejar. Les pagué por servir la cena, pero luego los hermanos les dieron mucho más dinero en forma de propinas. Y nadie llevó las cosas demasiado lejos, gracias a Dios. Solo tuve que recordarle a un borracho de segundo año que no se podía tocar a las bailarinas.

—¿Vamos a empezar o qué? —se queja Judd desde el otro sofá—. Tengo cosas que hacer.

Brad, el secretario, pasa lista en un portapapeles. Además de enviarnos comunicaciones a la lista de correo electrónico, esta debe de ser su única tarea. «No hay habitación gratis para ti, gilipollas».

—De acuerdo, señoritas —empieza Reed, nuestro presidente—. Tenemos varios asuntos importantes que resolver antes de darnos un festín de perritos calientes, cerveza y ver el partido de *hockey*. ¡Vamos Bruins! Antes que nada: una investigación sobre un objeto que ha desaparecido. ¿Alguien ha visto el desatascador del baño de la segunda planta? Si es una broma, ¿puede terminar ya?

Me acomodo mientras se presentan y rechazan varias teorías. Alguien presenta una moción para comprar un desatascador nuevo y se aprueba.

Dejo de prestar atención a la reunión y empiezo a divagar y echar un vistazo a mi alrededor. Keaton está sentado en uno de los

sillones frente al sofá vestido con una camisa elegante y las mangas arremangadas para exhibir sus antebrazos musculosos. Me pregunto si lleva esa camisa para dárselas de presidente.

O si llevar las camisas a la tintorería le resulta más fácil que hacer la colada como una persona normal. Tal vez solo le guste vestirse como un modelo de ropa para pijos.

Reprimo un bostezo, pero al menos no soy el único. Anoche fue una locura. No creo que nadie se haya despertado hoy antes del mediodía. Excepto tal vez Keaton, ya que abandonó la fiesta temprano y se fue para arriba enfurruñado. Ahora Reed está hablando de la hoja de inscripción para el servicio de limpieza de la cocina.

—Este semestre hemos seguido el orden alfabético. El próximo semestre lo haremos al revés.

Cuando sea presidente, tendré que buscar alguna forma para dar vida a estas reuniones.

Quito la tapa del vaso de café que he traído y me bebo de un trago lo que queda justo a tiempo para oír decir a Reed:

—Ahora, los candidatos a presidente tendrán noventa segundos para responder la siguiente pregunta: «¿Por qué quieres ser presidente el año que viene?». Empezaremos por Keaton.

Reed activa el cronómetro del teléfono y el tiempo empieza a contar.

Aun así, Keaton se toma un momento para pensar antes de abrir la boca.

—Es curioso, tengo dos respuestas distintas a esta pregunta. La obvia es que mi padre fue presidente de Alfa Delta en 1988 y, antes de él, mi abuelo fue presidente en 1962, así que esto es cosa de mi familia. Eso me da una buena perspectiva de lo que realmente importa aquí, que no es el desatascador desaparecido del baño verde, sino cómo garantizar que Alfa Delta siga aquí para las próximas cien promociones.

No hay forma de que pueda competir con ese legado familiar. Es por eso que, si gana, la habitación gratis será para el chico que menos la necesita.

—Pero, sinceramente, la historia de mi familia no es la verdadera razón por la que me he presentado. —Keaton frunce el ceño—. Qué bien, ¿no? Porque no es una razón suficiente. En realidad, estoy aquí porque vosotros sois mi gente. Cuando llego a casa todos los días, siempre hay alguien con quien hablar. Siempre hay un partido en la tele y alguien que dice: «¿Qué tal? Siéntate». La verdadera razón por la que quiero ser presidente es porque me importa este lugar y no puedo pensar en un mejor uso de mi...

—Tiempo —dice Reed.

Keaton señala a Reed con el pulgar.

—Lo que ha dicho él. —Y todo el mundo se ríe de nuestro musculitos de sangre real.

¿Ahora se supone que tengo que superar eso? Todo eso de «vosotros sois mi gente» no funcionaría por mi parte, así que mi instinto me dice que lo mejor sería un poco de sinceridad. Qué lástima que odie abrirme.

Todos los ojos están puestos en mí cuando Reed resetea el cronómetro.

—Vale, Luke. Y tú, ¿qué?

Me toca. Espero que inicie el cronómetro, y luego lo doy todo.

—Mi historia con este lugar no podría ser más diferente. —Hola, sinceridad—. Yo no tengo ningún legado familiar aquí. Crecí en esta ciudad, a la sombra de la universidad. Cuando era niño, veía todos los coches europeos alineados en el patio de los estudiantes de primero el día de la mudanza. En la parte trasera tenían pegatinas de escuelas de las que nunca había oído hablar. Yo me preguntaba: «¿Dónde coño está Choate?».

—En ningún sitio interesante —interviene un hermano, que se gana unas risas.

Ignoro la interrupción.

—Me decían: «No importa, chico, tu escuela es esta con rejas en las ventanas y detectores de metales en la puerta principal». Pero resulta que, si tienes mucha determinación, puedes llegar a Darby. Al llegar aquí, me metí en Alfa Delta porque quería la experiencia universitaria completa. —Vale, no soy del todo sincero, pero no

puedo decir que entré en la fraternidad porque mi hermano es un criminal—. Hoy me postulo a presidente porque creo que este puede ser un lugar para todo el mundo.

Observo el rostro de los presentes en la sala y veo que hay quienes asienten con la cabeza, así que, al menos, el discurso está resonando con algunos.

—En otras palabras, ¡avancemos antorcha en mano para que la noche de las alitas, el póker y la fiesta de primavera se conviertan en leyes nacionales!

Cuando levanto el brazo para enfatizar las palabras, mi cinismo se ve recompensado con unas risas, pero apenas me queda tiempo en el reloj.

—Y, por cierto, estudio económicas, así que me gustan algunos trabajos que a otras personas no. Durante mi mandato como presidente quiero implementar un nuevo sistema de contabilidad electrónico para que la casa funcione mejor. Así habrá más tiempo para la diversión. Gracias por vuestro... —Me detengo y miro a Reed.

—¡Tiempo! —dice mientras toca el teléfono. Luego se ríe—. ¿Habéis visto? Súbditos, estáis en buenas manos sea cual sea el resultado de la votación en enero. Con esto, doy por concluida la asamblea. ¡Hockey y perritos para todos!

Se oye un grito de alegría, y me levanto de la silla.

—Buen trabajo, tío. De primera —dice Ahmad, que me da una palmadita en la espalda—. La fiesta también fue fantástica.

—Tío, ha estado genial —dice con entusiasmo Owen Rickman, otro de los amigos de Hayworth

—Eso es un gran elogio, amigo. —Me las arreglo para mantener la cara seria.

—Oye, ¿Bailey? ¿Hayworth? Esperad un segundo. —Tim Hoffman nos hace señas para que nos acerquemos—. Necesito los recibos de la fiesta.

—Ah, claro. —Busco en el bolsillo, feliz de que me lo pidan. Adelanté el dinero para la fiesta y cuento con el reembolso para pagar el alquiler de este mes. Además, también falté al trabajo el

viernes para poder asistir al evento de Keaton—. Aquí están los míos, además de una hoja de cálculo con los totales.

—Muchas gracias —dice Hoffman—. ¿Keaton?

—Pues, eh... —Keaton frunce el ceño—. Voy a subir a mi cuarto a ver qué puedo encontrar. ¿Cuál era el presupuesto? Te traeré los recibos de esa cantidad.

—Mil doscientos —dice Hoffman—. Pero, tío, ese era el máximo. No se te permitía pasarte.

—Lo cubro yo —dice Keaton.

—No. —Hoffman niega con la cabeza—. El objetivo del baile es organizar una fiesta espectacular con ese presupuesto.

En el silencio que sigue, me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir. Keaton ha quebrantado las normas de la campaña. De forma grave, si es que el color de su cara y cuello son un indicador fiable.

Y puede que yo acabe de ganar la presidencia.

—Está ahí mismo, en el manual de la fraternidad —explico despacio. Sin embargo, por dentro estoy aplaudiendo.

El tesorero frunce el ceño.

—Oye, Reed —Le hace una seña a nuestro presidente—. Tenemos un problema. Hayworth ha superado el presupuesto, lo cual va contra las normas.

—¿En serio? —Reed dirige su atención hacia nosotros—. ¿De cuánto se trata?

Todos los ojos están puestos en Hayworth.

Keaton agacha la cabeza.

—Gasté fácilmente el triple.

—Es una violación flagrante de las normas —digo, por si acaso no ha quedado claro.

—¡No lo sabía! —salta él—. Dios, solo trataba de organizar una buena fiesta.

—Sí, sí, buen trabajo. —Me río sin piedad—. Está claro que necesitamos a un presidente que no se moleste en leer el manual.

Le brillan los ojos avellana mientras abre y cierra sus manazas. Nada le gustaría más que agarrarme y arrojarme al otro lado de la

sala.

De modo que, por supuesto, le sonrío, porque nunca he sabido cuándo callarme.

—¿Chicos? —Reed coloca dos dedos en la boca y suelta un silbido penetrante en dirección a la sala de la televisión—. ¡Volved aquí un segundo! No hemos terminado.

Un gemido colectivo se eleva entre los hermanos. Siento su frustración, estaban tan cerca de la libertad...

Después de que Reed les explique la situación a los chicos, la mayoría no tarda mucho en expresar su postura.

Mi amigo Jako se suma enseguida a la discusión.

—Obviamente, Keaton debería retirarse.

—¿Quién lo dice? —pregunta el aludido.

—El sentido común —responde Jako con una sonrisa—. Y la honestidad, la decencia, la respetabilidad...

—¿Retirarse? —interviene Judd—. Aquí no se retira nadie.

—Keaton ha hecho trampas —gruño.

—Sin saberlo —replica él enseguida—. Haces que parezca un complot para derrocar al gobierno. ¡El caos reina! ¡Nunca se encontrará el desatascador!

Pone los ojos en blanco, pero todavía tiene el cuello rojo como un tomate.

—Esto es absurdo —declara Judd—. Keaton es honesto como él solo.

—Totalmente de acuerdo —dice otro y se oyen sonidos de asentimiento. Siento que mis nuevos aliados se esfuman como una voluta de humo.

Y ahora me doy cuenta de que esto no es tan simple. Keaton debería retirarse de inmediato. Pero si no lo hace y yo monto un gran escándalo por ello, voy a parecer un tiquismiquis que quiere echarlo por un tecnicismo.

Me cago en todo.

—¡Ya lo tengo! —dice Owen, animándose—. ¡Hagamos otra ronda de fiestas! Será una segunda oportunidad.

—No —espetamos Keaton y yo al unísono.

Entonces nos miramos el uno al otro con el ceño fruncido de la irritación. Pero, oye, al menos estamos de acuerdo en algo.

—No hay presupuesto para dos fiestas más —señalo—. Y el presupuesto importa. Ese es el tema.

Sí que sueno como un tiquismiquis.

—Por no mencionar que las vacaciones de Navidad comienzan en cuatro días —dice Judd—. ¿Hemos terminado ya? Keaton cometió un error y se arrepiente. ¿De verdad queréis excluir al posible ganador de la presidencia por un tecnicismo?

Pues sí, yo sí quiero. Pero todo el mundo me está mirando. Todos quieren un perrito caliente y ver la tele. Y yo estoy en el medio.

—¿Sabéis qué os digo? —decido apresuradamente—. Digamos que el candidato Keaton debería ir a leer las normas de la fraternidad que tanto desea dirigir, pero es cierto que la valía de un hombre no se mide por el baile.

—Cierto —asiente Owen—. Para eso nos medimos la polla.

—Así que lo voy a dejar pasar —digo como si todo dependiera de mí—. Keaton ha cometido un error sin maldad.

Reed parpadea.

—Vale, tío. Esa es la solución más fácil.

Meto las manos en los bolsillos y me encojo de hombros.

—Ahora vamos a ver el *hockey*.

La mayoría de los hermanos regresan a la sala de la televisión, donde vamos a esperar de pie hasta que la parrilla esté caliente y los perritos listos. Estoy preparado para seguirlos cuando Keaton me detiene.

—Bailey... —Se aclara la garganta, como si realmente le matara hablar conmigo—. Lo siento.

—Vale —digo sin emoción—. Qué son unos miles de dólares para ti, ¿eh? ¡Ups! Aunque fue una fiesta fantástica.

Se estremece.

—La tuya..., eh..., también estuvo genial.

—Gracias, tío, pero ya lo sabía.

—No hace falta que te comportes como un capullo, Bailey, estoy tratando de disculparme.

—No seré tan capullo cuando dejo que tu patético culo y tú sigáis en la carrera a la presidencia —siseo—. No olvidemos lo que ha pasado aquí: la cagaste y lo he dejado pasar. Fin de la historia.

En ese momento, lo empujo y me marchó.

13. Qué generoso

Keaton

Hoy es Navidad y estoy literalmente en el paraíso. Estoy sentado en una tumbona junto a la piscina privada de la villa que mis padres han alquilado para las vacaciones en Costa Rica. El sol casi se ha puesto, pero el cielo todavía tiene un tono rosa anaranjado, y los azulejos azules de la piscina parecen brillar con su luz dorada. Una suave brisa me alborota el cabello y me calienta la cara, y el cóctel de mango y piña que me estoy bebiendo es el postre perfecto tras la cena.

Entonces, ¿por qué me siento tan triste?

Ah, claro. Porque mi familia hace que quiera tirarme de los pelos. Durante la cena, mi madre no dejaba de empezar las frases así: «Este verano, cuando estés viviendo en casa...».

Pero no estaré en casa si puedo evitarlo. Y como temo hablar de ello, todavía no le he contado a mi padre lo de la preinscripción para el viaje a Chile. ¿Para qué, si todavía no me han aceptado?

Pero, entonces, mi padre ha dicho:

—Enhorabuena por las prácticas en finanzas. Deberías recibir el papeleo tras las vacaciones.

—Ni siquiera las he solicitado aún —he contestado, como el tonto que soy.

Y mi padre simplemente ha agitado una mano, como si no importara.

—No entregué el currículum.

—Lo hice yo por ti —ha sido su respuesta.

Ahí ha sido cuando me he puesto del mismo tono rojizo que el bañador de langostas.

—¿Que tú... qué? ¿Has falsificado mi currículum? —he preguntado en tono agudo y frenético.

Menos mal que soy demasiado joven como para sufrir un aneurisma espontáneo.

—No tiene nada de falso —ha dicho él en un tono tan petulante que me han entrado ganas de pegarle—. Mi asistente hizo un buen trabajo. Solo hechos, nada de paja. Y, de todos modos, es una formalidad. ¿Crees que el departamento de Recursos Humanos te rechazaría?

—Sé que no —he espetado—. ¡Pero ese no es el tema, y lo sabes! No quiero que mi padre me escriba el currículum. Ni su asistente tampoco.

—Cuidado con el tono —me ha reprendido mi madre. Porque, por supuesto, ella estaba de su parte—. Algunas personas matarían por las ventajas que tú tienes.

Ha sido ahí cuando he tenido que salir de la habitación. Y todavía no le he dicho a ese imbécil, arrogante y entrometido lo de mis planes para el verano. Mi gran mentira por omisión es que quiero hacer algo para promover la ciencia.

Así que aquí estoy, sentado a solas. Furioso. En Navidad. Necesito hablar con alguien que me entienda, y esa persona es Annika.

Además, tenemos que organizar su celebración de cumpleaños. Esa es la omisión número dos. De hecho, vi a Annika en casa de sus padres justo antes de viajar hasta aquí. La visita a los Hamptons no fue solo para recoger el bañador de langostas. Había planeado aprovecharla para contarle que había encontrado un candidato y mostrarle al fin el perfil de CanallaTres. Pensé que podríamos tomarnos una foto juntos y mandársela.

Qué divertido, ¿no?

Pero en el último momento me di cuenta de que había un problema. Annika podría ver nuestras conversaciones en la aplicación. Las largas conversaciones.

Se suponía que chatear con Canalla era parte de un estudio preliminar de la situación. Pero mientras pasaba y pasaba y pasaba por todas las horas de conversación y sexteo, lo vi con nuevos ojos.

¿Qué es el engaño? Porque creo que podría ser esto: conversaciones sensuales y secretos compartidos. Charlas y bromas a altas horas de la noche.

No soy un infiel. Por supuesto que no quiero serlo. Y como su cumpleaños es solo dentro de una semana y media, tendremos que hablar del tema pronto.

Así que no le enseñé la aplicación en los Hamptons. He esperado hasta ahora. Abro Vicio y hago unos pantallazos del perfil de Canalla y de las primeras conversaciones; luego pulso enviar.

Ahora estoy aquí sentado, esperando a que me llame o me responda. Observo distraído un pequeño lagarto que escala la pared hacia el techo de paja de la villa. Desaparece en una pequeña grieta y, por un momento, siento celos, porque me encantaría desvanecerme ahora mismo. Estar en un espacio reducido con mis padres puede resultar muy sofocante. A veces, me encantaría no ser hijo único. Sería bueno tener un hermano o dos que actuaran como parachoques cuando mis padres me ponen de los nervios.

El teléfono suena y lo cojo rápido. Pero no es Annika. Es Munsen, un hermano de la fraternidad.

Munsen: Gracias, tío. Haré un buen uso de ello.

Eeeh. El mensaje no tiene mucho sentido, pero recibir mensajes raros por parte de mis amigos es algo bastante común.

Pero, solo un momento después, me llega otro «gracias».

¡Dinero para comprar cerveza! Sois los mejores.

¿Dinero para comprar cerveza?

Suena el teléfono y esta vez es Annika.

—¡Hola! —digo alegremente.

—Esto es interesante, Keat —contesta con cautela—. ¿Qué sabes de este chico, además de que tiene abdominales?

—Es estudiante a tiempo parcial de Darby. De grado, creo.

—¿En Darby hay estudiantes a tiempo parcial?

—Eh... —Nunca antes me había llamado la atención ese detalle, pero ahora que lo pienso no conozco ningún otro caso—. Al parecer, sí.

No suena convencida.

—¿Qué más sabes de él?

—Tiene experiencia con parejas. Le va ese rollo.

—¿Sabes cómo se llama de verdad?

—Todavía no. Porque esas cosas son *quid pro quo*, y no iba a darle tu nombre a un desconocido.

—Vale, bien. Pero ¿y si es peligroso?

—Annika —digo en tono amable—. Pensé que querías hacer esto.

—Así es —dice enseguida—. Pero creí que elegiríamos a alguien más... verificable. Las aplicaciones me ponen nerviosa.

Me río entre dientes con inquietud porque su vacilación no es infundada.

—Todo esto es una aventura —admito—. ¿De verdad crees que dejaría que te pase algo?

—No, por supuesto que no. Pero podríamos preguntarle a alguien que conozcamos.

—¿En serio? No estoy acostumbrado a pedirles a mis amigos que se desnuden conmigo. ¿Qué pasa si se enfadan? Si es así, tendré que evitarlos hasta la graduación. No, aún más. Ahí estaremos, en la reunión de los diez años de graduados, bebiendo nuestra primera cerveza del fin de semana, y lo veré a lo lejos. Entrecerrará los ojos y pensará: «Ahí está el perverso que quería verme la polla».

Se echa a reír con nerviosismo.

—Vale, lo entiendo. Pero podría haberlo pedido yo. Es menos raro si viene de mí.

Supongo que es cierto.

—¿Le has preguntado a alguien?

—No —admite—. No estaba segura de si lo haríamos.

—¿En serio? —¿Annika duda de mí?—. Pero te dije que lo haría y eso he hecho. O al menos lo he preparado. Ha sido muy educativo. Me hizo muchas preguntas que no hemos considerado, como quién puede tocar a quién. Dice que tenemos que resolver esas cosas de antemano.

Se queda callada por un instante.

—¿Cómo lo decidimos?

—Bueno, eso depende de ti. En realidad, nunca me has dicho lo que querías de esta experiencia. Y se acerca el momento, así que dime qué quieres que ocurra.

—Eh, supongo... —Se vuelve a reír con nerviosismo—. Quiero la sensación de estar abrumada de pasión. Algo así como el doble de caricias, el doble de deseo.

Me las puedo arreglar.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en dejar que él te toque?

—Claro. Pero ¿vas a dejar que te toque a ti también?

—Eh... —Me vuelvo a arrepentir de no haber tenido esta conversación en persona. Necesito verle el rostro—. No tengo ningún problema con eso. ¿Crees que debería hacerlo?

No sé cuánto tiempo le lleva responder, pero parece como si fuera un año.

—Sí, creo que debería. Y también creo que tú deberías tocarlo a él.

—¿Eso —se me quiebra la voz— ... te pone cachonda?

—Eh, sí, la verdad es que sí. —Se detiene—. Pero ¿te pone cachondo a ti?

Seguro que crees que esperaba esta pregunta y que tenía una respuesta preparada, pero lo cierto es que me detiene en seco.

—Yo... —Dios—. Supongo que tendremos que averiguarlo.

Sí, he tomado la salida del cobarde.

Se aclara la garganta.

—Entonces, ¿crees que este chico parece normal? ¿Que es simplemente un estudiante despreocupado al que a veces le gusta acostarse con dos personas a la vez?

—Sí, justo eso.

—Vale. Pero no quiero que sepa cómo nos llamamos hasta que lo conozcamos. Por si alguien te está engañando.

—Bueno... —Supongo que yo no soy tan paranoico como Annika—. ¿Qué hay de mandarle fotos de nuestra cara?

—No —dice con énfasis—. Creo que tenemos que organizarlo todo y, si aparece, genial. Si no, no hemos perdido nada.

Sonríó.

—¿Y si aparece y es feo como él solo?

—Entonces nos tomamos una copa por cortesía y luego fingimos que nos hemos acobardado, nos disculpamos encarecidamente y salimos de allí por patas.

Se me escapa una risa.

—¿De dónde? ¿Dónde debería suceder?

—Necesitamos una habitación de hotel, por supuesto.

—Por supuesto —concuerdo, aunque ella va muy por delante de mí siempre—. Reservaré una *suite* con bañera de hidromasaje.

—Y si todo resulta ser un desastre, nos emborrachamos con champán y nos reímos del asunto mientras nos damos un baño.

—Sabía que eras una chica especial —le digo y ella se ríe.

No ha ido tan mal. Después de colgar, me siento bastante bien durante un par de minutos. Pero luego compruebo los mensajes y veo un montón de nuevos «gracias». Uno de ellos de Tanner.

Tanner: Tío, ¿en serio? Qué generoso, pero... ¿En serio?

Se me cae el alma a los pies. ¿Por qué me están llegando todos estos mensajes de agradecimiento? Tengo que preguntar.

Cuando me llega la respuesta, es incluso peor de lo que hubiera imaginado.

Tanner: Tu padre nos ha enviado a todos una tarjeta de regalo de cincuenta dólares para el pub Darby Brew. Me alegro de que no lo supieras. Porque es un poco de lameculos.

¿Qué cojones?

Yo: Por favor, dime que estás de coña. ¿Seguro que es nuestra?

Al cabo de un minuto, recibo una captura de pantalla del correo electrónico de Tanner.

Tu tarjeta regalo te está esperando, cortesía de Keaton Hayworth Jr.

Dejo escapar un fuerte gemido. Se acabó el paraíso.

Doy un salto de la tumbona y entro pisando fuerte en la villa, donde mis padres se encuentran sentados uno al lado del otro, bebiendo café y leyendo un libro.

—¿Les has enviado a todos tarjetas regalo? —acusó a mi padre—. ¿Los has sobornado? ¿Cómo se te ocurre?

—No era un soborno —responde, riéndose—. Era un regalo de vacaciones.

—Gilipolleces.

—Esa boca —me reprende mi madre.

—Lo siento, mamá. Pero eso es una completa gilipollez, papá. ¿En serio estás tratando de comprar las elecciones de una fraternidad? ¿Como si fuera algo importante?

—Keaton. —Me mira por encima de las gafas de lectura—. He tenido un gesto generoso, ¿y te enfadas? La presidencia quedará genial en tu currículum.

¡Otra vez mi puto currículum de mierda!

—¡No es generoso! —grito—. ¡Probablemente va contra las normas! Y ya he violado las malditas normas sin querer.

Parpadea.

—No lo habías mencionado.

—¡Claro, porque es muy divertido quedar como un idiota delante de ti! —exploto—. Siempre eres muy *generoso* con tus opiniones cuando cometo un error.

Papá adopta una mueca y parece como si estuviera comiendo algo amargo.

—Cálmate. No va contra las normas que un exalumno dé a todos los miembros en activo el mismo regalo. Si fueras tú quien lo hiciera, entonces tal vez entendería el problema, pero...

La ira salta dentro de mí como las chispas de un cable pelado.

—Deberías haberme preguntado. No son tus elecciones, no tienen nada que ver contigo. —Pero eso no es verdad, y ambos lo sabemos. Ni siquiera me habría presentado si él no hubiera querido que lo hiciera—. Ahora parezco gilipollas.

Papá se encoge de hombros.

—¿Y qué? Los gilipollas siempre ganan. Sabes que eres el mejor para el puesto. No compliques las cosas más de la cuenta.

Me doy la vuelta y salgo corriendo al exterior antes de decir algo de lo que luego me arrepienta. Voy a estar atrapado aquí con él durante otros siete días. Y eso es aproximadamente seis días más de lo que puedo soportar.

14. Increíble, joder

Luke

Increíble, joder. ¿Cincuenta dólares en el *pub* Darby Brew? Si yo he recibido una tarjeta de regalo, entonces también la han recibido el resto de miembros de Alfa Delta. ¿Quién hace algo así?

Keaton es un gilipollas de proporciones titánicas.

Me doy la vuelta en la cama y gruño. No debería gastarlo, ¿no? Si lo gasto, estaría aceptando dinero del enemigo. Bueno, dinero no. Hamburguesas jugosas y cerveza que normalmente no puedo permitirme.

—¡Que te den, Keaton Hayworth tercero! —le grito al techo.

Por suerte, no hay ningún testigo de mi momento de locura. Soy el único miembro de Alfa Delta que no tiene ningún lugar mejor en el que estar en Navidad. Hace un rato me he pasado por mi antigua casa, donde he tenido la suerte de encontrar a mi madre sola. He dejado que me diera un trozo de tarta de calabaza y le he entregado el dinero que me había pedido prestado.

—Este es tu regalo de Navidad —le he dicho al darle los billetes.

—¡Lukey! ¡Sabes que te lo devolveré!

En realidad, sé que no lo hará.

—Feliz Navidad, mamá. —Sinceramente, es un regalo para mí mismo, para evitar la decepción cuando no me lo devuelva.

El regalo de Navidad que me hace ella es un gorro de invierno con el logo de los Patriots. Nunca me ha interesado el fútbol

americano, pero así es mi madre.

Antes de marcharme, he dejado un sobre cerrado en la almohada de Joe con los cien dólares que me pidió. Luego le he mandado un mensaje con una foto del sobre, porque no me fío de mi madre. Es capaz de robárselo. En serio, ¿quién necesita una familia? Es agotador.

Todo esto me ha llevado tal vez una hora, incluido el tiempo del desplazamiento. Ahora deambulo por la casa vacía de la fraternidad sintiéndome como un pringado solitario. Como todas las tiendas están cerradas, ayer hice algunas compras. Tengo comida y abajo hay una tele de setenta pulgadas para mí solo.

Cuando este lugar está lleno de hermanos de la fraternidad, deseo que todos se callen; pero ahora todo está tan tranquilo que el silencio se me mete en los tímpanos.

Cojo el teléfono y lo desbloqueo. Me pregunto si BañadorDeLangostas estará por ahí. ¿Tendré suerte?

Pues sí, resulta que tengo un mensaje suyo.

BañadorDeLangostas: Odio la Navidad. No tiene ningún puto sentido.

Me río a carcajadas.

CanallaTres: ¡Amén, hermano! A mí me llevó demasiado tiempo darme cuenta de que las Navidades son una mierda. Lo aprendí cuando tenía trece años. No solo me di cuenta de que nadie nunca me iba a sorprender con un regalo decente, sino que reunirse vuelve loca a la gente. Mi madre y mi abuela solían emborracharse y gritarse la una a la otra.

BañadorDeLangostas: Creo que esta noche voy a ser yo el borracho gritón. Mi familia es muy buena con los regalos,

pero no respeta los límites.

CanallaTres: Bueno, oye, iregalos!

BañadorDeLangostas: Eh... Soy demasiado mayor para que me compren con la última consola que ha salido. El regalo que quiero es el respeto. Mi padre es un gilipollas. Pensé que discutiríamos por mis planes para el verano, pero ni siquiera se los he contado todavía y ya nos estamos matando el uno al otro. ¿Cuál es el regalo de tus sueños?

Eso es algo que nunca me he molestado en plantearme.

CanallaTres: Un billete premiado de la lotería. No lo quiero para cosas superficiales, solo para dejar de estresarme por el dinero. Pagar el alquiler supone un reto todos los meses. Siempre tengo que tirar de ramen y latas de alubias en algún momento del mes.

Luego leo mi mensaje y me pregunto qué coño estoy haciendo.

CanallaTres: Hoy parece que tengo un mal día. Cuéntame algo divertido sobre animales.

BañadorDeLangostas: Veamos. Las ratas se ríen cuando les haces cosquillas.

CanallaTres: ¡Ni de coña!

BañadorDeLangostas: Los colibríes comen el doble de su peso todos los días. Aunque, bueno, yo también.

CanallaTres: Bueno, estás en fase de crecimiento.

BañadorDeLangostas: En más de un sentido ;)

BañadorDeLangostas: Ahora mismo estoy en fase de crecimiento...

Y entonces... Uf, sí, aparece una imagen en el hilo del chat. Está en fase de crecimiento, en efecto. Se me hace la boca agua al ver la polla dura de la foto. Han pasado meses desde la última vez que tuve sexo. No por falta de interés, sino por falta de tiempo. El trabajo, las clases y la carrera a la presidencia me han quitado todo el tiempo que podría haber dedicado a buscar sexo. Y tontear con BañadorDeLangostas en la aplicación solo ha empeorado la situación. Podría explotar por todas las frustraciones reprimidas.

En la foto se le ve el pulgar descansando justo por debajo de la cabeza de su pene, como si hubiera tomado la foto mientras se acariciaba ese lugar tan sensible. Mi cuerpo responde ante la visión tan erótica haciendo que se me levante la polla dentro de los pantalones deportivos. Entonces, me doy cuenta de la cinturilla del bañador que se ha bajado para la foto y me río incluso mientras deslizo las manos por debajo de mis pantalones.

CanallaTres: ¿Llevas el bañador de langostas?

BañadorDeLangostas: Por supuesto. Es mi preferido.

Me envía otra foto y me río más. En esta, ha enfocado de cerca una de las langostas rojas y al lado tiene la mano con el pulgar hacia arriba.

CanallaTres: ¿Por qué estás en bañador, cabrón? No me digas que te has ido a algún lugar cálido de vacaciones mientras yo estoy aquí atrapado en la tierra de las ventiscas.

BañadorDeLangostas: Vale, pues no te lo digo.

CanallaTres: ¿Sigues en Connecticut?

BañadorDeLangostas: No, he hecho una escapada a la playa. ¿Lo siento...?

CanallaTres: Será mejor que lo sientas, por que no miento con lo de la ventisca. Anoche la nieve llegó a los veinte centímetros.

BañadorDeLangostas: Yo sí que te voy a dar veinte centímetros.

Y, entonces, me los da. O, al menos, eso creo. Podré juzgar mejor el tamaño de su polla cuando la tenga en mis manos, pero en la foto parece casi tan grande como la mía. Y yo estoy bien dotado, como las mujeres que agitan los billetes en el Jill's pueden atestiguar.

CanallaTres: Sí, por favor, dámelos. Estoy de un humor de mierda y estamos en Navidad. Necesito ese regalo que es tu polla.

BañadorDeLangostas: Pronto. Antes, enséñame la tuya.

CanallaTres: Haré algo mejor, espera.

Me bajo los pantalones deportivos y los aparto de una patada. Luego me pongo cómodo en la cama. Me coloco un par de almohadas debajo de la cabeza, me agarro la polla con una mano y, con la otra, cojo el teléfono. Echo un vistazo rápido a la pantalla para asegurarme de que no estoy enseñando nada que pueda revelar mi identidad. Lo único que podrá ver será la polla, la mano y la colcha estampada. Creo que estoy a salvo.

Rara vez envío vídeos por esta misma razón. Más que terminar en una recopilación de pajas en Pornhub, me preocupa que alguien descubra quién soy. Si voy a ser multimillonario a los treinta, no puede haber vídeos guarros míos circulando por internet. A menos que gane millones construyendo un imperio como Hugh Hefner... Tal vez lo tenga en cuenta en un futuro.

En este momento, estoy ocupado masturbándome para BañadorDeLangostas.

BañadorDeLangostas: Oh, jooooooder...

Es su respuesta inmediata tras enviarle un vídeo de cinco segundos acariciándome de forma perezosa.

Luego dice:

BañadorDeLangostas: MÁS.

Cabrón ansioso.

Mientras sonrío, decido provocarlo. Cierro los dedos en un puño que lentamente deslizo hacia la base y vuelvo a ascender con él de la misma manera hacia arriba. Cuando llego a la punta, hago un ligero giro y aprieto. La cámara captura a la perfección la gota de líquido preseminal que se forma.

Lo envío.

BañadorDeLangostas: Tienes una polla increíble.

Se me acelera la respiración. La acaricio un poco más rápido mientras gimo en voz baja antes de darme cuenta de que ya no me estoy grabando, ni respondiendo a BañadorDeLangostas. El calor de mi sangre y el dolor en los testículos me han distraído.

BañadorDeLangostas: ¿Qué? ¿No puedo decir eso?

Trago saliva por la garganta seca y detengo la mano.

CanallaTres: Lo siento, me he quedado inmerso en la masturbación. ¿No puedes decir el qué?

BañadorDeLangostas: Que tienes una polla increíble.

CanallaTres: Por favor, claro que puedes decirlo. Eso es lo que me ha distraído ;)

BañadorDeLangostas: Vale, pues envíame otro vídeo. Quiero ver más.

CanallaTres: ¿Te estás masturbando?

BañadorDeLangostas: Obvio.

Sonríó al teléfono. Langostas se ha vuelto más atrevido con cada charla, con cada mensaje subido de tono. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que me dejó en visto. Últimamente vuelve a por más casi al instante en lugar de esconderse sintiéndose culpable. Ya no creo que se sienta culpable por hacer esto.

Como no puedo grabarme y leer los mensajes al mismo tiempo, confío en mi cerebro para que me proporcione la estimulación que necesito. Me imagino a BañadorDeLangostas arrodillado entre mis piernas, con la cabeza inclinada sobre mí. Me rodea con firmeza la polla con los labios y pasa la lengua por toda su longitud cada vez que me la chupa hasta el fondo. Me imagino enredando los dedos en su pelo. ¿Se enredan en su pelo? ¿Lo tiene largo? ¿Alborotado? Me doy cuenta de que nunca antes se me ha ocurrido preguntar. Y ahora no me importa. De acuerdo, hay suficiente cabello como para agarrarlo y tirar de él mientras empujo las caderas y le follo la boca.

La banda sonora de este vídeo guarro es mi respiración ronca. Un gruñido, un gemido tortuoso mientras me imagino corriéndome en la boca de Langostas y a él tragándose con avidez hasta la última gota.

Exploto en la vida real y casi se me cae el teléfono mientras el clímax me sacude. Tanto es así que la grabación se ve comprometida porque estoy temblando y gimiendo demasiado fuerte como para mantener el teléfono estable. Supongo que el trabajo de cámara en el set de la próxima película de Martin Scorsese queda descartado. No obstante, a juzgar por la respuesta de Langostas a mi obra maestra, acabo de crear un ganador al Óscar.

BañadorDeLangostas: Jooooder.

BañadorDeLangostas: ¿Te das cuenta de lo sexy que ha sido eso?

No puedo responder porque se me ha hundido todo el cuerpo en el colchón. Siento las extremidades convertidas en gelatina por el orgasmo y tengo el vientre pegajoso.

Al fin, recupero el aliento justo cuando me llega un vídeo. Encuentro la fuerza para pulsar en él y, en un abrir y cerrar de ojos, me vuelvo a quedar sin aliento. No dura ni diez segundos, pero es

suficiente para volver a ponérmela medio dura, algo que no pensaba que fuera posible.

Me muerdo el labio y observo cómo se acaricia la polla con una mano fuerte. Oigo el ronco gemido que suelta cuando se corre.

Se me acelera el pulso mientras escribo un mensaje tembloroso.

CanallaTres: Vale. Dios. Ya es suficiente, tío. Tenemos que follar. En persona. Lo antes posible.

BañadorDeLangostas: 4 de enero. ¿Recuerdas?

CanallaTres: ¿Me prometes que no me dejarás plantado? Porque, joder, lo necesito.

BañadorDeLangostas: No te dejaré plantado. Yo también lo necesito.

No se me escapa que ha escrito «yo» y no «nosotros». Eso me hace preguntarme si su novia ya no va a formar parte de esta ecuación. Pero cuando añade lo siguiente, lo descarto:

BañadorDeLangostas: Mi novia y yo tenemos una *suite* en el Grand Windsor. Entonces, ¿el sábado a eso de las nueve?

¡Sí, por favor! Solo tengo que encontrar la manera de hacerlo sin faltar al trabajo. Los sábados por la noche se gana muchísimo dinero en el Jill's. ¿Tal vez pueda comenzar a medianoche en vez de a las diez? Eso suponiendo que tres horas sean tiempo suficiente para la sesión de sexo que tengo planeada.

Bueno, ya se me ocurrirá algo. Siempre se me ocurre.

CanallaTres: Allí estaré.

15. Pide un deseo, cariño

Keaton

Dejar el paraíso y regresar a la tierra de las ventiscas, como la llama Canalla, no es algo que normalmente me entusiasmaría, pero preferiría dormir desnudo en una cama de nieve que pasar cinco segundos más con mi padre.

Ha estado insufrible durante todo el viaje, insistiendo constantemente en lo de las prácticas de finanzas en su empresa. Y cuando no estaba presionándome con eso, lo hacía con lo de la presidencia de Alfa Delta y me ofrecía sugerencias sobre cómo influir en los votos.

Ni que decir tiene que me alegra estar en casa respirando el aire gélido de enero después de bajar del avión privado. Mis padres van a pasar otra semana en Costa Rica, así que he viajado solo en el avión de vuelta a Connecticut. He tenido mucho tiempo para pensar en mañana por la noche.

El Día D. O, mejor, la Noche T. El trío. El gran *ménage a trois*.

¿Estoy nervioso? Sí. ¿Excitado? También. ¿Aterrorizado?

Tal vez un poco.

No tengo ni idea de qué esperar. Mi novia dijo que la idea de que yo tocara a un chico y él me tocara a mí la ponía cachonda, pero ¿y si tiene el efecto contrario en la vida real? ¿Y si se asusta cuando se enfrente a la realidad? ¿Y si soy yo quien se asusta?

Incluso después de cinco horas de vuelo en las que he estado a solas con mis pensamientos, sigo dándole vueltas mientras paso por la aduana y cojo un Uber en el aeropuerto. Y continúo dándole vueltas cuando me despierto a las tantas a la mañana siguiente. El sábado.

Es decir, el Día T.

«También es el cumpleaños de Annika, idiota. No olvides esa parte».

Cierto. Me estoy adelantando.

Cojo el teléfono y llamo a mi novia.

—¡Rápido! —grito cuando responde—. Reúnete conmigo en la licorería, ¡cumpleañera! Necesito tu carné.

Su risa suave me hace cosquillas en la oreja.

—Qué bobo.

—¿Eso es un no? Porque ya tienes veintiuno, lo que significa que no hay motivo para que no puedas comprarme alcohol.

—Son las once y media —bromea—. ¿De verdad quieres tomarte una copa ahora mismo?

—No. —Me río entre dientes, luego me siento y me froto los ojos con una mano—. Reservaremos las copas para la noche.

Hay una breve pausa.

—¿Nena? —digo.

—Lo siento, sí, estoy aquí. Y, sí, creo que habrá mucha bebida esta noche.

No sé si su tono es vacilante o distraído. Decido que lo último cuando oigo una oleada de voces femeninas al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre en la hermandad? —pregunto entre risas.

—Las chicas están preparándose un *brunch* por mi cumpleaños. No te preocupes, no voy a pasarme con las mimosas. Espera un segundo, cariño. —La voz de Annika queda amortiguada mientras se dirige a otra persona—. ¡Ya bajo, ya bajo! Keaton acaba de llamar para felicitarme. —Se oye un crujido—. Hola, ya estoy. Pero tengo que irme. Lindy dice que abajo se requiere mi presencia.

—Espera —digo antes de que cuelgue—. Hay algo más.

—¿El qué?

Pongo el manos libres y reproduzco la canción que tengo preparada y «Crazy in Love» de Beyoncé suena a todo volumen en mi teléfono. Dejo sonar la canción unos diez segundos antes de detenerla y decir:

—Feliz cumpleaños, Ani.

—Oh, Keaton. —Le tiembla la voz levemente—. Te quiero, de verdad.

—Yo también te quiero.

Colgamos y me dirijo con torpeza al baño para vaciar la vejiga y darme una ducha. Me estoy secando el culo cuando la puerta del baño se abre de repente.

Me doy la vuelta y veo a Luke Bailey en la puerta con una mirada amarga en el rostro.

—¿Te importa? Ya casi he terminado.

—¿Te importa? —repite—. ¿O estás empeñado en sobornar para llegar a la presidencia?

Mierda.

—No va contra las normas que mi padre haga regalos —digo mientras me ato la toalla alrededor de la cintura.

—Debería —espetá.

Tiene razón. Por dentro sigo avergonzado por su comportamiento, pero tampoco me gusta nada el ceño de Luke. Y no le voy a ceder la presidencia solo porque mi padre sea un capullo controlador. Bailey sería un presidente horrible.

—¿No crees que la gente puede tomar sus propias decisiones? —pregunto mientras abro el armario para sacar el desodorante.

Pero todavía no he deshecho las maletas, así que no está ahí.

—Creo que haces muy bien el papel de chico despreocupado y divertido, pero en realidad eres un cabronazo conspirador.

Me río, porque no tiene ni idea. Doy dos pasos hacia él porque está bloqueando el camino de regreso a mi habitación, donde tengo la maleta.

Él se mantiene firme.

—¿En serio? —digo, arrastrando las palabras—. ¿Quieres que nos peleemos por eso aquí mismo, en el baño?

Frunce el ceño aún más mientras se aparta. Pero, entonces, el imbécil se queda en la puerta de mi habitación mientras comienzo a hurgar en la maleta, que está sobre la cama. Cojo dos puñados de bañadores y ropa de playa con la intención de tirarlos en la cama.

Pero... mierda. Bailey cree que soy exactamente el tipo de chico rico malcriado que acaba de llegar a casa de unas vacaciones tropicales. Y lo soy, no se lo voy a rebatir.

Dejo caer la ropa de nuevo en la maleta y me doy la vuelta, bloqueándole la vista de mis cosas.

—¿Tienes algo relevante que decir? ¿O solo has venido para quejarte?

—Solo... —Suspira—. Si necesitas hacer trampa para impresionar a todo el mundo, ¿por qué te molestas?

—¿Por qué será? —contesto suavemente. Ni siquiera Luke Bailey puede empañar mi ánimo hoy. Incluso si tiene razón. Estoy de muy buen humor—. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

* * *

La *suite* del hotel que he reservado es increíble. Tiene *jacuzzi*, una cama gigante extragrande y tele de setenta pulgadas. Hasta la comida que he pedido en el servicio de habitaciones está deliciosa.

Pero, en cierto momento, entre las frituras de cangrejo y las exquisitas porciones de tarta de chocolate, me doy cuenta de que Annika está nerviosa.

Veo que no ha comido mucho. Y, ahora, mientras enciendo la luz de la vela que compré para su porción de tarta, veo incertidumbre bailando en sus ojos junto con la luz de la vela.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz... —Hago aspavientos exagerados con las manos mientras canto—. Te deseamos, querida novia buenorra...

Me ofrece una tímida sonrisa, pero no me mira a los ojos.

Termino la canción con entusiasmo.

—Pide un deseo, cariño. No te cortes si quieres pedir algo guarro que tenga que ver conmigo.

Ella inhala, me mira a los ojos y... vacila.

Espero con impaciencia, porque todo el mundo sabe que no puedes probar la tarta antes de que la cumpleañera esté preparada. Y la tarta tiene una pinta fantástica. Casi puedo saborearla. Sinceramente, esta noche soy como una bola gigante de ansia de todo tipo. Me ha costado no estar mirando la hora todo el rato.

Probablemente, Canalla ya esté de camino. Son las nueve menos cuarto.

Annika aparta la silla de la mesa.

—Keaton, no sé. Creo que no puedo hacerlo.

—Es solo un deseo, nena. Y cuidado con la vela, una gota está a punto de derramarse sobre la cubierta de *ganache*.

Se inclina hacia adelante y sopla la vela con rapidez. Entonces, se vuelve a sentar y suspira.

—Keaton, ¿de verdad hay un chico que viene de camino?

Asiento con la cabeza.

—¿Por qué iba a mentir?

Annika se muerde el labio. Luego me lanza la bomba:

—Creo que deberías decirle que no venga.

—Espera, ¿qué? —Dejo el tenedor flotando sobre la porción de tarta.

—Yo... —Traga saliva—. No quiero seguir con esto.

—¡Annika! —Dejo caer el tenedor con estrépito—. Ha sido idea tuya. No podemos escribirle ahora y decirle que lo olvide.

—¡Claro que sí! —chilla, dando un salto de la silla y cruzando la habitación para mirar por la ventana.

Fuera está oscuro, por lo que no creo que vea mucho. Cuando se gira hacia mí, puedo vislumbrar la tristeza nadando en sus ojos.

—Me equivoqué —gime, y se le enrojecen poco a poco las mejillas, ya sea por vergüenza o por enojo. Sospecho que es lo primero—. Yo no soy así. Pensé que podía ser otra persona por una

noche, y Dios sabe que nuestra vida sexual necesita un cambio. Pero no puedo hacerlo con un desconocido. No puedo.

—Pero... —Respiro hondo y me doy cuenta de que el corazón me golpea en el pecho. No podemos dejar plantado ahora a Canalla—. Se suponía que esto era una aventura. Solo estás nerviosa, como aquella vez que tomamos una clase de buceo. Al final todo salió bien.

—No. —Sacude la cabeza con vehemencia—. Esto no es lo mismo. Estaba tratando de ser divertida y atrevida, y también quería darte algunas pistas para que te dieras cuenta de que necesitamos un cambio de imagen.

—¿Un... cambio de imagen? —Ahora mismo estoy muy confundido—. ¿Ir al estilista?

—¡No! —chilla—. Me refiero al sexo, Keaton. Estamos inmersos en la monotonía. Pensé que si sugería lo del trío, te darías cuenta de que necesitábamos esforzarnos más en la cama. Bastaba con que hubieras comprado unas esposas *sexys* y aceite comestible para masajes.

De repente, es muy importante para mí que me entienda.

—Me lo pediste tú —digo con firmeza—. Y yo te lo he concedido.

—No puedo, Keaton. Lo siento.

—Solo te da miedo porque es un desconocido. —Intento—. Vamos a conocerlo y luego decidimos.

Una vez más, suena muy triste cuando responde.

—¿Y qué lograré con eso? Tendré que pasar vergüenza frente a alguien en persona. De esta manera, nunca sabrá cuál de nosotros se ha acobardado.

Ese es justo el problema. Considero a Canalla un amigo. Si lo dejo tirado ahora, no entenderá que no he sido yo quien se ha rajado. No sé por qué me molesta tanto, pero es así.

—Me vas a hacer quedar como un idiota —mascullo.

Cojo el tenedor y lo hundo en mi porción intacta de tarta. Y luego tomo un gran bocado. El sabor a chocolate explota en mi lengua, pero no borra la punzada de resentimiento que siento ahora mismo.

En estos momentos, ni siquiera puedo mirar a Annika. Si ella no hubiera pedido que hiciéramos un trío, yo no me encontraría en esta situación. No habría charlado con Canalla, y no estaría tan desesperado por conocerlo.

—Keaton —dice en voz baja—. Lo más probable es que la gente se eche para atrás todo el tiempo en estos casos. Seguro que él lo sabe.

—Seguro que sí. Pero yo no dejo tirado a nadie.

Aparto la tarta de chocolate. La fuerza de mis emociones me está confundiendo. Annika está en su derecho de negarse a un encuentro sexual que no desea. Solo un imbécil se enfadaría con su novia por manifestar su incomodidad, por elegir echarse atrás. Pero estoy enfadado. Estoy enfadado porque... mierda. No. No es enfado lo que siento, me doy cuenta con consternación. Esa opresión en la garganta, ese temblor del pulso...

Es decepción.

Ese es el verdadero problema, ¿verdad? Yo deseaba esto con muchas ganas. Ella no tiene ni idea. Joder, ni siquiera yo lo sabía.

—Por favor, cariño —suplica—. Lo siento mucho. Sé que es incómodo. Supongo que no me imaginaba que llegaríamos a hacerlo.

Otra oleada de incredulidad me recorre las venas.

—Siempre cumplo mis promesas. ¿Por qué pensabas que no lo haríamos?

—¡Lo siento! —sisea con los ojos brillantes—. Pero tienes que enviarle un mensaje ahora mismo. Podría presentarse en cualquier momento. Si no, se lo envío yo.

Cruza la habitación para coger mi teléfono de la mesita de noche. Mierda.

Desbloquea la pantalla y se desplaza por las aplicaciones.

—¿Quién es? Le diré que yo soy la que se ha echado...

Alguien llama a la puerta. Tres golpes.

Nos miramos el uno al otro desde extremos opuestos de la habitación.

—¿Puedo abrirle? —pregunto en un susurro.

Lentamente, Annika niega con la cabeza.

Mierda.

Cruzo la alfombra hasta la puerta mientras trato de pensar en lo que voy a decirle cuando salga y me disculpe. Será incómodo, pero al menos puedo decir lo que pienso. De todas formas, tal vez sea feo. Tal vez mañana me ría de todo esto.

Tal vez esta sensación de tristeza y malestar que siento en mis entrañas desaparezca.

Haciendo acopio de valor, abro la puerta.

16. Demasiados feos

Luke

Tras llamar a la puerta de la habitación 409, no sé muy bien qué hacer con las manos. El momento en el que estás ahí de pie, esperando a conocer a tu ligue por primera vez, es la parte más estresante.

Se oyen voces procedentes del interior. La voz de un hombre y una mujer, así que debo de estar en el lugar correcto. Pero nunca he estado en este hotel. Ni siquiera me había parado nunca a mirarlo. Es el tipo de lugar en el que se hospedan los ricos con sus padres los fines de semana.

Sinceramente, nunca se me ocurriría reservar una habitación de hotel solo para pasar un buen rato. ¿A quién se le ocurre? Oigo que se acerca alguien a la puerta y meto barriga. No me juzguéis, es el acto reflejo de alguien acostumbrado a estar en el escenario sin camiseta. Acabo de dibujar una sonrisa amistosa en la cara cuando se abre la puerta y...

¿Qué...?

¿Estás de puta coña?

—¿Hayworth? —ladro—. ¿Qué haces...? Esta es... —Retrocedo rápidamente. Debo de estar en la puerta equivocada. Ya estoy sacando el teléfono para comprobar los datos.

Pero luego lo miro a la cara y sé que no ha habido ninguna confusión. De repente, tiene las orejas rojas y abre y cierra la boca

como si fuera un pez. Rápidamente, sale al pasillo y cierra la puerta tras él.

—Me estás tomando el pelo —bufa Keaton Hayworth III—. ¿Es una broma?

—No sé —gruño—. ¿Lo es? Dímelo tú.

—¿Me has engañado, Bailey? —De repente, parece furioso.

—¡No! —exclamo—. Pero ya que lo mencionas, ¿me has engañado tú?

—¡No! —espeta. Entonces mira el pasillo de un lado a otro—. Y baja la voz.

—¿Por qué? ¿Te estás codeando con chusma?

Tengo demasiada energía nerviosa en el cuerpo y soy incapaz de comportarme como un ser humano racional. Me acerco un poco más.

Mira hacia abajo. Estamos tan cerca que nuestros pechos casi se tocan.

—Aléjate, ¿vale?

—¿Por qué? ¿No vas a invitarme a entrar? —No veo que esto vaya a ninguna parte, pero al menos voy a hacerlo hablar—. Todo esto ha sido idea tuya. ¿Te has acobardado?

Se ruboriza aún más.

—Ha habido un cambio de planes.

—Apuesto a que sí. —Estoy a unos siete centímetros de su rostro y veo cómo la ira y la frustración emanan de él—. Qué bien haber cancelado un turno en el trabajo para venir a tu pequeña fantasía.

Parpadea y me fijo en que el sudor se le acumula en la frente. Apenas empiezo a procesar que Keaton es BañadorDeLangostas. ¿Él es el chico que odia la Navidad y sabe qué animales se masturban?

Me hizo reír y yo hice que él se corriera. Si las cabezas pudieran explotar, la mía estaría saltando por los aires en este momento.

Pero entonces abre la boca y me recuerda cómo son las cosas entre nosotros en realidad.

—Si te vas ya, tal vez puedas recuperar el turno.

Pongo los ojos en blanco porque eso es algo muy propio de Keaton Hayworth III. Apuesto a que no ha tenido que conservar un empleo en su vida.

—Tal vez, pero el jefe ya estará molesto. Y, de todas formas, llegaré tarde...

Me doy cuenta de que no tiene sentido explicárselo.

—Lo siento —dice con rigidez.

Doy un paso atrás. Y luego otro.

—Sientes que yo sea alguien que ya te desagradaba de antes, ¿verdad? Pues que tengas más suerte con tu próxima pareja en la aplicación.

Me doy la vuelta y me dirijo a los ascensores.

—¡Eso no es lo que ha pasado! —me grita.

Pero no me molesto en quedarme a escuchar sus excusas.

* * *

—No lo entiendo —dice Lance unas horas después. Confundido, meneando la cabeza rubia de un lado a otro—. ¿Por qué aceptaste acostarte con un hermano de tu fraternidad si no te gusta?

—¡No acepté acostarme con un hermano! Es que... —Me cubro la cara con las manos y trato de recuperar la compostura.

Seguro que cualquiera pensaría que cuatro horas después de la gran sorpresa ya me habría recuperado. Pues no. Todavía estoy conmocionado. En cuanto los gorilas han cerrado las puertas del club, me he desplomado en el taburete más cercano y he comenzado a servirme tequila.

La mayoría del personal se ha ido ya, pero algunos compañeros de baile se han quedado a hacerme compañía. Brock y George no han dejado de reírse desde que les he contado lo que ha ocurrido en el hotel, pero Lance todavía no lo entiende.

—Era un encuentro a ciegas, Lance —refunfuño contra las palmas de las manos—. Hemos estado hablando por Vicio e íbamos a vernos esta noche por primera vez.

—El chico de la fraternidad, su novia y tú —dice Lance.

—Sí.

Levanto la cabeza y le quito la botella de tequila de la mano musculosa a George. Hace como una hora que hemos dejado de usar los vasos de chupito. Son casi las tres de la madrugada, estamos semidesnudos, todavía cubiertos de aceite y discutiendo el hecho de que esta noche he estado a punto de follarme a mi némesis, por lo que esto requiere beber directamente de la botella.

—Así que has ido a conocerlos y resulta que ya los conocías.

—Sí.

Inclina la cabeza.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —escupo.

—¿Intercambiasteis fotos?

Asiento con la cabeza.

—Aunque sin las caras.

—¡Sin las caras! —grita, incrédulo—. ¿Por qué?

—Esta vez estoy de acuerdo con Lance —dice Brock desde el otro lado de la barra. Todos los camareros se han ido a casa, así que él ha usurpado su dominio. En este momento, está haciendo girar una coctelera de acero inoxidable como si fuera Tom Cruise en *Cocktail*. Le brilla el pecho desnudo bajo las luces de neón de los carteles de cerveza que hay tras él—. ¿Por qué demonios quedarías con un ligue sin verle la cara? ¿Querías que te asesinaran?

—Su novia no quería que enseñaran la cara —murmuro.

Y ahora sé por qué. Annika Schiffer es la heredera de un imperio inmobiliario de miles de millones de dólares. Su padre es como la versión estadounidense del dueño de IKEA. Por supuesto que no quiere que su cara aparezca en ninguna aplicación picante.

Dios. ¿Quién lo habría dicho? Annika Schiffer haciendo tríos...

Y Keaton también.

Resisto la tentación de enterrar de nuevo la cabeza entre las manos. Keaton es BañadorDeLangostas. Todo este tiempo he estado sexteando con un puto hermano de la fraternidad. Peor aún, con el

hermano de la fraternidad que se enfrenta a mí en las elecciones a la presidencia. El hermano de la fraternidad al que no soporto.

Es demasiado difícil de aceptar. Porque a BañadorDeLangostas sí lo soporto. Joder, me gusta BañadorDeLangostas. ¿Cómo coño pueden ser la misma persona?

—¿Y si hubieran sido los dos feos? —pregunta George—. ¿Sabes cuántos feos hay en esas aplicaciones?

—Demasiados feos —dice Lance con solemnidad—. Es una epidemia.

Doy otro trago rápido a la botella de tequila.

—Me aseguré que no lo eran.

George parpadea de forma inocente.

—Ah, ¡qué alivio! Un perverso aleatorio de Vicio te aseguró que él y su chica, la que está deseando que le metan dos pollas, no eran feos.

Brock resopla.

—De verdad, hermano. Todos los feos dicen que no son feos.

—Tenía el presentimiento de que estaban buenos, ¿vale? —digo, irritado.

Oh, guau. Esta noche soy un borracho gruñón. Creo que nunca he estado de mal humor borracho. Por lo general, soy maravilloso.

Probablemente, esa es la señal para marcharme.

Levanto mi cuerpo borracho del taburete.

—Me voy, chicos. La habitación me está empezando a dar vueltas. —Cuando apoyo los pies en el suelo, se me balancea el cuerpo ligeramente—. Gracias por hacerme compañía.

—Cuando quieras —dice George y, aunque tengo la vista un poco nublada, no dejo pasar por alto su mirada de compasión—. Siento que hayas tenido una noche de mierda, tío.

—¿Qué vas a hacer cuando llegues a casa? —pregunta Lance con curiosidad—. Es decir, ¿vas a hablar con él?

—¿Esta noche? Ni de coña, es de madrugada. —Pero aunque fuera mediodía, soy incapaz de imaginarme hablando con Keaton de esto.

No. No vamos a volver a hablar de este tema. Si lo menciona, simplemente podría fingir que no sé de qué habla. Fingir un poco de amnesia.

Ya fuera del club, me subo al asiento trasero de un Uber. Odio gastar dinero, pero me tambaleo demasiado como para tomar el autobús. Nunca he vomitado en un transporte público, pero no pienso permitir que hoy sea la primera vez.

Cuando el conductor se detiene frente a la casa Alfa Delta, ya no tengo el estómago revuelto. De hecho, parece que por fin he recuperado la compostura y me siento mucho más centrado y sobrio mientras arrastro mi exhausto culo hasta la puerta principal.

Arriba, lo primero que hago es darme una ducha rápida. Mientras me quito el aceite del pecho con las manos enjabonadas, trato de procesar de forma objetiva lo que ha ocurrido esta noche. A ver... es un poco curioso si piensas en ello. ¿Cuáles eran las posibilidades de que la pareja con la que quería acostarme fueran Keaton y Annika? Menuda casualidad, ¿no?

¿Y de verdad es tan importante? A pesar de que le pregunté a Hayworth si me estaba engañando, en realidad no creo que lo estuviera haciendo. Creo que todo este desastre no es más que una gran coincidencia.

Estamos en la universidad. La gente experimenta cuando está en la universidad. Keaton y Annika buscaban animar su vida sexual con un tercero y resultó que yo era el tercero al que reclutaron. Ninguno sabía la identidad del otro. Simplemente, fue mala suerte.

No, no es importante a menos que le demos importancia nosotros, decido mientras salgo de la ducha. Cojo una toalla del estante y me la coloco alrededor de la cintura. Entonces, paso la mano por el espejo cubierto de vapor y observo mi reflejo borroso. Parezco cansado.

Ha sido una noche larga.

Vuelvo descalzo a la habitación. Justo cuando estoy cerrando la puerta, se abre de golpe y casi me caigo al suelo.

Agarro la toalla con la mano antes de que se me deslice por las caderas.

—¡Qué cojones! —gruño mientras Keaton se abre paso.

—¡Eso digo yo! —contesta, gruñendo también—. ¿Dónde coño has estado? ¡Son las tres de la madrugada! Llevo horas esperándote despierto.

Lo miro.

—¿Estás enfadado porque llego tarde a casa? ¿Quién eres, mi abuela?

—Mira —espetea mientras cierra la puerta. Noto que se asegura de que está cerrada antes de levantar la voz—. ¿Por qué estabas en el hotel esta noche, Bailey? Nada de mentiras. ¿Por qué demonios estabas allí?

—Porque tú me invitaste —replico con los dientes apretados.

—No te invité. Invité a CanallaTres. —La ira se refleja en su expresión—. ¿Por qué fingías ser otra persona en la aplicación?

Abro la boca de par en par.

—¿Estás de coña? No fingía nada, Hayworth. CanallaTres es mi nombre de usuario. Utilizo Vicio de forma habitual.

Niega con la cabeza de forma obstinada.

—No te creo. No creo que te acuestes con chicos.

No puedo evitar reírme.

—¿Por qué? ¿Porque nunca te he sentado a mi lado y te he dicho: «Oye, Keaton, soy bi?». ¿Por qué iba a hacerlo? No somos amigos.

—Entonces estás diciendo que eres bi.

No sé si eso es una acusación. En cualquier caso, acabo poniendo los ojos en blanco.

—Sí, así es. ¿Algún problema con ello? —respondo a mi propia pregunta antes que él—. Espera, claro que no, porque, al parecer, tú también.

Keaton se queda paralizado.

Eso hace que me dé cuenta de que antes estaba balanceándose. Observo su atractivo rostro y noto que tiene las mejillas sonrosadas y los ojos color avellana no están del todo centrados. Él también ha estado bebiendo.

—No soy bisexual —murmura al fin.

—¿Pansexual? ¿Gay?

—Nada de eso —dice con rigidez.

Me vuelvo a reír. Por lo bajo, suelto una risa carente de alegría.

—Ajá. Entonces, ¿por qué invitaste a otro tío a la cama con Annika y contigo?

—No pronuncies su nombre —ordena.

—¿Por qué no? ¿Está aquí? —Señalo con la cabeza en dirección a la puerta—. ¿Está escondida en tu habitación?

—La he llevado a casa.

—Qué pena. Debe de estar desanimada por no haber podido cumplir su fantasía. —Inclino la cabeza, desafiante—. ¿O era la tuya?

Curva los labios con ira.

—Que te jodan. Todo lo que dije era cierto. Ella quería hacer un trío para su cumpleaños y a última hora se echó para atrás. Lo cual es una puta bendición, porque si te hubiera visto entrar en esa habitación de hotel, habría perdido los papeles.

—Genial. Fantástico. Así que todo ha acabado bien para todo el mundo. Nos hemos librado de una buena. —Sigo sosteniendo la toalla al costado—. Por favor, ¿podrías marcharte de una vez?

—No. —Se pasa las manos por el pelo rubio oscuro—. No hasta que arreglemos esto.

—¿Arreglarlo? —contesto con cansancio—. Ha sido una coincidencia absurda. Yo no te tendí una trampa y tú no me la tendiste a mí. Soy bisexual y tú bicurioso o lo que sea. Fin.

—¿Fin? —repite, y ahora hay una nota de desesperación en su voz—. Joder, ¿te das cuenta de lo avergonzado que estoy? ¿De descubrir que he estado hablando contigo todo este tiempo?

Ni siquiera me siento insultado porque yo pienso lo mismo.

—Bienvenido al club, gilipollas. A mí tampoco me emociona. —Le he dicho cosas que nunca le había confesado a nadie. La relación con mi familia, mis problemas de dinero... Qué vergüenza.

—Si se te pasa por la cabeza contarle a alguien esto, te doy una paliza —advierte Keaton. Da un paso hacia adelante y, aunque

parece tener las piernas firmes, respira de forma entrecortada y con dificultad—. Lo digo en serio, Bailey. Todas las cosas de las que hablamos, todas las cosas que... que hicimos. Nadie se puede enterar nunca, ¿me oyes?

—¿Por qué? —digo en tono burlón—. ¿Te da miedo lo que piense Judd si se entera de que fantaseas con chupar pollas?

Keaton aprieta la mandíbula.

—¿Te da miedo que Tanner te deje de lado si se entera de que te mueres por tener una polla en el culo?

Le brillan los ojos.

—Te estás pasando, Bailey.

Me limito a sonreír.

—Mmmm. ¿Qué crees que dirían si supieran que has estado sexteando con uno de los hermanos de la fraternidad durante semanas?

—¿Me estás... chantajeando? —espeto.

—¿Qué?

—¿Estás amenazándome con contárselo a mis amigos, no sé, si no me retiro como candidato a la presidencia?

Me sobresalto.

—Por supuesto que no. —Mierda, pero ya veo por qué piensa que quería hacerlo—. No te estoy chantajeando, Hayworth. Solo te estaba provocando. ¿Crees que quiero que alguien se entere de esto? Ni de coña, tío. Mi vida sexual no es asunto de nadie.

Al oír la palabra «sexual», la mirada de Keaton se desliza desde mi pecho hasta la toalla y luego la aparta con torpeza hacia sus pies.

Me cuesta respirar. Es como si Keaton absorbiera todo el aire de la habitación con la respiración profunda y entrecortada que tiene.

—Mira, no es para tanto —digo con brusquedad—. Solo ha sido... mala suerte.

—¿Que no es para tanto? —ruge—. ¡¿Me estás vacilando?! —Vuelve a tomar aliento y luego baja la voz en tono amargo—. ¡Los dos vimos vídeos del otro masturbándose! ¡Ibas a follarte a mi novia! Hablamos de mantener sexo entre nosotros.

Está entrando en pánico. Lo veo en su rostro, en la forma en la que se le agita el pecho con cada palabra susurrada.

—Y ni siquiera puedo fingir que no me excitó, que fue algún tipo de broma macabra que te estaba gastando, porque viste lo cachondo que me ponía. —Vuelve a agarrarse del pelo. El pecho fornido le tiembla incontroladamente—. Me viste correrme.

—¿Y?

A pesar del intento de sonar casual, se me ha acelerado el pulso. Está escupiendo todas esas cosas tan sucias y, que Dios nos pille confesados, me estoy poniendo cachondo.

—Así que no está bien —responde—. No quiero que sepas estas cosas sobre mí. No me fío de que no vayas a usarlo en mi contra. No confío en ti y no me caes bien y si hubiera sabido que eras CanallaTres, jamás habría...

—¿Jamás me habrías dicho lo increíble que es mi polla? —me burlo.

—Que te den...

—Sí, que me den —interrumpo, riéndome sin una pizca de alegría—. Eso es exactamente lo que querías hacer, ¿recuerdas, Keaton? Querías darme. Querías que yo te diera. Me deseabas. Esto es lo que tú querías...

Lo agarro por la nuca y lo beso.

17. Una cosa más

Keaton

De repente, una boca caliente se aferra a la mía.

«Me cago en la hostia puta».

Me está besando. Luke Bailey me está besando y mi cerebro no logra entenderlo. ¿Por qué está deslizando la lengua en el interior de mi boca como si ese fuera su sitio?

Emito un gruñido y le doy un empujón en el pecho.

—¡Qué coj...! —Pero dejo de hablar porque con mi empujón apenas logro mover ese cuerpo tan duro como una roca y ahora tengo las manos sobre los pectorales más firmes que he tocado nunca.

Joder, los únicos pectorales que he tocado nunca.

El cuerpo de Bailey es de otro planeta. Y ahora vuelve a meterme la lengua el muy cabrón. Gimo de sorpresa cuando el placer me atraviesa y juro que lo oigo reírse, o tal vez él también está gimiendo, no lo sé. Estoy demasiado fuera de mí, demasiado excitado y demasiado confuso.

Me falta el aire cuando logro apartar la boca. Son las tres de la madrugada y estoy borracho como una cuba. Esa es la única explicación razonable para lo que acaba de pasar aquí.

—¿Por qué has parado? —jadea Bailey—. Ve a por tu chica y vamos. Sabes que quieres hacerlo. —Su mirada es un desafío cargado de lujuria.

—Me ha dejado —suelto. O, mejor dicho, habla el vodka.

Abre los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—Me ha dejado. Primero, cambió de opinión sobre el trío. Y, luego, después de pedirte que te fueras, me dijo: «Keaton, solo trataba de animar nuestra vida sexual porque creo que ya ha llegado a su fin. Seamos solo *amigos*».

Siento un puñal justo en el corazón al decirlo en voz alta. Annika cree que ya no hay pasión en nuestra relación.

—Dios. Lo siento, tío. —Extrañamente suena como si lo dijera en serio.

Y no puedo quedarme callado.

—Ella dijo que no se trataba de que me emocionara tener sexo con otra persona. Simplemente, debería excitarme más por tener sexo con ella.

—Eso es una tontería —balbucea Bailey—. Entonces, ¿por qué lo sugirió? Pensaba que todo esto había sido idea suya.

—Lo era. —Me siento en el borde de la cama porque estar de pie no me ayuda.

Y, joder. La colcha a cuadros, es la del vídeo que me envió. Ha estado aquí todo este tiempo. Podría haber sabido que era él si hubiera sido un poco más observador.

—Qué poco tacto —comenta.

Cuando vuelvo a mirarlo, se está poniendo un par de pantalones de deporte. Lo que significa que me he perdido la visión de su trasero desnudo.

Joder. Me lo he perdido.

—¿Tal vez es solo una discusión? —pregunta mientras se cubre con una camiseta el torso musculoso—. Tal vez mañana por la mañana os besáis y os reconciliáis.

—No sé. Me ha dado a entender que si de verdad hubiera prestado atención, habría entendido que lo del trío era una llamada de atención. Que solo quería que le diera un poco de emoción a las cosas, que pensaba que haría una contraoferta para el trío.

—¿Contraoferta? —repite Luke.

—Sí, como meter a otra chica en vez de a un chico. O algún juego de rol. No lo sé. —Me levanto otra vez porque estar sentado en la cama de Bailey es una mala idea. Tengo que ir a dormir la mona—. Lo único que sé es que la quería. Y dejarlo no ha sido idea mía. Pero dice que ya no la excito y no sé cómo se recupera uno de eso.

—¿Y a ti te excita ella? —pregunta Bailey.

Estoy demasiado borracho como para evitar hacer una mueca de dolor.

—A veces. Claro.

Pero me doy cuenta de que el sexteo con CanallaTres ha sido lo más excitante que me ha ocurrido en la cama. ¿No es un poco triste?

—Bueno... —Bailey se aclara la garganta—. Respira hondo.

—Debería... —Hago un vago movimiento hacia mi habitación.

—Sí —afirma—. Oye, lo digo en serio, Hayworth. Nunca diría una palabra. Sobre... ya sabes. —Levanta el teléfono del escritorio para indicar lo que quiere decir.

—Eh, gracias. Yo tampoco diré nada.

Evalúo la expresión seria de su rostro y decido que dice la verdad. Y entonces me doy cuenta de que hace unos minutos he tenido mi lengua en su boca. ¿Ha ocurrido de verdad?

Y, Dios, ¿en serio me ha gustado tanto? Sí, maldita sea. Y ahora me he quedado mirándolo.

—¿Estás bien? —dice con cautela.

—¿Cómo lo supiste? —pregunto de repente.

Pone los ojos en blanco.

—Ya te dije que no lo sabía.

—No hablo de eso. No me refiero a eso. ¿Cómo descubriste que tú, eh...? —No puedo terminar la frase—. No importa.

Doy un paso hacia la puerta.

—Ah —dice despacio en un tono que me hace entender que sabe a qué me refiero—. ¿Que me gustan los chicos?

Me detengo y me doy la vuelta.

—Sí, eso.

—La verdad es que empecé joven. Observar a los chicos era mi afición desde los quince. Y uno de los chicos de mi círculo cercano del instituto resultó ser gay. Se dio cuenta de que me gustaba ver entrenar al equipo masculino de atletismo. —Su risa es forzada—. Así que se aseguró de invitarme a quedarme en su casa cada vez que sus padres salían por la noche. En realidad, no era mi tipo, pero para ambos era como hacer prácticas.

—¿Y eso te pareció bien? —me oigo decir.

—Sí. —Juega con los bordes del teléfono—. Verás, nunca he sentido que encaje en ningún sitio. Ni en casa ni en la escuela. Así que no dejé que mi sexualidad me asustara. ¿Qué es una cosa más?

—Una cosa más —repito lentamente.

—Vete a la cama, Hayworth —dice, señalando la puerta—. Creo que lo necesitas.

—Sí —contesto con voz ronca. Probablemente es el mejor consejo que me han dado en mucho tiempo—. Vaya mierda de día.

Él hace una mueca.

—No deberíamos volver a hablar de esto nunca más.

—Cierto. Buenas noches.

Entonces salgo de allí. Entro a mi habitación a trompicones y cierro la puerta. Tengo el teléfono en la cama, así que lo cojo. Y, por pura costumbre, toco la pantalla para ver si hay alguna notificación de Vicio.

Por supuesto que no.

Se me pasa por la cabeza que debería borrar la aplicación. Pero no lo hago. Todavía no.

* * *

Al día siguiente, duermo hasta el mediodía y solo me levanto de la cama cuando la necesidad de tomar un analgésico es más fuerte que la de desaparecer bajo el edredón.

Todo parece sombrío. Por lo general, los domingos quedo con Annika para almorzar, o con mi padre si está en la ciudad. Pero hoy no tengo planes, así que pido una *pizza* del único local que tiene servicio a domicilio. Ni siquiera está buena. Y entonces me encuentro con Bailey cuando estoy con el repartidor recogiendo la *pizza*. Parece que acaba de regresar del supermercado. Subo las escaleras, pensando que así lo evitaré, ya que él va a la cocina, pero, maldita sea, me sigue los dos tramos de escaleras cargado con la compra.

—¿Por qué no la dejas en la cocina? —murmuro, lo que en realidad se traduce en: «¿por qué tengo que verte cuando todavía me estoy muriendo de la vergüenza?».

—Porque me roban la comida —se queja mientras le da un empujón a la puerta con la cadera—. Obvio. —Se cierra con un sonoro clic.

Es entonces cuando recuerdo que Bailey, CanallaTres, una vez me habló sobre dinero. Dijo que era una preocupación constante para él, que no siempre tenía el dinero suficiente para comida a final de mes.

Ataco la *pizza* de sabor promedio mientras me siento de mal humor y acorralado.

¿Cómo es eso que dicen? «No habrá paz para los tontos». Bueno, no es exactamente así. Pero cuando compruebo el correo electrónico, me entero de que no tengo una, sino dos reuniones de la fraternidad hoy. Hay una reunión general. Y antes de eso, una reunión con, adivina, los candidatos oficiales a las elecciones.

De manera que, unas horas después, me encuentro cara a cara por segunda vez hoy con el hombre al que más deseo evitar. Reed, el presidente en funciones, nos ha reunido a Bailey, a mí y a los chicos que se presentan sin oposición a tesorero y secretario.

—Vale, chicos —dice Reed después de cerrar la puerta del comedor—. Dentro de media hora, en la reunión se decidirá quién será el pastor que controle el rebaño, pero antes de que se realice la votación quería repasar algunos detalles. Porque a veces parece que

los hermanos se apuntan a estas cosas por optimismo, lealtad o lo que sea, sin saber que conlleva un trabajo.

La piel se me eriza, ya que siento que este comentario va dirigido a mí. Pero yo no estoy confundido: ya sé que la presidencia hará que mi último año sea incluso más difícil.

—Aquí están las descripciones de los puestos para todos vosotros —dice Reed—. Reconoceréis la primera parte del manual de la fraternidad. Pero debajo he añadido algunas consideraciones prácticas.

—Gracias, Reed —dice Bailey en voz baja—. Es genial.

—Gracias, tío —repiten los demás.

Cuando Reed me pasa las notas, ojeo los largos párrafos y trato de no bostezar. Los detalles ocupan cinco páginas.

—El puesto de presidente ha sido el más difícil de describir —dice—. He usado mucho la palabra «pacificador». El rebaño no siempre escucha. Sin embargo, la responsabilidad es vuestra. Los estatutos son muy claros al respecto. Así que si, por ejemplo, tu mejor amigo tiene alguna idea estúpida sobre los rituales de iniciación, tienes que cortarle el rollo. —Me lanza una mirada mordaz.

«Mierda».

—Lo pillo —digo con rigidez.

—No es un trabajo que siempre te haga popular —añade Reed.

—Entonces es perfecto para mí —dice Bailey y los otros chicos se ríen.

—Pero, oye, al menos te ganas una habitación gratis —dice Reed.

—¿Habitación gratis? —pregunto, levantando la vista.

Los cuatro me observan con curiosidad.

—¿No sabías lo de la habitación gratis? —pregunta Jon Munsen, que se presenta a secretario—. Eso es lo que hace que casi valga la pena.

—Ah, sí. —Me siento como diez pasos por detrás del resto—. Ahora me acuerdo —miento.

—Vale, ¿alguna otra pregunta? —dice Reed. Espera, pero nadie menciona nada—. De acuerdo, pues voy al ático a por la urna. Y comenzaremos la reunión general en unos quince minutos.

La sala se sume en un silencio tenso. Bueno, yo estoy tenso. Munsen y Edwards están jugando con el móvil. Bailey también está con el móvil, parece despreocupado.

Pero siento como si los nervios me arañaran por dentro. Ya no recuerdo por qué me he postulado a presidente de Alfa Delta. Supongo que para complacer a mi padre. Me pregunto qué dirá cuando le cuente que Annika me ha dejado. Ni siquiera me imagino la expresión de decepción de su rostro.

Pero ¿qué importa eso ahora? Ya tengo veintiún años, casi veintidós.

Me llega una notificación al móvil. No me lo creo, es de Vicio. Abro la aplicación por debajo de la mesa y veo que CanallaTres me ha enviado un gif. Es de... un vaquero controlando a un rebaño en la llanura.

CanallaTres: Que gane el más cabrón.

No puedo evitar levantar la vista y encontrarlo mirándome. Y el hijo de puta me guiña un ojo.

Maldito Bailey. No quiero que me guste.

La habitación comienza a llenarse de hermanos de la fraternidad. Ocupan el resto de los asientos de la mesa y luego llenan el asiento de la ventana y el espacio para estar de pie junto a la pared.

—Allá vamos, chicos. —Reed coloca una pila de papeletas en la mesa y luego reparte más por la habitación—. Ah, y aquí tenéis lápices —dice mientras coloca una taza llena de ellos en la mesa.

Me doy cuenta de que a Reed se le da muy bien esto. Es un presidente bueno y paciente. Un pastor de verdad.

Echo un vistazo al otro lado de la mesa, a Luke, que tiene la barbilla apoyada en la mano. Me pregunto si sabe que

probablemente no va a ganar. Hay demasiados futbolistas en la fraternidad y me votarán por defecto. Además, yo soy más sociable. He pasado más tiempo jugando al póker y viendo deportes en la sala de estar.

Bailey no. Creo que trabaja mucho. Me acabo de dar cuenta de que probablemente tenga que trabajar todo el tiempo para poder mantenerse a flote. Me lo dijo cuando charlaba con CanallaTres.

Ahora mismo se está arrancando las cutículas. Como si no le importara ganar o perder. Entonces me doy cuenta de que probablemente le importe muchísimo. El presidente obtiene una habitación gratis para el próximo año.

Esa parte a mí no me importa en absoluto. Aquí el alquiler ni siquiera es muy alto...

—Se da por convocada la reunión —dice Reed con calma—. He pensado que votemos primero, solo para poner las papeletas en orden. ¿Alguien tiene alguna pregunta sobre las elecciones? Son por mayoría absoluta. En el improbable caso de un empate, volvemos a votar una vez y, si eso no aclara las cosas, los cargos en funciones desempatarán. —Hace una pausa—. ¿Alguna pregunta?

Se me acelera el corazón y levanto la mano.

—Oye, Reed.

Todos centran su mirada en mí.

—He cambiado de opinión. —El resto del discurso sale a borbotones en una especie de vómito lingüístico de puro alivio—. En realidad, la presidencia no es lo mío y probablemente no tenga la personalidad que hay que tener para ello. Así que me retiro como candidato. Me gustaría participar en el trabajo del comité, pero, eh, tacha mi nombre de las papeletas.

Judd gruñe en voz alta.

Reed se limita a parpadear.

—¿Estás seguro, tío?

—Totalmente —digo, y por primera vez en todo el día me siento genial—. Ya tengo bastante trabajo.

Y mi padre puede irse a la mierda. Si quiere que un Hayworth sea presidente de Alfa Delta, puede volver a matricularse en Darby y presentar su candidatura.

A la mierda con su opinión. A la mierda con todo.

Se oye un murmullo incómodo en la sala. Y entonces cometo el error de mirar a Luke Bailey. Supongo que pensé que vería alivio en sus ojos. Ahora la habitación gratis es suya.

En vez de eso, me está lanzando una mirada asesina.

18. Señor presidente

Luke

No hay votación. Nadie sale a desafiarme en el último momento. Después de pasar semanas compitiendo contra Keaton por un puesto que en realidad solo quiero porque me ahorro el dinero del alquiler, me nombran presidente de Alfa Delta... por abandono.

El resentimiento me revuelve el estómago mientras permanezco sentado el resto de la reunión. De alguna manera, me las arreglo para no saltar por encima de la mesa y darle un puñetazo en la boca a Keaton Hayworth.

¿A qué coño juega ahora? Me tiemblan las manos de la ira, así que las aprieto con fuerza contra los muslos y le pido mentalmente a Reed que deje de balbucear. No me importa que la Semana del Infierno empiece mañana ni que nos estemos quedando sin suministros de limpieza. Necesito respuestas de Keaton Hayworth III.

Pero una vez que Reed da por terminada la reunión, es imposible pillar a Hayworth a solas. Judd y sus otros amigos del equipo lo arrastran a la cocina. El murmullo de voces bajas y enfadadas me deja claro que ellos tampoco están entusiasmados con su decisión de última hora.

Con la mandíbula tensa, mantengo la vista puesta en la puerta de la cocina, pero parece que no terminan.

—¡Señor Presidente! —Jako se acerca y me da una palmada en el hombro—. ¡Lo hemos conseguido!

—No, no lo hemos conseguido —mascullo—. He ganado por abandono.

—¿A quién le importa? Aun así, hemos obtenido el resultado que queríamos. Vamos, salgamos a celebrar. Hay un grupo que quiere llevarte a Cinnibar para invitarte.

Respiro profundamente. Es un bonito gesto, y cualquier otra noche daría saltos ante la idea de beber alcohol gratis, pero Keaton y yo tenemos asuntos pendientes. Abro la boca para mentir y luego me doy cuenta de que no hay razón para hacerlo.

—Estoy esperando para hablar con Hayworth —le digo a Jako—. Quiero saber por qué cojones ha hecho eso.

Jako frunce los labios ante la idea.

—Sí, ha sido un poco raro. Pero... has ganado. ¿A quién le importa por qué ha renunciado?

—A mí me importa. —Por detrás de Jako, veo a varios hermanos pululando por ahí, esperándonos—. Adelantaos vosotros —insto—. Os veré allí después de hablar con Hayworth.

—Vale. —Me da otra palmada en el hombro—. Pero no tardes demasiado. —A los demás les grita—: Os veo a todos en Cinnibar. ¡El último que llegue paga la primera ronda!

Casi muero en la estampida que el comentario ha provocado. A pesar de la plétora de niños ricos que hay en esta fraternidad, ninguno de ellos quiere desprenderse de su preciada paga. Mientras tanto, Keaton y sus amigos siguen discutiendo en la cocina. Al acercarme sigilosamente, oigo gruñir a Judd:

—¡No es mi presidente!

Casi me ahogo de la risa. Por el amor de Dios, ni siquiera he asumido el cargo y ya me han hecho un *hashtag*.

Están tardando una eternidad. Tanto tiempo, de hecho, que saco el teléfono del bolsillo y abro Vicio.

CanallaTres: Tengo que hablar contigo. Ahora.

Obviamente, no hay respuesta, pero me complace oír el sonido de una notificación en la cocina. Bien. Espero que alguien le pregunte a Keaton quién le está enviando mensajes. Se avergonzará demasiado como para admitir que utiliza Vicio, así que se dará prisa por terminar la conversación.

Pero eso no sucede. Por el contrario, y para mi incredulidad, Keaton, Judd y sus amigos salen de la cocina y pasan rozándome de camino a la puerta principal.

—Hayworth —gruño a su espalda—. ¿Podemos hablar?

Tensa los amplios hombros. Mira hacia otro lado con una expresión un poco avergonzada.

—No puedo, tenemos que ir a un sitio. Enhorabuena por la presidencia.

Y luego se marcha.

Me quedo mirando la puerta. ¿Está de coña? Merezco respuestas, maldita sea. No puede renunciar a la presidencia en el último segundo sin dar ninguna explicación. Furioso, vuelvo a escribir un mensaje.

CanallaTres: Eres un gilipollas.

Como era de esperar, no contesta.

Niego con la cabeza varias veces, estoy de pie en el centro de la sala de estar. El silencio es un tanto desconcertante. Todos los hermanos de la fraternidad se han ido a Cinnibar con Jako o se han marchado con Keaton. Y ni siquiera puedo disfrutar de la soledad porque sigo furioso por las acciones de Keaton.

Me ha cedido la presidencia. ¿Por qué? ¿Por lástima? Ha tenido que ser eso. Parecía sorprendido de verdad al descubrir que el presidente obtiene una habitación gratis, y sabe que yo no tengo mucho dinero. Habrá sumado dos más dos. Antes de BañadorDeLangostas, habría asumido que eso sería una hazaña difícil para don Deportista. Pero ahora lo conozco mejor, y sé que

Keaton no es un deportista sin cerebro. Estudia Biología y es mucho más inteligente de lo que muestra.

Subo las escaleras con dificultad, con el resentimiento todavía revolviéndose en mis entrañas. Escribo a Jako para decirle que me estoy cambiando y que nos vemos en el bar.

Empiezo con la primera parte, poniéndome unos vaqueros rotos y un jersey negro, pero el teléfono suena antes de que pueda salir de la habitación. Es una notificación de Vicio.

BañadorDeLangostas: ¿Que soy un gilipollas? Tú querías que me retirara.

CanallaTres: Quería que te retiraras cuando violaste las reglas prácticamente dos veces en diez días como un imbécil. No por lástima.

Y eso es justo lo que me molesta en realidad. Keaton tenía la victoria asegurada. Yo habría recibido una buena cantidad de votos, claro, pero los dos sabemos que, aun así, habría perdido.

CanallaTres: No necesito tu compasión, tío.

BañadorDeLangostas: No ha sido compasión. Nunca quise ser presi.

CanallaTres: Y una mierda.

BañadorDeLangostas: Es verdad. Oye, ¿podemos hablar después? Estoy con los chicos.

CanallaTres: Sí, lo sé. Te he visto huir, ¿recuerdas?

BañadorDeLangostas: No estaba huyendo. Judd quería salir. Hay una fiesta de pijamas en Beta Kappa.

CanallaTres: ¿Vas a ir a una fiesta en una hermandad?
¿En serio?

BañadorDeLangostas: Lo siento. He sugerido a los chicos que nos pasáramos por Cinnibar. Jako nos ha escrito para que fuéramos. Pero Judd... ¿Cómo digo esto con tacto...? Está disgustado por los resultados de las elecciones.

Es decir, se niega a apoyar mi reinado celebrando conmigo y el resto de los chicos. Aunque yo no estoy celebrando nada. Estoy sentado en el borde de la cama, enfurruñado.

CanallaTres: Yo también estoy disgustado. Eso no ha estado bien.

Esta vez no obtengo respuesta, ni siquiera al cabo de cinco minutos. Me imagino que Keaton y los demás estarán rodeados de un montón de chicas de la hermandad en pijama y achispadas, así que me obligo a apresurarme para llegar al bar.

Cinnibar es el local más exclusivo del campus. Los otros dos bares los visitan principalmente los futbolistas —ni en sueños iría allí— o el equipo de remo —alerta de esnob—, pero a Cinnibar va gente tranquila y hay un ambiente relajado. De hecho, somos los únicos miembros de fraternidades que están aquí esta noche.

Durante la siguiente hora, bebo con los hermanos, acepto con torpeza los elogios y con alegría las bebidas gratis. Hasta algunos de los chicos con los que no tengo mucha relación, como Paxton Grier y Edwards, son amables conmigo, aunque en el caso de Paxton es porque está tratando de convencerme de que le presente a una de

mis amigas *strippers*. Estoy intentando esquivar sus incesantes súplicas cuando recibo un mensaje de BañadorDeLangostas.

—Ahora me sigues contando —le digo a Paxton, mientras rezo para que se olvide del tema. Lo cual parece probable, porque apenas he parpadeado y ya se aleja a paso lento hacia un trío de morenas guapas.

BañadorDeLangostas: Siento que estés enfadado, ¿vale? Pero no ha sido por lástima, ni por ningún plan maquiavélico por mi parte. Nunca quise el puesto. Mi padre era el que lo quería.

Su confesión se lleva algo de mi amargura. BañadorDeLangostas, quiero decir, Keaton, ha mencionado en numerosas ocasiones que tiene una relación complicada con su padre.

Tal vez este lo presionó para que se presentara a presidente. A ver, esa treta de la tarjeta regalo que hizo el señor Hayworth la semana pasada apestaba a desesperación.

BañadorDeLangostas: Y, sí, el asunto de la habitación gratuita consolidó la decisión de retirarme, pero créeme, llevo pensando en ello desde que empezó la campaña. En todo caso, saber que estás pelado era la excusa que necesitaba para retirarme.

Suspiro y luego escribo:

CanallaTres: Vale. Te creo. Pero podrías haberme avisado de que ibas a hacerlo.

BañadorDeLangostas: No sabía que iba a hacerlo hasta que lo he hecho. De todos modos, enhorabuena.

CanallaTres: Gracias.

Guardo el teléfono y acepto la pinta de cerveza recién servida que Ahmad me coloca en la mano. Esta es mi tercera cerveza, pero mi tolerancia es alta, así que apenas me siento aturdido.

Dios, he ganado las elecciones. Por fin lo estoy asimilando ahora que mi enfado se ha disuelto. No tengo que pagar el alquiler el próximo año y ese peso, de repente, desaparece de mi pecho y me hace caer hacia delante de alivio. Dios. Esto me va a ayudar. Mucho.

—Tu primera orden del día está clara —dice Ahmad. A diferencia de mí, no tolera en absoluto el alcohol y está visiblemente ebrio. Tiene las mejillas de un rojo brillante y se mueve con extrema torpeza.

—¿Ah, sí? —me río.

—¡Sí! Otra cena —declara—. ¡Qué comida, tío! ¡Muuyyy buena!

Jako se ríe entre dientes desde el otro lado del reservado.

—Espera, ¿quieres otra cena por la comida? ¿Sin las chicas?

—Supongo que ellas también pueden venir, pero solo si traen las bolitas de queso.

Todos nos reímos a carcajadas, pero la diversión acaba cuando mi teléfono vuelve a sonar.

BañadorDeLangostas: Esta fiesta es una mierda. ¿Cómo está el bar?

Frunzo el ceño mirando la pantalla. ¿Por qué me envía mensajes? Está en una fiesta. Debería estar utilizando las manos para sostener una copa o agarrar a una tía buena, pero no para usar el teléfono.

CanallaTres: Es increíble. Me siento bien y contentillo. ¿Y cómo que una fiesta de pijamas en una hermandad es una

mierda? ¿No están todas en lencería *sexy*?

BañadorDeLangostas: Sí, pero... no sé. No puedo ligar con ninguna de estas chicas, Canalla. Tengo la sensación de que está mal. Como si estuviera tratando de reemplazar a Annika.

Me parece interesante que todavía me llame Canalla. Supongo que también tiene problemas para fusionar mis dos identidades. Canalla y Luke Bailey. BañadorDeLangostas y Keaton Hayworth. Hay cuatro personas en esta ecuación cuando solo debería haber dos.

CanallaTres: Te ha dejado, colega. Tienes que superarlo y seguir adelante.

BañadorDeLangostas: Lo superaré. Pero ¿quién dice que tengo que hacerlo esta noche?

CanallaTres: Cierto, pero un polvo nunca ha hecho daño a nadie. He oído que hace que la gente se sienta mejor.

BañadorDeLangostas: No. Ya te he dicho que me parece mal acostarme con una de estas chicas. Sobre todo con una chica de la hermandad. Estaría pensando en Annika todo el tiempo.

BañadorDeLangostas: No quiero mujeres esta noche.

CanallaTres: ¿Y hombres?

Joder.

¿Por qué he enviado eso? Suena... no, no suena: lo es. Es tonto. Y no debería estar tonteando con este chico. Todavía estoy flagelándome por el beso de anoche. Fue una jugada estúpida.

Pero el problema de presionar «Enviar» es que a la otra persona le llega el mensaje porque has presionado el puto botón «Enviar».

BañadorDeLangostas: ¿Eso es un reto, Bailey?

«Oooh, tío. Ha utilizado mi nombre. La cosa se ha puesto seria».

CanallaTres: Solo digo que, si enrollarte con una mujer esta noche solo te va a recordar a Annika, tal vez puedas hacerlo con alguien que no te recuerde a ella.

BañadorDeLangostas: ¿Alguien con pene?

CanallaTres: ¿Por qué no?

BañadorDeLangostas: ¿Alguien como tú?

Me quedo mirando la pantalla tanto tiempo que llamo la atención de mis compañeros.

—¡Bailey! ¡Eh! —grita Hoffman—. Paxton se ha gastado un montón de dinero en esta ronda de cervezas. Si no te la vas a beber, pásala.

Paxton se opone.

—¡Oye! Si él no la quiere, ¿por qué te la pides tú? ¡La he pagado yo!

Deslizo la pinta de forma distraída hacia Paxton.

—Toma. Vuelvo enseguida.

Ignoro la mirada curiosa de Jako, salgo de la mesa y camino lentamente hacia un lugar tranquilo al fondo del bar. El corazón me

late más rápido de lo normal y siento un temblor en la ingle que me dificulta concentrarme. Vuelvo a leer el último mensaje de Keaton y pienso en cómo responder.

Pasa un largo minuto antes de obligarme a admitir la verdad, pero una vez que lo hago... no hay duda sobre la respuesta.

CanallaTres: Ahora mismo, la casa está vacía. Te reto a que nos veamos allí en quince minutos.

Ahora estoy en ascuas. Se me acelera el pulso, la sangre me palpita en los oídos. Siento el cuerpo caliente y tenso, y no hay forma de que pueda volver a la mesa y beber otra cerveza.

Apago el teléfono para no sentir la tentación de quedarme mirando la pantalla.

Y salgo para dirigirme a casa.

19. Oro

Keaton

Echo un vistazo a la fiesta y veo todos los rituales de apareamiento habituales. Judd se está llenando el vaso de plástico rojo mientras cuenta chistes a una chica de la hermandad que lleva un camisón transparente. Ella se ríe y él se acerca para tocarle el codo.

En serio, el ritual de apareamiento del escarabajo pelotero, en el que el macho hace rodar un zurullo para impresionar a sus hembras, es menos predecible que esta fiesta.

Ni siquiera puedo mantener una conversación en condiciones porque sigo pensando en el puto Luke Bailey y me pregunto si su desafío ha sido solo para fanfarronear o si realmente se ha marchado a casa como ha dicho. Si me presento allí ahora mismo, ¿me estará esperando? ¿O se habrá guardado el teléfono en el bolsillo y habrá pedido otra cerveza mientras se dice a sí mismo: «Así aprenderá, el gilipollas»?

También se ha desconectado de la aplicación. No hay punto verde junto a su nombre. Me ha desafiado y luego ha desaparecido antes de que yo pudiera responder. Ha tenido la última palabra. Odio a ese imbécil.

Lo odio, pero también quiero que me la chupe.

Con ese pensamiento, dejo mi vaso en la mesa y salgo por la puerta. Ni siquiera echo un vistazo a Judd porque no quiero que me pregunte a dónde voy.

Hay unos tres minutos a pie hasta la casa Alfa Delta, y me obligo a caminar más lento. No tengo prisa por hacer el ridículo si él no va a estar allí.

¿Qué busco? La cálida respiración que exhalo aparece frente a mí como si fuera humo en el frío aire de enero. Esta noche voy a la deriva.

Saco el teléfono para mandarle un mensaje a Annika y entonces me doy cuenta de que ya no estamos juntos. El mensaje que me ha enviado mi padre tampoco es ningún consuelo.

Me ha felicitado por la presidencia. Ni siquiera ha preguntado si he ganado. Simplemente, lo da por sentado.

La casa de la fraternidad está a oscuras cuando me aproximo. Abro la puerta principal con llave y entro en un silencio sepulcral. Cuando cierro tras de mí, se oye el eco.

Mierda.

Me dirijo a las escaleras porque necesito saber si está aquí. No hay ni un alma en la primera ni en la segunda planta.

Entonces oigo la música.

Se me acelera el pulso mientras subo el último tramo. Y, efectivamente, Bailey está en casa. Una especie de música *house* sale de sus altavoces baratos; un ritmo entre el R&B y la electrónica.

Sea lo que sea, está lo bastante alta como para que no me oiga acercarme, así que puedo observarlo sin que él lo sepa mientras está sentado en el borde de la cama. Sube y baja las piernas y balancea una mancuerna en los tobillos para aumentar el esfuerzo en el entrenamiento.

No lleva camiseta y tiene las mejillas sonrosadas por el esfuerzo de usar cada músculo del tronco para levantar el peso. Se le contraen los abdominales mientras hace otra repetición y la música resuena de manera erótica de fondo.

Durante un largo minuto me quedo allí, mirándolo como un acosador. Y, joder, me gusta lo que veo. Tal vez sea un efecto secundario de la completa destrucción de mi vida, pero me siento atraído por el puto Luke Bailey.

Con esos abdominales y ese torso sinuoso sin una pizca de grasa en ninguna parte.

—Hola —digo al fin, porque no puedo quedarme aquí toda la eternidad sin que me pille.

Lo he asustado. Alza la barbilla con rapidez y fija los ojos oscuros en mí mientras frunce el ceño. El movimiento desestabiliza el ejercicio que estaba haciendo. La mancuerna se inclina y rueda por sus pies, y esta pérdida de peso lo desequilibra.

Luke se da la vuelta y cae al suelo con un golpe seco.

Y yo hago lo que cualquier hombre con sangre en las venas haría en este momento. Me río.

—Joder —gruñe desde el suelo.

—No te levantes —digo mientras trato de no desternillarme de risa.

Y entonces lo vuelvo a sobresaltar cuando me siento junto a él en el suelo.

Se gira hacia mí con una expresión de sorpresa en el rostro.

—No esperaba que aparecieras.

—Ya, yo tampoco lo esperaba.

Por un instante no dice nada, y soy demasiado consciente de lo cerca que estamos sentados y del sensual golpeteo de la canción que se sincroniza con mi ritmo cardíaco.

—¿Qué música es esta?

—Chet Faker —dice con una sonrisa pícar—. La canción se llama «Gold», 'oro'. ¿Te gusta?

Olvido responder porque tengo su boca a solo unos centímetros de la mía. Y me viene a la mente un vago recuerdo de anoche cuando estaba borracho. De su lengua en mi boca.

Luke inclina la cabeza a un lado y me estudia. Probablemente, soy tan sutil como un mazazo en las costillas mientras le miro la boca y me pregunto si otro beso suyo sería tan erótico y peligroso como el primero.

Él se acerca y yo me preparo para saborearlo de nuevo. Pero en el último momento se desvía y, en vez de besarme, me roza el cuello

con los labios. «Hola, piel de gallina». Me da una palmada en la barbilla para apartarla y hacer espacio para dejar un reguero de besos lentos y lascivos con la boca abierta por debajo de la mandíbula.

Emito un sonido inarticulado de sorpresa. De repente, toda la tensión del cuerpo me está matando. Como necesito moverme, coloco las manos en su duro pecho. La conmoción me sacude al sentir el calor de sus músculos.

Él también se altera. Emite un suave sonido invitador cuando le rozo un pezón con el pulgar. Cuando se endurece bajo mi caricia, Luke susurra una maldición contra la comisura de mis labios. Aun así, me hace esperar el beso. Estoy vibrando de anticipación cuando al fin termina con la tortura y se lanza para reclamar mi boca.

¡Joder! El cuerpo me vibra de la expectación ante el roce de su barba contra mis labios. Inhalo el aroma ahumado de la cerveza y él profundiza el beso de inmediato. Abro la boca como un pájaro hambriento y me mete la lengua provocándome un sinfín de sensaciones.

Es abrumador. Golpeo la cabeza contra el colchón cuando se lanza en busca de más, levantando una pierna por encima de mi cuerpo que aterriza en mi regazo mientras se adueña de mi boca.

Le rozo el pecho con el mío y mi polla se excita por la proximidad. Mientras tanto, cedo a la tentación. Le recorro el torso con las manos y lo rodeo para explorar su espalda.

Todo ese músculo. Y la boca áspera. Es muy diferente respecto a besar a una mujer. ¡Joder, me encanta! Dejo caer las manos sobre su duro culo y se lo aprieto.

Rompe el beso, se inclina hacia atrás y agacha la mirada para observarme.

—No tienes miedo.

—¿Y qué? —digo con voz ronca—. ¿Es acaso un requisito?

De repente, se ríe, y el sonido se dirige directo hacia mi polla.

—No, da igual. Quítate la ropa si eres tan valiente. —Me recorre el pecho con una mano y la piel se me eriza aún más, como si nadie me hubiera tocado antes.

Lucho contra un escalofrío de excitación y luego me quito la chaqueta del equipo de fútbol.

—Quítate de encima si quieres que me desnude.

—Uf que si quiero —dice, y se levanta de golpe.

Sus pantalones deportivos tienen un bulto importante en la parte delantera. Y cuando me pilla mirándolo, baja la mano y lo acaricia por encima del algodón. Entonces se aleja y cierra la puerta de una patada para luego echar el pestillo.

Me levanto del suelo con la cara sonrojada mientras me quito la camiseta. Esta pausa en la acción me da la oportunidad de pensar en lo que estoy haciendo. «Desnudándome para Luke Bailey».

Bah, pensar está sobrevalorado.

Por suerte para mí, él elige ese momento para quitarse los pantalones deportivos, y se inclina lo justo para ofrecerme una panorámica de todos los músculos desde una perspectiva totalmente nueva. El culo musculoso tensa la tela elástica de sus *boxers* negros.

Me quito los zapatos y los vaqueros con manos temblorosas, sin dejar de observarlo.

—No tienes vello corporal.

Resopla.

—Requisitos laborales.

—¿A qué te refieres con...? —No tengo la oportunidad de acabar la pregunta porque invade mi espacio personal y me vuelve a besar. Me agarra la nuca con una mano y me devora la boca sin preámbulos.

Los calcetines se me escurren de las manos. Me da un empujón y me sienta con fuerza en la cama.

—Muy bien —susurra contra mi boca—. Recuéstate y prepárate para más.

Alguien se siente dominante esta noche. Debería molestarme, pero no es así. Estoy demasiado ocupado recostado sobre la misma colcha en la que me hizo un vídeo corriéndose.

Un instante después, se coloca sobre mí; y yo jadeo cuando toda esa piel suave hace contacto con la mía. Recibo un único beso

sensual antes de que me deslice una mano justo por el elástico de los *boxers* para darme una caricia en la polla.

Jadeo en el siguiente beso mientras encojo los dedos de los pies.

Si dejar que tu hermano de la fraternidad te acaricie la polla está mal, entonces no quiero hacer las cosas bien.

—Estás buenísimo para ser un deportista musculoso —murmura mientras me deja un reguero de besos por la garganta—. Prueba de que nada es justo en esta vida.

Trago saliva al sentir su boca por la clavícula, descendiendo. Me acaricia la polla con firmeza y yo aprieto todos los músculos del cuerpo mientras me pregunto qué hará a continuación.

De pronto, me suelta y se sienta a horcajadas sobre mis caderas mientras contrae los abdominales. Me doy cuenta de que es ágil. Observarlo mientras se mueve es casi tan increíble como dejar que me bese. Se agacha y me da golpecitos en ambos pezones a la vez.

—¡Ah! —los calambrazos de dolor solo agudizan mis sentidos sobreestimulados—. Hazlo otra vez.

Se inclina y esta vez me muerde uno de los dos mientras frota la pelvis contra la mía. Nos separan dos capas de tela, pero aun así siento el calor que desprenden nuestras pollas al rozarse.

—Mmm —dice mientras me da besos por el pecho y juguetea con los dedos por mi caminito del tesoro.

—¿Quieres mi boca?

—Sí —digo con voz ronca.

—¿En serio? Pídemelo con educación.

Gimo mientras tira de los *boxers*. Levanto las caderas para dejar que me los quite y los arroje lejos. Entonces, mi polla, que está chorreando de líquido preseminal, queda libre y me golpea el vientre.

—De acuerdo —susurra mientras me desliza las manos por los muslos. Se inclina y arrastra los labios por el hueso de la cadera. Levanta la cabeza y me preparo para sentir su boca, pero en cambio me muerde con suavidad la piel sensible que hay justo al lado del pubis. Mientras me acaricia los testículos con una mano, su aliento

me roza la polla—. Todavía no te he oído pedirlo —dice con brusquedad—. ¿Cuántas ganas tienes?

Cada vez más.

—Por favor —gruño—. Chúpala.

—Qué conciso. —Se ríe entre dientes—. Un hombre de pocas palabras. Vale, Keaton Hayworth tercero. Te has ganado mi boca en tu polla.

Levanto la cabeza mientras me la coge con la mano y observo cómo esa boca enfurruñada se abre para engullir la punta de mi polla. Con la primera pasada perfecta de su lengua experta casi grito palabras de agradecimiento. Pero luego levanta la mirada de ojos oscuros en mi dirección, con la boca llena de mí, y tengo que tensar los músculos de los muslos para no correrme en ese mismo momento.

Dios, no me dejaré en ridículo. Al menos, no todavía.

Me hundo de nuevo en la cama y me permito relajarme mientras me da un tirón fuerte. Giro las caderas porque lo necesito. Y, de algún modo, mi mano ha encontrado el camino hacia su cabello. Como si tener una mano sobre él pudiera darme el control de la experiencia.

Lo cual es ridículo. Nunca me he sentido menos en control que en este momento.

Y eso me encanta.

Luke gime y luego se traga mi polla. La siento chocar con el fondo de su garganta, y vuelvo a retorcer los dedos de los pies. Esto se le da realmente muy bien. Tenso los dedos en su cabello mientras me la chupa y lame de forma rítmica.

Intento durar, pero es demasiado bueno. Demasiado envolvente.

—Voy a correrme —susurro mientras muevo las caderas una y otra vez—. Cuidado.

Él solo gime y chupa más fuerte.

Entonces todo termina, excepto los gritos.

Arqueo la espalda y vierto cada pizca de frustración en su dispuesta boca. Me siento mareado por el alivio mientras él se traga

todo lo que le ofrezco. Cuando no lo soporto más, me dejo caer de nuevo en la cama.

Dios santo. Tal vez Annika tenía razón sobre nuestra vida sexual. La música todavía late por mis venas y estoy sonrojado, agotado y más satisfecho de lo que recuerdo haberme sentido jamás.

Aunque Luke no. Se quita los *boxers* y se coloca a horcajadas encima de mí otra vez.

—Tócame —dice mientras me quita la mano de encima de la cama y la coloca alrededor de su polla.

Apenas estoy consciente, pero sé que estoy agarrándole la polla a otro hombre por primera vez. Él coloca las manos a ambos lados de mi cuerpo y se empuja contra mi mano. Esos ojos oscuros me absorben mientras se mueve encima de mí. Esa mirada ardiente me calienta la piel aún más de lo que ya está.

—¿Te gusta lo que ves? —me las arreglo para murmurar.

—Me gusta demasiado —jadea—. Pero no hables, a menos que sea para decir que quieres mi polla en tu boca. No, espera. —Tensa los músculos—. Demasiado tarde.

La polla se le estremece en mi mano y luego se corre, derramando ráfagas calientes de semen sobre mi vientre.

El gemido ronco que suelta queda ahogado por el sonido de una risa estridente que llega desde la planta de abajo. Mierda. Ha llegado alguien. Un grupo de personas, por lo que se oye.

No suelo ser propenso al pánico, pero la oleada de ansiedad que se desata en mi interior me hace quitarme de debajo de él y salir rodando de su cama.

La prueba de su clímax gotea por mi abdomen, pero estoy tan asustado ante la posibilidad de que me pillen que ignoro el desaguizado. Me limito a recoger la ropa del suelo y salir pitando por la puerta en dirección a la ducha.

20. El universo decidió

Luke

—Te subo cincuenta —anuncia Judd, sonriéndome.

Reviso las cartas. Esta noche estamos jugando al póker descubierto de cinco cartas, y yo tengo doble par: de diez y de ochos. Es la mano del muerto, la misma que tenía Wild Bill Hickok cuando recibió un tiro en la nuca en una taberna del lejano Oeste. Si igualo la apuesta de Judd y pierdo cincuenta pavos, más los diez que ya hemos puesto como apuesta inicial, el muerto voy a ser yo. Mi año de alquiler gratis no comienza hasta el otoño, lo que significa que sigo estando *pelao*.

Pero sospecho que Judd está tirándose un farol, y esta noche me siento arrogante.

No, en realidad me siento así desde que me enrollé con Keaton. Lleva tres días evitándome y, por alguna razón, eso me hace sentir... ¿Victorioso, tal vez? Como si tuviera la sartén por el mango, que es algo que nunca he sentido con Keaton Hayworth III.

—Igualo —digo con desinterés mientras empujo las fichas hacia el centro de la mesa.

Judd levanta las cejas.

—¿En serio?

Tanner empieza a reírse a carcajadas a mi lado.

—Creo que acabas de pillarle el farol —dice, dándome un codazo en el brazo.

Sonrío.

—Muéstralas —le contesto a Judd.

Judd muestra las cartas con la mandíbula apretada. Tiene un par de reinas y nada más.

Coloco las mías sobre la mesa y arrastro la enorme pila de fichas hacia mí. Genial, hay más de cien dólares. Mañana me autorregalaré un bistec para cenar.

—La mano del muerto —comenta una voz familiar mientras Judd le da la vuelta a mis cartas.

Me pongo rígido. Keaton aparece y observa mi mano ganadora.

—Sí —contesto, lanzándole una mirada rápida—. Solo que esta no viene con una bala.

—¿Una bala? —pregunta Ahmad sin comprender.

—Es la mano que jugó un famoso pistolero antes de que lo mataran a tiros —explica Keaton.

Noto que no me ha mirado a los ojos ni una vez, ni siquiera cuando yo lo he mirado a él. Cagón. Todavía recuerdo cómo salió corriendo de mi dormitorio el sábado por la noche, como si tuviera el trasero en llamas. Joder, ni siquiera le había puesto las manos en el culo todavía.

Y, a juzgar por la forma en la que ha mantenido las distancias desde entonces, nunca se las pondré.

Aunque, a decir verdad, es probable que sea lo mejor. No puedo negar que disfruté mucho chupándosela, y está claro que desearía haber tenido la oportunidad de follármelo, pero el universo decidió que no podía ser. Y no pasa nada. Acostarme con un hermano de la fraternidad es una idea tan terrible como tirarme a uno de mis compañeros de trabajo. Demasiado cercano. Por suerte, parece que Keaton y yo estamos de acuerdo en no repetir.

—¿Te apuntas a la siguiente ronda? —pregunta Judd a su mejor amigo.

Espero que Keaton diga que no. Y pasa un momento de silencio mientras la incertidumbre se adueña de sus facciones.

—Claro —dice de repente—. Deja que me pille una cerveza. ¿Alguien más quiere una?

Tanner y Jako aceptan la oferta y, un momento después, Keaton regresa de la cocina con dos Sam Adams y una Dos Equis para él. Espera, ¿bebe Dos Equis? Esta es la primera vez que presto atención a ese detalle. Y también es la primera vez que tengo que obligarme a no comérmelo con los ojos.

Antes, un vistazo fugaz para admirarlo no era algo que me estresara, pero ahora me encuentro haciendo todo lo posible por no fijarme en él, aunque está muy guapo con esos vaqueros caros y ese jersey gris ajustado que se le estira por el pecho amplio hasta decir basta.

Mientras Judd reparte las cartas para la siguiente ronda, le doy un sorbo a la cerveza y charlo con Jako y Ahmad sobre el nuevo semestre. Jako estudia Economía, y estamos en la misma clase de empresariales este semestre, un seminario sobre *marketing*. Ahmad está estudiando Biología y casi me arrepiento de haberle preguntado por su horario porque termina atrayendo a Keaton a la conversación. Uf. Sigo olvidándome de que él también es estudiante de Biología.

—Ecología marina va a ser genial —dice Keaton mientras ordena las cartas.

—Estás ansioso por acumular conocimientos sobre rituales de apareamiento de animales, ¿eh? —digo sin pensar y luego me maldigo por el estúpido comentario.

Keaton parece sorprendido, pero se recupera enseguida.

—No, creo que trataré más sobre patrones ambientales y de población, hábitats marinos y ese tipo de cosas.

—Es superfascinante —dice Ahmad—. Yo la cogí el año pasado.

Estudio mi mano y trato de decidir qué descartar. Al final dejo dos, doy un golpeteo en la mesa con dos dedos y cojo el reemplazo que me pasa Judd. Tengo un par de ases. No está mal, pero no es lo bastante bueno como para igualar la apuesta de veinte dólares de Tanner, así que me retiro mientras trato de ignorar todo el tiempo el hecho de que Keaton tiene la mirada puesta en mí.

Su intensidad me hace un agujero en el lateral de la cabeza. Como el tonto que soy, le lanzo una mirada rápida. Un escalofrío ardiente me recorre de arriba abajo. Me está mirando con deseo.

Sin embargo, cuando nuestros ojos se encuentran, rompe el contacto visual y desvía la mirada a sus cartas.

Judd vuelve a marcarse un farol, pero esta vez funciona. Tanner, Keaton y Jako se retiran, y Judd gana la pila. Mientras se reparte la siguiente mano, me suena el teléfono. Antes de mirarlo siquiera, ya sé de quién es el mensaje.

BañadorDeLangostas: Deja de mirarme así.

Tengo que esforzarme mucho para no reírme.

Escribo una respuesta rápida con el teléfono escondido debajo de la mesa.

CanallaTres: ¿Estás de broma? Eres tú quien me está desnudando con la mirada. No soy un trozo de carne, Hayworth.

Con una sonrisa, me llevo la cerveza a los labios.

BañadorDeLangostas: Entonces, ¿por qué quiero comerte ahora mismo?

Me da un ataque de tos. Un estallido de tos fuerte e incontrolable que incluso incita a Tanner a inclinarse y darme varias palmadas en la espalda.

—¿Estás bien, tío? —pregunta con preocupación.

—Sí, genial —susurro.

Miro a Hayworth con las mejillas ardiendo y ahora es él quien sonríe. No puedo creer que haya dicho eso. Es una declaración atrevida para un hombre que salió corriendo de mi habitación en cuanto nos corrimos.

El teléfono vuelve a vibrar. Casi me da miedo mirarlo, pero entonces me doy cuenta de que es una llamada. Me invade la inquietud cuando veo el nombre de mi hermano.

—Eh, no voy a participar en esta —digo cuando Judd empieza a repartir—. Es una llamada importante.

Una vez más, siento los ojos de Keaton pegados a mí, pero lo ignoro y me meto en la cocina para responder a Joe.

—¿Qué pasa? —pregunto en voz baja.

—Oye, necesitamos más pasta para el negocio —dice él sin preámbulos.

Retuerzo los dedos de la mano izquierda en el borde de la encimera de la cocina.

—Parece que tienes la impresión de que soy un cajero automático, hermano mayor. Lo cual no es cierto. —Lo digo en un tono más tenso que mis músculos.

Él suena irritado.

—¿Y qué problema hay? Sé que tienes dinero.

—En realidad, no. Y en caso de que lo hayas olvidado, acabo de daros quinientos dólares a mamá y a ti. —Más cien dólares extra para él a modo de soborno—. ¿Ya los habéis gastado?

—Sí, ya los hemos gastado. —La frase rezuma sarcasmo—. Eso es lo que ocurre cuando diriges un negocio, idiota. Gastas dinero.

—Ya, claro, y también lo ganas. ¿Cómo te va con esa parte? —Me miro los nudillos y me doy cuenta de que están completamente blancos. Me obligo a relajar las manos sobre la encimera.

—Acabamos de empezar a montarlo todo desde cero —replica mi hermano—. No puedes esperar que obtengamos ganancias de inmediato.

—Claro, y tú no puedes esperar que yo sea el único inversor de este espectáculo de payasos que estáis montando.

—¿Espectáculo de payasos? —La furia resuena en su voz—. ¡Eres un idiota ignorante! ¿Así es como ves a nuestra madre? ¿Como una payasa? Ha trabajado como una condenada para asegurarse de que siempre hubiera comida en la mesa y...

—No digo que mamá sea una payasa —interrumpo—. El payaso eres tú, Joey. No sabes nada de cómo dirigir un negocio y no te voy a dar ni un centavo más a menos que me presentes un plan de negocios adecuado para esta mierda de empresa de manitas, junto con un plan de pagos para mis préstamos. Esa es la única manera de que obtengas más dinero por mi parte.

—Maricón de mierda...

Cuelgo. Luego, me inclino hacia adelante y respiro hondo. No me calma. De hecho, solo me marea y me provoca más ansiedad. La última vez que me opuse a él en una cuestión de dinero, Joe amenazó con contarle a mis conocidos que me desnudo para ganarme la vida, así que cedí. Pero ya no voy a ceder más. Lo que pasa con los delincuentes como Joe es que si cedes una vez, siempre volverán a por más.

Fue un error pagarle. Ahora mismo prefiero arriesgarme a que descubran que soy *stripper* antes que quedar atrapado bajo el yugo codicioso de mi hermano.

—¿Todo bien?

Me giro hacia la puerta. Keaton está allí de pie con lo que parece una mirada de preocupación genuina en sus ojos de color avellana.

Por alguna razón, verlo me molesta. Tal vez sean los vaqueros de diseño que con toda probabilidad costaron más de lo que gané en el trabajo el fin de semana pasado. O su corte de pelo perfecto, con la cantidad justa de cabello despeinado, cortado por un barbero que yo nunca podría permitirme. No necesito su preocupación. Ni su compasión. Ni nada de él, en realidad.

—No es nada —gruño.

Es evidente que no me cree porque se acerca despacio. Lo hace con pasos largos y una expresión imperturbable. Cualquier otra persona leería mi lenguaje corporal y la tormenta que me nubla el rostro, y se iría en otra dirección. Pero él no.

—¿Qué ocurre? —pregunta en voz baja.

—Nada. No pasa nada, Hayworth. —Doy un paso—. Vamos a jugar un poco más al póker.

—No.

Pongo los ojos en blanco y doy otro paso.

—Como quieras.

Me pone una mano en el bíceps.

—Vamos, Bailey.

Deslizo la mirada por sus dedos. Me está rozando ligeramente el hombro con el pulgar. Trago saliva.

—¿Vamos, qué? Ya te he dicho que va todo bien. —Muy a mi pesar, se me escapa una burla—. Además, ¿de repente volvemos a hablar? Llevas tres días ignorándome.

Me arrepiento en cuanto pronuncio esas palabras. No quiero que Keaton sepa que me he dado cuenta ni que me molesta.

—No estaba ignorándote. Estaba haciendo un trabajo y no quería distracciones.

—¿Qué trabajo? Buen intento, pero estamos a principios de semestre.

¿Por qué actúo como un imbécil de repente? Debería alegrarme por que me haya estado evitando. Eso significa que he podido ahorrarme la incómoda charla de la mañana siguiente en la que habría tenido que decirle que no estoy interesado en él.

—Me han preseleccionado para las prácticas que solicité —dice Keaton en voz baja—. Los preseleccionados deben enviar un ensayo de dos mil palabras.

—Sí, sí. —Sin embargo, sus ojos cuentan otra historia. Y como no siempre hago lo que es bueno para mí, no lo dejaré pasar—. Si te has asustado, puedes decirlo. No sería el primer chico que no puede soportar la verdad.

Se estremece de inmediato.

Suspiro porque lo que acabo de decir es cierto, aunque no haya sido muy delicado.

—Da igual, no es para tanto. —Lo rodeo y salgo de la cocina en dirección a las escaleras.

Cuando he subido unos cuantos peldaños, oigo unos pasos detrás de mí. Está pisándome los talones en el rellano de la segunda planta. Y después continúa hasta la tercera planta. Maldita sea.

—¿Qué? —grito, y me doy la vuelta a la altura del baño—. ¿Tienes algo que decir?

—Sí. —Baja la voz—. Tienes razón. Me asusté, pero no solo porque seas un chico.

—¿En serio? ¿Por qué, entonces? Ya he tenido bastante experiencia con chicos que quieren que les haga pasar un buen rato, solo para después darse la vuelta y decir que es antinatural o alguna otra mierda de esas.

Keaton resopla.

—Cualquiera que utilice la palabra antinatural para describir el sexo no ha pasado tiempo en la naturaleza. La naturaleza es cruda y tosca para todo. Como científico, jamás diría algo así.

—¿Entonces, qué pasa?

Si va a decir la verdad, probablemente estoy a punto de ofenderme todavía más. Si el problema no es que soy un chico, entonces, ¿es personal?

—Me asustó que quisiera...

Una explosión de risas sale de una de las puertas cerradas de la segunda planta. Solo son unos hermanos jugando a un videojuego o viendo una película.

Nos miramos a los ojos. Su mirada expresa cautela. Luego aparta la vista. Lo observo coger la pizarra de la puerta. Es la pizarra donde los demás pueden dejarle mensajes. Supongo que necesitaré una de esas para cuando sea presidente el próximo año.

Keaton destapa el rotulador con los dientes y escribe.

Se me corta la respiración cuando leo lo que ha puesto.

Me asustó que fueras un chico. Y que te hubiera dejado tomar la iniciativa. Una parte de mí quiere olvidar lo que

ocurrió. La mayor parte de mí quiere hacerlo de nuevo.

Ah. Joder. Volvemos a mirarnos a los ojos una vez más, y vislumbro fuego en su mirada. Borra la pizarra con el puño, le pone el tapón al rotulador y cuelga la pizarra en la puerta. Entonces, se da la vuelta y baja trotando las escaleras para volver, supongo, a la partida de póker.

Lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente mientras se aleja. Estoy aturdido, aunque tiene sentido. Si Keaton ha estado tirándose a la misma chica desde que eran adolescentes, supongo que mi actitud dominante le habrá resultado bastante didáctica.

«Pídemelo amablemente», exigí.

«Por favor, chúpamela», dijo.

Una sonrisa traviesa se extiende por mi rostro allí mismo, en el pasillo. Cuando abro la puerta de la habitación, me doy cuenta de que me gusta saber que lo dejé tieso.

Disfrutó de que lo dominara. Le gustó tanto que ni siquiera lo puede decir. Ha tenido que escribirlo en una pizarrita.

Me detengo en el centro de la habitación mientras asimilo lo que eso implica. La confusión de Keaton, su reticencia a verbalizar sus necesidades... Es una mala señal. Una muy mala señal.

Está bien divertirse un poco de manera esporádica con un amigo que sabe en lo que se está metiendo. Y empático con la confusión sexual de Keaton, aunque no la comparta.

Sin embargo, somos vecinos, y vamos a ser hermanos de la fraternidad durante otro año y medio. Poner su mundo patas arriba es una pésima idea. Sobre todo si eso lo confunde.

Saco el teléfono del bolsillo y abro la aplicación. Solo me lleva un segundo hacer lo correcto.

CanallaTres: Lo siento, no me interesa. Es una mala idea que tengamos algo.

21. La puntuación salva vidas

Keaton

Lo di todo en el ensayo para las prácticas. A ver, es lo único bueno de esta semana de mierda. Han visto a mi novia cenando con un jugador de *lacrosse*. Bueno, mi exnovia. ¿Cuándo me voy a acostumbrar a llamarla así?

Además, mi vecino *sexy* dejó perfectamente claro que no volveré a ampliar mis horizontes con él en un futuro cercano. Y, en vez de sentirme aliviado, me levanto cada mañana imaginando sus labios alrededor de mi polla. Y escuchando su voz diciéndome que me tumbe y que lo disfrute.

Creo que quiero hacerlo de nuevo. Al menos una vez más. O tal vez diez. No sé qué significa eso, pero los pensamientos, las fantasías, no desaparecen.

Y como la vida es cruel, parece que ahora me lo encuentro en todas partes. Los horarios del nuevo semestre deben de coincidir más que antes porque me lo encuentro desnudo en la ducha cada vez que necesito ir al baño.

O charlando con la linda camarera de mi cafetería favorita cuando me paso por allí entre clases.

Me cago en mi vida. Estoy soltero, un poco deprimido y muy cachondo. Además, también estoy un poco confundido con mi sexualidad.

Pero soy un hombre que no se queja, así que no oirás ningún lloriqueo por mi parte, aunque la temporada de fútbol americano ha acabado y mi estado de soltería me deja con mucho tiempo libre.

No sé qué hacer hasta el viernes por la noche, cuando descubro que es el cumpleaños de Owen.

—¡Tienes que salir con nosotros, Keat! —dice—. Va a ser épico.

—¿A dónde vamos? —pregunto tratando de sonar entusiasmado. Tal vez una noche de juerga mejore mi estado de ánimo.

—Va a cumplir veintiuno —dice Tanner—. ¡Hora de ir a bares donde haya tetas!

—Solo quieres volver a ver bailar a Cassidy.

Ya ha quedado dos veces con la bailarina que conoció en el evento de Luke.

—¡Qué le vamos a hacer! —Mi amigo se encoge de hombros—. Vamos a pasarlo genial. Es un poco caro, pero solo se cumplen veintiún años una vez en la vida, ¿verdad, Owen? —Le da una palmada en la espalda.

Ese es el motivo por el que me estoy duchando para salir.

Por supuesto, Luke está en el baño cepillándose los dientes cuando entro. Abro el grifo de la ducha y me quedo ahí de pie envuelto en la toalla mientras se calienta el agua.

—Unos cuantos vamos a ir a celebrar el cumpleaños de Owen —digo con torpeza—. ¿Quieres venir?

—Tengo que trabajar —responde—. ¡Hasta luego!

Se va sin siquiera mirar en mi dirección.

Pues vale.

—¿Quién conduce? —pregunta Owen mientras nos distribuimos en dos coches, uno de ellos el mío.

Silencio.

Dejo escapar un gruñido.

—¿En serio? ¿Me habéis traído solo para ser vuestro Uber?

—Podríamos coger un Uber de verdad —señala uno.

Arranco el coche sin dejar de refunfuñar. El club de *striptease* que han elegido mis amigos no está cerca, y supongo que prefiero

conducir y beber solo dos cervezas antes que depender de aplicaciones para compartir coche.

Me dirigen hacia el centro, cerca de los casinos, a un gran aparcamiento frente a dos clubes. Uno de ellos se llama Jack's y el otro, Jill's. Nos apeamos del coche. Lo cierro y sigo a mis hermanos hacia los edificios. Se dirigen hacia el Jill's, en vez de al de la derecha.

—Oíd, chicos. —Me detengo y observo los edificios. No hay tetas de neón ni otras señales de mal gusto que los distingan, pero estoy convencido de que el Jill's está pensado para atraer a mujeres—. ¿No es mejor ir al Jack's?

—Bueno, Zimmer no está aquí —dice Owen—. Y está claro que al resto nos gusta Jill's.

«Hasta donde tú sabes». Pero eso no viene al caso.

—Pero lleva apóstrofe. Jill's es posesivo.

—¿Quieres decir que Jill es una zorra celosa? —bromea Tanner, y todos se ríen.

—No, es que... —suspiro—. Adelante, ya veréis. Será la lección de gramática de la noche. ¿A quién le toca el primer baile privado?

—Cassidy dice que aquí no los hacen —comenta Tanner—. Por desgracia.

«En un momento dejarás de sentirte mal por ello». Si tengo razón, la pandilla no querrá un baile privado en el Jill's.

Tanner abre la puerta y hace un ademán alegre para que pasemos.

Yo soy el último en entrar, y no se me escapa el ceño de confusión en el rostro de la camarera.

—Buenas noches, chicos —dice—. Creo que debería señalar que...

Me llevo un dedo a los labios.

—No tardarán en darse cuenta, pero será divertido.

Ella se ríe y se encoge de hombros.

—Entonces, no hay que pagar entrada.

En efecto, tres pasos más adelante, los chicos ven el escenario, donde cuatro hombres en tanga y pantalones de *cowboy* se mueven con dificultad entre los gritos eufóricos del público femenino.

Los siete hermanos de la fraternidad se ponen rígidos por la sorpresa.

—¿Veis? La puntuación salva vidas —grito justo cuando termina la canción.

—Ay, mierda —dice Tanner.

—¿Estamos en el lugar equivocado? —pregunta Owen.

Realmente espero que los tutores de Tanner estén a la altura este semestre. Necesitamos que mantenga sus notas altas para que podamos avanzar en la postemporada el año que viene.

Los siete pasan a mi lado a toda prisa y salen por la puerta menos de dos segundos después.

Riéndome, me detengo frente a la camarera.

—Ha merecido la pena, muchas gracias.

—Ocurre al menos una vez por hora —dice con una sonrisa—. Supongo que podríamos cambiar los nombres para hacerlos más obvios.

—Entonces no sería divertido —señalo.

Chocamos los cinco justo cuando comienza una nueva canción. Es «Promises», de Sam Smith. Me giro hacia el escenario de forma instintiva. Un grito de alegría muy alto y muy femenino se eleva por encima de la música cuando un chico *sexy* con el cabello oscuro camina por el escenario con una camisa blanca impecable, unos pantalones grises ceñidos y una chaqueta de traje a juego con una corbata roja. Y entonces tengo que volver a mirarlo, esta vez de forma salvaje.

A menos que esté perdiendo la cabeza, es el puto Luke Bailey.

Apenas soy consciente de que tengo la boca abierta mientras él camina, descalzo, hacia un escritorio y una silla que han llevado al escenario. Sam Smith ya está cantando sobre todo lo que quiere hacerme cuando Luke empieza a mover las caderas al sensual ritmo de la música.

«Dios». La música corre por su cuerpo como una corriente. Apenas está bailando y, sin embargo, sus movimientos son, de alguna manera, un ciento diez por ciento sexuales mientras se quita la chaqueta del traje y la arroja sobre la silla. Luego se afloja la corbata. Lo hace parecer algo casual, como si estuviera solo con la música, balanceando sus caderas a su ritmo.

Las mujeres gritan como si todas hubieran ganado un coche en el programa de televisión de Oprah.

Y yo no puedo apartar la mirada. Estoy clavado en el suelo mientras Luke se quita la corbata de seda del cuello con un tirón lento y erótico. Un escalofrío me atraviesa la columna vertebral, como si sintiera la seda deslizándose sobre el algodón.

En el escenario, su mirada es distante. No hay contacto visual con la multitud. No se pavonea, porque no necesita hacerlo. Todos los ojos de la sala ya están fijos en sus dedos mientras desabotona esa camisa tan afortunada y sacude las caderas.

El efecto es totalmente *voyeurista*, como si estuviera observando sus pensamientos íntimos mientras se prepara para tener sexo.

Entonces, arroja la camisa y entra en acción, saltando sobre el escritorio de una forma que desafía la gravedad. Un foco ilumina sus abdominales dorados mientras se contraen y flexionan. Se pasa una mano por el paquete, como si no soportara lo *sexy* que es.

Yo tampoco lo soporto.

El público se vuelve loco cuando Luke se gira y les enseña esos pantalones tan ajustados. Es genial, joder, porque aquí se está cumpliendo una fantasía: Luke está representando el papel de director ejecutivo *sexy*. Te mantiene y luego vuelve a casa para hacerte gritar en el mejor de los sentidos.

Ahora también podemos apreciar que está bien dotado, ya que esos pantalones ajustados revelan cada bulto y ondulación de su precioso cuerpo.

«Quítate los —ruega mi libido—. Y después quítame también los míos».

Le dije a Luke que la mayor parte de mí quería volver a enrollarse con él. Eso ya no es verdad. Todo mi ser quiere hacerlo.

Justo aquí, ahora mismo. Nunca había deseado tanto nada ni a nadie.

Adiós, confusión sexual. Porque lo último que siento en este momento es confusión. Todo lo contrario, me gustan los chicos. Sobre todo el que está en el escenario.

Mientras vivo esta epifanía, Luke respira hondo y luego se gira en dirección a una barra de metal que se encuentra a unos dos metros del escritorio. Mi pobre cerebro está intentando seguir el ritmo cuando Bailey salta por el aire con los brazos por delante como Superman para alcanzar la barra.

Y luego simplemente se queda ahí colgado, con las piernas firmes y el cuerpo en perpendicular a la barra. La maniobra requiere de una increíble fuerza en el tronco o de un acuerdo especial con la gravedad.

—Me estás vacilando —balbuceo mientras me pregunto cómo puede ser físicamente posible.

Junto a mí, alguien se aclara la garganta.

Me doy la vuelta, pero solo es la camarera que me está observando con una expresión divertida en el rostro.

—¿Tal vez tú sí que estás en el lugar correcto, al fin y al cabo?

Mierda.

—Lo siento.

Noto que la sangre me recorre la cara mientras trato de recuperarme. Los hermanos de la fraternidad se han marchado hace rato.

Aun así, no puedo evitar lanzar una última mirada al escenario. Ahora Bailey tiene una pierna alrededor de la barra y está dando vueltas despacio, casi de forma casual, mientras se le contraen los músculos y las mujeres chillan. Como si de una ventisca se tratase, comienzan a caer billetes al escenario.

Me obligo a apartar la mirada y marcharme del club del mismo modo que he entrado.

El frío de enero me golpea al salir. Inhalo el aire gélido tratando de enfriarme el cuerpo sobrecalentado. Tardo un minuto en

recuperar la compostura.

Por fin, cruzo hasta el Jack's, abro la puerta y veo a Tanner caminando hacia mí.

—¿Qué te ha pasado, tío? Iba a enviar una partida de búsqueda.

—Estaba comprobando el coche —murmuro—. Pensaba que se me había olvidado cerrarlo.

Su brazo aterriza sobre mi hombro.

—Entra ya. Te he pedido una cerveza. Este sitio es una locura.

Lo dejo que me lleve a la mesa donde están sentados los hermanos, observando con ojos desorbitados a las mujeres que bailan en distintos lugares de la sala. Las chicas llevan tanga y poco más. Pero ni siquiera las veo. Estoy inmerso en mis pensamientos. Mi mundo interior se ha complicado mucho.

Luke Bailey es *stripper*. Un artista masculino, o como se llame. De eso conocía a las mujeres que contrató para el baile presidencial. Son sus compañeras de trabajo.

¿Qué es más impactante, el hecho de que Bailey se quite la ropa por dinero? ¿O que quiero que me quite la mía?

Me preparo para pasar una larga velada observando a mujeres mover el trasero mientras me bebo dos cervezas y oculto un gran secreto. No, dos secretos. Uno de Luke y otro mío.

22. Música. Música alta

Luke

En invierno no uso la moto en la autovía, lo que significa que tengo que coger el autobús para ir a trabajar. La peor parte del viaje a casa desde el trabajo son los últimos metros. Cuando me bajo del autobús cerca del centro de estudiantes ya tengo los músculos rígidos, y el viento de enero me golpea la cara.

Avanzo con dificultad en el silencio de las dos de la madrugada. Cuando abro la puerta de la casa de la fraternidad, observo el brillo azul de la sala de la tele. Paso junto a tres chicos que están jugando a un videojuego. Por lo demás, la casa está en silencio mientras subo dos tramos de escaleras hasta llegar a mi puerta. La abro en la oscuridad.

La cama me llama, pero primero necesito darme una ducha. Sin ceremonias, dejo caer la ropa y me dirijo al baño. El chorro caliente de agua es como el abrazo de un amante. Me echo un puñado generoso de gel y me froto todo el sudor y el aceite corporal hasta que vuelvo a sentirme humano.

Cuando cierro el grifo de la ducha, escucho música. Música alta.

¿En serio? ¿Keaton está poniendo música a todo volumen a estas horas? Lo voy a estrangular. Me froto la cabeza mojada con la toalla de forma apresurada y luego me la envuelvo alrededor de la cintura, preparado para echarle la bronca. Pero cuando salgo del baño, me

quedo congelado. Esa canción. Es «Promises», de Sam Smith y Calvin Harris.

Un escalofrío me recorre la columna porque esto no puede ser una coincidencia.

El señor *rock* clásico no desarrollaría una repentina afinidad por la canción que utilizo para mi número en solitario dos horas después de haberlo interpretado.

¿Me equivoco?

Mientras estoy ahí de pie en el rellano, tratando de averiguar qué hacer, me doy cuenta de que Keaton ha cerrado la puerta que conduce a las escaleras, pero ha dejado entreabierta la de su habitación. Doy un paso hacia ella y la empujo para abrirla.

La habitación de Keaton está a oscuras, a excepción del brillo de los altavoces y las luces del exterior, pero es suficiente para mostrarme el cuerpo completamente desnudo de Keaton tirado entre las sábanas enredadas.

—¿De qué coño vas? —bufo—. Con esta canción. ¿Me estás amenazando?

Se sienta a medias mientras se apoya en un brazo musculoso.

—¿Te parezco una puta amenaza? —Deja caer una mano hasta su polla empalmada y la acaricia—. Ven aquí.

La sangre late en... todo mi ser. Aunque no sé si siento más rabia o excitación. Sí, Keaton desnudo es una maravilla. Pero no te metas con mi trabajo.

Cruzo el cuarto en dirección a los altavoces y bajo el volumen.

—Habla —grito—. ¿Por qué esta canción? ¿Dónde has estado esta noche?

—¿Tú qué crees? Los chicos entraron en el club equivocado por un segundo y yo llevo cachondo desde entonces.

Vuelvo a mirar hacia abajo porque es tarde y soy débil. Tiene la manaza alrededor de la polla. El recuerdo de tenerla en la boca me golpea como una ráfaga ardiente. Cierro los ojos y trato de concentrarme en lo que importa.

—¿Con quién estabas?

—Con un grupo de chicos. No te vieron.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro, joder. —Keaton se deja caer sobre la almohada—. De todas formas, ¿a quién le importa? Eres como un Spiderman *sexy* y todas las chicas estaban gritando por ti.

Con un resoplido, me dirijo hacia la cama, mirándolo y dejando que gane la ira.

—Como siempre, Keaton Hayworth III, no tienes ni idea de cómo funciona el mundo real. No puedo convertirme en un chiste de internet justo antes de empezar a buscar trabajo.

Keaton suspira.

—¿Estás enfadado? Claro que sí. Es tu respuesta por defecto a todo. —Se pone las manos detrás de la cabeza y exhibe su hermoso cuerpo—. Está bien. Baja aquí y castígame por atreverme a pensar que eres *sexy* cuando bailas. Supongo que el espectáculo privado que tenía planeado queda cancelado.

—¿Castigarte? —Se me quiebra la voz pronunciando la palabra porque es tarde y...

Vale, me gusta mucho la idea. ¿Qué se le va a hacer? Cierro la puerta de la habitación y echo la llave.

Cuando me doy la vuelta, Keaton me sonríe como si acabara de ganar algún tipo de apuesta consigo mismo.

—No te queda bien ser engreído —digo mientras camino hasta quedarme de pie sobre él—. Quítame la toalla.

—Me queda muy bien. —Se apoya en un codo a toda prisa. Luego extiende la mano y da un rápido tirón a la toalla—. Ay, mira quién desea mi cuerpo —dice cuando mi semierección queda a la vista.

—Cállate. —Coloco una rodilla en la cama—. Tengo algo mejor que puedes hacer con la boca. —Le coloco la palma en la nuca y le doy un tirón que lo desestabiliza.

En un instante, me arrojo frente a él a la altura justa.

—Mierda —susurra mientras enrosco los dedos en su pelo y tiro de él hacia mí.

Solo la forma en la que me mira, con los ojos entreabiertos por la curiosidad y la lujuria, me pone del todo a punto antes de que su aliento roce mi piel sensible.

—Vamos a darle algo de utilidad a esa boca resabiada —digo mientras él da la primera pasada con la lengua por mi polla.

¡Dios mío, qué vistas! El aristocrático rostro de Keaton descendiendo hacia mi polla. Gime en voz baja mientras abre la boca y prueba introduciéndose la punta. Empiezo a sudar cuando me saborea con la lengua, y luego me muerdo el labio mientras ahueca las mejillas y chupa. Enredo los dedos en su suave cabello mientras sube y baja despacio, encontrando el ritmo.

—Buen... chico —jadeo.

Pensaba que estaba cansado, pero: hola, adrenalina.

Me sorprende a mí mismo moviéndome al ritmo de la canción. Mi canción. Keaton me busca la cadera con una de sus manazas mientras inclina la cara para tragar más de mí.

Esto supera el espectáculo habitual de los viernes por la noche.

No trata de chupármela hasta el fondo, pero no duda en usar una mano para jugar con los testículos. Lo hace de forma casual, como si hubiera pasado mucho deseando saborear mi polla.

Todavía me asombra que esto esté sucediendo. Me asombra mucho. Tras solo unos minutos de una magnífica felación, siento que el clímax se está formando como una tormenta. Pero estoy plenamente consciente y me siento ávido de más. No estoy preparado para que esto termine. Por ello, lo empujo para apartarlo de mí, y él levanta la vista con una mirada salvaje y famélica.

—¿No te gusta? —pregunta con brusquedad.

—Demasiado. —Le aseguro mientras con una mano le recorro el cabello rebelde que ya he despeinado—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Sinceramente? Cualquier cosa.

Le levanto la hermosa barbilla.

—No digas eso si no es cierto.

—¿Y qué pasa si lo es? —Se da la vuelta hasta colocarse boca arriba con una expresión entre tímida y segura—. Tengo condones y

lubricante.

—¿En serio? —Me inunda una oleada de calor—. ¿Quieres que me ponga encima de ti?

—Sí. Y rápido. —Dobla una rodilla a modo de invitación inconfundible—. Antes de que ambos nos demos cuenta de lo incómodo que será después.

Tiene razón. Y tal vez si no fueran las dos de la madrugada y no la tuviera dura como una piedra, tomaría una decisión distinta. La situación es irresistible. ¿Un hermano de la fraternidad que está muy bueno quiere que me lo folle? Hay películas porno gay con ese argumento porque se supone que en la vida real eso no sucede.

Excepto esta noche.

Keaton extiende uno de esos brazos musculosos para abrir de un tirón el cajón de la mesita de noche. Yo ya estoy extendiendo mi cuerpo por encima de su amplio pecho mientras meto la mano en el cajón. Cierro la mano alrededor de un bote y una tira de condones y los dejo caer en la cama junto a nosotros.

Tiene las manos ocupadas haciendo otras cosas, como deslizarlas por mi culo y pegarme más a él. Acerco la boca a la suya para darle un beso abrasador. Él gruñe de felicidad, y yo aprovecho para separarle los labios y encontrar su lengua con la mía. Dios, me encanta besarlo. Me roza la polla con la suya. Me encanta lo empalmado que está por mi culpa.

Quiero darle la vuelta y metérsela fuerte, pero no lo hago. Es su primera vez, así que opto por acercarme despacio y acariciarle el cuerpo con las manos mientras nos besamos. Y aunque mis caricias son suaves, mis palabras son bruscas y lascivas.

—¿Estás preparado para que te llene este dulce culo?

—Sí —dice con voz ahogada.

—¿Mañana te asustarás?

—No lo sé —jadea mientras me vuelve a besar—. Ya lo pensaré mañana.

De acuerdo, entonces. Su entusiasmo me pone cachondo. Agarro un condón y me lo pongo, pero no me lo follo todavía. Lo preparo, deslizo un dedo cubierto de lubricante en su estrecho pasaje. Lo

tiento y exploro, y él jadea en busca de aire cuando lo penetro con un segundo dedo.

—Deja de provocarme —murmura—. Dámela.

Le lamo el labio inferior y luego me inclino para chuparle el glande. Sacude las caderas en el colchón, pero el gemido que ofrece está mezclado con la frustración.

—La boca no. La polla.

Levanto la cabeza y ofrezco una sonrisa perezosa.

—¿Por qué debería hacer eso?

—Porque la quiero. —Tiene las mejillas sonrosadas por la excitación y empieza a retorcerse contra mis dedos—. Y más importante, porque quieres dármele. —Sus ojos de color avellana se detienen deliberadamente en mi gran erección.

Pero entonces recuerdo lo que parece excitarlo todavía más.

—Puede que te la dé si me lo pides con educación.

Él resopla.

—Por favor.

—¿Por favor, qué?

—Por favor, fóllame —gruñe.

Le doy una sola palmada en el trasero, pero fuerte.

—¿Esto es mío?

Jadea.

—Sí. Hazlo.

Dios, qué gratificante es ver lo mucho que me necesita. Me coloco de rodillas y guío la erección hacia donde esta me suplica estar. Keaton entrecierra los ojos mientras espera mi próximo movimiento. Está muy sexy tumbado debajo de mí. Me siento tentado de extender un brazo para encender la lámpara de noche, pero la oscuridad también tiene su encanto. Follar en la oscuridad siempre hace que todo sea... sensual. Peligroso.

Se me acelera el pulso mientras introduzco despacio la punta de la polla en el interior del culo más apretado que he visto en mi vida. Dios mío, no voy a durar mucho. Acabo de empezar y la sensación ya es demasiado buena.

—Ohhhh, joder —susurra Keaton mientras introduzco otro centímetro—. Es... distinto.

Sofoco una risa.

—¿Distinto de forma positiva o negativa?

—Distinto. Raro, pero también increíble. Métela más.

Eso hago. Me inclino hacia adelante para apoyarme sobre los codos y doy una embestida lenta, y luego otra, hasta que su cuerpo cede y me encuentro por completo en su interior. «Dios, Dios». Sí, creo que esto va a durar poco.

Me inclino con cuidado hacia él hasta que puedo besarle los labios y susurrar:

—Joder, tienes el culo demasiado apretado. Estoy a cinco embestidas de correrme.

Keaton me da un mordisco en el cuello.

—Eso no es divertido. —Y entonces levanta las caderas en un tentador empuje que me hace ver las estrellas.

Hundo los dedos en su cintura para evitar que se mueva.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer —digo con voz ronca—. Vas a empezar a masturbarte ese pollón que tienes mientras estoy dentro de ti. Vas a llegar al límite, pero no te vas a correr hasta que yo te lo diga, ¿vale?

Asiente con la cabeza sin decir palabra; tan solo me observa con los ojos vidriosos por el deseo. Respira con dificultad mientras baja la mano hasta la ingle.

Keaton empieza a masturbarse, y yo sofoco un gemido. Me muero de ganas de moverme, pero estoy demasiado cerca del clímax, así que me conformo con observar cómo lo hace él.

No sé si alguna vez he visto algo tan *sexy*.

Respiro despacio, me echo hacia atrás y empiezo a moverme. Le rodeo los amplios muslos con los brazos y muevo las caderas. Y sé de forma inmediata cuándo le he rozado la próstata, porque deja de mover la mano y se le escapa un jadeo de impotencia.

—Justo ahí —susurro—. Ahí es donde me necesitas.

—Oh, madre mía —dice con voz ronca, temblando.

Le aparto la mano y le cojo la polla.

—¿Quieres correrte?

—Sí —dice entre dientes—. Muchísimo.

—Espera.

Me muerdo el labio y aparto la vista de él mientras vuelvo a dar una fuerte embestida. No tengo palabras para describir lo *sexy* que está, tan extasiado y jadeante por mí. Cada empujón amenaza con deshacerme. Lo masturbo y se la meto al mismo tiempo.

No puedo aguantar. Es demasiado bueno. La tensión se enrosca en mis testículos, y siento que se acerca el borde del precipicio del placer.

—Córrete —gruño con los dientes apretados—. Ahora, Hayworth.

Él suelta un grito ahogado y luego se le tensan todos los músculos al mismo tiempo.

Y se acabó. El clímax me alcanza y pierdo el ritmo mientras me corro sin piedad, vaciando toda mi alma en su apretado cuerpo. Luego me dejo caer con torpeza sobre su torso.

Dos grandes manos tiran de mí hacia arriba. Me invade la boca con su lengua ansiosa mientras su cálido semen estalla entre nosotros. Aprieto la mano en torno a su polla atrapada y él emite un gruñido fuerte en mi boca.

—Dios —baluceo contra sus labios un instante después mientras trato de calmar sin éxito los latidos de mi corazón.

Keaton me aparta, y tengo que salirme de él para poder moverme. Con manos torpes, me quito el condón y lo ato sin apenas abrir los ojos. Luego, él me lo quita de las manos y desaparece.

Siento que me pesa la cabeza en la almohada. Necesito levantarme, pero estoy demasiado cansado.

Estoy pensando en marcharme cuando Keaton vuelve. Se inclina sobre mí, y me pregunto si está a punto de sugerirme que me vaya. En vez de eso, me da un beso en el cuello. Entonces, me pasa una toalla húmeda y caliente por el pecho y los abdominales.

—Gracias —murmuro, y todavía siento la necesidad de moverme.

Pero después de un día tan largo, seguido de un largo turno de trabajo y coronado por un polvo alucinante, el cansancio por fin me vence, y me quedo dormido antes de que Keaton siquiera responda.

23. No me queda clara la etiqueta

Keaton

Hay un hombre desnudo desparramado en mi cama.

Adelante, leve ataque de pánico.

Aunque solo leve, porque anoche cerré la puerta con llave, así que a menos que uno de los hermanos de la fraternidad decida echar la puerta abajo, las posibilidades de que alguien descubra que Luke Bailey está en mi cama son escasas.

Me doy la vuelta y apoyo la cabeza en un brazo. Luke está boca abajo, con el culo al aire y un brazo musculoso abrazando la almohada que me ha robado en algún momento de la noche.

Recorro con la mirada las líneas musculosas de su increíble cuerpo. Ahora entiendo por qué está tan definido. Se pasa los fines de semana bailando, tonificando el cuerpo y trabajando duro esos músculos. Siento un latido en la zona baja que es más que una erección matutina.

Siento un cosquilleo ardiente en el pecho cuando recuerdo lo que hicimos anoche.

Luke aplastándome con su potente cuerpo, moviendo las caderas al mismo ritmo sensual que cuando bailó para esas mujeres gritonas. Solo que conmigo no estaba bailando. Estaba follándome hasta dejarme sin sentido.

Vale.

«O sea que soy bisexual», concluyo mentalmente. A los científicos les gusta etiquetar las cosas, y yo soy un científico. Aun así, la idea de etiquetarme a mí mismo todavía no me hace sentir cómodo. También me faltan datos. Solo ha sido una noche. Y esa otra vez. Y el beso.

Además del sexteo en la aplicación...

Un gemido somnoliento interrumpe mis pensamientos y, de repente, Luke abre los ojos.

—¿Estás observándome mientras duermo, Hayworth? —murmura—. Porque eso sería espeluznante.

—Estaría durmiendo si no fuera porque un gilipollas se ha apropiado de todas las almohadas. —Le lanzo una mirada mordaz.

Su expresión se vuelve más alerta y observa la almohada que abraza, como si se acabara de dar cuenta de que está ahí.

—Ay, lo siento. Sí, soy un ladrón de almohadas. También de mantas. Además... —Se detiene, vacilante, y luego se sienta y se pasa los dedos por el cabello despeinado—. No suelo dormir con nadie. No sé cual es la etiqueta en estas situaciones.

No me sorprende oír eso. Compartir una cama con alguien requiere un nivel de confianza que Luke Bailey no parece sentir hacia muchas personas. Estoy bastante seguro de que la única razón por la que se quedó en mi habitación fue porque estaba muerto de cansancio.

—Da igual. —Antes de poder parpadear, se levanta de la cama—. Necesito darme una ducha y trabajar en la entrevista de económicas.

Lo devoro con la mirada mientras busca la toalla que llevaba puesta anoche. Joder, quiero volver a correrme con él.

—¿Trabajas esta noche? —pregunto con voz ronca.

—Sí. —Se envuelve la toalla alrededor de la cintura y me lanza una mirada seria—. Y ni se te ocurra aparecer por el club.

—¿Por qué? ¿No puedes bailar si alguien que conoces está entre el público?

—Algo así. —Se dirige a la puerta—. Hasta luego, Hayworth.

—Espera.

Se detiene, pero no se da la vuelta. Frunzo el ceño. Es evidente que está ansioso por marcharse, y eso no me gusta. ¿Está asustado por lo de anoche? Joder, ¿tan mal follo? La lista de personas con las que me he acostado es corta: Annika. Y ahora Luke Bailey.

La inseguridad me invade.

—¿Estamos bien? —pregunto mientras me sigue dando la espalda.

Me mira por encima del hombro y asiente con un movimiento rápido de cabeza.

—Sí, claro.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Estuvo bien... lo de anoche?

Hay una larga pausa. Luke traga saliva y se le mueve la nuez.

Cuando habla, lo hace con voz ronca.

—Mejor que bien —dice antes de salir por la puerta.

* * *

Me paso lo que queda de mañana solo en la habitación, tratando de concentrarme en el ensayo que estoy escribiendo para las prácticas de Chile. El lunes es el último día de entrega y llevo toda la semana liado con él. Se supone que tengo que escribir sobre mis capacidades intelectuales particulares y el modo en que estas pueden contribuir al equipo científico.

Como si eso no fuera un tema que intimida. Y hoy no puedo centrarme porque no dejo de pensar en lo de anoche.

Tuve sexo con un hombre. Y no estoy asustado. Para nada. ¿Qué significa eso?

Además, ¿por qué me importa que Bailey se escabullera a los tres segundos de despertarse en mi cama? Tampoco es que esperara que nos abrazáramos y actuáramos como una parejita. Apenas nos conocemos. Joder, hasta no hace mucho lo odiaba.

Pero me molesta que se marchara porque no sé lo que significa. ¿Ha sido un polvo de una noche? ¿Me la ha metido y ahora ya va en busca de otro hombre, o mujer, con quien acostarse? Ojalá pudiera hablar con alguien, saber su opinión al respecto, pero ¿con quién demonios podría hablar? No puedo confiarles eso a Judd ni a mis otros compañeros de equipo. Y ni de coña voy a pedirle consejo a un hermano de la fraternidad.

La única persona con la que normalmente hablaría se está tirando a un jugador de *lacrosse*.

Se me hace un nudo en la garganta cuando pienso en Annika. Nos conocemos desde siempre. Es mi mejor amiga, no puedo creer que no pueda hablar con ella nunca más.

«¿Por qué coño no puedo?», señala una voz.

Desvío la mirada del portátil al iPhone, que está en el borde del escritorio. Tras un instante de duda, cojo el teléfono y busco un nombre familiar. Vacilo una última vez y luego le envío un mensaje.

Yo: Hola. Sé que hemos roto, pero solo quería ver cómo estás. Espero que bien. No estoy tratando de que volvamos juntos. Simplemente... echo de menos a mi mejor amiga.

No han pasado ni treinta segundos cuando suena el teléfono. No puedo evitar sonreír al leer el nombre de Annika.

—Hola —digo con delicadeza.

—Hola —contesta esa voz que me resulta tan familiar—. Estoy bien, y... yo también te echo de menos.

Me inunda una oleada de emoción.

—Odio no hablar contigo.

—Yo también. Quería llamarte o mandarte un mensaje, pero he intentado mantener las distancias, darte espacio, ¿sabes? —Se detiene—. Sigo pensando que romper fue la mejor decisión, Keaton. Pero tal vez no lo hice de la manera más diplomática. Yo... —Parece incómoda—. No pretendía insinuar que fueras malo en la cama.

—Ya lo sé.

—Es solo que la chispa... se había apagado. Al menos por mi parte.

Trago saliva. Quiero a Annika. De verdad que la quiero, pero por mucho que me cueste admitirlo, la chispa también se había apagado para mí. Mira lo cachondo que me puso Luke anoche. Mira lo desesperado que me hizo sentir. No recuerdo la última vez que el sexo con Annika fuera así de explosivo.

Posiblemente nunca. ¿Y qué significa eso?

—Lo entiendo —digo con voz grave—. Mi mensaje iba en serio. No te estoy pidiendo que vuelvas a ser mi novia, pero quiero que seamos amigos.

—Me encantaría —dice Annika. Se le entrecorta la voz, y la conozco lo suficiente como para reconocer el sonido de sus lágrimas—. Siempre te voy a querer, Keaton.

—Yo también. Yo... —Me detengo cuando oigo una voz amortiguada al otro lado de la puerta. Creo que es la de Bailey, y juraría que hay una nota de ira en su tono—. Tengo que colgar —le digo a mi exnovia—. Pero tal vez podamos quedar para un café o almorzar esta semana.

—Eso suena genial —dice alegremente—. Te enviaré un mensaje con los huecos libres que tengo.

—Genial. Hasta luego, nena.

Ya estoy caminando hacia el pasillo, hacia la puerta cerrada de Luke. Ahora habla más alto, y es evidente que está enfadado por algo.

—Claro que aparecerá... Ni de coña... Vamos, mamá. Ya es grandecito, no es mi responsabilidad. —Hay una pausa larga. Entonces, Luke deja escapar un rugido que me hace dar un paso atrás—. ¡Por el amor de Dios!

No debería estar espiando. Está hablando con su madre, y es obvio que existe cierta animadversión entre ellos. No es de mi incumbencia.

Y, sin embargo, no me marchó.

—De acuerdo, ¿vale? De acuerdo —espetá Luke. Oigo que empieza a dar vueltas por la habitación—. Veré si puedo pedir prestado un coche... —Camina dando pisotones—. No, no puedo ir en la moto. Las carreteras están cubiertas de hielo. —Más pisotones—. Nos vemos pronto. Cálmate, por Dios, me estás estresando.

Sus pasos se acercan a la puerta, que se abre tan rápido que no tengo tiempo de regresar a mi habitación. Luke abre los ojos de par en par al verme antes de entrecerrarlos con desagrado.

Me ha pillado.

Me encojo de hombros con timidez.

—Siento haberte espiado —le digo—. He oído gritos y quería asegurarme de que todo iba bien.

—Pues no. No va bien —suelta. Se mueve de forma errática mientras se abrocha la cremallera de la sudadera negra—. Lo siento, pero no tengo tiempo para esto. El gilipollas de mi hermano ha desaparecido y me acaban de hacer chantaje emocional para que lo busque.

Se dirige a la puerta del final del pasillo, pero lo detengo antes de que alcance las escaleras.

—Bailey.

—Hayworth, ya te he dicho que no tengo tiempo...

—He oído que necesitas un coche —interrumpo.

Se detiene y me lanza una mirada cautelosa por encima del hombro.

—Así es.

Asiento con la cabeza.

—Vale, deja que coja las llaves.

* * *

—Gira a la izquierda aquí, si no te importa —dice Luke desde el asiento del copiloto donde está mirando el teléfono—. Está justo aquí arriba. Si no está en la casa de Bix, entonces me rindo. Nos vamos a casa, y punto.

—¿Por qué le preocupa tanto a tu madre que tu hermano esté fuera toda la noche? —tengo que preguntar—. ¿Es menor de edad?

Luke resopla.

—Tiene veinticuatro años, pero la última vez que no llegó a casa fue porque estaba en la cárcel. Le preocupa que lo arresten, supongo.

—Oh, mierda. —Eso no era lo que esperaba que dijera.

—Sí, mi hermano es un ave de mal agüero. Él y sus amigos son la razón por la que no vivo en casa. Aparca ahí. Me llevará solo un segundo.

Sale del coche antes de que pueda estacionarlo. Cruza hacia una pequeña casa verde destartalada con las escaleras de la entrada hundidas.

Luke llama a la puerta varias veces hasta que, por fin, alguien abre. Sale un chico corpulento con la cabeza afeitada y le propina un empujón a Luke.

Al ver eso, me apeo del coche y me acerco a ellos.

—Tranquilo —dice Luke con despreocupación. Me lanza una mirada de advertencia. «Estate tranquilo»—. Bix solo expresaba su agradecimiento porque lo hayan sacado de la cama a las dos de la tarde un sábado.

—En serio —dice el chico con voz ronca.

—Necesita su sueño reparador —añade Luke.

El chico grande se lanza de nuevo sobre él, pero Luke salta del porche con una sonrisa provocadora.

—Sigues siendo un desvergonzado, pequeño Bailey.

—Así es. ¿Puedes decirle a Joe que llame a mamá para que pueda seguir con mi puta vida?

—Claro, tío. —Se chocan las manos y me relajo.

Tan pronto como entra en la casa, otro hombre aparece en el umbral. Parece un Luke más viejo y rechoncho.

—¿Qué coño quieres?

—De ti, nada. Solo que llames a mamá para que deje de petarme el móvil.

—Es una zorra controladora.

Luke levanta las manos.

—Se preocupa, pero es obvio que estás perfectamente. Mándale un mensaje, y ya está. Solo tardarás dos segundos. —Se gira para abandonar el pequeño porche.

Pero su hermano se mueve más rápido y agarra a Luke por la chaqueta.

—Necesito cuatrocientos pavos.

Luke se ríe, pero percibo la tensión en su risa.

—Ya, y yo también.

—¿Anoche trabajaste? —pregunta el matón.

—Por supuesto. Y todo es para el alquiler y los libros de texto que no pude permitirme al inicio del semestre. ¿Sabes cuánto cuestan estas cosas? Bueno, espera, supongo que no.

El hermano de Luke lo arroja desde el escalón del porche. Me acerco a ellos de inmediato.

—¡Anda, mira! —dice el imbécil del hermano cuando al fin me ve—. Tú debes de ser su nuevo novio.

—Claro —espeta Luke—. Porque todos los chicos de la fraternidad son mis juguetes sexuales. Pensé que era el único Bailey que ve porno gay. ¿Cuál es tu canal favorito de Pornhub, hermano?

«Me cago en la puta». Me preparo.

Efectivamente, Joe se abalanza sobre él, pero Luke, con su agilidad, ya lo está esquivando.

—Maricón de mierda —gruñe Joe agitando los puños.

—¡Oye! —rujo—. Vete a la mierda.

Joe se gira hacia mí y hago mis cálculos para saber qué golpe bloquear. No obstante, parece pensárselo mejor, lo que significa que al menos tiene un mínimo de cerebro en esa cabeza. Es un chico grande, pero yo también. Y adivina quién está más en forma.

Lo aplastaría en segundos.

—Vámonos —dice Luke en voz baja—. Esto es una tontería. Mándale un mensaje a mamá —añade por encima del hombro de camino al coche.

—Vete a la mierda —es la respuesta de su hermano.

Regresamos al coche. Luke se desploma en el asiento y cierra los ojos.

—Lo siento —masculla—. No puedo creer que haya mordido el anzuelo.

No digo nada. Está claro que el hermano de Luke es un idiota con problemas de ira. Ni siquiera soy capaz de recordar una comparación animal divertida para animarlo. No hay un modelo en el reino animal para el comportamiento autodestructivo.

A veces, los animales son mucho más inteligentes que los humanos.

Le suena el teléfono, y él responde de inmediato.

—Mamá, está bien. Es el idiota de siempre. Está en casa de Bix, lo acabo de ver con mis propios ojos.

—¿Ha dicho...? —No oigo bien el resto de la pregunta de la madre.

—No me ha dicho nada. Me ha pedido dinero y nos ha amenazado a mi amigo y a mí. Con Joe, la vida siempre es una fiesta.

Mueve el teléfono y eso me permite escuchar la respuesta de su madre.

—iLukey, gracias! Qué alivio.

—La verdad, mamá, es que no lo volveré a hacer nunca más. Si Joe no vuelve a casa, llama a otra persona para que lo busque.

Aparta el teléfono de la oreja para colgar, pero ella sigue hablando.

—Luke, cariño, Joe hizo nuestro segundo encargo ayer. Colgó unas persianas verticales.

—Ah —dice, y se vuelve a llevar el teléfono a la oreja—. Qué bien, ¿no? ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Escucha la chapa de su madre con expresión de sufrimiento.

Me detengo en una señal de *stop*, porque he dado la vuelta y necesito que me diga por dónde regresar al campus.

—No me ha dicho nada del dinero del encargo. —Luke suspira de forma cansada—. Imagino que se lo ha fundido todo, pero eso ya lo hablarás con él.

Lo siguiente que oigo del teléfono es un fuerte llanto.

—¡No nos quieren traer combustible para la calefacción hasta que no pague, cariño! ¡La casa está muy fría!

—¿Qué?

—Debo dinero a la empresa de la calefacción, y el dinero que ganamos ayer se suponía que era para pagarles.

Luke gruñe.

—¿Cuánto?

—Debo cuatrocientos cincuenta dólares.

—Solo tengo doscientos.

Después de eso, la madre sigue parloteando. La oigo decir «buen chico» y «te quiero».

Luke cuelga y luego habla en voz monótona, sin mirarme.

—¿Puedes girar a la derecha en Calhoun y detenerte un momento? Última parada, te lo juro.

—Claro —digo tratando de mantener la voz neutral.

Pero estoy tranquilo. Mi padre es un gilipollas, pero al menos él solo intenta darme lo mejor. La familia de Luke es una panda de cabrones que solo quieren chuparle la sangre.

Saca la cartera y coge algo de dinero. En cuanto nos detenemos, salta del coche.

Lo observo subir corriendo los escalones de una casita de ladrillos. En la puerta aparece una mujer con una bata raída y un cigarrillo entre los dedos. Ella lo invita a entrar, pero él se niega, le pone el dinero en las manos y cierra la puerta.

Un instante después, está de vuelta en el coche.

—Gracias —gruñe.

Espero.

—¿Nos podemos marchar? Ya he pasado suficiente vergüenza.

—Cuando quieras. Solo tienes que decirme cómo regresar al campus.

Se gira rápidamente hacia mí.

—Estamos a unos tres kilómetros y medio. —Señala el semáforo que hay a lo lejos—. Esa es College Street.

—Lo siento, nunca salgo del campus. —Arranco el coche.

—¿Por qué lo harías? —suspira—. Yo tampoco querría hacerlo. Y nunca voy a volver a responder al teléfono. Jamás.

Entonces, gira la cabeza hacia la ventanilla y no me vuelve a dirigir la palabra durante el resto del trayecto.

24. Supongo que estaba avergonzado

Keaton

Judd se encuentra en la sala de estar cuando Bailey y yo cruzamos la puerta principal. Levanta la cabeza de golpe, abre mucho los ojos y luego los entrecierra al vernos.

—Hey —dice con cautela.

—Hey —repito mientras me quito las botas—. ¿Dónde está todo el mundo?

Es sábado por la tarde y las eliminatorias de la NFL ahora son los fines de semana. La casa debería estar abarrotada.

—En el bar —responde Judd—. Se han ido todos a ver el partido de los Patriots contra los Chiefs.

—¿Y tú por qué no has ido?

Mi colega levanta la lata de cerveza.

—Tío, ¿por qué coño iba a gastar dinero en alcohol en un bar petado donde ni siquiera puedo escuchar la tele, cuando puedo quedarme aquí a beber gratis y enterarme de lo que pasa en el partido?

Buen argumento.

Capto un movimiento por el rabillo del ojo, y de repente me doy cuenta de que Luke está subiendo las escaleras.

—Voy a echarme una siesta —murmura sin mirar atrás.

Me siento tentado de correr detrás de él, pero Judd me está mirando, así que, en vez de eso, me dejo caer en el otro extremo del

sofá.

Miro la caja de cervezas que hay en la mesa de centro.

—¿Te importa si cojo una?

—Adelante.

Cojo una lata y la abro. Solo cuando el líquido frío se desliza por mi garganta me doy cuenta de que no he desayunado ni almorzado y de que mi primera comida del día está siendo una cerveza. Como si eso fuera una señal, el estómago me ruge con una violencia que me impulsa a levantarme.

—Tengo hambre —comento—. ¿Quieres algo de la cocina?

—No, gracias. —Judd tiene la mirada fija en la tele.

Después de hacerme dos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, vuelvo al sofá para devorarlos viendo el partido. Aunque, en realidad, no estoy demasiado centrado en él. La urgencia de colarme en la habitación de Luke Bailey no deja de crecer. Quiero entender qué demonios ha pasado antes. Está claro que su hermano es problemático y, por lo que se ve, incluso un delincuente. ¿Y su madre le pide dinero de esa manera? Brutal.

Tiene sentido que se metiera en la fraternidad para huir de su familia. Pero quiero saber más. No puedo creer que haya compartido planta con ese chico durante más de un año y acabe de enterarme de que tiene un hermano mayor. De que se gana la vida desnudándose. Joder, de que estudia Empresariales. Siento un poco de vergüenza por no haberme esforzado por conocerlo.

Aunque, en mi defensa, he de decir que Bailey ha sido un gilipollas conmigo desde el día en el que nos conocimos.

—Vale. ¿En serio?

La voz incrédula de Judd se desliza entre mis pensamientos. Lo miro.

—¿Qué? —pregunto entre bocado y bocado del sándwich.

—¿De verdad vamos a fingir que no acabas de llegar a casa con Bailey? —pregunta—. ¿Qué coño estabas haciendo con ese fracasado?

Gano tiempo dando otro gran bocado.

—Necesitaba que lo llevarsen —digo con la boca llena.

—¿Eh?

—Necesitaba que lo llevarsen al centro.

—¿Y lo has llevado tú?

—Sí. ¿Qué problema hay?

—¿Me lo preguntas en serio? —Judd me mira como si lo hubiera traicionado—. Tío, Bailey es un capullo. ¡Y prácticamente te ha robado la presidencia!

—Lo primero de todo, no siempre es un capullo.

La defensa a medias de Bailey sale así de mi boca porque es la verdad. El tío tiene tan mal genio como un puercoespín, pero parece tener sus razones.

Judd resopla.

—Y no me robó la presidencia. Renuncié.

—Es verdad. ¡Y todavía no me has dicho por qué! —Judd coloca la lata de cerveza sobre la mesa de un golpetazo—. Solo dijiste que habías cambiado de opinión...

—Es que cambié de opinión —protesto.

—Y ahora actúas como si te pareciera bien que el gilipollas de Bailey esté a cargo de la fraternidad, algo que es inaceptable, joder. Y eso ni siquiera es la bofetada en la cara más grande, Keaton. La verdadera humillación es enterarme por Therese de que Annika y tú habéis roto. ¿Qué cojones?

La ira de Judd chisporrotea como el motor de un coche en las últimas. Se queda en silencio. Derrotado.

La conmoción me deja sin palabras por un instante. ¿Judd está enfadado conmigo? No tenía ni idea.

—Ah. —Me aclaro la garganta—. Eh... lo siento, tío. Es que...

—Olvídalo —murmura, y vuelve a coger la cerveza.

—No. No lo olvido. Lo siento, de verdad —digo con brusquedad—. Debería haberte contado lo de Annika, pero... supongo que estaba avergonzado. Tú estabas muy contento por haber vuelto con Therese, y yo no quería admitir que me habían dejado.

Levanta una ceja.

—¿Te dejó ella?

Asiento con la cabeza.

—Joder, no lo sabía. Therese solo dijo que habíais roto. —Judd deja escapar un suspiro profundo—. Yo también lo siento. A ver, me imaginaba que en algún momento me contarías lo de Annika, pero no decías nada, y últimamente has estado actuando muy raro...

—¿Raro? —interrumpo.

Mierda. ¿Sabe algo?

—Como distante —aclara. Aprieta la mandíbula—. Y, luego, esta mañana veo que sales de aquí con el puto Luke Bailey...

—Necesitaba que lo llevaran al centro —repito—. No somos mejores amigos ni nada por el estilo.

La negación me quema la garganta. Aunque es verdad que no somos amigos. Simplemente, anoche dejé que me follara.

Pero eso es *top secret*. Judd no puede enterarse nunca.

Un aleteo de pánico me aprieta la garganta. Dios, ¿dónde me he metido? Esta mañana no estaba asustado al despertar junto a Bailey. Y cuando recuerdo el sexo, tampoco me provoca ansiedad.

Pero esto, la idea de contarle a mis amigos que... me gustan los chicos. O, peor, a mis padres. ¿Cómo demonios van a reaccionar? Mira la familia de Luke, por el amor de Dios. Nunca he conocido a nadie que parezca más seguro de su sexualidad y, sin embargo, su mismísimo hermano lo llama maricón.

Está claro que no estoy preparado para compartir esto con nadie.

—Siento si he estado distante —añado—. Estaba enfrascado en los exámenes finales, luego las vacaciones y todo el lío de Annika. Por no mencionar que la temporada acabó muy mal después de la racha inicial de victorias...

Por muy mal que me sienta por ello, sacar a relucir el tema del fútbol es un movimiento calculado por mi parte. Es un método comprobado para distraer a Judd Keller.

—¿A que sí? —se lamenta—. No me creo que New Hampshire haya llegado tan lejos esta temporada. Nosotros somos un millón de veces mejores que esos imbéciles.

—Ya ves.

—La próxima temporada me voy a hacer cargo yo de la defensa —dice Judd con firmeza—. Dano ha sido un capitán de mierda. Es muy malo levantando la moral, y ya sabes lo importante que es la moral cuando se trata de...

No le presto atención. Me siento mal por no hacerlo, pero tengo la cabeza en otro sitio. Lo que tengo con Luke es confuso. Me siento atraído por él como un loco y quiero volver a acostarme con él. Eso lo sé. Pero no tengo ni puta idea de si quiero su amistad o algo más...

* * *

Luke duerme hasta la hora de la cena. Lo sé porque estoy estudiando en mi habitación y no oigo ni pío hasta las seis. Entonces, comienza una sinfonía de ruidos: pasos en el rellano, el grifo de la ducha que se abre, el agua corriendo. Cuando termina de ducharse, vuelvo a oírlo en su habitación. Suena la música, y me ruborizo ante el ritmo sensual. No es la misma canción que bailó anoche, pero se parece. Me pregunto si estará calentando para el turno de esta noche en el Jill's.

Y, fíjate, ya estoy empalmado.

Me paso las manos por el pelo, el libro de texto de Biología que tengo en el regazo ha caído prácticamente en el olvido. Está claro que Luke Bailey me está volviendo loco. No es solo que esta nueva atracción por él me haga actuar raro con mis amigos, sino que, al parecer, ahora ni siquiera puedo pensar en él sin tener una erección.

A la mierda. Dejo caer el libro en la cama y me dirijo hacia la puerta. Hacia su puerta. Ni siquiera llamo; simplemente, entro en la habitación sin permiso. Porque, oye, si se está masturbando, mejor. Me limitaré a acercarme y le ayudaré a terminar el trabajo.

Pero no se está masturbando. Está sentado en la cama sobre la colcha estampada, con las piernas cruzadas, mirando la pantalla del portátil. Se muerde el labio inferior en un gesto de frustración.

—Hola —digo por encima de la música.

Levanta la vista. Al instante, su expresión refleja sospecha y me pregunto si alguna vez llegará un momento en el que me vea y la emoción por defecto no sea la desconfianza. Espero que sí.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras vuelve a dirigir la mirada a la pantalla.

Cierro la puerta y me adentro en la habitación. Cuando paso por el altavoz inalámbrico, bajo el volumen.

—Quería ver si, eh..., querías *pizza* para cenar —miento, porque es evidente que está ocupado y que va a rechazarme si le sugiero que nos enrollemos—. Todos vamos a poner dinero.

Me lanza una mirada cómplice.

—¿Es eso lo que querías?

—Sí. —Meto las manos en los bolsillos del chándal—. Bueno, no. Luke sonríe.

—Querías tener sexo, ¿eh?

Suelto un suspiro.

—Sí.

Su risa ronca me hace cosquillas en los oídos.

—He creado un monstruo. —Vuelve a reírse y señala el portátil—. Por mucho que me encantaría follarte hasta dejarte sin sentido, estoy un poco ocupado. Y antes de que lo preguntes, no, no estoy bien. Hoy ha sido un puto desastre de principio a fin.

—Las desgracias nunca vienen solas.

Su respuesta es hacerme una peineta.

—Gracias por tus palabras, sabiondo.

Me siento a los pies de la cama con una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa ahora? ¿Se te ha olvidado hacer un trabajo o algo?

—Nunca olvido un trabajo. —Su tono de voz serio me indica que eso es absolutamente cierto.

Dudo que este chico haya holgazaneado alguna vez en su vida. Está claro que trabaja de sol a sol.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Un pequeño contratiempo —dice, pero la frustración vuelve a su mirada y desmiente su respuesta despreocupada—. Un componente importante de la nota final para la clase de finanzas es una entrevista con un ejecutivo que haya ganado dinero en el mercado financiero. Tenía programada una entrevista con el director financiero de una empresa de capital de riesgo de Stamford esta semana, pero la secretaria de ese cabrón me acaba de enviar un correo electrónico para decirme que va a salir de la ciudad y que no vuelve hasta dentro de tres semanas.

—Mierda.

—Sí. —Teclea algo en el portátil—. Ya tenía todas las preguntas planificadas. Ahora estoy enviando correos electrónicos a todos los directores financieros de Connecticut para solicitarles una entrevista. Y el lunes tendré que hacer algunas llamadas a puerta fría.

—¿Qué pasa si no tienes suerte?

—No tengo ni idea —dice en tono sombrío—. Tendré que pedirle ayuda a mi profesor, lo cual me dejará en mal lugar. Y lo más probable es que me envíe a entrevistar a algún exalumno que esté dispuesto a hacerme un favor.

Se me ocurre una idea.

—Vente mañana a tomar un *brunch*.

Luke me mira.

—Eh, bueno. No veo cómo eso solucionaría mi problema, pero, gracias, supongo. Aunque paso.

Le sonrío.

—Ah, ¿sí? ¿Pasas de un *brunch* con el director ejecutivo de una empresa farmacéutica? La semana pasada emitieron acciones convertibles. Es lo único de lo que habló mi padre durante todas las vacaciones.

Hay una pausa.

—Espera... ¿En serio?

—¿Por qué no? Mi padre viene desde Long Island la mayoría de los domingos para hacer un *brunch* conmigo. —En realidad, para vigilarme—. Te estoy invitando a que vengas con nosotros, idiota. De

hecho, déjame que compruebe algo... —Doy un salto de la cama y me meto en mi habitación para coger el teléfono.

Trato de no pensar demasiado en ello mientras escribo un mensaje a mi padre. Porque, ¿no acabo de asustarme por el hecho de revelar que me atraen los hombres? ¿Y si mi padre me ve con Luke y descubre que nos hemos acostado?

Llevar a Luke al *brunch* tiene el potencial de crear un caos con el que no quiero lidiar. Sin embargo, cuando regreso a la habitación de Bailey no puedo evitar presionar «Enviar».

—¿A quién le has mandado un mensaje? —Una vez más, la expresión tensa de Luke refleja desconfianza.

—A mi padre. Le he preguntado si estaría dispuesto a concederte una entrevista mañana.

A Luke se le desencaja la mandíbula. Luego la cierra de golpe.

—Hayworth. —Pronuncia las sílabas con tono afilado.

Levanto la vista del teléfono.

—¿Qué?

—¿Qué demonios es esto? ¿Algún tipo de caridad de mierda? —Tiene las mejillas de color carmesí—. Te dije que no necesito tu compasión.

—No es compasión. —Me encojo de hombros mientras sopeso las palabras que voy a pronunciar para expresarlo todo de tal manera que a Luke no se le pongan los pelos de punta. Me he dado cuenta de que es muy sensible cuando se trata de recibir ayuda—. Es un movimiento completamente egoísta por mi parte. Odio esos almuerzos de los domingos. Normalmente, Annika venía conmigo a modo de parachoques, pero..., bueno, ya sabes lo que ha pasado. Además, no le he dicho a mi padre que perdí las elecciones. De esta forma, puedo dejarte ese honor a ti.

Ahora le toca sonreír a Luke.

—Para que yo haga el trabajo sucio, ¿eh? Cobarde.

Me llega una notificación al móvil.

Papá: Hijo, tu hermano de la fraternidad es más que bienvenido. Debo decir que estoy muy contento de que por fin te intereses por el negocio familiar. Espero poder hablar de los pros y los contras de las convertibles con vosotros.

—Mi padre dice que será un placer hablar contigo —le transmito a Luke—. Así que, ¿qué dices? ¿Me dejas usarte descaradamente para no tener que enfrentarme a solas con mi padre?

—Claro. Me apunto.

Y aunque me complace que Bailey haya aceptado mi ayuda, es muy revelador que solo lo haya hecho cuando ha pensado que lo estaba usando. Que alguien lo ayude de corazón es inconcebible para él. Y eso, maldita sea, es una de las cosas más tristes que he visto en mi vida.

25. Presentable

Luke

Cuando suena el despertador el domingo por la mañana a las nueve y media, bajo las piernas por el lateral de la cama y me obligo a levantarme. Anoche tuve otro turno largo en el club seguido de un largo trayecto en autobús hasta casa. Pero ahora tengo que espabilarme y convencer al señor Keaton para que me dé suficiente información sobre la estructura de capital de su empresa para escribir el trabajo.

El problema no puede ser tan fácil de solucionar, ¿verdad? No me fío.

Me arrastro hasta la ducha y después me afeito con cuidado. Tengo los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño, pero no puedo hacer nada al respecto. En mi habitación, miro en el armario. El año que viene tendré que hacer entrevistas para encontrar trabajo. Tendré que comprarme al menos dos trajes, algunas camisas elegantes y zapatos.

Así que añade eso a la larga lista de cosas para las que tengo que ahorrar dinero.

Sin embargo, ahora me pongo la mejor camisa Oxford que tengo y mi único par de pantalones de vestir. Luego me miro al espejo.

El chico que me devuelve la mirada está presentable. No hay nada en él que grite: «*Stripper* con una familia jodida procedente de la parte chungu de la ciudad». Aunque nadie me confundiría con

Keaton o uno de sus amigos ricos. Algún día lo harán. No me detendré hasta lograr todo lo que quiero.

Y dondequiera que esté, no será cerca de Darby, Connecticut. Estoy deseando dejar atrás este lugar.

Yo ya estoy listo cuando oigo a Keaton entrar en la ducha. Espero en mi escritorio, leyendo todo lo que puedo encontrar sobre acciones convertibles y la farmacéutica Hayworth Harper.

—Toc, toc —dice el joven heredero de la empresa desde el umbral de la puerta—. Iba a preguntarte si ya estabas listo, pero ya veo que sí.

—Así es. —Cojo un cuaderno del escritorio—. Vamos al lío. ¿De verdad crees que contestará a mis preguntas?

—Claro que sí. Lo que más le gusta a mi padre en esta vida es hablar sobre él mismo y su negocio.

Cojo una chaqueta y lo sigo escaleras abajo. La casa está en silencio porque la mayoría de los hermanos duermen hasta tarde los domingos. Subimos al BMW de Keaton por segunda vez en dos días. Y las dos veces me las he ingeniado para no hacer comentarios sobre su elección del vehículo.

Un hurra para mí.

—Bueno —digo mientras nos dirigimos hacia la costa, donde se encuentran todos los restaurantes caros del condado. Mi tarjeta de crédito me odiará por esto—. ¿Cuál es mi papel aquí, además de entrevistar a tu padre?

—Ah —dice Keaton—... Tu papel es ser alguien a quien mi padre no conoce lo suficiente como para criticarme en tu presencia. Eso es lo único que tienes que hacer. Ah, y gastar su tarjeta de crédito.

—No puedo permitir que me invite —digo—. No cuando me va a hacer un favor.

—Pff —dice Keaton—. Claro que puedes, para eso están los padres.

—¿En serio? No lo sabía. —Me arrepiento del comentario en cuanto sale de mi boca.

Keaton se gira hacia mí de inmediato con una mirada de disculpa.

—Mierda, lo siento. Para eso deberían estar los padres.

Una oleada de vergüenza me inunda. No puedo creer que Keaton presenciara ayer el espectáculo bochornoso que es mi familia.

—En fin. Está un poco más adelante —dice—. Y llegamos a tiempo por una vez en la vida. Mi padre se va a quedar muerto.

—¿Sueles llegar tarde?

—Annika —musita, y luego suspira.

—¿Todavía te sientes mal por ello? —Siento curiosidad de verdad. A ver, es que el viernes por la noche no parecía tan triste por ella...

—Un poco —se lamenta—. Estuvimos juntos muchos años. Me llevará un tiempo acostumbrarme a no tenerla cerca. Y decepcionaré a papá. —Niega con la cabeza—. Le encanta Annika. Me preguntará qué demonios he hecho mal.

Y, por supuesto, lo primero que el padre de Keaton dice mientras el metre de este restaurante un poco anticuado con paneles de madera nos lleva hasta nuestra mesa es:

—¡Keaton! Y, ¿Luke? Encantado de veros a los dos. Pero ¿dónde está Annika?

Keaton espera hasta que le estrecho la mano a su padre y estamos sentados, sosteniendo las enormes cartas impresas en papel de pergamino para decir:

—Annika... me ha dejado.

De repente, su padre se recuesta en la silla como si lo acabaran de abofetear. Como si le pareciera inconcebible que una mujer rechazara a un Hayworth.

—¿Por qué?

—Por ninguna razón en particular —dice Keaton con cautela—. Solo quiere ampliar sus horizontes. O algo así. —Se tira del cuello de la camisa, visiblemente incómodo.

—¿Qué me recomendáis? —pregunto para cambiar de tema.

—Todo —dice el señor Hayworth—. Cuando tengo mucha hambre, pido el bistec con huevos. La *quiche* también es excelente.

La camarera sirve café para todos. El señor Hayworth pide una mimosa, pero yo solo pido un zumo de naranja.

—Para mí, las tortitas con beicon —dice Keaton.

—Me encantaría probar los huevos benedictinos —comento pasando la carta.

El señor Hayworth se ríe y no tengo ni idea de por qué.

—Eso es lo que siempre pide Annika —afirma.

Keaton y yo nos miramos y, de inmediato, apartamos la vista.

—Para mí, la *quiche* Lorraine —dice el señor Hayworth sin darse cuenta de nada.

Pero yo todavía siento un escalofrío de incomodidad. Si no fuera por la entrevista que necesito bordar a toda costa, no habría venido. Mi vida sexual siempre ha estado organizada para evitar las reuniones con los padres de la gente a la que me tiro. Y eso no va a cambiar ahora.

Sin embargo, aquí estamos. Me siento un fraude, para variar. Estoy representando el papel de alguien que encaja en la Universidad de Darby. Seguiré representándolo hasta que algún día, que espero que sea antes de morirme, sienta que encajo de verdad.

—¿Qué estudias, hijo? —pregunta el señor Hayworth.

—Económicas, con especialización en Finanzas, señor.

Parto por la mitad un panecillo y coloco una nuez de mantequilla de la mantequera en mi plato de pan de la izquierda. Estas son las cosas que aprendí hace tres años en YouTube cuando trataba de conseguir trabajo de camarero en un restaurante decente. Pero son cosas que a Keaton le enseñaron desde que nació.

—He organizado unas prácticas de finanzas para Keaton este verano —dice—, pero sería fantástico si también pudiera tomar clases de finanzas el próximo año.

—Guau, suena como una gran oportunidad estival.

Levanto la vista para mirar a Keaton, que, de repente, le presta mucha atención al bollo al que le está untando mantequilla. ¿No me había contado que había solicitado unas prácticas de investigación para este verano?

Uf. Si su padre no lo sabe, no voy a ser yo el que se lo cuente. Al menos ahora sé que Keaton no mentía cuando dijo que no le gustaban los almuerzos familiares.

Me aclaro la garganta.

—Tenía muchas ganas de que pudiera hablarme acerca de ese acuerdo sobre bonos convertibles al que acaba de llegar. En concreto, ¿por qué convertibles?

—¡Ah, por supuesto! —dice el señor Hayworth. En realidad, está pletórico. Como si le estuviera preguntando por su hijo favorito. Y tal vez así sea—. A las empresas farmacéuticas les encantan los convertibles. La deuda tiene un tipo de interés razonable porque los compradores esperan que nuestros productos en desarrollo consigan la aprobación de la Administración de Alimentos y Medicamentos, lo que generará un aumento de capital.

Abro el cuaderno y pulso el botón del bolígrafo.

—¿Cómo de razonable es el tipo de interés?

—Bueno, si echas un vistazo a los diferenciales de los tipos de interés LIBOR de la industria farmacéutica...

Empiezo a garabatear. Y tomo nota de todo lo que dice.

26. Siempre invito yo

Keaton

Dejo de escuchar unos dos segundos después de que mi padre empiece a hablar. No hay nada menos interesante que, nótese la ironía, los tipos de interés.

Pero Luke se siente como pez en el agua con esta mierda. Toma notas y formula preguntas usando términos que no entiendo y que nunca entenderé.

Mi padre también está cómodo. Siempre ha deseado que me interesara todo esto, pero no entiendo por qué. No es que le falte atención. Dirige un negocio en el que cientos de personas están pendientes de todo lo que dice.

Yo tampoco le intereso demasiado, a menos que le hable de uno de sus temas favoritos, que son, en un orden aproximado: los negocios, el fútbol americano y Alfa Delta. Esa es la parte que peor me hace sentir. Está bien entusiasmarse con lo que te gusta, pero asumir que tus preferencias deberían ser importantes para otra persona es ridículo y narcisista.

El camarero me coloca un plato delante que me levanta un poco el ánimo. Engullo las tortitas con beicon. Los carbohidratos, la sal y la grasa son muy reconstituyentes.

Durante un rato, Luke está demasiado ocupado como para comer. Luego, tanto él como mi padre empiezan a comer, aunque

siguen hablando de las ventajas de la renta variable y la volatilidad implícita, sea lo que sea.

Soy irrelevante en esta comida, y me parece glorioso.

—Muchas gracias —dice Luke cuando por fin se quedan sin detalles frikis—. Voy a sacar un sobresaliente en este trabajo.

—Pues sí que deberías —dice mi padre, apurando la mimosa—. La parte analítica la tienes bien dominada. Keaton va a aprender todo eso este verano.

Mierda.

—Disculpad un momento —dice Luke empujando la silla hacia atrás—. ¿Dónde está el baño?

Señalo hacia la esquina del fondo de la sala y luego el muy cabrón me abandona aquí con papá. Se aleja de la mesa pavoneándose, y yo lo sigo con la mirada porque me siento imprudente y acabo de darme cuenta de que su seguridad en sí mismo es mi fetiche.

—Un chico fantástico —dice mi padre cuando Luke desaparece en el baño. Hace señas al camarero para pedir más café—. También es de Alfa Delta, ¿no?

—Sí —digo con un suspiro. Ya que estamos, aprovecho para confesar—: De hecho, es el presidente electo.

Papá parpadea.

—No, el presidente eres tú.

—Eso no es cierto. —Niego con la cabeza—. Me retiré el día de las elecciones porque en realidad no quiero ser presidente, pero él sí.

—¿Por qué? —jadea papá.

—¿Por qué querría alguien ser presidente? Buena pregunta.

Se le enrojece el rostro.

—No seas irrespetuoso, Keaton. ¿Por qué te retiraste?

—Soy un miembro leal de la fraternidad, papá. Amo Alfa Delta, pero solo me presenté porque tú querías que lo hiciera. Y esa no era una razón lo bastante buena.

—Pero ¿por qué no querías estar al mando? No tiene sentido.

—Porque yo no soy tú. Y eso tendría mucho sentido si alguna vez descubrieras que yo también tengo intereses tan válidos como los tuyos.

—Baja el tono —sisea.

—Siempre lo bajo —susurro—. Por eso no me escuchas.

Luke se está acercando a la mesa, así que papá cierra la boca. No va a montar una escenita; no es su estilo.

En vez de eso, hace una señal para que traigan la cuenta.

—Me han dicho que tengo que felicitarte —le dice a Luke—. Eres el próximo presidente de Alfa Delta.

—Gracias, señor —responde él con cautela—. Mi primer punto en el orden del día será trasladar las finanzas a Quickbooks. Ahora mismo los hermanos están usando el método de contabilidad de meter los recibos en una caja de zapatos.

—Ay, Dios. —Mi padre se ríe—. Muy adecuado por tu parte que nos saques de la edad de piedra.

—Lo intentaré. —Levanta la mano justo cuando se aproxima el camarero y este le pasa la cuenta a Luke.

—No, no —dice papá—. Siempre invito yo.

—Ya me he ocupado de eso —dice Luke, que abre la billetera para añadir una propina al recibo y firma la cuenta—. Usted me ha ayudado con la nota en finanzas y le estoy agradecido.

Debe de haberle dado la tarjeta de crédito al camarero cuando ha ido al servicio. Muy astuto.

Papá sonríe radiante ante este truco. Le da igual el dinero, pero percibo que Luke lo ha impresionado.

¿No es irónico? Los dos estamos un poco obsesionados con él.

Luke le ofrece un efusivo agradecimiento antes de marcharnos.

Papá le desea la mejor de las suertes y luego se saca una tarjeta de empresa del bolsillo.

—Llama a este número el lunes. Pídele a mi secretaria que te dé la dirección de correo electrónico de Chad Christy, el chico que lleva el programa de prácticas de verano. Y cuando le escribas a Chad, asegúrate de decirle que te he enviado yo.

Luke parpadea.

—Gracias, señor. Se lo agradezco.

—De nada. Ha sido un placer conocerte. Y llámame esta noche, Keaton. Tenemos una conversación a medias. —Ni siquiera me mira a los ojos cuando lo dice. Ay, qué alegría.

Regresamos al coche y espero mientras el motor se calienta.

—No puedes aceptar un favor sin pagar la cuenta, ¿eh?

—No —dice.

Mira con atención la tarjeta de la empresa que tiene en la mano.

—Deberías llamar para hablar sobre esas prácticas. Estoy seguro al setenta y cinco por ciento de que habrá una vacante inesperada en el departamento de finanzas.

Luke levanta la vista.

—No sabe que has solicitado lo del barco, ¿verdad?

—No. No quería tener esa discusión hasta conseguir la carta de aceptación.

Esa va a ser mucho peor que la discusión que acabamos de tener.

—No puedo aceptar las prácticas.

—No pensarás que eso también es caridad, ¿verdad? —resoplo—. Todas las empresas tienen prácticas fáciles.

—No, lo digo porque no puedo permitírmelo. Me pagarán un sueldo, pero no creo que sea suficiente como para vivir en Nueva York durante tres meses. Y no estamos precisamente a una distancia que se pueda recorrer a diario. ¿Tu padre conduce más de dos horas para almorzar todas las semanas?

—En realidad, no. Toma el ferri desde Huntington, en Long Island. Lo hace para evitar ir a la iglesia.

Salgo del aparcamiento y me dirijo de vuelta al campus; me siento asqueado con la vida. Luke quiere las prácticas, pero no puede permitírselas. Yo no las quiero, y no debería tener que hacerlas.

—¿Qué dirá cuando le cuentes que no vas a aceptar las prácticas? —pregunta Luke.

—Que soy un vago y un desagradecido. Que me niego a esforzarme para alcanzar mi máximo potencial.

—Pero nada de eso es cierto.

—¡Luke Bailey! —grito—. Creo que me acabas de hacer un cumplido. Prometo no dejar que se me suba a la cabeza.

—¿Por qué me has invitado hoy? —pregunta—. Se ha enfadado por lo de la presidencia.

—Ya lo hemos hablado. No iba a echarme la bronca delante de ti. Además, sabía que te podía echar una mano con el trabajo.

—Ya... He pensado que tal vez lo habías hecho para luego poder reclamarme favores sexuales.

—¿Sabes? Es posible hacer un favor solo porque sí.

—Posible, pero raro —dice.

—Eres un caso. Siempre puedo reclamarte favores sexuales para que te quedes tranquilo.

Me lanza una mirada ardiente que siento incluso sin apartar la vista de la carretera.

—Tal vez no sea solo mi mente la que se tranquilice.

—Ahora sí que estamos de acuerdo. —Extiendo una mano por encima de la consola y rozo su entrepierna con los dedos. Mi creciente audacia me sorprende incluso a mí—. ¿Cuándo? ¿Ahora?

—Primero debería escribir ese ensayo.

Emito un gruñido de queja.

Él se ríe.

—De todos modos, seguro que todavía tienes algunas molestias.

—¿Y? Los deportistas no se quejan por el dolor.

—Entonces la propuesta queda descartada.

No puedo comprender del todo la decepción que me atraviesa el pecho.

—¿Para siempre? —me encuentro a mí mismo preguntando.

La mirada que me lanza indica que sabe exactamente lo que estoy pensando.

—Por hoy.

Esa opresión en el pecho se vuelve más liviana. Mi voz suena demasiado ronca y necesitada cuando digo:

—Pero... ¿volverá a ocurrir?

Su risa suave calienta el aire que nos rodea.

—Sí —dice, arrastrando la palabra—. Volverá a ocurrir.

27. Días de sándwich de pavo

Keaton

Abril

Las rutinas son curiosas. Te pillan por sorpresa. Por ejemplo, un día te levantas y te comes un sándwich de pavo y, entonces, pasan dos meses y has comido sándwich de pavo todos los días y piensas: «Bueno, supongo que ahora como sándwiches de pavo a diario».

Aunque en este caso, el sándwich de pavo es un eufemismo para referirme al sexo con un chico.

Los días se han convertido en semanas. La nieve se ha derretido y la primavera está en el aire. Y también mi polla. Luke me rodea la base con sus cálidos dedos. Me acaricia de forma perezosa, y yo gimo suavemente.

Son las nueve y media de la mañana y estamos en mi cama, desnudos y cachondos. Las primeras dos veces que se quedó en mi habitación, me preocupaba que alguno de los hermanos de la fraternidad nos pillara, pero con el tiempo la ansiedad ha disminuido. Bailey y yo somos los únicos aquí arriba en la tercera planta. Mi puerta tiene cerradura, y los únicos chicos que podrían entrar son Judd y Tanner, quienes salen de la casa a las seis de la mañana los días de entre semana para practicar béisbol.

Luke me acaricia la hendidura del trasero con la mano libre. Lo más probable es que no tengamos tiempo de follar, pero la mera insinuación me pone más duro. No se puede negar lo mucho que me

gusta. Mi próstata es mi nueva mejor amiga. Y cuando los dos tenemos prisa, hay muchas otras formas divertidas de excitarnos mutuamente. Bailey hace las mejores mamadas del planeta.

Lo que no hace mucho es hablar. Es un cabrón con los labios sellados y casi imposible de descifrar, por lo que a veces es un desafío estar cerca de él. Por ejemplo, esta mañana le he preguntado si podía ir al club esta noche para ver su espectáculo y, en vez de responder, simplemente me ha besado y ha empezado a frotarme la polla.

Lo peor es que ha funcionado. Esa es la razón por la que he olvidado quejarme estos últimos minutos. Su beso es profundo y hambriento. Exploro los músculos de su espalda y su estrecha cintura con las manos. Solo me permite tocarle donde quiera cuando nos estamos enrollando.

Da un suspiro de felicidad mientras me acaricia. Es casi suficiente para hacerme olvidar la pregunta que le había formulado.

—No has respondido —murmuro contra sus labios—. Tal vez me presente esta noche, de todos modos.

Me arrepiento de decir eso al instante, ya que aparta la mano de mi polla.

Un par de ojos severos me miran fijamente.

—No. —El tono afilado invita a no discutir—. Mi trabajo está vedado para ti, ya te lo he dicho.

—¿Qué problema hay? —protesto mientras deseo que me toque de nuevo—. Estás muy *sexy* cuando te desnudas. Estoy hablando de un nivel de sensualidad a la altura de *Magic Mike*.

—Ya sé que estoy *sexy* cuando me desnudo; mi trabajo es estar *sexy*. —Para mi decepción, sale de la cama. Su enorme erección se balancea y le golpea los tensos abdominales—. Necesito centrarme cuando trabajo. Si aparecieras, sería una distracción.

—Vale, pues no iré —prometo—. Ahora, ¿puedes volver y terminar lo que has empezado?

Me quito la sábana de encima, y mi erección se alza a modo de saludo.

—No.

—¿Por qué no? —pregunto.

Se pasa la lengua por el labio inferior.

—Porque me has cabreado.

Me río a carcajadas.

—¿Lo dices en serio? ¿Te he cabreado?

—Sí. Al sacar a relucir la mierda del trabajo. Tu boca te ha costado la mía. —Los ojos de Luke brillan de forma peligrosa—. Los chicos malos reciben su castigo, Hayworth.

Aaah. Ya veo a dónde va esto; y no voy a mentir, me apunto. Y también mi polla, a juzgar por cómo se pone todavía más dura, si es que eso es posible.

A Luke no le pasa desapercibida la respuesta de mi cuerpo. Aun así, cuando deslizo la mano por el vientre en dirección a la ingle, me detiene con un rápido:

—Las manos a los costados.

—Pero estoy cachondo —me quejo.

—No me importa. Las manos a los costados. —Cuando vuelvo a vacilar, me interrumpe—. No hagas que te lo pida una tercera vez.

Se me seca la boca. Despacio, coloco las manos a los lados, sobre el colchón.

—Bien. Ahora tumbate ahí y déjame follarte con la mirada. —Se la coge en un puño.

Ay, Dios. ¿Eso es lo que vamos a hacer? ¿Va a torturarme obligándome a mirarlo mientras se masturba? ¿Solo mirarlo?

Se aprieta la polla y, sí, al parecer eso es precisamente lo que va a ocurrir.

Bailey me recorre el cuerpo desnudo con ojos ávidos mientras se toca. Quiero imitar lo que está haciendo, pero me ha ordenado no moverme, así que simplemente me tiendo ahí, con la polla dura como una piedra y ansiosa por liberarse. Cuando mueve la mano más rápido, comienzo a respirar con dificultad.

—Estás deseando tocarte, ¿eh? —me provoca Luke.

No puedo dejar de mirarlo.

—Sí —grazno.

—No me mires a la cara. Mírame la polla. Mira lo dura que está.

Bajo la mirada. Dios, es lo más sexy que hay en el mundo.

—La quiero —murmuro con la garganta seca.

—¿Qué has dicho? —provoca.

—Que la quiero —repito de forma más clara esta vez.

Luke inclina la cabeza mientras piensa. Se está masturbando lenta pero deliberadamente.

—¿Qué quieres?

—Tu polla.

—No —dice de nuevo—. Vas a observar cómo me corro. Y no vas a decir ni una palabra más ni a emitir ningún sonido hasta que lo haga. Y luego, tal vez, dejaré que tú también te corras. Pero solo si me demuestras que puedes seguir las reglas.

Sus reglas. Las reglas que llevo siguiendo desde hace más de dos meses. No me malinterpretes, me encanta que me dé órdenes en la cama. Me excita muchísimo. Pero este temperamento de «se hace a mi manera o no se hace» se extiende más allá del ámbito sexual y, por alguna razón, empieza a no gustarme.

Aunque ahora mismo solo me disgusta no poder aliviarme.

—Entonces —dice Luke, arrastrando la palabra—, ¿vas a seguir las reglas?

Asiento sin decir palabra.

Con una sonrisa sensual, vuelve a tocarse.

—Joder —dice con voz entrecortada—. Estás tan sexy ahí tumbado. Me pones muchísimo.

Me muerdo el labio para evitar gemir. Si emito un solo sonido, se detendrá. Hemos estado juntos las suficientes veces como para saber que Bailey no amenaza en vano.

Deja escapar un jadeo sensual; sospecho que está cerca del clímax.

Y, aunque disfruto observando, también quiero tocarlo. Entonces, le suplico con la mirada. «Ven aquí». Me lamo los labios. «Pruébame. Hazme tuyo».

Él evita mi mirada, fija la vista en mis cuádriceps y luego la levanta hasta mi tensa polla. Tal vez la manipulación telepática que estoy tratando de hacer funciona, porque levanta la barbilla y me muestra esos ojos oscuros.

Y, solo por un instante, veo algo ahí que me encanta. Posesión, con una pizca de necesidad.

«Ven aquí —le suplico mentalmente—. Justo donde te necesito».

Se mueve rápido, extiende el cuerpo sobre el mío y me mordisquea el hombro.

—Mastúrbame —susurra—. Rápido.

No necesito que me lo pida dos veces. Meto una mano por el espacio entre nuestros cuerpos y agarro nuestras pollas.

—Joder —susurra antes de besarme con dureza.

Me encanta. Me abro para él, invitándolo a entrar. Me gime en la boca mientras lo masturbo rápido y de forma lasciva, como a él le gusta.

Emite un sonido entrecortado, y abro los ojos para observarlo caer por el precipicio. Está tan guapo cuando se corre, con ese brillo en los ojos y esos gemidos desesperados. Tiene las mejillas de color carmesí brillante.

Por una vez, nos encontramos con la mirada mientras se estremece y palpita en mi mano.

—¡Ah! —jadea, abandonándose al orgasmo.

Estiro el cuello y vuelvo a besarlo con la necesidad de estar ahí mientras se corre.

Tengo la mano empapada cuando se abalanza sobre mí y me roza la piel hipersensible con la polla.

—Ahora tú —susurra—. Córrete.

Me encanta cuando me dice que me corra y mi cuerpo se activa y está listo. Tres o cuatro sacudidas son todo lo que tardo en estar chupándole la lengua y gimiendo contra su boca mientras me corro en la mano.

Se derrumba encima de mí con un suspiro húmedo, y lo único que escucho es el latido de mi corazón palpitando en los oídos.

Sonríó mirando el techo. «Hola, endorfinas. Gracias por venir».

Luke me besa lentamente el cuello. Me encanta. Yo paso la mano limpia poco a poco por la curva de su trasero.

Aunque esta parte solo dura cinco segundos. Después, Luke se levanta y coge unos pañuelos.

Siempre hace eso: o se levanta o se da la vuelta. Como si quedarse en mi espacio personal rompiera una de sus tantas reglas.

—Voy a darme una ducha antes de irme a clase —me informa.

—Bailey —lo llamo antes de que se marche.

Emite un sonido sordo mientras se gira hacia mí.

—Juro por Dios, Hayworth, que si me vuelves a sacar el tema de visitarme en el trabajo...

—No, no es eso —le aseguro—. Iba a invitarte otra vez al *brunch* del domingo.

Traga saliva.

¡Ja! Sabía que eso captaría su atención. Y no paso por alto la indecisión que le cruza el rostro mientras reflexiona sobre la invitación. Ya hemos pasado por esto varias veces: invito a Luke a almorzar con mi padre, vacila y, luego, o rechaza la oferta o cede. En cinco de ocho invitaciones ha hecho lo último, actuando como mi parachoques con papá.

Al principio me sentía un poco abatido porque Luke y mi padre se llevaran tan bien como conejos en celo. Sin embargo, cada vez que llevo a Luke al *brunch*, actúa como la barrera de defensa perfecta. Es incluso mejor que Annika cuando se trata de apaciguar a mi padre. Hablan de negocios todo el rato mientras yo juego al Candy Crush en el teléfono.

Aunque ya nunca pide huevos benedictinos.

—No —dice en esta ocasión—. Este fin de semana no puedo. Pero gracias por la invitación.

La frustración me encoge las entrañas mientras lo veo salir de la habitación. Este chico es muy difícil. Es como si estuviera decidido a mantener a todo el mundo a distancia.

Y encima tengo que ir al *brunch*, maldita sea.

Me quedo tumbado un instante, autocondolome. Y luego se me ocurre la solución perfecta. Cojo el teléfono que está en la mesita de noche y abro la pestaña de favoritos. Elijo un número al que ya no llamo muy a menudo.

—¡Hola, Annika! —digo cuando responde—. ¿Quieres ir de *brunch* el domingo? ¿Por los viejos tiempos?

Probablemente solo lo estoy imaginando, pero juraría que Luke gruñe levemente en la habitación de al lado.

* * *

Está claro que soy un genio porque el almuerzo con mi padre sale genial. Annika pide huevos benedictinos y charla de un montón de cosas sin importancia. Además, es genial ponerse al día con ella. Estoy de enhorabuena.

Ahora estamos en mi habitación, escuchando música y estudiando la teoría para un examen de Economía que nos aburre a morir. Y ni siquiera puedo culpar a mi padre por hacerme coger esta asignatura: es un requisito de Darby.

—¿Qué crees que caerá sobre el comercio internacional? —pregunto a mi ex con la esperanza de que tenga un mejor manejo de estos temas que yo.

—Keaton, salgo con alguien —dice Annika de repente.

Tardo un segundo en darme cuenta de que hemos cambiado de tema.

—Pensaba que ya estabas saliendo con un jugador de *lacrosse* —digo con cautela.

Annika y yo seguimos siendo amigos, pero no hablamos de nuestra vida sexual. Obviamente, yo no puedo hablar de la mía. Y supongo que ella no me contaba nada de la suya por respeto, ya que fue ella la que me dejó.

—Ah, no estaba saliendo con él —dice—. Solo necesitaba un acompañante para un par de fiestas. Ya sabes que el *lacrosse* es un deporte absurdo; no lo aguantaría a largo plazo.

Me echo a reír. Annika siempre ha tenido la habilidad de sacarme una sonrisa.

Coge su neceser de maquillaje y empieza a jugar con los distintos tubos y botes que tiene en su interior. Es una señal de que está nerviosa. Todavía la conozco bien.

—Lo cierto es —dice mientras inspecciona un lápiz delineador de ojos— que estoy superobsesionada con este chico con el que salgo. Y sé que la obsesión no suele ser una emoción sana, pero esto es diferente. Es excitante.

—Y me lo cuentas porque... —En realidad, no logro entenderlo—. ¿Necesitas que te dé mi aprobación?

—Supongo. —Levanta la mirada del espejo de maquillaje—. En realidad, no sé si va a durar. De hecho, es probable que no. Pero siento que esto es algo que necesitaba hacer.

—Lo que necesitabas hacer era tirártelo. —Me sale en un tono un poco arisco.

Pone cara de comprensión.

—Mira, estoy seguro de que tenías razón —digo en voz baja—. Ahora lo pillo. —Es obvio que tenía razón en que no éramos sexualmente compatibles. Joder, yo todavía estoy asimilando mis asuntos sexuales—. Ya ni siquiera estoy enfadado.

—¿De verdad? —Se sienta recta y coloca el neceser de maquillaje a un lado—. Me alivia oírte decir eso. Nunca quise hacerte daño. De hecho, sería genial si pudieras tener una pequeña dosis de lo que yo tengo.

Me muerdo la lengua, porque si se está tirando a un chico, eso es algo que tenemos en común. Aunque no se lo puedo decir.

Dirijo la vista hacia el equipo de música, que en este momento está reproduciendo una canción de Sam Smith. No escucharía a ese cantante para nada si no fuera por cierta obsesión mía. Pero eso tampoco se lo puedo explicar. Y, sinceramente, me cabrea. Mentir empieza a ser cansino, y yo no estoy acostumbrado a reprimir mis sentimientos.

—Estoy con alguien —admito—. No me siento cómodo hablándolo contigo, pero quiero que sepas que lo entiendo. Los dos

necesitábamos un cambio y probar otras cosas.

Annika jadea como si acabara de escuchar que hay una oferta en Bergdorf's.

—¿En serio? ¿Quién?

Ya me estoy arrepintiendo de haber sacado el tema.

—Espera, ¿por qué quieres saberlo?

—Bueno, es obvio, ¿no? —Se sienta derecha en el centro de la cama—. Porque ahora me da muchísima curiosidad y has dicho que no me lo vas a contar.

Resoplo.

—Dame solo una pizca de información, Keaton. —Me guiña con esos bonitos ojos.

—No. Y deja de preguntar. —Le doy un sorbo al café y me escondo detrás de la taza.

—¿Es una dominatriz?

Me atraganto con el café.

—¡Dios mío, lo es! —chilla Annika—. Lo sabía. ¡Lo sabía!

—¿Qué? —balbuceo.

—Lo suponía, Keaton. Eres un sumiso. Eso es lo que nos faltaba a nosotros. ¿Prefieres que te azoten o que te aten?

—¡No! Ni siquiera te estás acercando... —Me trago la negación. No puedo discutir con ella para no darle pie a que siga adivinando.

—¿Dónde la conociste? —pregunta Annika—. ¿Hay alguna especie de mazmorra sexual por aquí? He leído Cincuenta sombras de Grey.

Que alguien me mate.

—Sé que crees que siempre he estado sobreprotegida. —Traga saliva—. Pero tengo intuición. Sabía que necesitabas algo que yo no podía darte. Y sé que es algo íntimo, pero... —Suspira—. Odiaba sentir que siempre te decepcionaba.

—¡Annika, por Dios! Nunca me has decepcionado. Es que empezamos a salir muy jóvenes.

—Lo entiendo. Y también sé que romper contigo fue un gran riesgo. Hay días en los que me pregunto si en un futuro echaré la

vista atrás y pensaré: «Keaton fue el mejor hombre que he conocido en mi vida y era demasiado joven como para darme cuenta».

—Eso no va a suceder.

Pero vaya chica tan fantástica... Dejo la taza de café y me abalanzo sobre ella, estrechándola entre mis brazos, pero luego le coloco un dedo por debajo de las costillas, donde sé que tiene cosquillas.

—¡Dios mío! Apártate de mí, bestia.

Pero yo no cedo, y ella aúlla de risa.

—¿Todo bien por aquí? —el rostro de Luke aparece en la puerta. He aprendido a ver más allá de ese ceño fruncido, pero esta vez parece incluso más gruñón de lo normal.

—Bueno, señor Presidente —dice Annika—. Me gustaría presentar una queja formal sobre su compañero de habitación, aquí presente. Es de mala educación hacer cosquillas a personas que pesan menos que tú. —Se fija mejor en la expresión de Luke—. ¿Estamos haciendo mucho ruido?

Él se encoge de hombros.

—Tengo cosas que hacer, pero puedo cerrar la puerta.

—En realidad, será mejor que me vaya —dice Annika, que se aparta de mí—. No somos buenos compañeros de estudio para este examen de Economía porque los dos la odiamos. ¿Tú también la tienes este semestre? —le pregunta a Luke.

Él niega con la cabeza.

—La cogí el primer año por gusto.

—Puaj. —Annika se estremece—. ¿Qué más haces por gusto? ¿La declaración de la renta? ¿Cirugía oral?

—Exacto —dice despacio—. Cirugía oral, ¿cómo lo has adivinado?

No puedo evitarlo. Una sonrisa se apodera de mi rostro y me muerdo los carrillos por dentro para evitar echarme a reír. Cuando miro a Luke, su cara no dice nada, por supuesto. Nadie pone cara de póker como Luke Bailey. Con todo, lo conozco bastante bien como para captar el nanosegundo de diversión en sus ojos.

—Eres un chico divertido, Bailey. Da igual lo que digan de ti. —Annika mete un montón de cosméticos en el neceser y se baja de la cama—. Tú también, Keaton. Gracias por los huevos benedictinos.

—¡Cuando quieras!

Me lanza un beso mientras sale por la puerta. La sonrisa que le ofrezco tal vez es un poco más amplia de lo necesario. Pero si eso es lo peor que he hecho en toda la semana, supongo que tampoco es tan malo.

—¿Un *brunch* divertido? —pregunta Luke, todavía al acecho en la puerta.

—Sí. Papá solo ha hecho un par de comentarios sobre la posibilidad de que volvamos a estar juntos. Algo es algo. —Pongo los ojos en blanco solo con pensar en ello.

—¿Ella quiere? —pregunta Luke mientras se tira boca abajo en mi cama.

—No, sale con alguien y está obsesionada con él. Esas han sido sus palabras. —Me siento en el borde de la cama y coloco una mano en la espalda de Luke—. ¿Por qué?

Se encoge de hombros sin girarse para mirarme.

—Estás celoso. Conociéndote, será solo un poco, pero aun así no vas a admitirlo.

—No tengo motivos para estar celoso —dice—. No somos pareja.

—Pero tenemos una relación exclusiva —señalo.

Esa fue mi única exigencia. No me siento cómodo con la idea de que se acueste con otros, sobre todo cuando todavía estoy tratando de aceptar el hecho de que nos estamos acostando. Y como Luke es fan del sexo fácil y práctico, estuvo de acuerdo con ello.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué no dirías que somos pareja? —pregunto—. ¿No es esa la definición de pareja?

Se da la vuelta y rompe el contacto con mi mano.

—Porque ¿qué sentido tiene? En cualquier momento te cansarás y volverás a salir con personas que puedas llevar a conocer a papá.

—Claro, porque la opinión de mi padre es superimportante para mí —me burlo.

—Oh, por favor. —Se sienta—. Obviamente, lo es; si no, ya le habrías contado que no tienes planeado trabajar en su empresa nunca.

—Solo trato de evitar lo inevitable. Que es justo lo que estás haciendo tú también. Creo que eres feliz saliendo conmigo siempre y cuando no tengas que llamarlo por su nombre.

—¿Y eso qué importa? —me pregunta. Cambia de posición y frunce el ceño por algo que encuentra entre las almohadas. Son el delineador de ojos y el espejo de Annika. Abre el espejo y lo inspecciona—. ¿Qué diferencia habría si dijéramos que estamos saliendo? Ni que tú tuvieras muchas ganas de revelar tu secreto...

Me muerdo el labio con fuerza. Porque tiene casi toda la razón. Casi. No tengo ganas de tener conversaciones incómodas con mis amigos y compañeros de equipo, y la idea de que los demás se burlen de mí a mis espaldas me provoca sudores fríos.

Por otro lado, reconocer mi sexualidad está empezando a parecer inevitable. La atracción que siento por Luke no es algo puntual. Mi atracción por los hombres está aquí para quedarse, y mantenerla reprimida ya no me parece bien. Hace que el secreto parezca enorme.

—Mira —lo reto—. Dices que tú no mientes sobre tu sexualidad. Entonces, ¿por qué debería hacerlo yo? Ahora mismo estoy mintiendo todo el tiempo y es un coñazo. —Hace que el secreto parezca algo oscuro cuando lo que necesito en realidad es sentirme a gusto con ello.

Él se me queda mirando durante un momento.

—No puedo ser presidente de esta fraternidad y acostarme con uno de los hermanos. ¿Te imaginas lo que diría la gente?

—Ya tenemos un hermano gay —señalo—. ¿Y desde cuándo te importa lo que piensen de ti? —Solo me está dando largas porque piensa que pido demasiado.

—No me importa, pero... —Luke se frota la barbilla con la mano—. Yo no soy como tú. No soy muy querido. Los chicos de ahí abajo

dirían cosas muy feas si te pusieras de pie en una reunión y dijeras: «Ah, por cierto, si oís gemidos en la tercera planta es porque he descubierto que soy bisexual y ahora soy el nuevo juguete sexual de Bailey». Tu amigo Judd se volvería loco.

En eso lleva razón.

—No todo el mundo es como Judd.

—Menos mal —resopla Luke.

Nos quedamos en silencio, mirándonos con cautela. Los dedos me arden por la necesidad de tocarlo. Querría utilizar el pulgar para suavizarle las arrugas del entrecejo.

Me gusta Luke Bailey. Mucho. Ese es mi otro secreto. Y olvídate de los hermanos de la fraternidad: es Luke el que no soportaría esa revelación.

—¿Sabes lo que pienso? —dice de repente—. Creo que necesitas justificarnos. Como que no estás al cien por cien de acuerdo con estar con un chico. Y si te digo que somos algo más que un rollo, te sentirás mejor.

—Eso no es verdad —protesto.

«Y sal de mi cabeza».

—Te asusto un poco, y necesitas convertirlo en algo que te resulte más familiar. Pero eso no va a funcionar nunca.

—¿Y eso por qué?

Se deja caer en la cama con un suspiro.

—Voy a dejarlo claro para que lo entiendas.

—Más vale que sea una buena explicación.

—Eres un labrador amarillo.

—Un... ¿qué?

—Un perro. Un perro grande y alegre que persigue frisbis en la playa con sus amigos. Eres un animal de manada.

Resoplo.

—Y tú eres... ¿un pitbull?

—Ni siquiera eso. Soy un gato callejero en un callejón —dice—. Solo estoy de paso. Sin collar, arisco... No se me da bien perseguir frisbis...

—Lo pillo. Dios...

No es la peor analogía, aunque creo que en realidad Luke quiere ser un perro y unirse a la manada. No lo va a admitir, pero este tío se inscribió en una fraternidad, por el amor de Dios. Asegura que fue la forma más económica de encontrar un lugar en el que vivir, pero eso es una gilipollez.

Luke nunca admitirá todas las cosas que desea.

Aunque ¿quién soy yo para criticarlo? Un chico que ignoró voluntariamente su atracción por los hombres durante muchos años no puede ir por ahí señalando lo que ignoran otras personas.

En vez de eso, me tumbo en la cama junto a él y le paso un pulgar por la frente, suavizándole el entrecejo. Él cierra los ojos.

Gato callejero, mis cojones.

Lo rodeo con un brazo y él lo permite. Pero mientras empieza a pasarme los dedos por el cabello, dice:

—Necesitas pensar en lo que tenemos como unas vacaciones, Hayworth. Las vacaciones parecen reales, pero siempre terminan. Como todo lo bueno.

—Vale, eso es excepcionalmente cínico incluso para ti. ¿Qué te pasa hoy? —Extiendo los brazos y también le hago cosquillas en las costillas—. Estás de muy mal humor.

Me aparta la mano como si fuera una mosca.

—Problemas en el trabajo. Anoche había un olor desagradable en los baños. Todos lo notamos. Pues bueno, Heather me acaba de enviar un correo electrónico para decirme que es un problema importante de cañerías y que el club cerrará el próximo fin de semana. Tal vez incluso el fin de semana siguiente también.

—Ay, mierda. —Coloco una palma en su brazo y le doy un apretón. No puedo parar de tocarlo, lo haría todo el tiempo si me lo permitiera—. Lo siento de verdad. ¿Puedes trabajar de camarero en el otro club?

—Probablemente no, ya que habrá muchos candidatos y los camareros no suelen pedir que se les cubra los fines de semana.

—Qué putada —digo.

Lo que no digo es que le puedo prestar dinero. O darle dinero. Las dos opciones son viables, pero él no quiere que se lo ofrezca.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —pregunto en su lugar.

Se da la vuelta.

—¿Tal vez eso que me haces en los hombros? Por favor. Creo que anoche me lesioné un poco.

Me levanto de la cama y cierro la puerta con llave. Luego regreso, me siento a horcajadas sobre su cintura y le coloco las manos en los hombros.

Los agarro con fuerza, hundo los pulgares y masajeo los músculos tensos que encuentro.

Él gime con alegría.

—Eres mi persona favorita en todo el puto mundo.

Puede que sea cierto. Solo espero que sea suficiente para mi codicioso y pequeño corazón.

Pruebo suerte:

—¿Quieres que esta noche veamos juntos esa película francesa? ¿La de tu clase?

—Tal vez —murmura—. Ya veremos.

Pongo los ojos en blanco. Es el señor Ecurridizo...

Presiono los hombros con las manos y él gime de felicidad. El sonido me hace sentir bien por dentro, así que no puedo evitar inclinarme y darle un beso en la nuca.

El afecto que siento hacia él me invade fácilmente. Soy un labrador amarillo, qué le voy a hacer.

Le doy un masaje increíble a Bailey que voy intercalando con besos. Y cuando lo tengo totalmente relajado, me extiendo sobre su espalda y suspiro.

—Ahora estoy cachondo.

—Claro que sí —dice, arrastrando las palabras—. Soy irresistible. Esa es la razón por la que no podemos ver esa película juntos esta noche. Se supone que tengo que tomar notas. Si la veo contigo, terminaré follándote.

—O viceversa —provoco mientras empujo las caderas contra su trasero—. Sabes que este culo va a ser mío tarde o temprano.

No responde.

—Me alegro de que no seas realmente un gato callejero.

—Sí que lo soy.

—No. Me habría dado cuenta.

Gira la cabeza a un lado.

—¿Ahora me vas a enseñar algo raro sobre el apareamiento de los gatos?

Sonríó y le acaricio la mejilla con los labios.

—Un gato macho tiene púas en la mitad posterior del pene.

—No me digas.

—Es verdad. Después te envió una foto. —Me da un beso en el cuello.

—Por supuesto. —Como si fuera un *ninja*, se escurre de debajo de mí, pero luego me atrae hacia sus brazos—. Gracias por hacerme sentir mejor.

—Cuando quieras.

«Ojalá me dejaras hacerlo más a menudo».

En vez de decirlo en voz alta, lo beso.

28. Un hermano llamado Joe

Luke

El teléfono vibra con una notificación mientras estoy poniéndome unos pantalones cortos para correr. Cuando lo miro, hay un mensaje de BañadorDeLangostas.

BañadorDeLangostas: ¿Vinagre y sal o barbacoa?

CanallaTres: ¿Tienes antojo de patatas fritas?

No me gusta aceptar nada de él. Ya lo sabe.

BañadorDeLangostas: Dijiste que vendrías a dar una vuelta en coche conmigo. Iba a llevar aperitivos.

CanallaTres: Para mí nada. Voy a salir a correr.

Después de pulsar «enviar», me arrepiento de mi respuesta. Las patatas fritas me apetecen un montón ahora mismo y sabe Dios que estoy famélico. Casi seguro que mi cena será otra sopa de sobre y unas cuantas lonchas de queso. Estoy posponiendo la visita al supermercado porque solo me quedan cien dólares para sobrevivir la

próxima semana. O semanas, dependiendo de los problemas de cañerías del Jill's.

Pero el arrepentimiento es más grande que eso. Sé que no me mataría aceptar una bolsa de patatas fritas de Keaton. No me mataría pasar más tiempo con él, ni decirle más a menudo lo mucho que me gusta su compañía.

Pero no lo hago. El afecto no me sale de forma natural, por decirlo suavemente. Llevo nervioso desde que Keaton mencionó las palabras «P» y «S». Y no, no me refiero a «polla» y «semen». Me encantan esas palabras. Me refiero a que preguntó si somos «pareja» y señaló que estamos «saliendo».

Mierda. ¿Cómo hemos llegado a esto? He tenido otras relaciones de amigos con derecho a roce, pero ninguna que haya durado más de tres meses. Y está claro que Hayworth empieza a sentir algo por mí.

Noto cómo me mira. Es una combinación inquietante de fascinación, ternura y frustración. Veo cómo se muerde la lengua, como si quisiera ahondar en mi psique y quitarme capas como a una cebolla.

Me gusta mucho Keaton, pero no puedo permitirle eso a nadie.

Por lo general, se me da bien mantener la guardia alta. No dejo que nadie vea lo que no quiero que vean. Sin embargo, con Keaton eso se está volviendo cada vez más difícil. Este chico me gusta de verdad. Me hace reír, hace que me corra... Pero esta charla sobre ser «pareja» y estar «saliendo» me provoca urticaria e incomodidad. Me da ganas de huir.

Por fortuna, ahora que la primavera ha llegado, puedo regresar a mi rutina de correr. Así que me ato los cordones de las zapatillas y dejo el teléfono en el escritorio junto con todo lo demás, excepto las llaves.

Luego bajo las escaleras de un salto y me dirijo al exterior. Me encanta sentir el viento golpeándome la cara mientras recorro la acera con las zapatillas de deporte. Cojo ritmo y me dirijo al final de la calle.

Hay un sendero fantástico cerca del campus y hoy lo recorro dos veces con la esperanza de que esos cinco kilómetros de soledad puedan ayudarme a aclarar mis confusas ideas.

Pero la inquietud que siento por la relación con Hayworth está adherida a mí como si fuera pegamento y me sigue de camino a casa. Cuando corro por la acera de la casa Alfa Delta ya tengo la sudadera calada de sudor. Al abrir la puerta, me encuentro a Jako en una silla que nadie usa al pie de las escaleras. Parece preocupado.

—¿Pasa algo? —jadeo.

—Tal vez —dice—. Dímelo tú.

Me pongo en guardia al instante. La cautela de su mirada activa una alarma en mi interior. ¿Por qué me mira así? ¿Se trata de Hayworth?

«Mierda». ¿Y si Jako subió arriba anoche para buscarme o algo y escuchó los gemidos estrangulados de Keaton mientras me lo follaba hasta perder el sentido en la ducha?

Mi cerebro entra en modo control de daños. Solo porque oyera a dos tíos follando no significa que tuviéramos que ser Keaton y yo. ¿Tal vez puedo fingir que estuve con algún chico? Tal vez...

—Tienes un hermano llamado Joe, ¿verdad?

Parpadeo.

No me esperaba eso. Y, de inmediato, mi siguiente pensamiento es: «Dios bendito».

—Sí —digo con cautela—. ¿Por qué?

—Acaba de estar aquí.

Me pongo tenso.

—¿Aquí? —repito.

—Sí. —Jako se levanta y mete las manos en los bolsillos—. Ha dicho que tenía que hablar contigo. Le he dicho que habías salido a correr, y entonces ha dicho que necesitaba dejarte una nota en tu habitación.

—¿Y le has dejado entrar? —Incluso yo oigo el pánico en mi voz—. Por favor, dime que no.

—Bueno, le he pedido que me mostrara un documento de identidad. Y lo ha hecho, así que le he indicado dónde estaba tu habitación y ha subido las escaleras.

Sin mediar palabra, paso junto a Jako corriendo y subo las escaleras de dos en dos. «¿Qué me has robado, Joe?».

Jako viene detrás de mí.

—Tío, lo siento. Parecía un poco raro, pero es tu hermano; se parece mucho a ti. Ni siquiera sabía que tenías un hermano.

Hablo en un tono más tenso que mi columna.

—Ya, por algo será.

Ya en lo alto de la escalera, veo que mi puerta está abierta. No me sorprende, ya que Joe aprendió a abrir cerraduras antes que a afeitarse, y las de nuestras habitaciones no son precisamente cerraduras de alta seguridad.

Me acerco y pruebo a abrir la puerta de Keaton. Está cerrada, lo cual me hace suspirar de alivio por primera vez.

Que Joe me robe a mí no es el fin del mundo. Además, estoy tan arruinado que apenas hay dinero en mi habitación.

O había. Efectivamente, el cajón inferior del escritorio está entreabierto. Ahí es donde guardo la lata de café. Cuando abro el cajón de un tirón, la lata está vacía.

—Mierda —dice Jako—. Lo siento mucho.

Pero, en serio, estoy casi aliviado.

—No es culpa tuya, tío. Y, de todas formas, no importa; solo tenía cien pavos ahí. ¿Cuánto tiempo le quitaste los ojos de encima?

—Tres minutos como máximo.

—Vale —digo, y le ofrezco una sonrisa—. Podría ser peor. No vamos a preocuparnos por ello.

—¿Tal vez debería decirle a los demás chicos que no le dejen entrar? —sugiere Jako mientras se atusa el cabello con los dedos.

—Supongo que será mejor que lo hagamos. En la próxima reunión —coincido. «Me muero de ganas de escuchar lo que dirá Judd al respecto. Lo único bueno es que Keaton no estaba en casa

cuando apareció Joe. No quiero que mi hermano delincuente esté cerca de mi amigo con derecho a roce.

«Venga ya».

Esa voz de desaprobación hace que me sienta un poco culpable. Vale, me he pasado. Keaton no es un amigo con derecho a roce. Es un amigo. «Venga ya», reprende la voz de nuevo.

«Vete a la mierda», le digo.

—Gracias por avisarme, tío. —Le doy una palmadita en el hombro a Jako.

—De nada. ¿Jugamos al póker luego?

—Tal vez. Tengo que ducharme y revisar un trabajo, pero estaré libre esta noche.

Es raro no tener planes. Por primera vez en mucho tiempo, tengo un fin de semana de descanso. Un descanso muy necesario. Y con los exámenes finales acercándose, puedo dedicarme a los deberes para no tener que hacerlos de prisa y corriendo.

—Genial —dice Jako. Luego desaparece escaleras abajo y yo me meto en la ducha. El sudor de la carrera se desliza por el desagüe, pero no hay cantidad de agua hirviendo que pueda lavar la capa de asquerosa suciedad que ha evocado la visita de mi hermano.

No, no ha sido una visita. Ha sido un robo.

Cierro los ojos bajo el chorro de agua. El asco se disuelve para dar paso a la vergüenza. Eso tampoco puedo quitármelo de la piel. No es de extrañar que no confíe en nadie; mi propio hermano acaba de robarme. Mi madre es una sanguijuela.

¿Por qué demonios Keaton quiere salir conmigo? ¿Qué le pasa?

Hablando del rey de Roma, está sentado en mi cama cuando salgo de la ducha.

—Hola —me saluda.

—Hola. —Me dirijo a la cómoda y saco unos calzoncillos—. ¿Qué pasa?

—¿Todo bien? Pareces tenso.

—Sí, todo bien.

No menciono a Joe. Sé que no debería esperar hasta la próxima reunión de la fraternidad para contárselo a Keaton, pero... Un suspiro se aloja en mi pecho. No quiero ver lástima en su mirada. No quiero que trate de tener una conversación al respecto.

—Genial —dice—. Ahora, vístete. Vamos a dar una vuelta.

No estoy de humor.

—¿Puede esperar? Tengo que revisar un trabajo.

Inclina la cabeza.

—¿Ese que no tienes que entregar hasta dentro de dos semanas?

—Sí, pero...

—Pero nada. —Con una sonrisa petulante, se pone de pie—. Vamos, lo prometiste.

Me quedo mirando su espalda musculosa mientras sale de la habitación. Juro por Dios que es imperturbable. Puedo mirarlo todo el día con el ceño fruncido y ni pestañea. Mi melancolía no le molesta, mi oposición a hablar sobre mis sentimientos no pone a prueba su paciencia... Es firme como una roca, y no lo entiendo.

¿No se da cuenta de que está perdiendo el tiempo?

Y, sin embargo, a pesar de mi renuencia a bajar la guardia cuando estoy con él, veinte minutos más tarde me encuentro en el asiento del copiloto del BMW.

Nadie dijo que fuera inteligente.

—Vamos a ir a cenar —dice mientras empieza a conducir—. Te voy a secuestrar porque quiero un bistec.

Un repentino ataque de frustración me hace reclinarme contra el tapizado de cuero y cerrar los ojos. Es un milagro que no le diga nada desagradable. De hecho, no digo nada en absoluto. Me limito a respirar hondo.

—Eres un buen amigo, Keaton.

Sabe que estoy en medio de una crisis financiera y se las ha ingeniado para no ofrecermelo dinero. Algo que realmente agradezco.

Tiene la inteligencia de no responder.

Vuelvo a respirar hondo.

—Entonces, ¿a dónde vamos? ¿Outback? ¿Longhorn? —pregunto nombrando los dos únicos asadores cerca de Darby.

—Sí —responde, lo cual no me dice nada.

Con suerte, iremos a Longhorn. Las costillas que hacen están para morirse.

Una llovizna ligera cae sobre el parabrisas mientras Keaton sale del campus y se dirige a la autopista. El *bluetooth* se activa y, un momento después, una voz familiar resuena en los altavoces del coche.

Lo miro con una sonrisa irónica.

—¿En serio vamos a escuchar a Beyoncé?

Me devuelve la sonrisa y baja el volumen.

—Annika compartió conmigo una lista de reproducción de Spotify. Es la fan número uno de Queen B.

Se me hace un nudo en el estómago. ¡Por el amor de Dios!

El ataque de celos no es bienvenido. ¿Qué importa si Keaton sigue siendo amigo de su exnovia?

Desvío la mirada de su rostro a sus manos y las observo mientras golpea el volante con los dedos largos. Tiene unas manos muy *sexys*. Y una cara muy *sexy*. Y un cuerpo muy *sexy*.

Estoy tan ocupado contemplándolo que pasan varios minutos antes de que me dé cuenta de que todavía estamos en la autovía. Ir desde el campus a cualquiera de esos dos restaurantes no requiere tanto tiempo.

Arrugo la frente.

—¿A dónde vamos?

Me guiña un ojo.

—¿A que te encantaría saberlo?

—Sí —digo irritado—. Me gustaría saberlo. ¿Vamos a Hartford?

—Nop.

Mi enfado aumenta. Hay algo en su expresión de satisfacción que me irrita.

—Entonces, ¿a dónde? —exijo saber.

Keaton me lanza una sonrisa maliciosa.

—Esa es una información que solo tengo yo y que tú tendrás que averiguar.

29. Dejarme llevar

Keaton

Tal vez haya sido una mala idea, decido una hora después. La expresión de Luke mientras observa la *suite* del hotel en Stonington no es tan... alentadora como esperaba. Se le tensa la mandíbula cuando posa la mirada en la enorme cama con dosel situada en el centro de la habitación. Luego se gira y suspira.

—¿Cuánto te ha costado?

Sé que he sobrepasado ciertos límites al sorprenderlo con una escapada de fin de semana, pero parece que no le preocupa tanto la intimidad de hacer un viaje juntos como lo que cuesta. Eso son buenas noticias.

—Sinceramente, no mucho —le aseguro—. No estamos cerca de la temporada alta.

—Vale, entonces déjame pagar la mitad —responde de forma inmediata.

—Ni de coña. Este es mi regalo de cumpleaños para ti.

Se hace el silencio.

Luke me mira durante tanto rato que me empiezo a sentir incómodo. Meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y me muerdo el labio con inquietud.

—Jako y Ahmad hablaron con el comité de organización de fiestas sobre preparar algo para el fin de semana que viene —digo al

ver que Luke no habla—. Así que pregunté qué pasaba ese fin de semana y Jako me contó que era tu cumpleaños.

Luke sigue sin responder.

—Entonces pensé: oye, este fin de semana lo tiene libre, así que podría sorprenderlo con un regalo de cumpleaños adelantado —termino sin convicción.

La incomodidad que siento no es nada comparada con la versión intensificada de la misma que veo en los ojos de Luke Bailey.

Vaya, sí que ha sido una mala idea, ya. No esperaba que fuera a saltar de alegría, pero tampoco pensaba que mis esfuerzos le causarían tanto rechazo.

—Has planeado una escapada de fin de semana para celebrar mi cumpleaños —murmura.

Trago saliva.

—Sí.

—¿Qué más has planeado? En concreto, ¿qué vamos a hacer este fin de semana, además de tener sexo en esa cama enorme? —Hace un vago gesto hacia la cama matrimonial extragrande.

Lo miro a los ojos.

—Esta noche vamos a cenar bistecs en el restaurante del hotel y mañana por la tarde vamos a ir un festival de cerveza artesanal en Mystic.

Asiente con la cabeza lentamente.

—Vale. ¿Y...?

Me conoce bien.

—Eh... Sam Smith actúa en Mohegan Sun. He comprado entradas —murmuro.

Son asientos en primera fila, en el centro; pero eso no lo menciono. Probablemente, haría cálculos, adivinaría el precio de las entradas y sufriría un ataque de nervios.

Luke deja escapar un suspiro irregular.

—Hayworth —dice con brusquedad—. Tengo...

Vuelvo a tragar saliva.

—¿Tienes, qué?

Vacila.

—Te... —Ahora él también traga saliva—. Tengo que ir al baño. Ahora vuelvo.

Para mi consternación, se va directo al baño privado y cierra la puerta con fuerza.

Me siento en el borde de la cama y me paso una mano por el pelo. Mierda. Me siento como un idiota. Como Annika puede atestiguar, tiendo a dejarme llevar cuando se trata de ocasiones especiales. A ver, organicé un trío para su cumpleaños, por el amor de Dios... Y el año anterior la llevé a París.

El dinero nunca ha sido una preocupación para mí. Mi fondo fiduciario es enorme. No suelo echar mano de él, pero cuando lo hago no me contengo.

Lo que pasa es que Bailey no es Annika. Annika se crio siendo tan rica como yo. Bailey no.

Soy idiota. Por supuesto que todo esto lo asusta.

Cuando la puerta del baño se abre, casi espero a un Luke indignado, listo para pisotearme y exigir que lo lleve de vuelta a Darby. En vez de eso, me encuentro mirando a un Luke afligido de ojos oscuros, ligeramente enrojecidos.

—Hayworth —empieza. Luego, se detiene—. Keaton.

Permanezco sentado.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela.

Niega despacio con la cabeza.

Mierda. Abro la boca, preparado para disculparme, pero me corta con un gruñido estrangulado.

—Quiero enfadarme contigo. De verdad que sí. Porque esto es demasiado. Una cena habría sido suficiente para un regalo de cumpleaños. En realidad, habría sido más que suficiente. Pero ¿una cena, dos noches en este hotel de lujo, un festival de cerveza y un concierto? ¿Estás loco?

Una vez más, abro la boca para decirle que a los Hayworth nos gusta la fiesta. Lo llevamos en la sangre. Nuestra barbacoa anual en la playa es legendaria.

Pero, de nuevo, él habla primero.

—No estoy enfadado —dice con gesto de impotencia—. No estoy enfadado porque... ¿Puedes creer que la última vez que alguien se acordó de mi cumpleaños, ya ni hablemos de celebrarlo, fue cuando iba al instituto?

Frunzo el ceño.

—¿Ni siquiera tu familia?

Luke se ríe con amargura.

—Ellos menos que nadie. La última vez que mi madre me felicitó por mi cumpleaños fue cuando cumplí dieciséis. —Niega con la cabeza varias veces—. No me puedo creer que hayas hecho esto.

—Pero no estás enfadado —insisto.

—No mucho. Estoy conmovido, ¿de acuerdo? Aunque me gustaría golpearte por hacerme sentir así. ¡Oye! ¡Borra esa sonrisa de la cara! No tiene gracia.

Aprieto los labios para luchar contra la risa.

—Sí que tiene un poco de gracia.

El característico ceño fruncido de Bailey le tuerce la boca *sexy*. Noto que tiene los puños apretados en los costados, y la risa me hace cosquillas en la garganta. Quiero burlarme de él, o quizá solo asegurarle que no pasa nada por sentirse conmovido, que puede permitirse aceptar este regalo; pero no quiero presionarlo más de lo que ya he hecho.

Entonces, salto del colchón y le doy una leve palmada en el trasero.

—Está bien, ¿has terminado de quejarte? Porque me apetece mucho el bistec.

* * *

La cena es genial. La compañía, incluso mejor. Bailey y yo, sin apenas darnos cuenta, nos hemos tomado dos botellas de vino, así que pasamos buena parte de la cena achispados. La camarera lo sabe y se burla de nosotros por nuestra creciente borrachera. Y

cuando firmo la cuenta con el número de la habitación, ya tengo una semierección porque para mí, estar borracho significa estar cachondo.

Por ello, le meto la lengua en la boca a Luke antes de que pueda siquiera cerrar la puerta de la *suite*.

—Eres la persona más hambrienta de sexo que he conocido en mi vida —murmura contra mi boca ávida.

—Y te encanta —susurro como respuesta. Ya estoy arrancándole la ropa.

Me da un apretón en el trasero y me lleva caminando de espaldas hasta la cama. Entonces, me tumbo boca arriba y él encima de mí mientras nos besamos con ganas. Juguetea con mi cremallera y la baja mientras me llena la boca con la lengua y me roba la cordura.

Sin embargo, a través de la neblina de deseo, oigo las notificaciones persistentes del móvil. Lo había dejado en la habitación al bajar a cenar y no está en silencio ni en vibración.

—Uf, déjame que lo apague —gruño contra los labios de Luke—. Me está molestando.

—Rápido —refunfuña y luego se da la vuelta y se frota la erección por encima de los pantalones.

Con una sonrisa, me levanto de la cama y me dirijo al escritorio. Tengo la intención de poner el teléfono en silencio, pero las notificaciones de la pantalla de bloqueo captan mi atención. Tengo dos llamadas perdidas de mi padre. Algo que normalmente ignoraría, pero también me ha enviado un mensaje después, y lo que leo antes de que se corte la notificación es suficiente para activar mi alarma interior.

Papá: ¡Supongo que tengo que felicitarte! Acabo de ver los cargos del hotel en tu... [leer más]

Echo un vistazo a la cama, desde donde Luke está follándome con la mirada.

—Oye, lo siento, tengo que leer este mensaje.

Luke levanta una ceja.

—¿Algo importante?

—No estoy seguro. Ahora mismo solo es algo que me tiene confundido.

Desbloqueo la pantalla de inicio para leer el resto del mensaje de papá.

Cuando termino estoy tan enfadado que no me sorprendería si Luke comentara algo sobre el vapor que me sale de las orejas.

Papá: ¡Supongo que tengo que felicitarte! Acabo de ver los cargos del hotel en tu cuenta y tu madre dice que eso debe de significar que Annika y tú habéis vuelto. ¡Los dos estamos encantados con la noticia, hijo!

No hace falta que me devuelvas la llamada esta noche. Supongo que Annika y tú estáis ocupados disfrutando de la escapada de fin de semana. Pero tenemos que hablar cuando regreses. También hay un cargo de una tasa de inscripción para un programa de verano. Será mejor que eso no interfiera en las prácticas de finanzas que prometiste hacer. Llámame mañana.

—¿Todo bien? —pregunta Luke.

Me doy cuenta de que llevo un rato aquí de pie, como una estatua de mármol, mirando el teléfono con el ceño fruncido.

—No —respondo—. Para nada. —Me doy la vuelta y camino hacia la cama, donde dejo caer el iPhone en la mano de Luke—. ¿Te lo puedes creer?

Luke lee el mensaje por encima. Vuelve a levantar las cejas y me lanza una mirada de incredulidad.

—¿Revisa los cargos de tu tarjeta de crédito?

—Sí. —Apenas puedo pronunciar esa sílaba, pues tengo la garganta tensa por la ira—. La tarjeta está vinculada a mi cuenta

fiduciaria y papá tiene acceso a ella. Estoy acostumbrado a que compruebe en qué me gasto el dinero, pero esto... esto es una mierda. —Dejo escapar un suspiro ronco—. ¿Qué coño le pasa? Por una cosa o por otra, siempre me está controlando. Y nunca le prometí hacer esas prácticas. ¿No tiene otra cosa que hacer un viernes por la noche que revisar mi tarjeta de crédito y atar cabos?

—La verdad es que es intrusivo —coincide Luke.

—Mierda, y conociéndolo también hablará con Annika. Y ella está saliendo con alguien. Probablemente, se sentirá humillada.

—Venga, no creo que haga eso, ¿no?

Vuelvo a dejarme caer en la cama. Me froto la cara con las manos y gimo de irritación.

—Es algo que haría perfectamente y que ya ha hecho. Estamos hablando del hombre que envió tarjetas regalo a todos los miembros de la fraternidad de su hijo para ganar votos. No lo soporto más, Bailey. Es mi padre y lo quiero, pero, maldita sea, necesito que me deje en paz.

—Pues díselo.

Levanto la cabeza con una sonrisa irónica.

—Claro. Quieres que le diga a mi padre que me deje en paz. Gran plan.

Luke también se sienta y se pone de rodillas detrás de mí. Para mi consternación, me coloca las manos en los hombros y empieza a masajearme los músculos tensos.

—Dios, estás rígido como una tabla. Respira, Hayworth.

Respiro, pero eso no logra disipar la hostilidad que siento.

—No lo soporto más —repito.

—Entonces, díselo —insiste Luke.

Se me escapa una risa.

—Deja de decir eso.

—No. —Me masajea un nudo de tensión situado entre los omóplatos. Tiene las manos fuertes, ásperas. Me siento en el cielo—. Porque eso es justo lo que necesitas hacer, decirle cómo te sientes.

—Ya se lo he explicado —protesto—, pero no me escucha.

—Entonces, haz que escuche. —Luke sigue masajeando el nudo rebelde con los pulgares—. Como alguien bastante hábil lidiando con padres tóxicos, te prometo que la única manera de mantenerte cuerdo es establecer unos límites claros. Podría haber seguido viviendo en casa después de que Joe saliera de prisión, habría sido mucho más barato y me habría ahorrado muchísimo estrés. Pero mi salud mental era más importante. Le dejé claro a mi madre que no iba a dejarme arrastrar por ella ni por Joe nunca más. Sí, a veces le doy dinero, pero solo porque no podría dormir sabiendo que le han cortado la calefacción. Estoy intentando no seguir dándole alas a su mal comportamiento, y por supuesto que no tolero su narcisismo de mierda y sus intentos de manipularme.

Me quedo en silencio porque me aterroriza que se calle si digo algo. Esta es la primera vez que habla tanto de su familia. No, de sus sentimientos. Luke Bailey no habla de sí mismo.

—Pero entiendo que es difícil. Cuando le echo una mano, me coge el brazo —dice con brusquedad—. Siempre ha sido así. Joe era su favorito, pero todos sabíamos que no iba a llegar a ningún sitio. Yo, en cambio, era inteligente, ambicioso y estaba motivado. A los quince años ya tenía dos trabajos. Ella sabía qué hijo iba a ser su fuente de ingresos y utilizaba cualquier artimaña para hacerme sentir culpable y para que le diera lo que ella quisiera.

Levanto una mano para colocarla sobre la suya situada en mi hombro. Le acaricio la mano y él agarra la mía con el pulgar.

—En fin —termina—. No es fácil. Pero estoy tratando de no permitirle nada más. Y eso es lo que estás haciendo tú con tu padre. Le permites que se salga con la suya portándose mal contigo y mientras sigas dejando pasar las cosas, lo seguirá haciendo.

Me trago el nudo de la garganta.

—Entonces, ¿qué sugieres que le diga? Porque he tratado de pedirle que me dé espacio y no ha funcionado.

Luke me da un beso en la nuca.

—Sí, se lo has pedido. Pero lo que yo te estoy diciendo es que se lo exijas. Es tu vida, no la suya. Él no tiene ni voz ni voto en lo que tú elijas hacer con ella. Eso significa que no puedes dejar que te

intimide para que hagas cosas, como presentarte a presidente de la fraternidad o hacer esas prácticas de finanzas que, no te ofendas, se te darían fatal.

—No me ofendo —murmuro—. Odio los negocios y, sobre todo, las finanzas.

—Exacto, y tienes que mostrarte firme. Establece los límites, cariño. Cuando regresemos al campus, tienes que llamarlo y decirle: «Papá, así es la vida. No voy a hacer las prácticas en tu empresa este verano. Me voy a Chile a jugar con Shamu...»

Me río entre dientes. Y me pregunto si se ha dado cuenta de que acaba de llamarme «cariño». No se lo menciono porque probablemente volvería a entrar en pánico.

—«Además, si sigues husmeando en mis cuentas bancarias y juzgando mis compras, voy a solicitar otra tarjeta de crédito a la que no tengas acceso. Y una cosa más, no he vuelto con Annika. Soy bisexual y estoy pasando el fin de semana con un chico. De hecho, estoy a punto de chupársela».

Me encojo de la risa.

—Ah, ¿sí? —pregunto entre risas—. ¿Estás a punto de recibir una mamada?

Luke deja de masajearme y me da la vuelta para estar cara a cara. La combinación de calidez y ternura en su rostro hace que me estremezca.

—Ven aquí, Keaton.

«Keaton». Normalmente me llama Hayworth y siempre suena como si estuviera manteniendo las distancias. Pero hoy no.

—Estoy esperando. —Me hace una señal con el dedo.

Entonces, me muevo. Lo empujo hacia el colchón como un cachorro demasiado ansioso.

—¿Algo que añadir?

—Sí —dice con voz ronca—. Eres increíble. Eso es todo. Ahora olvídate del pesado de tu viejo y bésame.

30. La mejor idea que he tenido nunca

Keaton

—La cuarta marcha es genial, ¿no crees? —pregunto mientras me reclino en el asiento del copiloto. Luke me ha preguntado si podía conducir hasta casa y yo he dicho que sí.

Simplemente, estoy feliz. Lo de anoche fue increíble.

El concierto fue genial. Estuvimos allí de pie junto al escenario, bailando. Luke me ponía las manos en las caderas. Y por supuesto, cuando regresamos al hotel, estaba listo para otra sesión en la cama extragrande.

—¿Te duele? —me preguntó Luke entre besos.

—Un poco —admití yo. La noche anterior habíamos follado como locos—. Pero los deportistas no se quejan del dolor.

—Ya, pero... —Se desabrochó el botón de los vaqueros—. Tal vez sea mejor que me folles tú a mí entonces.

Lo dijo así, como si estuviéramos decidiendo entre los champiñones rellenos y las alitas de pollo en la carta de aperitivos. Por supuesto, no lo cuestioné; no soy tonto. Media hora después, lo tenía agarrado al cabecero de la cama gimiendo mi nombre.

Salir de la ciudad ha sido la mejor idea que he tenido desde que organicé la fiesta playera en invierno. La mejor idea que he tenido nunca.

—Sí, tu cuarta marcha tiene mucho empuje —coincide Luke mientras baja la marcha para cambiar de carril solo por diversión—.

Y parece que la quinta es solo para mantener la velocidad.

—Sí, claro. —El sol me calienta la cara, así que cierro los ojos—. Nunca he salido con alguien que quisiera discutir sobre mi cambio de marchas manual. —Me doy cuenta del error en cuanto lo cometo—. Ya sabes a lo que me refiero.

Se queda en silencio durante un segundo.

—Sí, lo sé. Es lo que estamos haciendo, Keaton. Ya lo he pillado.

Estoy tan sorprendido que dejo de respirar.

—No tiene sentido que lo discutamos. Solo espero que sepas que tienes en tus manos a un aficionado. Probablemente lo haga todo mal.

—No me preocupa —respondo enseguida.

—¿En serio? Pues quizá debería. La gente se dará cuenta de que pasamos mucho tiempo juntos. ¿Qué vamos a decir?

—Todavía no lo he pensado —admito—. Yo también soy un aficionado. Por lo menos en esto. ¿No podemos ocuparnos de esa parte a nuestro propio ritmo?

—Tal vez —concede—. Siempre y cuando no haya filtraciones en nuestro equipo de seguridad *top secret*. Como que Tanner te coja el teléfono y abra la aplicación equivocada...

Resoplo.

—Tengo a esa cabrona bien escondida. Aunque es probable que llegue un momento en el que no te importe tanto, ¿no? Este semestre termina en unas semanas, y el curso que viene ya serás presidente...

Lo he vuelto a hacer. He asumido que estaremos juntos el próximo año.

—Supongo que no importará tanto —concede Luke—. En algún momento.

Nos quedamos de nuevo en silencio, pero este fin de semana me ha cambiado la forma de ver las cosas. Mi paciencia ha dado sus frutos.

¿Luke Bailey reconoce que somos pareja? Que alguien me pellizque.

Cuando me he despertado esta mañana, Luke estaba durmiendo acurrucado contra mi espalda, rodeándome con el brazo. Todo estaba tan en calma que me he quedado quieto el máximo tiempo que he podido para estirar el momento. Cuando al fin se ha despertado, no se ha apartado de inmediato. Por el contrario, me ha besado entre los omóplatos.

Quiero que vuelva a ocurrir. Me encanta esa parte de las relaciones. Siempre he sabido que estoy hecho para estar en pareja. Lo que no sabía es que me gusta más cuando la otra mitad es un hombre.

Esa es la parte que no le he contado a nadie, ni siquiera a Luke. Estoy empezando a preguntarme si «bisexual» es la etiqueta correcta para mí. Últimamente, mi sexualidad se inclina más hacia los hombres que hacia las mujeres. Ahora me fijo en los hombres en todas partes. Es como si me hubiera quitado el antifaz y hubiese empezado a ver a todo el mundo de forma distinta. Los bíceps, cuádriceps y glúteos bien formados de los hombres de Darby, Connecticut, de repente están por todas partes. Lo cual es raro, porque he estado rodeado de deportistas toda mi vida.

Aunque antes podía estar admirando a un chico haciendo sentadillas y pensar «está en buena forma», ahora solo pienso «qué bueno está».

—Te veo muy ensimismado —dice Luke mientras adelanta a un Toyota.

—Estoy genial. He comido bien, hace sol...

—Estás sintiendo el cálido resplandor de la satisfacción sexual —dice y luego se ríe—. Pero todas las vacaciones llegan a su fin, Hayworth. En el instante en el que entremos en Darby, tendrás que poner cara de póker cuando te pregunten dónde has estado.

—Y lo haré. Solo quería pasar tiempo contigo. Y voy a seguir haciéndolo, porque no es asunto de nadie más que nuestro.

—Sí, vale. —Se aclara la garganta—. Me parece bien.

Me río porque la incomodidad en su voz es difícil de pasar por alto.

—Adelante, riéte —dice—, pero lo estoy intentando.

—Ya lo sé. —Extiendo el brazo por la consola y le doy un apretón en la mano.

Él me devuelve el apretón.

* * *

Todo son risas hasta que regresamos a Darby. No hay aparcamiento en College Street mientras nos aproximamos a la casa Alfa Delta.

—A veces encuentro aparcamiento en Elm —sugiero.

Va por la calle a unos veinticuatro kilómetros por hora. Pero aunque Luke condujera más rápido, no habría forma de pasar por alto a todos los compañeros en el patio delantero ni al coche de policía aparcado en doble fila con las luces encendidas.

—Me cago en la puta —dice Luke—. ¿Qué habrá pasado?

—No tengo ni idea. Al menos no hay ambulancias. Para detrás de la policía.

Lo hace y abro la puerta para salir.

—¡Hayworth! —grita Judd. Viene caminando hacia mí—. ¿Has visto a Bailey?

El instinto me hace girarme para echar un vistazo al coche. Luke ya está de pie, observándolo todo.

—¿Por qué? —grazno. Estoy seguro de que he visto a Bailey. Todo el fin de semana.

Ahora todo el mundo nos mira.

¿La he cagado ya?

Dos policías caminan hacia nosotros.

—¿Alguno de vosotros es Luke Bailey?

—Yo —dice Luke con cautela—. ¿Por qué?

—Aléjese del coche.

Luke cierra la puerta de mi coche y me lanza las llaves. Se ha quedado pálido.

—¿De quién es este vehículo?

—Mío —digo de inmediato.

Pero ellos ni siquiera me miran.

—Luke Bailey, por favor, ponga las manos sobre el capó. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal. Tiene derecho...

—¿De qué va esto? —gruñe Luke.

—¡Las manos en el coche!

Coloca de inmediato las manos en el capó.

—Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitirse uno, se lo proporcionaremos. ¿Entiende los derechos que acabo de leerle?

—Sí —dice Luke—. Pero...

Lo siguiente que oigo es el clic de las esposas en las muñecas de mi novio.

—Joder —dice Judd—, se lo llevan al trullo.

31. No puedo respirar

Luke

Estoy en la parte de atrás de un coche de policía y no puedo respirar.

Keaton acaba de ver que la policía me esposaba. Toda la fraternidad acaba de ver cómo me empujaban al interior del coche patrulla. Hay una puta reja entre el tipo al volante y yo. Ni siquiera sé dónde me llevan.

Lo único que sé es que nunca he estado tan asustado.

Respiro demasiado rápido, de forma entrecortada, pero no logro obtener aire suficiente. Es como si me ahogara aquí atrás.

—¿Puede... abrir la ventanilla? —jadeo—. No puedo respirar.

—Sí que puede —dice el policía del asiento del copiloto.

—No... —Una sensación de pánico me atraviesa el cuerpo—. Estoy mareado.

—Simplemente, está hiperventilando —dice el conductor—. Respire por la nariz.

¿Hiperventilando? Pensaba que eso era un chiste de las comedias de la tele. Aprieto los labios y respiro por la nariz, pero la sensación es horrible. Como si me estuviera asfixiando. Y tengo los brazos atados detrás de mí, inútiles y torpes.

¿Qué demonios pasa?

* * *

Cuarenta minutos después ya respiro con normalidad, pero todo lo demás sigue siendo un caos. La policía me saca la cartera del bolsillo y utiliza mi documento de identidad para registrarme en el sistema.

—¿De qué me acusan? —pregunto.

—Robo.

—¿Qué? ¿De qué?

—¿Dónde tiene el carné de estudiante? —pregunta uno de los policías.

—Colgado de un cordón... en mi habitación —supongo—. No es obligatorio llevarlo. —Mi bravuconería dura poco—. No he robado nada. ¿Por qué estoy aquí?

No responden. Y luego me hacen pasar por el humillante procedimiento de tomarme las huellas dactilares, aunque al menos me han quitado las esposas.

Me toman una foto policial. Después, me quedo de pie frente a esa cosa que muestra la altura y me giro cuando me lo piden.

Durante todo este tiempo, solo quiero morirme.

—¿Por qué estoy aquí? —sigo preguntando.

Pero nadie me lo explica. Le doy vueltas mentalmente a todas las posibilidades. No hay muchas.

Tiene que ser algo relacionado con Joe. Estoy seguro, aunque no me imagino el qué.

Por fin, alguien me lleva a la sala de interrogatorio. Apenas es más grande que un armario.

—¿Ahora me dirán por qué estoy aquí? —pregunto.

—Estás aquí para contestar y yo para preguntar —dice el policía. Tiene el cabello canoso y no tiene cuello.

—Vale, pregúnteme —gruño.

Tal vez así me entere de algo.

—¿Qué edificios del campus abre tu carné de estudiante?

La primera pregunta me sorprende y no me revela nada.

—Bueno, muchos. El gimnasio, la biblioteca, los edificios de las aulas. Como cualquier otro carné. —Mi mente va a mil por hora.

¿A dónde quiere llegar?

—¿Y dónde está el carné ahora?

—Pues... no tengo ni idea. Probablemente, en mi escritorio. No lo he necesitado desde el viernes.

—Sí, claro —dice con tono de incredulidad—. ¿Tienes una gorra de los Red Sox?

—Claro. Como la mitad de las personas en Nueva Inglaterra.

—¿De qué color?

—Eh..., negra con un logo rojo en la parte delantera. Aunque no la uso a menudo. Solo cuando tengo el pelo rebelde.

—¿Ayer tenías el pelo rebelde?

—Para nada.

Abre una carpeta y saca una hoja de papel. Es una foto de mala calidad de un chico que lleva algo delante del cuerpo. Ni siquiera puedo discernir su rostro, pero lleva una gorra de los Sox que se parece mucho a la mía.

—¿Quién es?

—Tú, sabiendo. Esta foto es de ayer. Hay cámaras de seguridad en la sala de informática. Siento que no te hayas dado cuenta antes.

Parpadeo al mirar la foto. ¿Podría ser mi hermano? La foto es una mierda.

—Ayer no estaba por aquí —digo sin molestarme en tratar de averiguar por qué piensan que ese tío soy yo.

—Ah, ¿no? Se registró tu identificación tres veces en el sistema. Una vez en la biblioteca de Vanderbilt y dos veces en la facultad de Empresariales.

—Oh, Dios. —Ahora lo entiendo—. Mire, mi hermano entró en mi habitación el viernes. Pensaba que solo se había llevado dinero. Obviamente, también tiene mi carné. Apostaría lo que fuera.

—¿Tu hermano?

—Sí. Joe Bailey. Solo tengo un hermano. —Estoy divagando, pero tengo el cerebro ocupado tratando de unir las piezas del puzle.

Se llevó el carné y lo usó para deambular por el campus en busca de ordenadores. Primero fue a la biblioteca, pero ese lugar era

demasiado público.

La facultad de Empresariales seguramente estaba más tranquila durante el fin de semana.

—¿Has dicho que entró en tu habitación? ¿En la casa de la fraternidad?

—Sí, forzó la cerradura de la puerta de mi dormitorio. Pensé que solo se había llevado el dinero; no me di cuenta del carné, ni de la gorra. De hecho, creo que él tiene una igual.

El policía frunce el ceño.

—¿Te robaron y no lo denunciaste?

Se me cae el alma a los pies.

—Solo fue algo de dinero. Y él piensa que tiene derecho a coger mis cosas. Me sentí aliviado al ver que no cogía nada que le perteneciera a otra persona. Además, ¿qué sentido tendría denunciarlo? Mi madre me saca dinero cada vez que puede.

Odio todo lo que estoy diciendo. Suena horrible. ¿Quién va a creerme cuando procedo de una familia así?

—Pero este eres tú —dice el policía mientras desliza la foto hacia mí.

—No, no soy yo. —Señalo la foto con el dedo—. Y no cogí lo que sea que lleva. ¿Ha dicho que era la sala de informática?

—¿He dicho eso? No lo recuerdo.

—Venga, hombre. —Su tono es exasperante—. No voy a cargar con la culpa de esto. Joe no es muy listo. Si va a por él, seguro que todavía tiene lo que sea que haya robado. Él es la razón por la que ya no vivo en casa.

—¿Le estás cargando el muerto a tu propio hermano?

—¡Sí! —Aunque suena horrible. Como si todos fuéramos una panda de delincuentes—. Sí —digo de todas formas—. Porque está claro que él ha tratado de hacerme lo mismo.

El policía se rasca la cabeza.

—Entonces, alguien te roba el dinero y el carné de estudiante. Y no te preocupa el motivo, ¿no? ¡Vaya! —Levanta las manos—. Parece bastante conveniente...

—¡No! No me di cuenta de que me faltaba el carné. Me marché de la ciudad.

—¿A dónde?

—Eeh... —Mierda. ¿Qué coño respondo?

—Eres el hermano listo, ¿no? El estudiante de universidad. Le dices a tu hermano que te marchas de la ciudad, y también le dices dónde encontrar el carné.

—¡No! Eso no es lo que pasó.

—¿A dónde fuiste, de todos modos?

—Eh... —Estoy jodido.

—¿Fuiste con alguien? ¿Te quedaste en un hotel? ¿Usaste una tarjeta de crédito o pagaste algún peaje?

Si hubiera utilizado la tarjeta de crédito... Pero, por supuesto, Keaton lo pagó todo. Y ni de coña puedo meter a Keaton Hayworth III en esto. Resulta que, después de todo, no soy el hermano listo.

—Necesito un abogado —digo despacio. Debería haberlo pedido nada más comenzar el interrogatorio.

—¿Estás seguro? Eso solo te hace parecer culpable. Si estabas fuera de la ciudad, es fácil de demostrar, ¿no? Podemos resolver esto como hombres.

—Como hombres. —Suspiro. Jamás le contaría cómo he pasado el fin de semana—. No, necesito un abogado para desenredar esta teoría de mierda que se ha montado.

—¿Tienes a alguien a quien llamar?

Y esa es la gran cuestión de mi existencia, ¿no? No conozco a ningún abogado ni sé cómo encontrar uno rápido. Llamar a casa está descartado. Mi madre no va a ayudarme y Joe quiere que vaya a la cárcel por él.

Y luego está Keaton. Él sabría exactamente a quién llamar, pero no voy a meterlo en esto.

—¿Cómo se consigue un abogado de oficio? —pregunto al policía.

—Prepárate para esperar —dice—. Lo solicitaré.

Se levanta de la silla y sale de la sala pisando fuerte.

Oigo el clic de la cerradura cuando cierra la puerta.

32. Lleno de electricidad estática

Keaton

Siempre me he considerado alguien que mantiene la mente fría y que sabe qué hacer ante una emergencia. Una vez rescaté a una pareja que se estaba ahogando en el mar y todo el mundo elogió mi actitud tranquila y mi rapidez mental.

Bueno, eso ya no es así. Tengo el cerebro lleno de electricidad estática. Mi capacidad para pensar se ha tirado por la ventana. Y todo por la expresión en el rostro de Luke cuando la policía lo empujaba para meterlo en el asiento trasero del coche patrulla.

Era de pánico. Puro terror.

—¿Y a todo esto, dónde estabais? —me pregunta Tanner. Nos encontramos en la sala de estar de la fraternidad. Estoy sentado en el sofá con el teléfono en la mano. No sé qué hacer.

—Fuera de la ciudad —digo.

—¿Para qué?

—Pues para salir de la ciudad —espeto—. ¿Desde cuándo tengo que dar explicaciones?

—Es normal que tenga curiosidad —argumenta Judd—. Los policías registraron la habitación de Bailey. Tenían una orden judicial. Reed tuvo que abrísela y estuvieron ahí unos cuarenta minutos.

—¿Buscando qué? —grazno.

He estado en la habitación de Luke decenas de veces. No es muy grande y no hay nada que esconder. Lo único que me sorprendió de

ella fue el diminuto frigorífico que tiene debajo del escritorio donde guarda queso y manzanas.

—Ni idea —dice Judd—. Pero no puede ser nada bueno.

—Seguro que tiene que ver con su hermano —dice Jako—. Ese tío da yuyu y el viernes entró sin permiso en la habitación de Luke.

—Ah, ¿sí? —pregunto—. Bailey no me ha contado nada.

Todo el mundo me mira.

No sé qué hacer. A Luke no le gusta que nadie sepa nada de su vida y, por supuesto, no quiere que nadie sepa lo nuestro. Por otro lado, los policías acaban de meterlo en un coche patrulla. No puedo fingir que no me importa lo que le ocurra.

—¿Reed? —pregunto mirando a mi alrededor en busca de nuestro presidente.

—¿Sí? —Está justo a mi lado.

—¿Qué se hace cuando arrestan a alguien? No puedo pensar con claridad ahora mismo.

—Bueno, si presentan cargos necesitas un abogado. Alguien que te represente en tu comparecencia ante el juez.

Vale, está bien.

—¿Cómo puedo saber si alguien ha sido arrestado?

—Le leen los derechos —dice Tanner—. No hacen eso si solo te llevan para hacerte preguntas, ¿no?

—No lo sé. —Ahora mismo me siento tan ignorante... Ver series policíacas en la tele no me ofrece mucho en lo que basarme—. Si os llevaran a la comisaría de policía, ¿qué querríais que hicieran vuestros hermanos de la fraternidad?

Hay otro silencio y levanto la vista hacia los rostros de mis amigos. Todos me devuelven la mirada con expresiones que van desde la indiferencia hasta el escepticismo.

—No entiendo por qué esto debería ser problema nuestro —dice Judd.

Y eso me cabrea.

—¿En serio? Si fueras tú, ¿se supone que simplemente tendría que subir arriba y acabar el trabajo de Biología?

—Pero la policía no ha venido a por mí —dice Judd—. Así que eso no es relevante. De todos modos, ¿qué te traes con Luke Bailey?

Lo ignoro. Cojo el teléfono y marco el número de mi padre. Por suerte, responde al momento.

—¡Keaton! Vamos a hablar de esa tasa de preinscripción...

—Papá —lo interrumpo—. Olvida eso ahora mismo. Necesito ayuda. Luke Bailey está en apuros.

Le lleva un momento responder.

—¿Qué ha pasado, Keat?

—Acabamos de regresar a Darby...

—Pensaba que te habías ido a un hotel con Annika...

—Que lo hayas pensado no significa que sea cierto —gruño—. He pasado el fin de semana en un hotel, pero no con Annika.

Hay otro silencio y me pregunto si voy a tener que deletreárselo.

—Ah. —No se me escapa la inflexión que adquiere su voz para indicar que me ha entendido.

—Sí.

—Ah —vuelve a decir.

Suspiro.

—Puedes pensar en ello más tarde. Ahora mismo necesito que te centres en esto. Han arrestado a Luke en cuanto hemos llegado. ¿Qué se hace cuando arrestan a alguien?

—¿Alguna idea de los cargos?

—No tengo ni idea. Y por lo que deduzco, él tampoco. Pero su hermano es un pieza, y no es ajeno a las actividades ilegales.

—Necesitas un abogado defensor —dice papá.

—¿Conoces alguno?

—Tiene que ser alguien que ejerza en Connecticut. Dame veinte minutos.

La llamada termina, pero mi cerebro todavía está asimilándolo, así que me quedo ahí sentado, con el teléfono en la oreja durante un largo rato antes de levantar por fin la vista.

Una decena de hermanos de la fraternidad me están observando con la boca abierta.

—¿Qué? —espeto.

—¿Tú y Bailey...? —Tanner no puede terminar la frase.

—¿Que si hemos pasado el fin de semana juntos? —digo desafiante—. Sí.

—Eh... —Parece perplejo.

No puedo perder el tiempo con esto ahora.

—Sea lo que sea lo que estéis pensando, seguid pensando. Tengo que aparcar el coche antes de que se lo lleve la grúa. Y tengo que conseguirle un abogado a Bailey.

Me levanto.

—Te lo aparco yo —dice Tanner. Extiende una mano para que le pase las llaves—. Yo me ocupo; tú puedes encargarte de tus asuntos.

—Vaya. —Respiro hondo—. Gracias.

Le paso las llaves.

Nadie más se mueve.

—Dime que tú y Luke Bailey no estáis... —Judd parece asqueado.

Al parecer, todo el mundo ha olvidado cómo terminar las frases mientras yo estaba fuera.

—¿Y qué pasa si lo estamos? No es asunto tuyo.

—Dios —susurra—. Eso explica muchas cosas.

—¿Sobre qué? —gruño.

—Te convirtió —dice Judd—. Para poder hacerse con la presidencia de la fraternidad. Convirtió a un chico heterosexual. Eres un gran logro para él, ¿no? ¿También te ha pedido dinero?

—¡QUE TE DEN! —grito mientras me pongo de pie.

—No, a mí no me va eso —espeta Judd—. Por muy buenas que sean las mamadas. ¿También te ha enseñado a hacer eso?

Y entonces me abalanzo sobre él.

33. Abierto a una declaración de culpabilidad

Luke

Me llevan a una celda de detención con otros cinco chicos. Hay bancos en las paredes, pero ningún otro mueble. Ni siquiera me mira nadie cuando entro. Mejor. Me hundo en un banco y trato de no pensar. Porque todo lo que se me ocurre es horrible.

Aunque de alguna manera logre salir mañana de aquí sin cargos, ¿no me echarán de la universidad? ¿Pueden retirarme la beca por tener un hermano ladrón?

Y luego está la fraternidad. Hay alguna frase sobre la legalidad en algún lugar del manual de conducta para los miembros. Si te condenan por un delito, creo que pueden echarte.

No pueden condenarme. Por nada. Incluso una multa me arruinaría la vida. Me quedan trece meses para graduarme. ¿Y si en vez de eso lo que consigo son antecedentes penales?

Trabajos de mierda para el resto de mi vida.

En cierto momento, vuelven a llamarme. Me llevan a otra sala de interrogatorio en la que un abogado de oficio con un traje demasiado ajustado me hace todas las preguntas relevantes.

—Sé que ha sido mi hermano —le digo tan alto como puedo—. ¿Lo han investigado? Puedo darle su dirección.

La escribe en la que debe de ser la página veinte de su cuaderno, bajo la pila de casos que ya están ahí.

—En tu comparecencia, voy a pedir que se fije una fianza —dice.

—¿Cómo funciona eso?

—Si la fijan en cinco mil dólares, pagarías setecientos cincuenta a un fiador, que pagaría el resto.

Setecientos cincuenta dólares. No tengo tanto dinero. Por supuesto, mi familia tampoco. Mierda, estoy atrapado aquí; a menos que le pida a Heather o a los chicos del Jill's que me saquen.

Está claro que Keaton pagaría, pero preferiría deber dinero a todo el planeta antes que pedirselo a él.

Al cabo de unos pocos minutos, mi abogado está listo para marcharse. Es obvio que su único objetivo es sacarme bajo fianza mañana.

—Trabajaremos en el caso cuando tengamos fecha para el juicio —dice—. ¿Estás abierto a una declaración de culpabilidad?

—¡No! —Dios—. Yo no he hecho nada. Y tengo una coartada. ¿Puede llamar al hotel y preguntarles si hay cámaras de seguridad?

—Sí, claro —dice, haciendo clic al boli de nuevo—. Cuando tengamos fecha para el juicio, claro.

Nunca me he sentido tan desesperanzado como ahora.

Me llevan de vuelta a la celda de detención, donde me hundo en un banco y escondo la cabeza tras las manos. Haría cualquier cosa por retroceder en el tiempo hasta el momento en el que podría haber hecho algo diferente. Como llamar a la policía después de que Joe entrara en mi habitación.

Ojalá lo hubiera hecho.

* * *

—¡Bailey! Bailey. ¿Bailey?

Me despierto de golpe y me doy en la cabeza con el muro de hormigón.

—Aquí estoy —jadeo.

—Tu abogado está aquí para preparar la comparecencia.

Me levanto con dolor de espalda. He pasado la noche encorvado, tratando de dormir sin un lugar en el que tumbarme. Tengo mal

sabor de boca, y la camiseta debe de apestar tanto como este infierno.

¿Así es como tengo que presentarme ante el juez?

Aturdido, sigo al oficial uniformado hasta la pequeña sala de interrogatorio. Acabamos de llegar a la puerta cuando oigo mi nombre de nuevo, desde el final del pasillo.

—¿Luke Bailey? ¿Dónde puedo encontrar a Luke Bailey?

—Aquí —digo confundido mientras el hombre de barba canosa con un traje impecable de raya diplomática se acerca a toda velocidad. Lleva un maletín con cierres de latón.

—Bien, bien. ¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta al alguacil.

—Unos veinte minutos.

El hombre entra junto a nosotros a la pequeña sala y su maletín aterriza en la mesa con un golpe.

—Usted puede marcharse —le dice al abogado de oficio—. Deje el expediente del caso.

El abogado se levanta de la silla, que emite un chirrido contra el linóleo.

—¡Espere! —digo, entrando en pánico—. No puede echar a mi abogado.

—Yo soy tu nuevo abogado —dice el señor RayaDiplomática mientras abre el maletín—. Robert Grant, abogado. Siéntate, estamos perdiendo tiempo.

El otro abogado sale de la sala sin decir ni una palabra.

—Pero... —Cierro la boca de golpe porque este hombre ya está abriendo el portátil y en la pantalla veo una foto del hotel donde he pasado el fin de semana.

De modo que me callo y me siento frente a él.

—La hora de salida del hotel fue a las once de la mañana del domingo. ¿Recuerdas cuándo os marchasteis en coche?

—Eh, no antes de las once y media, por lo menos, porque almorzamos en el restaurante del hotel —contesto, todavía grogui después de haber pasado la noche dormitando en un banco—. ¿Quién le ha dado esa información?

Levanta la vista.

—Keaton Hayworth. Júnior, o tercero; como sea. El hijo de Hayworth. El hotel también está obteniendo imágenes de seguridad de los ascensores. Tu nombre no estaba en la reserva, una pena, pero no importa. Mi investigador encontrará a alguien que atendiera el mostrador y te recuerde.

Me quedo sin palabras por un instante.

—¿Quién lo ha contratado?

—Los Hayworth. Ahora, háblame de tu hermano. ¿Todavía reside en la dirección de Calhoun Street? —Gira la pantalla del ordenador hacia mí en la que veo una foto de la casa de mi madre en Google Earth.

—Sí —respondo con cautela—. Sé que cogió mi carné de estudiante y lo usó para robar lo que sea que falte.

—Sí, claro —dice el abogado mientras escribe como un loco—. Es totalmente plausible. Pero no tenemos que resolverles el caso a los holgazanes que te arrestaron. Vamos a demostrar que tú no estabas cerca de Darby el sábado. Saben cuándo se produjo el robo, tienen una grabación de mala calidad para demostrarlo. —Me echa un vistazo por encima de la pantalla—. Esa foto que te mostraron era una absoluta porquería. Hay otra imagen que muestra el rostro de tu hermano. Apostaría lo que sea.

—Vale. —Me aclaro la garganta—. ¿Cuánto cuestan sus servicios?

—Eso no es relevante en los próximos dieciséis minutos. Por cierto, ponte esto. —Extiende la mano hasta el maletín y saca una camisa Oxford, todavía envuelta en el plástico—. Y esto. —Saca un par de pantalones de vestir con las etiquetas todavía puestas—. Keaton dedujo las tallas. Date prisa. Ah, y... —También coloca un bote de desodorante sobre la mesa.

Me levanto, me quito la camiseta y la tiro al cubo de la basura que hay en la esquina. Si pudiera, también me arrancaría la piel. No quiero volver a ver este lugar en mi vida, y no necesito que nadie me recuerde que alguna vez estuve aquí.

Sin embargo, ponerme la camisa que me ha comprado Keaton no es mucho más cómodo. No me creo que haya tenido que hacer esto

por mí. Lo único que siento es vergüenza.

* * *

Cuando estoy medio presentable y el señor Grant me ha hecho cincuenta preguntas en quince minutos, un alguacil me lleva a una sala de audiencias llena de gente, donde el juez está sentado en el estrado. Hay varias personas convocadas frente a él.

Tomo asiento en otro banco.

Mi elegante abogado, que es mi nueva persona favorita, le está bufando a otro hombre en el lateral de la sala.

—Esto es un ACD —dice Grant—. Está mal visto encerrar justo antes de los exámenes a un universitario cuyo único delito es compartir ADN con un idiota al que ya han condenado con anterioridad.

El otro hombre hace una mueca.

—Está mal visto que la universidad salga en las noticias por esto —dice Grant, cuyo tono suena a amenaza—. Y cuando la universidad da esa mala imagen, su jefe recibe una llamada.

Mi abogado es un tipo aterrador. Y eso que ni siquiera entiendo lo que está diciendo.

—¡Caso 418 636! —grita el alguacil que está al frente.

—Somos nosotros —dice Grant, que chasquea los dedos. Me levanto y me dirijo hacia él como un perro bien adiestrado—. Yo hablo por ti —dice en voz baja—. Limítate a responder «Sí, señoría» cuando el juez confirme tu nombre.

Y eso hago.

Dos minutos después, el fiscal, que es el tipo con el que mi abogado estaba hablando, dice:

—Hemos alcanzado un acuerdo de ACD.

No sé lo que eso significa, pero el juez gruñe. Le pasa una hoja de papel al fiscal.

—Libertad bajo fianza por el ACD. —Luego da un golpe con el mazo y recoge unos papeles del escritorio.

—Gracias —murmura Grant al fiscal—. Sabia decisión. Mi cliente se pondrá a su disposición cuando sea necesario.

Entonces, Grant me agarra del codo y me arrastra por el pasillo hasta la puerta.

—¿Qué acaba de ocurrir? —pregunto cuando llegamos al vestíbulo.

—ACD significa Aplazamiento por Contemplación de Desestimación.

—¿Y qué pasa con la fianza? —pregunto mientras me suelta el brazo.

—No hay fianza. Eres libre de irte. Les proporcionaré pruebas contundentes de tu coartada. Mientras tanto, la oficina del fiscal tratará de encontrar al ladrón real y luego desestimarán el caso para siempre, así que más te vale que no te arresten por nada más, chico. No conduzcas borracho. No invadas ninguna propiedad privada. Ni siquiera te saltes una señal de *stop*.

—Vale. —Me da vueltas la cabeza.

—Y si quieren interrogarte sobre tu hermano, llámame en cuanto estés sentado con ellos. No hace falta que te acerques a comisaría, pero debes ser lo más servicial posible. Llámame con cualquier cosa.

—Lo haré.

—Ahora, recojamos tus efectos personales para que puedas marcharte a casa.

Y así lo hacemos.

34. Ébola

Luke

Al parecer, en prisión he contraído el ébola.

Bueno, en realidad no. Pero, a juzgar por el silencio y las miradas que me reciben al entrar en la casa Alfa Delta, se podría pensar que soy portador de una enfermedad mortal.

Todos siguen mis movimientos con ojos cautelosos cuando entro en la sala de estar. Keaton no está por ninguna parte, pero Judd, Tanner y otros cuantos están sentados en el sofá y sueltan los mandos de la consola en el regazo al verme entrar. En el comedor, Jako y Zimmer están inclinados sobre una pila de libros de texto. Levantan la cabeza de golpe cuando me ven y Jako se pone de pie inmediatamente.

—¡Bailey! —grita aliviado.

Es la única persona de la sala que parece alegrarse de verme. Una vez más, me pregunto dónde estará Keaton. He tratado con todas mis fuerzas de no pensar en él, pero ahora tengo que hacerlo.

Vio cómo la policía me empujaba para que entrara en un coche patrulla. Siento náuseas cada vez que lo recuerdo.

—Hola —saludo a todo el mundo mientras me meto con torpeza las manos en los bolsillos traseros.

—¿Qué tal en la cárcel? —grazna Judd.

Le lanzo una mirada que haría temblar a la mayoría de las personas. Pero no a Judd. Sabía que mis compañeros de casa harían

preguntas, pero me molesta que Judd sea quien lidere la inquisición. Además, tiene un ojo morado, lo que lo hace parecer más que nunca el camorrista malhumorado que es.

—No he estado en la cárcel —respondo con la mayor serenidad posible—. Solo he pasado la noche detenido.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo en absoluto. —Me dirijo con las piernas rígidas al centro de la sala de estar. Recorro con la mirada a los chicos que están en el sofá y luego al resto de los cuerpos que empiezan a abarrotar la sala—. Tengo que contaros algo —me dirijo a todos.

—Ah, no es para nada necesario —se burla Judd. Se levanta y se dirige hacia mí para encontrarnos frente a frente en la mesa de centro—. Ya sabemos demasiado sobre ti. —Mira a su alrededor—. Ni de coña vas a ser presidente.

El actual presidente aparece a mi lado, poniendo los ojos en blanco.

—Keller —reprende Reed—. Ya basta.

Judd frunce los labios.

—¿Estás de coña? ¡Acaban de arrestar a tu sustituto, Reedsy!

—Y me han liberado —intervengo—. Se van a desestimar los cargos. Yo no he robado nada.

—Has robado muchas cosas —grita Judd—. Das asco.

—Y tú no tienes ni puta idea de lo que dices —gruño—. El viernes, cuando regresé de correr, Jako me dijo que mi hermano Joe se había pasado por aquí.

Jako da un paso al frente con un asentimiento de cabeza.

—Cierto, pero...

—Me preocupé —continúo—, porque Joe estuvo en la cárcel por allanamiento de morada hace tiempo, así que subí para investigar y descubrí que me había robado el dinero que tenía en la habitación. En ese momento, pensé que solo había sido dinero. Pero al parecer... —Tomo otra bocanada de aire—. También me robó el carné universitario. —La vergüenza y el asco me crean un nudo en el

estómago—. Y después lo usó para robar unos ordenadores de la facultad.

—Mierda —dice Jako en voz baja.

—¿En serio? —Judd da a entender que no le importa—. ¿Se supone que eso nos tiene que hacer sentir mejor? —Se gira hacia Reed—. ¡Acaba de admitir que ha dejado que un delincuente convicto anduviera solo por la casa!

Jako vuelve a hablar de nuevo, con tono duro.

—No, eso lo hice yo. Yo dejé entrar al hermano de Luke, así que todo lo que haya hecho es culpa mía.

—No, no lo es —digo con firmeza—. Es culpa mía.

—Claro que sí —dice Judd con saña—. Ya me he cansado. Voto por destituir al presidente chupapollas...

—Judd —le espeta Reed.

—¿Otra vez con esta mierda? —dice Zimmer justo detrás de mí—. ¿Cuántas oportunidades vamos a darle, Reed? Ponle un bozal o yo también me voy a hartar.

Mi pobre y exhausto cerebro está intentando seguir el ritmo. Aunque «chupapollas» es una de las palabras favoritas de Judd, da la impresión de que sabe algo...

—Hola —saluda una voz tensa desde las escaleras.

Giro la cabeza y ahí está Keaton, caminando hacia mí. Me recorre rápidamente de los pies a la cabeza con esos ojos avellana, como si hiciera un control de daños.

Pero, Dios, el que tiene daños es él. Tiene el labio partido, ojeras profundas bajo los ojos y una expresión tensa que nunca le había visto.

—Cállate, Judd —dice Keaton ahora—. Si hay que expulsar a alguien de Alfa Delta, es a ti.

—Ah, ¿sí? —El gilipollas da un paso hacia Keaton—. Votemos. Puede que no salga como piensas. ¿Vas a presentarte y participar? ¿O vas a rajarte otra vez y dejar que Bailey tome las decisiones?

Keaton palidece y todos los demás parecen prepararse para un enfrentamiento. Entonces, Tanner se interpone entre Judd y Keaton

para separarlos.

—De vuelta a vuestras esquinas.

Inhalo profundamente. ¿Qué está pasando ahora?

—Eso ha estado fuera de lugar —gruñe Keaton.

—Me voy arriba —murmuro.

No solo necesito quitarme el olor a perdedor del cuerpo, sino que también estoy demasiado cansado como para pensar. Si Judd vuelve a hablar, seguro que le doy un puñetazo. Y entonces es cuando me van a expulsar de Alfa Delta de verdad. Justo lo que él está deseando.

Me giro hacia las escaleras maniobrando para pasar entre Reed y Zimmer.

—Estoy seguro de que tu follamigo te seguirá enseguida —dice Judd con voz cantarina.

Me quedo congelado cuando el silencio desciende sobre nosotros. Pero entonces tengo que darme la vuelta. Y, efectivamente, todos me están mirando, preguntándose qué voy a decir.

Estoy demasiado conmocionado como para hablar. Porque... ¿Lo sabe todo el mundo? Madre mía. ¿Cuándo ha ocurrido eso? ¿Y por qué? Keaton podría haberse inventado un millón de excusas para explicar por qué llegamos juntos en el coche. O sea, está claro que le reveló la verdad sobre el fin de semana al abogado, porque ha sido mi coartada.

Pero ¿se lo contó también a la fraternidad?

Keaton es la última cara que miro. Está pálido, su boca es una línea dura. Cuando me pilla mirándolo, cierra los ojos.

Me cago en la puta.

—Lo siento —dice entre dientes.

—Sí, me lo imagino —murmuro.

Seguro que siente haberme conocido.

Keaton se estremece, pero no sé si es por mis palabras o porque en ese instante alguien llama a la puerta principal.

—¡Luke Bailey! —grita una voz desde el otro lado de la puerta de seis paneles de roble—. ¡Que alguien me ayude!

Cruzo el vestíbulo y abro la puerta de un tirón a toda prisa.

—Mamá —digo con brusquedad en cuanto veo su rostro manchado de lágrimas—. Tranquilízate.

Trata de pasar a mi lado para entrar en la casa, pero agarro la puerta con más fuerza para obstruirle el paso.

—¿No vas a dejarme pasar? —solloza.

—No hace falta —digo en voz baja—. ¿Qué quieres?

—¡Lukey! ¡Tienes que venir a casa ahora mismo! ¡Se han llevado a Joey!

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo! Han aparecido esos cerdos de la policía y lo han acusado de robar unos ordenadores, o algo así —solloza—. ¡Lo han arrestado y se lo han llevado! Tenemos que ir a sacarlo de allí. Tienes que pagar la fianza...

—No. —Cierro la puerta detrás de mí para quedarme a solas con ella en el porche.

—¿Q... qué? —Le tiembla la voz y solloza—. ¿Co... cómo que no? Es tu hermano. Necesita ayuda.

—Sí, necesita ayuda —conuerdo—. Pero la ayuda no la va a obtener de mí, mamá. ¿Sabes esos ordenadores que robó? Ha intentado culparme a mí del robo.

Como siempre, mi madre sale a defender a ultranza a mi hermano.

—Te equivocas. ¡Joey nunca haría eso!

—Claro que sí; lo ha hecho. —Mi garganta rezuma amargura—. Me robó el carné de estudiante y entró en mi facultad, mamá. Y luego dejó que yo pagara por ello. —Su voz no es la única que tiembla—. He pasado la noche en el calabozo. Dios... ¿sabes lo desmoralizador que ha sido?

—Tenemos que pagar la fianza de Joey —dice sin haber escuchado ni una palabra de lo que he dicho—. ¡Solo son

setecientos cincuenta dólares! Y luego tenemos que trabajarnos al abogado...

—No —repito, esta vez enfadado—. No voy a pagarle la fianza. De hecho, si por alguna razón el sistema judicial falla y no regresa a prisión por esto, pediré una orden de alejamiento. —Tomo aire—. No quiero volver a ver a Joe Bailey en mi vida.

Se hace un silencio breve lleno de conmoción.

Cuando vuelve a hablar, no me espero lo que dice.

—Desagradecido de mierda —gruñe—. ¿Te das cuenta de lo mucho que ha hecho por ti? ¡De lo mucho que los dos hemos hecho por ti! Yo te di la vida...

Me quedo con la boca abierta.

—¿En serio? ¿Por ahí van los tiros?

—Y ahora que tienes la oportunidad de salvarle la vida a tu hermano, ¿lo vas a abandonar? ¿Vas a dejar que se pudra en la cárcel? —Sus sollozos se vuelven más fuertes—. ¡¿Quién eres tú?! ¡Tú no eres mi hijo! ¡Mi hijo nunca haría algo así! ¡Juro por Dios, Luke, que si haces esto, ya no eres mi hijo!

Me siento vacío por dentro cuando dice esto. Nunca antes había optado por dinamitarlo todo, pero extrañamente estoy tranquilo porque al final íbamos a terminar así de todos modos.

—Vale —concluyo en voz queda.

Mamá deja de llorar a mitad de sollozo.

—¿Vale? —dice, enderezándose—. ¿Vas a pagar la fianza?

—No. —Trato de tragarme el enorme nudo que tengo en la garganta, pero no lo consigo—. Digo que está bien, que supongo que hasta aquí hemos llegado tú y yo. Sácame del testamento, mamá. —Suelto una risa nerviosa.

—Pedazo de mierda —bufa—. Un traidor, igual que tu padre.

—¡Mamá!

El insulto me pilla completamente por sorpresa. Es el golpe más bajo que me ha dado jamás. Toda mi vida se ha referido a él como «el hombre cruel que nos hizo un favor cuando se fue».

—Es cierto —dice—. Estoy segura de que terminarás tan solo como él.

Eso no es algo que las madres deberían desear a sus hijos, pero ¿cuándo ha sido esta mujer una madre para mí? Sin embargo, a pesar de saberlo, me invade una oleada de tristeza. Se acabó. Esta es la última conversación que mantendremos. Debería sentirme aliviado, pero estoy destrozado.

Tomo aire y doy un paso atrás hacia la puerta. Cuando me doy la vuelta, no paso por alto las caras que están asomadas a la ventana viendo cómo mi madre me aparta de su vida, como si fueran testigos de una pelea en un partido de *hockey*.

Abro la puerta y entro. Sin decir otra palabra a la mujer que me dio la vida, cierro la puerta de nuevo y echo la llave. Luego subo corriendo las escaleras y me refugio en mi habitación.

La ducha me espera. Abro los grifos a una temperatura abrasadora y me quito la ropa.

Qué lástima que la vergüenza no se la lleve el agua.

* * *

—Bailey.

La voz ronca de Keaton me atraviesa mientras me pongo una camiseta limpia. Está en la puerta, con una expresión de preocupación plasmada en su precioso rostro.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No lo sé. ¿Acaso importa?

Toda la fraternidad acaba de ser testigo de cómo mi vida ha volado por los aires en veinticuatro horas. Básicamente, estoy anestesiado.

Da un paso adelante como si fuera a abrazarme, pero ahora mismo no puedo. Me aparto con torpeza hacia un lado y me inclino sobre el escritorio para hojear unos papeles.

—¿Cuánto te ha costado el abogado? Tengo que establecer un plan de pago con tu padre.

—No habrá ningún plan de pago —dice con irritación.

—Sí, lo habrá. No quiero que tu padre me rescate. No quiero que nadie me rescate.

—¿Ni siquiera yo?

—Tú el que menos. No han pasado ni veinticuatro horas desde que te dije que Alfa Delta odiaría esto. —Nos señalo a él y a mí—. Supongo que lo vi venir.

—Ellos no importan —responde de inmediato.

—¿No importan nada?

Traga saliva.

—Lo que sea. A mí me da igual.

—Pero tal vez a mí no.

—A ti también —espetá—. Es solo una excusa. ¡Solo estás buscando una excusa para no salir de tu zona de confort! La cosa se ha puesto fea y me has vuelto a dejar de lado.

—¿Cómo es posible que te sorprenda? No me gusta deberle nada a nadie, ya lo sabes. Odio sentirme como un idiota desagradecido.

—¡Pues no lo hagas! —ruge—. Y no me refiero al dinero. Eso está más allá de tu control. Cuando se trata de amor, eres un puto tacaño. Es como si te matara admitir que te importa alguien.

Sin embargo, así es. Me mataría. Porque cuando miro a Keaton Hayworth III, veo el tipo de hombre que nunca podrá ser mío. Sea lo que sea lo que él cree que ve en mí, tarde o temprano desaparecerá. Un día de estos se despertará y se preguntará qué demonios está haciendo con un muerto de hambre al que ninguna otra persona se ha molestado en querer. Su obsesión se desvanecerá. Tal vez sea porque se canse de mis gilipolleces. O tal vez otro chico malo, más que yo, capte su atención.

En cualquier caso, no podíamos durar. No he estado más seguro de nada en mi vida.

—Solo ha sido un rollo, Keaton —digo en voz baja.

—No es cierto.

—Ah, ¿no? ¿Y cuándo has cambiado las reglas? ¿Es igual que con las elecciones otra vez? ¿Tú te saltas las normas, pero yo las tengo

que cumplir?

Se le enrojece el cuello al instante.

—¡No sigas restregándome mi error!

—Al parecer, cometes muchos errores. Y yo he sido el más grande. Adelante, pregúntaselo a cualquiera ahí abajo.

Parpadea con los ojos enrojecidos. Luego levanta esa barbilla aristocrática un par de grados y se marcha de mi habitación.

35. Tan gruesas como mi mano

Keaton

Otro domingo. Otro *brunch* con papá.

Pero nada es igual. Acabo de atravesar las dos semanas más solitarias de mi vida y no sé dónde encontrar la energía para ser agradable con mi padre.

Esta vez he cambiado de lugar. Tenía que salir de la casa Alfa Delta, así que cuando terminaron las clases el viernes, me subí al coche y conduje hasta Nueva York para pasar el fin de semana.

Pero, joder, hasta conducir por la 95 me hizo pensar en la escapada con Luke. El último fin de semana que me alejé de la universidad fue increíble.

Esta vez no hay festival de sexo ni besos ebrios. Me quedo a pasar el fin de semana en el pequeño apartamento de mi padre en el centro de la ciudad. Es donde él se aloja cuando no quiere volver a Long Island después de quedarse hasta tarde en el trabajo.

El domingo por la mañana camino desde Midtown hasta el Upper West Side. El plan es tomar el *brunch* del domingo en el Good Enough to Eat. Los Hayworth saben divertirse. Y aquí tienen unas lonchas de beicon tan gruesas como mi mano. Son casi lo bastante buenas como para sanar mi maltrecho corazón.

Casi.

Han pasado dos largas semanas desde que arrestaron a Luke y todavía no me habla. Ni se acuesta conmigo. Ni siquiera me mira a

los ojos.

De hecho, evita la casa por completo.

Y, para ser sinceros, yo también. A veces pillo a mis amigos mirándome de reojo. Sé que no les preocupa contagiarse de piojos gays o algo así, sino que no saben qué decir. Cualquiera con ojos en la cara puede notar que Luke y yo estamos peleados. Pero supongo que piensan que las palmadas en la espalda y los juegos de beber tequila no sirven para superar una ruptura con un chico.

Aunque es cierto que Tanner se ofreció a salir a emborracharse conmigo, y Dan Zimmer, bastante incómodo, a escucharme si tenía alguna pregunta que hacerle.

—Podría enseñarte el apretón de manos secreto —bromeó.

Pero los rechacé a ambos. Supongo que no estoy de humor para que nadie me haga sentir mejor, así que mi expresión sombría ayuda a que no hagan preguntas. Aunque todavía recibo miradas que van desde la curiosidad a la preocupación.

A veces es Luke quien me mira a hurtadillas. En esas extrañas ocasiones en las que estamos cerca, veo arrepentimiento en sus ojos. No se le da demasiado bien ocultarlo.

Sé que todavía le gusto. Sé que nunca he dejado de hacerlo. Pero no puedes hacer que otra persona supere sus problemas y te quiera. Luke nunca ha podido confiar en nadie en su vida y de verdad que quiero ser esa persona, pero ¿y si está demasiado roto como para permitírmelo?

Luke se parece mucho a un perro callejero maltratado. Vale, ahora estoy comparando al chico que me gusta con un perro. Pero los animales son lo mío, así que viniendo de mí, eso es un elogio. A lo que iba: existen vídeos desgarradores de perros maltratados que mejoran cuando les prestan la atención que se merecen. Ganan peso y el pelaje se les pone brillante. Según YouTube, son los animales más leales del mundo.

Pero si lees lo suficiente sobre comportamiento animal, sabrás que no todas las historias terminan así. Algunos perros nunca superan el miedo.

Cuando llego a la esquina de Columbus Avenue y West 85th, me siento deprimido, pero pongo buena cara y cruzo la calle para ver a papá.

Hoy es el día en el que por fin le diré qué quiero hacer con mi futuro, así que al menos tengo un plan.

Es un día cálido de principios de mayo, por lo que primero miro las mesas del exterior. Y, ¡mierda! Mi madre es la primera persona que veo. Está sentada junto a mi padre.

Vienen en equipo. Genial.

—Hola —saludo, enderezando la espalda. Lo que iba a decirle a mi padre, supongo que se lo puedo decir a los dos.

—¡Keaton! —Mi madre se levanta de la silla—. ¡Hola, cariño!

Le doy un beso en la mejilla y me obligo a sonreír.

Las mesas están muy juntas y mi padre se encuentra atrapado al lado de ella, así que ofrece la mano para estrechármela. Como hacen los hombres de verdad.

Para ser justos, no ha dicho una palabra sobre mi pequeña revelación. Sinceramente, no sé qué piensa ahora mismo sobre mí, pero eso no cambia el mensaje que quiero transmitirle hoy.

Tomo asiento y el camarero aparece de repente. Tiene acento australiano y gafas de hípster. Es bastante guapo. Cosas así ahora me vienen a la cabeza todo el rato y no trato de ahuyentarlas como antes, así que al menos tengo eso a mi favor.

—Yo tomaré el desayuno del leñador —digo antes de que pueda ofrecerme una carta— Y café. Gracias.

Mis padres piden y luego nos quedamos mirándonos durante un segundo.

—¿Cómo estás? —pregunta papá al final.

—Bien. El final del semestre siempre es duro.

—Espero que estés durmiendo suficiente —dice mamá.

—Bastante, de hecho. —Me aclaro la garganta.

Dormir, ahora que estoy solo en mi cama todas las noches, no es un problema.

—Además... —Decido sacarlo todo a relucir antes de empezar a comer—. Recibí esto la semana pasada. —Saco un trozo de papel del bolsillo y lo desdoblo. Se lo paso a mi padre y lo observo mientras lo lee.

«Bienvenido a la Expedición de orcas —dice—. Salida desde Valparaíso, Chile, el 19 de mayo».

—Me han aceptado y quiero ir —digo—. No cuesta nada...

—El dinero nunca ha sido un problema —señala papá.

—Solo era un comentario. —Suspiro—. Querías que me graduara en Biología.

—O Química, o Finanzas —añade papá.

—Jamás habría estudiado Finanzas —le digo—. No me interesa lo más mínimo; y se me da fatal. Por el contrario, la biología me gusta mucho. Y quiero estudiar el comportamiento animal en un posgrado cuando termine en Darby.

Hunde los hombros.

—Pero ¿por qué? Tardarás cinco años en hacer un doctorado si eres rápido, y siete si eres lento. Eso retrasará varios años tu entrada en Hayworth Harper.

—Ese es el tema, papá. No quiero trabajar para ti. Me encanta la investigación y quiero trabajar en el ámbito académico.

Gruñe.

—Dios mío de mi vida, ¿no puedes ser gay y ya está? ¿También tienes que ser académico? Es como si me clavaras un puñal en el corazón.

Me quedo con la boca tan abierta como una pitón ante su presa.

El silencio en la mesa se prolonga varios segundos hasta que mamá por fin habla.

—Cariño, ¿lo de ese chico va en serio?

—No —contesto en un murmullo—, pero ojalá lo fuera.

Ella parpadea.

Papá traga saliva visiblemente.

Busco las palabras correctas, pero por suerte el camarero guapo regresa y coloca una taza de café frente a mí.

—Gracias —digo con genuina gratitud. Porque de verdad necesito algo que hacer con las manos.

—Keat —dice mi madre mientras coloca la mano sobre la de mi padre—. Habla con nosotros.

—¿Qué quieres que diga? —Rodeo la taza con las manos torpemente—. ¿Que soy gay? Porque... sí, creo que sí.

Papá se abalanza sobre la parte de «creo».

—Entonces, ¿no estás seguro?

Respiro hondo. Luego dejo escapar el aliento en una rápida ráfaga.

—Sí, estoy seguro —admito—. Supongo que estaba intentando suavizarlo para vosotros. Pero estoy seguro de ello. Mi relación con... —Me detengo para decirlo de otra manera—. Haber estado en una relación con un chico me ha dado respuestas que ni siquiera sabía que buscaba.

Mamá asiente con la cabeza lentamente.

—¿Annika...? —Deja la pregunta en el aire, pero no estoy totalmente seguro de lo que quiere decir.

—Annika no lo sabía —digo, encogiéndome de hombros—. De hecho, no se lo he dicho todavía. Pero si te preocupa que la estuviera, no sé, usando, o engañando... Nada de eso. —Hablo en un tono de voz firme porque es la verdad absoluta—. La quería y nuestra relación fue real para mí. Pero supongo que siempre faltó... algo. Había algo que no terminaba de encajar del todo.

Esta vez es papá el que asiente.

—Siempre nos pareció muy platónico —dice de mala gana.

Lo miro con sorpresa.

—¿En serio? Lo único que hacíais era hablar de que queríais que nos casáramos.

Se encoge de hombros.

—Porque es una chica maravillosa y será una mujer maravillosa para algún hombre afortunado. Pero si ahora vamos a ser todos sinceros, tu madre y yo notamos que a tu relación le faltaba pasión.

Mamá suspira.

—Nos dimos cuenta.

Tengo que sonreír.

—¿Y no me lo podríais haber dicho?

Los dos se ríen con nerviosismo.

Doy un sorbo al café y vuelvo a dejar la taza.

—No me puedo creer lo abiertos que estáis siendo con todo esto.

Papá arquea una ceja.

—¿Pensabas que te íbamos a desheredar? —dice de forma seca

—. ¿Acaso me parezco a tu tío Chris?

Mamá sale enseguida en defensa de su hermano.

—Christopher no desheredó a Madeline. Simplemente, congeló su fondo fiduciario hasta que ella completara el programa de rehabilitación.

Mi prima Maddie se rompió la espalda hace unos años y se volvió adicta a los analgésicos. Al tío Chris no le hizo mucha gracia. Por suerte, ahora está limpia. Supongo que no le daré importancia a que mi padre acabe de comparar mi sexualidad con una adicción a las drogas. Hay que saber qué batallas pelear.

—Entonces, no me vais a desheredar —bromeo.

Papá pone los ojos en blanco.

—Por tu orientación sexual, no, Keaton. ¿Por tu traición? Todavía lo estoy considerando.

—¡Keat! —lo reprende mamá, que le da una suave palmada en el hombro.

—¿Y si vienes a trabajar al departamento de finanzas después de que atraque esa expedición? —sugiere esperanzado.

De alguna manera, sabía que lo preguntaría.

—Regreso a mediados de julio —admito—. Pero no quiero las prácticas. Sencillamente, no quiero hacerlas. Y los dos sabemos que no me las merezco. Aunque hay otra persona que sí se las merece.

—¿Quieres que contrate a Bailey? —Me devuelve la hoja de información sobre la expedición—. Estoy bastante seguro de que ya le han hecho una oferta.

—¿En serio? —Desconocía este detalle—. ¿La ha rechazado?

—Le preguntaré a Bo. —Papá saca el teléfono del bolsillo y toca la pantalla.

—¿Este viaje es peligroso? —pregunta mamá. Ahora es ella quien lee la carta de la expedición a Chile.

—No creo —respondo de forma evasiva—. Es en un barco de investigación en el mar. Pero no vamos a bucear con tiburones, mamá. Buscaremos una nueva especie de orca.

—¿Una nueva especie? —pregunta con escepticismo.

—¿No es increíble? Algunas personas han asegurado haber visto un extraño tipo de orca asesina durante los últimos cincuenta años, pero nunca se ha grabado ni etiquetado. Esta expedición tiene como objetivo demostrar que existe.

—¿Cómo puede ser eso más importante que curar la diabetes? —pregunta mi padre.

—Yo nunca he dicho que lo sea, pero mis intereses son mis intereses. Y a ti nadie te ha dicho nunca lo que tenías que estudiar.

—¡Eso es lo que tú te crees! —resopla—. ¿Crees que tu abuelo era un hombre fácil? Hurgaba en mi mochila en busca de exámenes corregidos y me regañaba cada vez que no hacía un problema de matemáticas.

—¿Y tú crees que eso es horrible? —lo reto—. Porque comprobar los cargos de mi tarjeta de crédito para opinar sobre mi vida es básicamente lo mismo.

Se estremece.

—Eres adulto, Keaton. Disculpa si alguna vez te he hecho sentir que estaba controlándote.

«Me estabas controlando». Reprimo la crítica porque no va a ayudarme a conseguir lo que quiero.

—Me voy a Chile. Y luego haré un posgrado. Siento si querías que algún día me hiciera cargo de la empresa. Es una idea generosa, pero no creo que fuera lo mejor para nadie.

Suspira. Entonces, le suena el teléfono y lee la pantalla.

—Bo cree que Luke quería las prácticas, pero que pensaba que no iba a funcionar. Bo le ofreció un puesto no remunerado.

—Oh. —Siento una punzada de dolor en el esternón por Luke. ¿Un trabajo que quiere, pero que no se puede permitir? Eso es simplemente cruel—. Luke no puede aceptar unas prácticas no remuneradas. Ahora mismo apenas tiene dinero para comer. Trabaja hasta las tantas todos los fines de semana solo para pagar el alquiler.

—¿No existe ayuda económica para eso? —pregunta mi madre.

—Tiene una beca, pero solo cubre la matrícula. Y su madre lo llama cada dos semanas para pedirle dinero.

Mi padre se recuesta en la silla con una mirada de asco en el rostro.

—¿Qué madre le pide dinero a su hijo?

—La suya.

Papá coge el teléfono y empieza a teclear de nuevo.

—Cariño, ¿en la mesa? —se queja mi madre.

—Dame un segundo —dice—. Le voy a decir a Bo que le ofrezca a ese chico un trabajo de verano de verdad y uno de los apartamentos de la empresa en Hoboken.

Me pregunto si Luke me matará por interferir. Aunque ¿qué más da? En estos momentos ni siquiera me habla. Si consigue el trabajo, le irá mejor y seguirá sin hablarme.

Sí. Merece la pena.

El camarero coloca un plato frente a mí repleto de huevos revueltos, dos tortitas grandes con mantequilla de fresa y dos lonchas gruesas de beicon.

Las cosas están mejorando. Y, seamos sinceros, todo lo que va mal en mi vida entra en la categoría de problemas del Primer Mundo.

Así que cojo el tenedor y me pongo a comer.

* * *

Cuando terminamos de almorzar, mi madre me convence de que la acompañe a visitar la exposición de Vermeer en el Museo de Arte

Metropolitano.

—Venga, cualquier buen hijo gay iría a contemplar arte con su madre.

Casi escupo el café sobre la mesa. Pero como mis padres se están tomando los cambios en mi carrera, por no mencionar los de mi sexualidad, mucho mejor de lo que pensaba, acepto la invitación.

Para cuando regreso a Darby, ya es de noche. Subo las escaleras hasta la tercera planta con la inquietud habitual. Últimamente, siempre estoy atento a cuando Luke mete la llave en la cerradura, así puedo aparecer de forma accidental en el rellano al mismo tiempo.

Sí, soy muy sutil.

Aunque esta noche acierto de casualidad. Luke está saliendo del baño y es incapaz de alcanzar la seguridad de la puerta de su habitación antes de que yo llegue.

—Hola —saludo en voz baja.

—Hola. —Mete las manos en los bolsillos—. Si has tenido algo que ver con la oferta de trabajo que acabo de recibir, te lo agradezco.

—¿Qué oferta de trabajo? —pregunto con rigidez.

Pone esos increíbles ojos oscuros en blanco.

—Vale, venga, grítame un poco más. Puede que haya instado a mi padre a que revise tu solicitud para trabajar en verano. Pero solo porque me importas.

Luke baja la vista hasta el suelo.

—Gracias —dice en voz tan baja que casi no lo oigo—. Estoy seguro de que no me lo merezco.

Antes de que pueda rebatirlo, entra en la habitación y cierra la puerta.

* * *

Pasan otras dos semanas tortuosas. No soy una persona que se rinda fácilmente, pero empiezo a pensar que esta vez no tengo

elección. Luke sigue manteniendo las distancias conmigo y yo me voy a Chile mañana.

Tal vez sea el momento de aceptarlo.

—Ni de coña —exclama Annika con voz indignada por el altavoz. Me está «acompañando» mientras hago la maleta para la expedición y, obviamente, no está contenta con las conclusiones a las que he llegado—. No te vas a rendir, Keaton. Te importa ese chico.

—Sí, pero yo no le importo a él —protesto.

Resopla con fuerza.

—¡Ja! Claro que le importas. ¿Por qué si no te está evitando con todas sus fuerzas? Está huyendo de sus sentimientos.

Me cuesta creer que estemos teniendo esta conversación, pero no puedo negar que es agradable hablar con alguien sobre el tema. Judd y yo apenas nos dirigimos la palabra y, aunque estoy en buenos términos con Tanner y los demás, tampoco es que nos vayamos a sentar a hablar sobre mi recién descubierta homosexualidad.

Me puse muy nervioso el día que se lo conté a Annika, pero me mostró su apoyo tan rápido que casi me siento un idiota por pensar que quizá podría no haberlo hecho. Es mi mejor amiga y su cálida reacción ante mi nuevo yo solo demuestra que siempre lo seguirá siendo.

—Tal vez, pero eso no cambia el hecho de que no estamos juntos.

He intentado socavar las defensas de Luke desde su arresto, pero sin éxito. Es un hombre testarudo y es obvio que los acontecimientos del último mes no solo lo avergonzaron, sino que lo hicieron regresar a su estado predeterminado de desconfianza de todo el mundo.

—Me voy mañana por la mañana —digo con tristeza— y ni siquiera se ha despedido de mí todavía.

—Todavía —repite—. Estoy segura de que lo hará.

Yo no estoy tan seguro. Últimamente, Luke se pasa el día encerrado en la biblioteca o trabajando en el Jill's. Está tan decidido

a mantener las distancias conmigo que no me sorprendería que esta noche no durmiera en casa.

—Se acabó, Ani. No sé qué más hacer para llegar a él. Nunca se abrirá del todo conmigo. Ni con nadie, en realidad.

Suspira con suavidad.

—Ay, cariño. Lo siento. Pero sigo pensando que no deberías darte por vencido. Antes de que lo arrestaran, estaba empezando a abrirse, ¿no? Hablaba de sí mismo, de sus sentimientos, de ese tipo de cosas.

—Sí, pero lo de los sentimientos es un poco exagerado. Creo que solo era totalmente transparente conmigo cuando charlábamos en...

—Me detengo de repente. La aplicación.

Eso es, ahí está la respuesta. Luke nunca ha sido bueno interactuando cara a cara, dejando a un lado la parte sexual. Pero cuando nos estábamos conociendo en Vicio, era tan sincero, tan espontáneo... Fue una de las razones por las que quería conocerlo.

—Tengo que dejarte —le digo a mi exnovia—. Se me acaba de ocurrir algo.

—¡Oooh! ¿Cuál es el plan?

—En realidad no es un plan. Luego te cuento.

Cuando colgamos, arranco una hoja del cuaderno y empiezo a garabatear. Mi último mensaje para él, hacia el hombre del que nunca esperé enamorarme, es corto y dulce:

L:

Me voy mañana y solo quería despedirme. Espero que este no sea un adiós para siempre. De verdad, espero que sea así. Por ahora, voy a darte el espacio que es obvio que necesitas. Pero tengo una petición. Solo una, y prometo que no es increíblemente disparatada.

No me elimines de Vicio.

Con cariño:

KHIII

Entonces, deslizo la carta por debajo de su puerta y confío en que todo salga bien.

36. ¿A quién voy a engañar?

Luke

Son las nueve de la mañana de un día de julio y llevo una hora y media en el escritorio. Estoy puesto de café gratis de la oficina y ya he acabado el proyecto que Bo me entregó anoche cuando salía por la puerta.

Este escritorio será mío solo durante seis semanas más, pero voy a dejarme la piel en cada una de ellas.

Bo, mi jefe y el director financiero, por fin entra tranquilamente con el teléfono en la oreja.

—Sí, sí. ¿Y por qué nos importa que las opciones suban? Cierto. Lo entiendo. Pero ¿no podemos cubrir ese riesgo de tasa de interés?

—Se sienta en la silla y mueve el ratón del ordenador para reactivar el sistema.

Me encanta trabajar aquí, ojalá pudiera oír la otra parte de la llamada.

En vez de eso, ordeno las hojas que he impreso y grapo las páginas. Y cuando Bo cuelga, me abalanzo antes de que alguien pueda robarme su atención.

—¡Hola! Buenos días. Aquí están las tasas que me pidió. —Dejo los papeles en el escritorio.

Parpadea.

—¿La comparativa de convertibles?

—Sí, ¿ve? —Paso la página de la portada para mostrarle todos los datos que he reunido de su terminal Bloomberg—. Sé que dijo que solo quería empresas farmacéuticas, pero he incluido un par de fabricantes de equipos médicos porque el conjunto de datos era bastante insignificante.

—Te pedí esto ayer a las ocho de la tarde.

—Claro. Pero los datos que necesitaba están en su terminal, por lo que me senté después de que se fuera y lo hice. ¿Qué es lo siguiente?

—El desayuno —dice—. Y leer tu informe. Luego te pediré que empieces a analizar la deuda preferente porque los banqueros quieren hablar de obligación a largo plazo.

—¡Genial! —digo sin disimular el entusiasmo.

Se ríe.

—Búscate una vida, chico. No puedo seguirte el ritmo.

—Este verano mi vida es usted.

Ni siquiera estoy bromeando. Me dan alojamiento y me pagan un salario fantástico. Paso todo mi tiempo aquí, aprendiendo a moverme en el sector. ¿Qué otra cosa voy a hacer, de todos modos? Tengo que ahorrar cada centavo que pueda. Los libros de texto del próximo semestre no se van a comprar solos.

—Y lo agradezco —dice Bo—, pero soy mayor y necesito cafeína y carbohidratos. Los directores del hospital a los que entretuve anoche tienen mucho aguante con el alcohol. —Saca la billetera del bolsillo de la chaqueta—. Si vas a por mi desayuno, te pago también el tuyo. Un rollito de huevos revueltos con *bacon* y queso cheddar. Y...

—Un capuchino doble con leche desnatada y canela.

—Buen chico. —Me pasa un billete de veinte—. Leeré tu informe mientras vas a por ello.

De camino al ascensor, me detengo en el mostrador de la auxiliar administrativa.

—Marcy, voy al Lenny's a por el desayuno. ¿Quieres que te traiga algo?

—Luke Bailey, eres un sueño —dice, y me pasa un billete de cinco dólares—. No sé qué haré cuando regreses a la universidad. Supongo que alimentarme yo misma. Por favor, tráeme un *muffin*. De maíz o arándanos, me da igual. Y el té de siempre.

—Sí, señora.

Cinco minutos más tarde, me encuentro recitando el pedido de un tirón y haciéndome a un lado para esperarlo.

Sinceramente, complacer al personal de Hayworth Harper ha sido más fácil de lo que pensaba. Lo único que tengo que hacer es prestar atención y hacer preguntas. Me lo estoy pasando genial. Y, de alguna manera, me siento más tranquilo. Como si al final todo fuera a salir bien.

De veras necesitaba salir de la puta Darby, y del puto Connecticut.

La cafetería está llena de gente vestida como yo, con camisa y pantalón planchado, a pesar del calor estival. Con zapatos de cuero e identificaciones de la empresa en clips o cordones. No me importa ser un robot trabajador. Me va a sacar de Darby para siempre.

Le entregan su pedido a alguien y la fila avanza un poco. Me suena el teléfono en el bolsillo, señal de que me ha llegado una notificación. No la voy a mirar. La fila no es tan larga.

Vale, ¿a quién quiero a engañar? Claro que voy a mirarla. Al principio pensaba que no era buena idea dejar que Keaton me enviara mensajes este verano. Sabía que le había hecho daño. Y, aunque no estoy orgulloso de ello, es difícil expresar lo mucho que me asusté cuando pasé una noche en prisión. Después de eso estuve semanas sin dormir. Mi hermano casi se las había ingeniado para arruinar mi vida en un solo fin de semana.

Me sentía sucio, o incluso tóxico. Y no quería arrastrar a nadie más conmigo.

Cuando el terror por fin empezó a desaparecer, ya era demasiado tarde. Keaton había dejado de ponerme cara de cachorrito abandonado y estaba animado por su viaje a Chile. No quería complicarle la vida, así que lo dejé marchar.

Ahora lo echo muchísimo de menos.

El teléfono me llama a gritos desde el bolsillo. Keaton es mi gran debilidad, así que lo saco y abro nuestra aplicación favorita. Una de las primeras cosas que hice después de que se marchara a Chile fue buscar en Google los lugares a los que se dirigía. Así me enteré de que las aguas por donde viajaría la expedición gozan, según *National Geographic*, «del peor clima del mundo».

Sinceramente, eso me asustó casi tanto como pasar una noche en prisión.

Así que, a pesar de que cada nuevo mensaje de Keaton es obviamente una prueba de que está vivo y no es necesario leerlo de inmediato, lo hago de todas formas. Porque un mensaje suyo sigue siendo lo más destacado del día para mí.

Hoy abro la aplicación y encuentro una foto de un mar en calma y un amanecer violeta. E, increíblemente, una manada de delfines saltando de diversas formas por la superficie del agua.

BañadorDeLangostas: Día 47: Tenemos el mar en calma, lo cual está bien, pero sigue sin haber orcas. Anoche en la cena estuve pensando en ti. Muchas cosas me hacen pensar en ti, pero esta vez fueron las langostas. ¿Recuerdas uno de los primeros mensajes que te envié en el que te conté cómo se apareaban las langostas? Estaba seguro de que me bloquearías por raro.

Pero como sigues leyendo estos mensajes, hay algo que probablemente no sepas sobre las langostas de Chile. ¡No tienen pinzas grandes! Las pinzas simplemente no están donde deberían estar. Tienen patas y también antenas. Pero... no tienen esas pinzas grandes con forma de gancho. Lo que significa que: 1. Parecen más bichos que otra cosa y 2. El emoticono de la langosta aquí NO ES CORRECTO.

Lo digo en serio, me ha cambiado la vida. Además, sigo echándote de menos. Y me pregunto lo que estarás haciendo ahora mismo.

Hasta las próximas noticias. –K

—¿Bailey? ¿Bailey?

Levanto la barbilla de golpe cuando me doy cuenta de que el chico de detrás del mostrador ha gritado mi nombre.

—Gracias —digo mientras cojo la bolsa y la bandeja de cartón con las bebidas. Me dirijo a la puerta y regreso a la oficina.

No he estado charlando con Keaton porque me prometí que no jugaría con sus emociones, pero me siento tentado. Sería muy fácil volver a nuestras familiares conversaciones. Y al sexo, por supuesto. Algunas noches lo extraño tanto que me duele el pecho. Él es lo único de lo que me arrepiento.

Ahora me siento optimista al pensar en el resto de mi vida. Parece que tal vez pueda tener todas las cosas que siempre pensé que no merecía.

El vestíbulo de Hayworth Harper está abarrotado. Paso la identificación por el sensor y se abre el torno de acceso. Cada vez que lo hago, me siento irracionalmente feliz. «Tu lugar está aquí», parece decirme.

Hay un ascensor a punto de subir, así que me lanzo dentro cuando las puertas empiezan a cerrarse. Todos los presentes parecen un poco tensos y no comprendo la razón hasta que una voz dice:

—Luke Bailey.

Levanto la vista hacia la cara de Keaton Hayworth Jr. y me doy cuenta de que me he subido en el ascensor con el director ejecutivo.

—Hola, señor. Buenos días.

—¿A que es un muy buen día? —se ríe entre dientes—. Veo que has ido a la tienda por Bo. Después de lo de anoche, necesitaba un sándwich de huevo, ¿a que sí?

—Puede que haya algo de verdad en eso, señor.

Se ríe entre dientes.

—A Keaton también le gustan los sándwiches de huevo. Creo que era lo único que le gustaba del día de «lleva a tu hijo al trabajo». ¿Has tenido noticias tuyas últimamente? No debería haber buscado

por Google la expedición. Dice que esa parte del Pacífico tiene y cito...

—¿El peor clima del mundo?

—Tú también lo has leído, ¿verdad?

Ambos nos hacemos a un lado para dejar a unos cuantos salir del ascensor. Saco el teléfono del bolsillo, abro la aplicación y amplío la foto para que ocupe toda la pantalla.

—¿Ve? Hoy todo va sobre ruedas.

Contempla la foto.

—Es sencillamente increíble. Me alegra verlo. —Me devuelve el teléfono con un suspiro—. Si no hubiera sido tan insistente el año pasado, puede que ahora yo también recibiera esas fotos.

Vale, esto es incómodo. Mantengo la boca cerrada, porque me niego a opinar sobre la crianza del jefe en un ascensor lleno de compañeros de trabajo.

—Al menos volverá a casa pronto —dice—. Solo quedan dos semanas y media.

Me da un vuelco el corazón y no es por el ascensor. Sabía que la excursión estival de Keaton era más corta que mis prácticas. Pero no me creo que solo queden dos semanas y media. ¿Cómo me convierto en un hombre nuevo en dos semanas y media?

Obviamente, no puedo.

El ascensor llega a la planta ejecutiva, la puerta se abre y ambos salimos.

—Será mejor que le des ese sándwich a Bo antes de que muera en el escritorio. —El señor Hayworth me pone una mano en el hombro—. Gracias por enseñarme la foto.

—Las que quiera, señor. —Bueno, depende de la foto, claro.

La verdad es que chatear con Keaton ha sido una de las cosas más divertidas que he hecho en todo el año. Y luego dejé que mi vida de mierda lo arruinara todo.

Entrego la comida y la bebida a mis agradecidos compañeros de trabajo y me encargo de darles el cambio.

Luego regreso a mi escritorio con el sándwich que he pedido para mí. Dejo la bolsa encima de la mesa y le saco una foto. Luego, abro la aplicación del teléfono.

Voy a contestarle. Se merece eso y mucho más. Sigo siendo un desastre, y lo nuestro sigue siendo complicado, pero al menos puedo mandarle un puto mensaje.

Me dijo que era tacaño en el amor, y tenía razón. No estoy seguro del todo de poder cambiar eso, pero si hay alguien en el mundo por el que podría hacerlo, sin duda es él.

CanallaTres:

Querido BañadorDeLangostas:

Hoy he visto a tu padre. Me ha preguntado si tenía noticias tuyas. Espero que no te importe que le haya mostrado la foto que me has enviado. Se ha alegrado mucho de verla, aunque estaba un poco triste porque no te has puesto en contacto con él. También me ha dicho que te gustan los sándwiches del Lenny's. A mí me encantan.

Perdón por la parrafada. Mis fotos no son ni la mitad de bonitas que las tuyas, pero quiero que sepas que me estoy recuperando. Casi por completo. Bueno, probablemente siga siendo el mismo desastre que conociste. Sé que te mereces más de lo que yo te di. No sé si alguna vez seré una pareja digna, pero estoy trabajando en ello.

Ahora me voy a comer este sándwich y luego redactaré un informe sobre tasas de interés de deuda preferente en la curva de rendimiento. Es divertido, te lo prometo.

Cuídate. Sigue enviándome fotos. Aunque no tenga remedio para las relaciones, espero con ansias cada una de esas fotos.

Presiono Enviar y luego me como el sándwich.

* * *

Una hora más tarde estoy trabajando en una hoja de cálculo cuando suena el teléfono con un nuevo mensaje. Mi ávido corazón piensa de inmediato: ¡Keaton!

«Hola, psique torturada. Soy yo de nuevo».

No es Keaton. Aunque es casi tan bueno como si lo fuera. El señor Grant, mi abogado, me ha enviado un correo electrónico con una sola línea de texto. «Hoy se han desestimado oficialmente los cargos. Se acabó. ¡Cuídate!».

No dice si han condenado a Joe o no. Antes de marcharme de Darby, me interrogó un detective que tomó notas sobre la visita de mi hermano a la fraternidad y el carné de estudiante que me robaron. Y Jako también tuvo que declarar.

No sé si mi hermano está entre rejas o no porque bloqueé su número y el de mi madre. Sinceramente... me siento fatal por ello. Pero tengo que ser fuerte. Si los dejo entrar en mi vida, me desangrarán tanto de forma emocional como económica.

Y si no los elimino por completo, pasaré los próximos veintiún años esperando algún tipo de epifanía que nunca llegará. «Lo sentimos. Te queremos».

Es vergonzoso lo mucho que quiero escucharles decir eso. Y nunca lo haré.

Aunque ahora tengo las tasas de interés para que me consuelen. Añado unas cuantas entradas más en la hoja de cálculo y luego me quedo atascado y tengo que acercarme al cubículo del compañero de trabajo de Bo para hacerle una pregunta.

—Hola, Jim. ¿Pongo una A doble y la A doble menos en la misma columna?

—Sí —dice—. Claro.

—Gracias.

—Oye, Bailey —me dice cuando estoy a punto de marcharme.

—¿Sí?

—Vas a solicitar un puesto aquí cuando te gradúes, ¿no?

—En realidad, no lo sé. —Necesitaría que hubiera una vacante de empleo, para empezar.

—Vas a recibir muchas ofertas —dice Jim mientras se tira de la corbata—. No te olvides de nosotros, ¿vale?

—No te preocupes, no lo haré. —Muchas ofertas. Eso es un concepto nuevo para mí—. Por cierto, ¿cómo funciona el programa de contratación?

—Lo miraré —dice—. Creo que los chicos que firman un contrato de exclusividad con nosotros antes de Año Nuevo tienen algún tipo de bono de contratación.

—¿En serio? —digo lentamente. ¿Podría tener trabajo cinco meses antes de la graduación? ¿Y un bono de contratación?—. Eso podría quitarme muchas horas de trabajo en el segundo semestre.

—¿En qué trabajas durante el año escolar? —pregunta.

«Oh, mierda».

—Trabajo en un club.

—¿De camarero? ¿De segurata?

Solo estamos de cháchara, pero nunca debería haber mencionado mi trabajo. Aunque no es buena idea mentirle a quien podría darme trabajo en el futuro. Jim podría incluso ser mi jefe si me presento aquí el próximo año.

—Soy artista masculino —le digo con una sonrisa que es más segura de lo que me siento—. Hay quien lo llama *stripper*.

—¡Ja! —Da una palmada en el escritorio—. Muy buena, chico. Bueno, ¿cuánto te queda para terminar ese informe?

—¿Media hora?

—Perfecto, aquí te espero.

Aliviado, me marchó.

«Muchas ofertas». Esa frase se repite en mi cabeza mientras regreso a mi escritorio. Y cuando me siento en la silla ergonómica, algo desconocido se extiende por mi pecho.

Creo que podría ser optimismo.

37. Carne seca de ternera

Keaton

—¡Tela marinera! ¿Carne seca de ternera?

Levanto la vista del libro cuando Mateo entra a saltos en el minúsculo camarote que hemos compartido durante las últimas cinco semanas. Extiende la mano y me ofrece una tira de carne seca.

Casi me entran arcadas.

—¿En serio? ¿Quieres que te mantenga despierto toda la noche mientras echo hasta los higadillos en la pobre Lucy? —Señalo con tristeza con la cabeza en el cubo rojo brillante que está sujeto al suelo del camarote.

Todo lo que hay en este lugar está sujeto. Por la forma en que el *Esmeralda* se balancea, se inclina, se tambalea y se sumerge, ningún objeto está a salvo. Hasta Lucy, el cubo que tengo para vomitar, está atado con una cuerda elástica a una pata del escritorio.

No voy a mentir, el mar y yo no somos mejores amigos. No soy novato con la navegación y, por lo general, me encanta estar en mar abierto, pero este tramo del océano cerca del Cabo de Hornos es brutal. Hay muchas olas y el viento sopla constantemente. Tras cinco semanas, tengo el estómago asentado la mayor parte del día, pero cuando hay tormenta como esta noche, trato de no comer.

Por el contrario, mi compañero de camarote es adicto a la comida. Nunca verás a Mateo sin comida en las manos. Carne seca, fruta, barritas de granola, esas pipas de girasol que mastica y

escupe sobre la cubierta todas las mañanas... Es un milagro que esté tan delgado si tenemos en cuenta todo lo que se mete en la boca.

—¡Dios mío! —dice, palideciendo—. No, no me hables de Lucy. No puedo pasar por eso otra vez.

Le sonrío. Sinceramente, he tenido suerte de que me haya tocado un compañero de camarote tan guay. Mateo es estudiante de posgrado en la Universidad de Miami y este es su tercer verano en una expedición como esta. Además, habla con fluidez cuatro idiomas y ha estado enseñándome frases guarronas. A Luke le encantaría.

Uf. Esperaba no pensar en Luke hoy. Pero a quién voy a engañar, pienso en él todos los días. Le he escrito sin parar desde que me marché de Darby, pero, aparte de un mensaje sobre sándwiches y mi padre, se ha mantenido en silencio, para mi decepción.

—El doctor VanBoer está organizando una partida de póker en la cocina —dice Mateo mientras mordisquea la carne seca de res. Mastica de forma ruidosa antes de volver a hablar—: Le he dicho que nos uniríamos a él en un rato.

Gruño y dirijo la mirada rápidamente hacia el pequeño ojo de buey. Hace tiempo que se ha puesto el sol, así que no veo nada, pero el balanceo incesante del barco me indica que, probablemente, las olas sean muy grandes. La última vez que tratamos de jugar al póker durante una tormenta, las fichas rodaban por la mesa de la cocina y rebotaban en el suelo.

—Venga, ¿qué otra cosa vas a hacer? —me persuade Mateo—. ¿Leer? ¡Lees demasiado, Keaton! ¡Ven a vivir la vida!

Oculto una sonrisa. Supongo que «vivir la vida» es jugar a las cartas con un grupo de frikis de las ciencias, incluido el capitán holandés cuyo mejor amigo es un delfín llamado Pippy. El doctor VanBoerk dirige un santuario de vida marina en Florida donde él y su equipo cuidan animales rescatados afectados por los vertidos de petróleo. Es un tipo increíble.

Al final, me levanto de la litera de abajo y me uno a Mateo y los demás en la cocina. Jugamos al póker mientras el *Esmeralda* sube y baja con las furiosas olas como si fuera un corcho en una botella de vino. Después, Mateo y yo volvemos a la litera. Él se queda dormido

casi de forma instantánea. Yo hago uso de la mierda de wifi que tenemos en el barco para enviar un mensaje.

BañadorDeLangostas: Otra noche de tormenta. ¡Te juro que estoy tomando pastillas contra el mareo como si fueran chucherías!

Para mi conmoción, Luke responde en segundos.

CanallaTres: ¿Te sigues mareando?

BañadorDeLangostas: Solo cuando el mar está agitado. Lo que aquí, al parecer, es siempre.

CanallaTres: ¿Qué haces despierto tan tarde?

Son más de las doce de la noche en Chile y poco más de las once en Connecticut.

BañadorDeLangostas: Jugar al póker con la tripulación. He perdido cincuenta pavos.

CanallaTres: Me lo creo. Eres pésimo jugando al póker.

Sonríó a la pantalla. Joder, lo he echado de menos. He echado de menos el flujo de conversación fácil que hay entre nosotros. Por eso me mata tener que desconectarme.

BañadorDeLangostas: Debería marcharme. Tengo que despertarme a las seis de la mañana. Solo quería darte las

buenas noches.

CanallaTres: ¿Tienes organizado un gran día?

BañadorDeLangostas: ¡Eso espero! Echamos el ancla hace cuatro días y todavía no hemos visto a la gran Willy. ¡Mañana será el día!

CanallaTres: Madre mía, qué friki eres. ¡Buena suerte!

Apago el teléfono y lo guardo en el cajón del escritorio, luego escondo el cuerpo bajo las finas sábanas y me quedo dormido con una sonrisa en la cara.

* * *

A la mañana siguiente, todos vuelven a estar en modo expedición. Según los informes, la especie de orca misteriosa que estamos buscando fue vista en estas coordenadas hace menos de una semana. Varios testigos describen haber advertido una pequeña manada de orcas. Una de ellas nadó cerca de los barcos pesqueros y dos pescadores informaron que la orca parecía más pequeña de lo normal y tenía una aleta dorsal puntiaguda y estrecha con la que normalmente no cuenta la típica orca.

No he dejado de llamar a nuestra escurridiza amiga, la gran Willy. Pero, una vez más, Willy y su grupo están decididas a mantenerse ocultas.

Aunque no puedo quejarme. Estoy de pie en la proa de un buque de investigación de cuarenta y siete metros de eslora, y el sol me brilla en la cara. Afuera sopla el viento, claro, pero hoy es más una brisa cálida que una ráfaga fría. A mi lado, Mateo está usando una navaja afilada para pelar trozos de un mango.

—¿Tienes ganas de volver a casa y ver a tu amigo? —pregunta antes de meterse un trozo de fruta en la boca.

Siempre se refiere a Luke como mi amigo. No creo que sea homóforo, ni tampoco parece incómodo con la idea de que saliera con un hombre antes de que embarcáramos en este viaje, así que siempre lo dejo pasar.

—No sé si lo veré —admito—. Es verano y por lo general me quedo en nuestra casa de Easthampton. Luke está en algún lugar de Hoboken.

—Entonces deberías ir a Hoboken a estar con él.

La brisa serpentea bajo el cabello castaño y largo de Mateo y le agita la melena que le llega hasta los hombros.

Resoplo.

—Mi padre me mataría si me pierdo la barbacoa anual de los Hayworth.

—Entonces ve después de eso. Quieres verlo, ¿no?

—Por supuesto.

Tanto que me duele el corazón. Pero desde que me marché, Luke no ha mencionado ni una vez que nos volvamos a ver.

—Entonces ve. —Mateo devora otro trozo de mango—. Toma la iniciativa.

Reflexiono sobre su consejo durante el resto de la mañana, pero no llego a ninguna conclusión. A decir verdad, no quiero tomar la iniciativa. Ya lo hice antes de marcharme. Traté de hablar con él, conectar con él, llegar a él... y me alejé.

Y desde que me marché, le he mandado mensajes todos los días. He dejado más que claro que pienso en él y que lo echo de menos; que quiero que seamos pareja, una pareja comprometida de verdad, cuando regrese.

Y él se mantiene distante.

Entonces, ¿por qué debería ser yo el que luche por nosotros? ¿Acaso tiene sentido luchar por alguien que no quiere amarte?

* * *

A la mañana siguiente, todo sigue igual. Nada de avistamientos de la gran Willy, así que el doctor VanBoerk organiza una inmersión para observar un banco de merluzas negras. Joder, es tan fascinante que sonrío de oreja a oreja mientras me pongo el equipo de buceo. No me creo que casi me obliguen a hacer unas prácticas de finanzas en la farmacéutica Hayworth Harper. ¡Y pensar que me habría perdido las merluzas negras!

Estoy tan entusiasmado que le envío un mensaje a Luke por Vicio en cuanto estoy de vuelta en la litera. Aunque estamos en plena jornada laboral, me responde rápidamente. De hecho, en los últimos días sus respuestas han sido rápidas. Es casi suficiente para hacerme ilusiones. Casi.

CanallaTres: Ahora mismo podría hacer un sinfín de chistes de frikis. Pero... solo voy a decir, ¿felicidades por atrapar a una merluza?

Estoy horrorizado mientras escribo:

BañadorDeLangostas: ¿Atrapar? ¿Estás loco, Bailey? Solo las hemos observado. Ningún pez ha resultado herido en la realización de esta expedición.

CanallaTres: JAJAJA. Es probable que no sea buena idea atrapar a una merluza negra. ¿Tienen dientes?

BañadorDeLangostas: Puntagudos.

CanallaTres: Madre mía. Sí, aléjate de esa pesadilla. Nunca jamás comeré merluza negra.

BañadorDeLangostas: Siento decírtelo, pero... Ya lo has hecho.

CanallaTres: ¡¿Qué?! ¿Cómo que ya la he comido?

Estoy temblando de la risa mientras escribo una respuesta. Joder, he extrañado mucho hablar con él.

BañadorDeLangostas: La merluza negra tiene un apodo. También se llama mero chileno, que es lo que creo que te pediste en el restaurante de Stonington, ¿no?

De inmediato me arrepiento de mencionar el fin de semana en el hotel. Fue entonces cuando arrestaron a Luke y todo lo nuestro se vino abajo. Mierda. Está claro que ahora se va a alejar.

Para mi sorpresa, eso no ocurre.

CanallaTres: ¿En serio? ¡Fue el mejor pescado que he comido en mi vida! ¿Por qué tiene dos nombres?

BañadorDeLangostas: Porque algún pescador de la época decidió que la merluza necesitaba un nombre que sonara más atractivo para el mercado del pescado estadounidense. Se le ocurrió mero chileno.

CanallaTres: Buena idea.

BañadorDeLangostas: Pero ya está bien de hablar de mí. ¿Qué tal el trabajo?

CanallaTres: Es increíble.

Espero que me dé más detalles, pero no lo hace. Reprimo un suspiro.

BañadorDeLangostas: Me alegro mucho.

CanallaTres: Hablando de trabajo, debería volver. Mantenme informado sobre la caza de la gran Willy.

Se despide y me siento animado y desanimado a partes iguales. Una vez más, ha dado un paso atrás. Pero me ha pedido que lo mantenga informado, así que... algo es algo, ¿no?

* * *

BañadorDeLangostas: ¡¡¡ADIVINA QUÉ HE VISTO HOY!!!

CanallaTres: ¿Lo digo? ¿Podría ser...?

BañadorDeLangostas: ¡A la gran Willy! Y no solo a ella. Había unas veinte en la manada. Madre mía, cariño, eran espectaculares. Ni siquiera puedo describir la experiencia. Ha sido... precioso. Ver a estas criaturas de cuya existencia nadie sabía nadar hasta el barco. Nos han rodeado durante horas, casi como si les causáramos tanta curiosidad como ellas a nosotros. Me he quedado sin aliento.

Espero que Luke responda con algo ingenioso. Tal vez bromee o, si se siente más provocador, se burle de la felicidad desmesurada que me causa ver unas orcas.

No hace ninguna de esas cosas.

CanallaTres: Te he echado de menos.

Se me corta la respiración. ¿Lo he leído mal? Parpadeo un par de veces, pero las cinco palabras escritas en la pantalla no cambian. Me ha echado de menos.

Tiemblo mientras me siento en la cama. Por mucho que quiera parlotear sin parar sobre las orcas, esto es más importante.

BañadorDeLangostas: Yo también te he echado de menos.

No responde.

BañadorDeLangostas: ¿Podemos vernos cuando regrese?

CanallaTres: Estamos en la misma fraternidad. Me verás todo el tiempo.

BañadorDeLangostas: No me refiero a eso, y lo sabes.

No responde.

BañadorDeLangostas: ¿Bailey?

No responde.

La frustración me cierra la garganta. Maldita sea. Con este hombre siempre es un paso adelante y dos hacia atrás.

BañadorDeLangostas: Sé que todavía estás ahí. Sé que estás leyendo esto y sé que volverás a huir si trato de insistir, así que esto es lo que va a pasar, Luke Bailey. Regreso a casa en dos semanas. Aterrizaré en el JFK y me dirigiré directamente a la casa de mis padres de Easthampton.

Respiro hondo y me pregunto si soy idiota. ¿Tiene algún sentido esto? ¿O estoy yendo detrás de alguien al que simplemente no le gusto? Quiero creer desesperadamente que Luke siente lo mismo, pero se niega a comunicarse conmigo, así que no puedo estar seguro de sus sentimientos. No puedo estar seguro de nada.

BañadorDeLangostas: La barbacoa anual de los Hayworth es al día siguiente, el 22 de julio. Considera esta tu invitación oficial.

Sigue sin responder, pero tampoco esperaba que lo hiciera. Casi puedo imaginarme a Luke en este momento: sentado en el escritorio del trabajo, o tal vez almorzando solo en algún sitio, con sus hermosos rasgos arrugados por la ansiedad, mordiéndose fuerte el labio inferior mientras contempla cada palabra que estoy escribiendo.

BañadorDeLangostas: Te echo de menos y quiero estar contigo. Quiero una relación contigo. Y ya no estoy interesado en escuchar excusas. A mi familia no le importa, la fraternidad lo superará. Tu vacilación no tiene nada que ver con ninguna de las excusas que me pusiste el mes pasado. Tiene que ver con tus miedos. El miedo que me tienes a mí, a confiar en alguien, a amar a alguien. Y te digo aquí y ahora que no debes tener miedo. Lo que tienes

que hacer es tomar una decisión. Decidir si merece la pena arriesgarte por nosotros.

Aunque me mata escribir el siguiente mensaje, es necesario decirlo:

BañadorDeLangostas: Voy a esperar hasta la medianoche. Si apareces, significa que estás listo para darle una oportunidad a nuestra relación. Si no, entonces... no tendré más remedio que seguir adelante. No puedo pasar el resto de mi vida esperándote.

Respiro con dificultad mientras termino mi épico discurso.

BañadorDeLangostas: Ven a Easthampton, Luke. Arriégate.

38. Nuestro superpoder

Keaton

Como ya he dicho, los Hayworth saben organizar una fiesta. Es nuestro superpoder. Hay un ahumador gigante en la playa, los camareros con sombreros de papel reparten sándwiches de costilla de res y muslos de pollo picantes y hay ponche de ron, cerveza y música para los doscientos invitados.

La barbacoa anual es mi fiesta favorita de los Hayworth. Bueno, era mi favorita. Este año la he arruinado. Llevo una hora aquí de pie mirando la playa como un idiota, preguntándome si cierta belleza de cabello oscuro se bajará del tranvía que ha alquilado mi padre para transportar a la gente desde la estación de tren hasta la fiesta.

Sin embargo, Luke no está aquí. Veo el tranvía alejarse de nuevo, vacío. Ya son más de las ocho.

—Keaton —me reprende Annika—. Para.

Me giro hacia ella con un suspiro.

—Lo siento.

—Cómete uno de estos. —Me pone un plato lleno de sándwiches en la cara—. Son de ensalada de pepino y cangrejo.

Tienen buena pinta. Me meto uno en la boca y mastico. Me alegro de estar de vuelta en tierra firme. Me alegro de estar en una playa límpida bajo el sol, rodeado de personas a las que les gusto y no tienen miedo de decirlo.

Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

—Ahora prueba esto. —Annika me ofrece su copa de ponche. Es más dulce de lo que me gustaría, pero me tomo un sorbo de todos modos—. Y ven por aquí —insiste mi exnovia mandona, mientras me agarra la muñeca con su mano delicada y con la manicura hecha—. Vamos a jugar al bádminton.

Me río porque Annika no es fan de los deportes.

—No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí. Estoy cansada de ver esa mirada deprimida en tu cara. Ten piedad de mí. —Aparta la comida y la bebida y me pasa una raqueta.

Me agacho por debajo de la red para tomar posición.

—Ah, no, de ninguna manera. Ponte aquí. —Señala el lado opuesto de la red, en el que no podré ver si pasa el tranvía. Sí, me conoce bien.

—Si te dejo jugar en ese lado, te distraerás. Recibirás un golpe en la frente con el volante y los chicos te llamarán Cíclope.

Me vuelvo a reír. No es tan difícil entender por qué pasaba tanto tiempo con Annika. Tal vez ella y yo ya no seamos sexualmente compatibles, pero es una amiga fantástica.

—Levanta la cabeza, Hayworth —dice mientras saca.

Le devuelvo el volante con suavidad, y pronto estamos manteniendo una buena volea. Juego cada devolución intentando no hacer que pierda, sino más bien mantener el volante en juego. Estoy seguro de que sabe que estoy teniendo clemencia con ella. Pero, de todos modos, trata de hacer un saque directo.

Y lo logra. Oigo el sonido del tranvía acercándose y fallo el siguiente tiro.

Annika se pone de rodillas en la arena, como Serena declarando una victoria en Wimbledon. Me muevo para darme la vuelta y me grita:

—¡No, Hayworth! ¡Quédate aquí! ¡No vayas hacia la luz! —Se levanta y echa un vistazo al tranvía. Sacude una sola vez la cabeza y destroza mis esperanzas.

Solo soy un chico, de pie en la playa con su bañador favorito de langostas puesto, esperando que el hombre adecuado me quiera.

—Sacas tú —dice Annika alegremente.

Regresamos al partido y dejo que eso me distraiga.

—¡Al próximo partido juego yo! —grita Henry, el hermano menor de Annika.

—Claro, colega.

Le devuelvo el volante a Annika. Qué gozada es sentir el sol en la cara. Es invierno en Chile, así que la temperatura estival supone un bálsamo para mi alma.

Cuando vuelvo a oír el tranvía, no me giro. Lanzo el volante sobre la red.

Annika emite un leve chillido de sorpresa y me lo devuelve con torpeza. Fallo el siguiente tiro porque ya me estoy dando la vuelta.

Un chico acaba de bajarse del tranvía. El cabello oscuro le brilla al sol. Lleva gafas de sol tipo espejo, un polo y unas bermudas caqui y observa a la multitud con cierta inseguridad.

—¡Luke! —grita Annika.

Él vuelve su hermoso rostro hacia nosotros.

Es entonces cuando Jim, un tipo del departamento de finanzas, se acerca a él, le da una palmada en la espalda y luego le estrecha la mano.

Veo que Luke me dirige la mirada y luego vuelve la vista a Jim. No puede ser grosero. Probablemente, le rinde cuentas a Jim en el trabajo. Se ve envuelto en una conversación con él.

—Qué mierda —dice Annika—. Podríamos rescatarlo.

—No, no pasa nada —contesto mientras le paso la raqueta a Henry—. Puedo esperar. No quiero montar una escena.

Luke tampoco lo necesita. Ahora está rodeado de chicos de la farmacéutica Hayworth Harper. Y, aunque estoy impaciente, es genial ver cuánta gente lo conoce. Alguien le pasa una cerveza. Bo, el director financiero, se acerca y le presenta a varias personas más.

Espero.

—Esto es tan romántico... —susurra Annika a mi lado—. Ya casi es libre. Aunque... ¡Maldita sea!

Ahora Marcy, la secretaria de Bo, secuestra a Luke. Está claro que está enamorada. Le da una palmadita en el brazo y le pellizca la mejilla. Cuando lo abraza, Luke me mira por encima del hombro. «Dios mío», me dice moviendo los labios.

Dejo escapar una carcajada y Annika se tapa la boca mientras se ríe también.

—¿Quién es ese chico? —pregunta el hermano de Annika, que hace girar la raqueta en las manos.

—Es mi... —Trago saliva— novio —digo con cuidado, con la esperanza de que sea cierto.

—¿En seeerio? —dice Henry, alargando la palabra, como si estuviera aturdido.

Al menos, eso espero. ¿Vendría a esta fiesta después del ultimátum que le di para rechazarme?

En cualquier caso, estoy a punto de averiguarlo. Se zafa de Marcy y comienza a cruzar la arena. Me pongo rígido mientras saluda a otra pareja de chicos, pero se las ingenia para no detenerse con ellos.

Dios, qué guapo. Estoy congelado en la arena, deslumbrado de nuevo por el contoneo de esos hombros cuadrados. No me muevo hasta que se aproxima, se quita las gafas de sol y veo su expresión de vulnerabilidad.

—Hola, BañadorDeLangostas —dice en voz baja—. Alguien me dijo que perderme esta fiesta sería un grave error.

—Es cierto —contesto con un nudo en la garganta—. Sería una lástima.

Ni siquiera sé quién se mueve primero. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, lo tengo entre mis brazos. Ocurre tan rápido que se le derrama la cerveza. La sostiene a un lado y se ríe mientras me envuelve la cintura con la mano libre.

Le rozo el cuello con los labios e inhalo.

—Dios, cuánto te echaba de menos.

—Y yo a ti —dice en voz baja—. Siento haber sido tan capullo.

—No ha sido para tanto —tartamudeo cuando se me vuelve a hacer un nudo en la garganta—. Más vale tarde que nunca.

Inhalo profundamente su aroma una vez más: huele a sol y a *aftershave* especiado. Luego doy un paso atrás.

Luke me mira con descaro de arriba abajo.

—Tienes razón. Esta playa es preciosa.

—¿A que sí? —se ríe Annika, lo que me recuerda que no estamos solos.

Aunque la palabra «solos» suena genial en este momento.

—¿Por qué no le haces un *tour* a Luke? —gorjea.

La chica es un genio.

—¿Damos una vuelta?

—Soy todo tuyo —dice. Y luego hace algo que nunca he visto a Luke Bailey hacer antes: se sonroja. Es adorable.

—Venga, idos. Tengo una partida de bádminton que ganar.

—Sí, seguro —dice su hermano con sarcasmo.

Me aclaro la garganta.

—¿Nos vamos?

39. Plataforma de bronceado

Luke

—Claro —digo con voz ronca.

Por supuesto, es una fiesta fantástica, pero ahora mismo me siento muy expuesto. No me resulta fácil mostrar lo que siento a la gente que me importa. Exponer emociones que nunca han visto la luz del día me hace sentir como si se me desprendiera la piel.

Además, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve a solas con Keaton.

—Entonces, por aquí —dice, señalando hacia el interior, donde intuyo que está la casa.

Lo sigo por el sendero de la playa y descubro que la fiesta es el doble de grande de lo que había supuesto. El sendero de la playa da paso a un césped bien cuidado y luego a una zona de piscina palaciega.

—¿Esas sillas están dentro de la piscina? —pregunto, tratando de entender el diseño.

Keaton se ríe entre dientes.

—Esa parte de la piscina solo tiene diez centímetros de profundidad. El agente inmobiliario la llamó «plataforma de bronceado», sea lo que sea eso. Cuando hace calor, es el lugar perfecto.

La verdad es que parece el paraíso. Hay invitados descalzos esparcidos por las seis *chaise longue* acolchadas situadas en el agua.

Están disfrutando de la vida con una copa en la mano.

Aunque esto está muy concurrido. Varios asistentes detienen a Keaton y le dan una palmada en la espalda.

—¡K3! —dice un hombre más mayor—. ¿Qué tal la universidad?

—Genial, señor Brown —dice, y se lo quita de encima con educación. Sigue caminando—. Te los presentaría a todos —dice escuetamente—. Pero te quiero solo para mí.

—Entendido —digo—. Tampoco me apetece charlar cuando puedo hacer un *tour* privado contigo.

Esto provoca que el chico *sexy* sin camiseta con el bañador de langostas me mire durante varios segundos.

Mi impaciencia, junto con la envergadura del banquete de los Hayworth, hacen que el recorrido hasta la casa parezca largo. Pasamos junto a la casa de la piscina, un pabellón cubierto con zona de bar, una carpa con *DJ* y cien personas más tomando bebidas tropicales.

—Antes teníamos una pequeña casa de playa, como la gente rica normal —dice Keaton mientras bordeamos la multitud—. Pero papá la cambió por esta cuando yo iba al instituto. —Pone los hermosos ojos en blanco—. Esta piscina de locos, la playa privada, la pista de tenis de tierra batida. —Señala hacia las pistas valladas—. ¿Juegas?

—¿Al tenis? ¿Tú qué crees, Hayworth?

Me ofrece una sonrisa traviesa.

—Me gusta cuando me sorprendes, eso es todo. Y el tenis te pegaría porque eres rápido con los pies.

—Oh, vaya —digo con mi habitual actitud tranquila. Pero el halago me golpea directamente en el pecho—. Tal vez puedas enseñarme.

—¿Sí? —Se ilumina—. Sería divertido. Solo digo que quien le enseña tenis a mamá también es digno de ver.

Me río a carcajadas.

—¿Hombre o mujer?

—Es un chico. Un chico con pantalones cortos blancos apretados.

—¿Tu madre sabe que piensas que está bueno?

Todavía sigo tratando de entender a la familia de Keaton.

—Por supuesto. Hemos tenido largas discusiones sobre su atractivo y cómo no nos gusta lanzar la pelota en la red cuando está observando. —Me lleva hasta la parte delantera de la casa.

Y, entonces, al fin llegamos a la casa, una estructura moderna de baja altura propia de cualquier portada de revista de arquitectura. Tiene una sala de estar que no sabría decir si es interior o exterior, ya que está abierta por completo por un lateral. Sin embargo, Keaton pasa por allí sin detenerse y me lleva a través de una puerta normal y corriente que da a la cocina.

Mantiene la puerta abierta y entro en una cocina enorme que está repleta de trabajadores de *catering*.

—Oh, por el amor de Dios —bufa Keaton, que me coge del codo y me guía a través de la locura—. Esto parece la estación de Nueva York.

Salimos de la cocina por el otro extremo y entramos a un lugar tranquilo. Es un gran pasillo con obras de arte en las paredes y una alfombra gruesa en el suelo.

Somos los únicos aquí. Por fin. Así que hago lo que hay que hacer: agarro a Keaton con las dos manos y lo apoyo contra los azulejos de piedra de la pared. Entonces, levanto una mano hacia su perfecta barbilla descuidada y lo beso. Un beso fuerte.

—¡Uf! —dice contra mis labios.

Le lleva unos tres segundos reponerse de la sorpresa. Y después me acerca más a él.

Como ya he dicho, no estoy acostumbrado a expresar mis sentimientos, pero en este instante no tengo elección. Keaton me abre la boca con la lengua y gimo cuando lo saboreo. ¿En qué estaba pensando? Necesito a este hombre. Y aunque ser parte de una pareja no es fácil para mí, tengo que intentarlo. Nadie me ha sacado de quicio como lo hace él. Nadie me ha necesitado nunca como él.

Ni una sola persona. Es aterrador.

Sin embargo, no me aparto todavía porque lo que quiero es más grande que mis miedos. Quiero que deslice su boca contra la mía y

quiero el gemido de placer que emite cuando le devuelvo el beso. Y quiero el suspiro de felicidad que suelto cuando me acerca más a él.

Sí, estoy muy pillado.

No me aparto hasta que los dos necesitamos aire. E, incluso entonces, inclino la frente contra la suya y lo miro a los ojos.

—Te he echado mucho de menos.

Seis palabras de nada. Muy difíciles de decir, pero vale la pena pronunciarlas solo por contemplar esa sonrisa instantánea.

—Yo también te he echado de menos —dice en voz baja.

Me enderezo de nuevo y miro a nuestro alrededor. Este sitio es como un museo. Hay obras de arte por todas partes.

—Así que esta es la mansión de playa de los Hayworth, ¿eh? Aquí es donde ocurre la magia.

—¿No es desagradable? —Keaton abre los brazos—. Debes de estar asqueado.

Me doy la vuelta y veo que hay otra gran sala de estar y más ventanas que se abren al mar. Incluso desde aquí puedes escuchar el leve rugido de las olas.

—No estoy asqueado en absoluto. Creo que es una casa increíble. Y, sinceramente, espero descubrir cómo tener una igual algún día.

—Tal vez podamos pagarla a medias —sugiere Keaton—. Oye, ¿has traído equipaje?

Miro hacia la alfombra, donde la bolsa del gimnasio se me ha caído en algún momento justo después de saborear el beso de Keaton.

—Sí, por si acaso tenía que quedarme en algún sitio. Aunque hay un tren de regreso a Nueva York a las once. Y otro justo antes de las dos de la madrugada.

Keaton se inclina hacia adelante y coge el macuto del suelo.

—Vamos —dice.

—¿A dónde vamos? —Lo sigo por el pasillo.

—A mi habitación, por supuesto.

Me dirige hacia una gran puerta de madera. La superficie está toscamente labrada, como si fuera madera de haya. Sin embargo, se abre con cuidado para revelar un dormitorio espectacular. Los ventanales están abiertos y la música del *DJ* entra flotando a través de las elegantes cortinas blancas. Además, hay una tabla de surf colgada encima de unos soportes en la pared.

También tiene una cama extragrande a la que trato de no mirar.

—¿Surfeas? —pregunto, pensando que suena divertido.

—Un poco. En los Hamptons no siempre hay buenas olas. Los chicos a los que de verdad les gusta surfear pasan mucho tiempo viajando por ahí en busca de acción.

—Como yo en las aplicaciones en los viejos tiempos —bromeo.

Keaton se da la vuelta con una expresión seria en el rostro.

—¿Y ya no?

—No —digo en voz baja—. Conocí a un chico fantástico y perdí el gusto por los encuentros esporádicos.

Entonces aparto la vista, porque el hombre es un animal de costumbres.

Puede que la habitación de Keaton sea elegante, pero tiene vida. Hay una pila de novelas de bolsillo en la cómoda junto a un frisbi color arena. (¡Lo sabía! ¡Es un labrador amarillo!) Y también... ¿Un sombrero de copa de seda negro?

—Quédate conmigo esta noche —dice—. Quiero que te quedes, de verdad.

—Sí, yo también quiero. —Me obligo a mirarlo directamente de nuevo y sé que él ve lo mucho que lo ansío—. Pero solo... —Cruzo la habitación y cojo el sombrero de copa—. Solo si me dices por qué tienes esto en tu habitación. ¿Atracaste a un anciano de ochenta años?

Se ríe.

—No, pero lo llevé en una boda.

—¿Hay pruebas fotográficas?

—Es probable. Además, el sombrero es *sexy* —insiste—. Cuando lo llevo, las chicas se sienten atraídas por mí como moscas a la miel.

—Sí, seguro. Déjame probar.

Le doy vueltas en la mano y luego me lo dejo caer sobre la cabeza. Entonces, muevo el cuerpo al ritmo de la música en forma de ola, solo para hacer reír a Keaton.

Aunque no lo logro.

—A las pruebas me remito. Estás *sexy* cuando haces eso.

—¿Sí? —Me quito el sombrero de la cabeza y lo deslizo a la derecha para volvérmelo a poner—. Si todavía bailara, intentaría hacer algo con él. Los accesorios son divertidos.

Me doy la vuelta, lo lanzo al aire y luego, de alguna manera, me coloco en el lugar preciso para que me caiga sobre la cabeza.

—Sigue —dice Keaton mientras se estira al pie de la cama para mirarme—. ¿Echas de menos bailar?

—No —contesto y luego lo pienso por un momento—. No mucho. No me gustaba tener que actuar cuando no tenía ganas. Pero tenía sus buenos momentos. Esa barra me mantenía en una forma física increíble. Y, a veces... —Me doy una palmada en el culo y me deslizo hacia la cama con un movimiento sensual—. A veces era divertido saber que tenía a todo el mundo pendiente de mí. Es increíble que toda una muchedumbre esté chillando por ti.

—Entonces, ¿cómo harías un nuevo número? —pregunta mientras se sienta—. Explícamelo.

—Eh... vale. —Sé que Keaton siempre ha querido verme bailar y yo nunca he cedido, así que esta es la noche. He venido hasta aquí para darle a este hombre lo que quiere—. Sinceramente, esta canción funciona bastante bien. Tiene un *riff* agradable y constante.

La canción es «Girls Like You» de Maroon 5. Balanceo las caderas y dejo que la voz de Adam Levine me llegue hasta el alma. Con un gesto rápido de muñeca, me quito el sombrero y lo sostengo entre las manos.

Keaton abre los ojos de par en par cuando me abro de piernas con agilidad.

—Sí, joder —dice, riéndose—. Sigue.

Me levanto de nuevo y muevo las caderas en círculos al ritmo de la música. Keaton me mira fijamente con ojos ardientes. Me encanta tener toda su atención. Sin perder el ritmo, me quito los zapatos y los aparto de una patada. Me pongo el sombrero y me abro paso por la habitación con un movimiento sensual de torso y hombros. Luego empiezo a desabrocharme uno a uno los botones de la camisa.

Cuando me recorro el pecho desnudo con las manos, Keaton se deja caer sobre la cama con un gemido.

—Estoy muerto —dice—. Tres meses sin ti y ahora esto. Es la peor de las torturas.

—Entonces está funcionando —digo, añadiendo un poco de juego de pies mientras él me observa con los ojos muy abiertos—. La provocación lo es todo en el *striptease*.

—Se te da muy bien provocar —se queja—. Ven aquí de una vez.

—Me encantaría, pero no puedo follarte en una fiesta en la casa de tus padres.

Cualquiera podría mirar por la ventana o entrar aquí en busca del baño.

Suspira.

—Supongo que no. ¿Quieres que nos demos un baño en el mar? Tal vez eso enfríe el fuego que llevo en los calzoncillos.

—Claro, BañadorDeLangostas. Llévame al mar.

Se sienta y me sonríe. Y esa sonrisa me pone tonto. ¿Cómo he podido tardar tanto en confiar en este hombre?

—Keaton.

—Dime.

—Te quiero. Lamento no haber descubierto antes cómo superar mis mierdas personales y simplemente ser tu chico.

Traga saliva.

—¿Ahora puedes serlo?

—Eso es lo que quiero. Si dejas que lo intente.

Se levanta de la cama.

—Ven aquí. —Me abraza—. Vamos a bañarnos ya. Si no, te devoro.

—Vale —le susurro al oído.

—Yo también te quiero. Sé que es más fácil expresarlo para mí que para ti. No te culpo por tus cicatrices.

—Gracias —murmuro. Le rodeo el amplio cuerpo con los brazos y suspiro—. ¿De verdad vamos a salir fuera y fingir que no estamos contando los minutos para poder quitarnos los bañadores?

—Tengo una idea —dice—. Sígueme.

Sale de la habitación y corro tras él por otro pasillo que no había visto antes. Coge dos toallas de playa a rayas de una pila y sigue caminando.

Salimos de la casa otra vez, pero no volvemos a la fiesta. Cruzamos el oscuro césped lateral y luego un camino pavimentado de piedras blancas.

—¿Todo esto es de tu propiedad? —pregunto.

—No. —Me lleva más lejos, hasta que veo otra casa y otra piscina—. Vamos a la casa de la vecina.

—¿Por qué? ¿Dónde está la vecina?

Señala con el pulgar hacia su casa.

—Disfrutando de la comida y la bebida gratis, cortesía de mis padres. La señora Pennyworth llegará a casa dentro de varias horas. El año pasado cerró la fiesta.

Efectivamente, la casa de la vecina está a oscuras. El cielo ahora es de un azul profundo tirando a negro. Las únicas luces que hay aquí son las de la piscina, debajo del agua.

Keaton arroja las toallas a una silla. ¿Y después? Se baja el bañador de langostas por las esbeltas caderas y se lo quita. Desnudo, camina hacia el borde de la piscina y se tira.

Los Hayworth sí que saben divertirse. No se equivocaba cuando lo dijo.

Rápidamente, me quito el traje mientras miro por encima del hombro con la esperanza de que nadie nos esté observando. No hay nadie. Lo sigo dentro del agua, que, para mi sorpresa, está a una buena temperatura.

Estamos en los Hamptons. Es climatizada, por supuesto.

—Guau —digo cuando salgo de nuevo en busca de aire—. Me gusta cómo piensas. —Nado hasta Keaton, que está sentado en lo que parece ser un banco bajo el agua—. Esta piscina está guay.

—Pero no tienen plataforma de bronceado —bromea Keaton.

—Tienes razón. ¡Vaya mierda! La reformaré cuando se la compre a la señora Pennyworth.

Pero Keaton no se ríe. Me rodea los hombros con un brazo y me da un beso en el cuello.

Dejo escapar un cálido suspiro. Cuando me recorre lentamente la piel con la boca, cierro los ojos y dejo que la sensación haga desaparecer cualquier pensamiento de mi mente. En solo unos segundos, se me eriza la piel y la polla se me pone dura. El agua cálida me acaricia el cuerpo y gimo.

—Sí —susurra—. Ven aquí.

Esta noche no me parece nada raro dejar que Keaton me dé órdenes. Me subo a su regazo voluntariamente y me pongo a horcajadas sobre sus anchos muslos.

—Me encantan los Hamptons —digo mientras me inclino hacia adelante y lo beso.

Él se ríe contra mis labios y yo me pierdo en el beso.

* * *

Dos horas después, estamos sentados en la cocina de Keaton. Los últimos trabajadores de la empresa de *catering* están recogiendo a nuestro alrededor y Keaton y yo compartimos una bandeja de comida. Una bandeja de verdad. Somos como vikingos en un banquete.

Si los vikingos comieran hamburguesas de pechuga de pollo y ensalada de cangrejo.

La primera de lo que prometen ser muchas más aventuras sexuales nos ha dejado famélicos, así que tengo las manos sucias y la boca llena de comida cuando una mujer bien vestida que se parece a Keaton entra en la cocina.

—¡Ahí estáis! —dice alegremente.

Mierda. Busco una servilleta y trato de masticar más rápido. Siento cómo me ruborizo. No es solo por el desastre de la comida, es por pensar en lo que su hijo y yo estábamos haciendo hace solo un ratito...

—Mamá —dice Keaton mientras sorbe la copa de ponche—. Este es Luke.

Ella se ríe de los dos.

—No os levantéis. ¿Diríais que esto se parece más a leones alimentándose o...?

—Hienas, tal vez —dice Keaton—. Los leones se turnan.

—Encantado de conocerla, señora Hayworth —me las ingenio para decir después de tragar.

—Lo mismo digo —contesta mientras me coloca una mano en el hombro y pasa por mi lado. Al parecer, todos los Hayworth son muy tocones—. ¡He oído hablar mucho de ti!

Puede que la cara se me quede roja para siempre. Y eso que yo nunca me sonrojo. También es verdad que nunca antes había conocido a la madre de un novio mío.

—¿Cuántos fines de semana de verano quedan? —pregunta mientras se da la vuelta para observarnos—. Ahora que Keaton está en casa, espero verte por aquí siempre que puedas.

—Ah, eh..., es muy generoso por su parte —balbuceo.

—Seis fines de semana —dice Keaton con alegría—. Me aseguraré de que Luke se lleve el horario del tren cuando se marche mañana.

—Muy bien. —Bosteza—. Este verano ha sido triste. No ha habido nadie en la piscina a menos que hubiera una fiesta. Qué desperdicio, ¿verdad? Voy a aumentar el pedido del supermercado. —Lanza una mirada irónica a la bandeja sucia—. Hay mezcla para hacer tortitas en la despensa, Keaton, y beicon en el congelador. Buenas noches, chicos. Necesito quitarme los zapatos.

Se aleja por el pasillo y me quedo preguntándome qué acaba de ocurrir. ¿No sabe lo nuestro? Nadie es así de agradable con el ligue

masculino de su hijo.

—Deberías verte la cara ahora mismo. —Keaton se mete una enorme cantidad de guacamole en la boca y me sonrío.

—Pero...

Ni siquiera sé por dónde empezar.

—A ella solo la hacen feliz cuatro cosas —dice, y empieza a contar con los dedos—. Mi padre, yo, gastar dinero en tiendas de ropa y darle de comer a la gente. Puntos extra si papá y yo no estamos discutiendo y si metemos los platos en el lavavajillas.

Miro la bandeja con la esperanza de que quepa en el lavavajillas. Lo lograré.

—Ahora ya sabes que tienes que coger ese tren todos los viernes y quedarte aquí.

—Eh... —Trago saliva—. Vale. Si tú estás seguro...

—Claro que estoy seguro. —Baja la voz—. Mis padres asisten a fiestas una o dos noches todos los fines de semana. En los Hamptons. Durante horas.

—¿De verdad?

Sonríe.

—Nos lo vamos a pasar genial.

Después de limpiar las consecuencias de nuestro festín y de que la bandeja esté a salvo en el lavavajillas, nos preparamos para irnos a la cama en el baño privado de Keaton. Sus padres tienen su propia ala de la casa, gracias a Dios.

—Estoy saliendo con el hijo de mi jefe —bromeo mientras me subo a la cama extragrande—. ¿Crees que afectará a mi carrera en la industria farmacéutica?

Keaton emite un sonido de irritación y me acerca a él.

—Estoy saliendo con el presidente de la fraternidad. ¿Crees que eso me dará más oportunidades en el sorteo de la habitación?

—Oye, no puedo tener favoritos.

—Ya lo sé, quisquilloso. —Se ríe—. De todos modos, hay algo que tengo que contarte sobre el sorteo de la habitación. Seremos uno menos.

—¿Qué? ¿Quién?

Se aclara la garganta.

—Ayer me escribió un mensaje Judd. Me preguntó por qué no lo había invitado a la barbacoa de la playa este año.

Me doy la vuelta y miro a Keaton. Está oscuro, pero veo el esbozo de una sonrisa.

—¿Qué le dijiste?

—Le contesté que era porque te había invitado a ti y no creía que él quisiera venir. Pero también le dije que podía demostrarme que me equivocaba; que después de la barbacoa podríamos ir todos a un bar gay.

Se me escapa una carcajada.

—No es verdad.

—Te lo juro. Ni siquiera sé dónde encontrar bares gay, pero no voy a permitir que me mangonee. Solo quería dejárselo claro.

—¿Y qué te dijo él?

—No me respondió. Y media hora después le envió un correo electrónico a Munsen.

—El nuevo secretario.

—Sí. Conmigo en copia. Pidió que lo saltáramos en el sorteo de las habitaciones porque iba a alquilar un apartamento fuera del campus. Añadió que ya no le gustaba el ambiente de la casa.

Suelto un sonido de irritación.

—Y se aseguró de que lo vieras, solo para ser un capullo y hacerte sentir mal.

—¡Sí!

—¿Funcionó? —pregunto.

Keaton niega con la cabeza lentamente.

—Menos mal. Y como él es el peor, me siento aliviado. No tengo que escuchar sus tonterías sarcásticas en otoño cuando regresemos juntos a la universidad y no nos molestemos en ocultar nuestra relación.

Espero que me llegue ese leve brote de pánico, pero no lo hace.

—Bueno, pues ya está. —Coloco la cabeza en la almohada. Desde la cama de Keaton se oye el sonido del mar. ¿Puede ser más guay?—. A pesar de todo, no te puedo dar trato de favor en el sorteo de la habitación.

Sonríó en la oscuridad de la habitación.

—No me hace falta. Estaba pensando en quedarme con tu antiguo cuarto.

—¿Por qué? —exclamo—. Nadie lo quiere.

—Bueno, si tú coges la mía, compartiríamos planta otra vez.

—Ah —digo despacio. Es una buena idea, excepto por una cosa—. Tú te quedas la más grande, no me importa. Ya sé dónde colocar mis cosas. Y de todas formas, dormiremos en tu habitación.

Keaton se mueve y me cubre con su cuerpo.

—Sabes que no me importa el tamaño de la habitación, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Este año va a ser genial, pase lo que pase.

—Sin duda alguna —susurro.

Mientras lo acerco de un tirón para darle un beso, otra ola rompe en la playa.

Epílogo

Keaton

—Es guapa... —dice Luke mientras se humedece el labio inferior y señala con la cabeza al otro lado de la sala abarrotada. Esta noche, Alfa Delta está hasta los topes, más de cien personas apiñadas mientras la música retumba por toda la casa de la fraternidad—. ¿Qué opinas?

El tono sensual de su voz hace que entorne los ojos. ¿Está insinuando lo que creo que está insinuando? Porque en el casi año que llevamos juntos, no ha dado ni una pista de que falte algo en la cama. De hecho, vi cómo borraba la *app* Kink de su móvil.

¿Y ahora me dice que quiere invitar a una chica cualquiera a nuestra cama? ¿Para esto ha intentado apartarme toda la noche?

Mi confusión desaparece al ver a la preciosa rubia hacia la que Luke sonríe. Es Annika.

—Oh, vete al carajo —murmuro, pero ambos reímos. Mi exnovia nos ve mirando y nos saluda entusiasta. Luego vuelve a centrarse en el tipo alto con polo con quien lleva flirteando toda la noche.

—¿Qué? —dice Luke con inocencia—. Tiene un culo increíble.

Pongo los ojos en blanco.

—Ni lo sueñes.

Se acerca a mi oído y me susurra. Un escalofrío caliente me recorre la espalda.

—No te preocupes, el único culo que voy a reventar esta noche es el tuyo, Hayworth.

Oh, joder, sí. La excitación me inunda la entrepierna, y mi polla se empieza a endurecer.

Bailey sabe perfectamente lo que su promesa pecaminosa le ha hecho a mi entrepierna, porque me guiña un ojo y dice:

—Tranquilo, chico. Primero tenemos que hablar.

—¿Sobre esta fiesta? —No veo qué hay que hablar.

—Bueno, claro. Tenemos que sonreír, asentir y fingir que el concurso de baile de Anthony no es lo más patético que he visto en mi vida.

Me cuesta no reír. Quiero decir, tiene razón. Anthony Triboli, uno de los candidatos a presidente de Alpha Delt, organizó una fiesta de lo más común. Sin decoración, sin temática, solo unos barriles y Doritos.

Pero supongo que no todas pueden ser playas en el patio trasero y *strippers*.

—Nadie superará nuestros concursos de baile —le susurro al oído. Luego le muerdo el lóbulo, solo porque está justo ahí.

No oigo su gemido por la música, pero lo siento temblar en su cuerpo musculoso. Me tienta deslizar la mano por su espalda y apretarle el trasero, pero me contengo. Uno pensaría que tras un año de relación habríamos superado la etapa de luna de miel, esa fase frenética de arrancarse la ropa. Pero no.

No es que me queje.

—¿Qué crees que tiene preparado Gregg para mañana por la noche? ¿*Beer pong*? ¿Un emocionante juego de dardos? —se burla Luke.

—Hmm, no, creo que tiene algo loco entre manos. —Lo señalo con el codo—. Mira su cara.

Ambos nos fijamos en Gregg Merkowitz, que está en la puerta de la cocina con una expresión arrogante mientras observa el trabajo de su competidor. Sí, Gregg cree que ya ha ganado. La verdad, me da igual quién gane. Ambos son tipos sólidos e inteligentes.

Cualquiera de los dos sería un buen presidente. Así que probablemente decida mi voto lanzando una moneda.

Luke vuelve a mirarme con un brillo contemplativo en los ojos.

—¿Crees que echaremos de menos este lugar el año que viene?

—Los dos nos graduamos en mayo y pronto nos mudaremos de Alfa Delta.

—Sinceramente, no lo echaré de menos —admito.

No me malinterpretes, echaré de menos a muchos chicos, pero ansío tener algo de privacidad. Luke y yo estamos planeando mudarnos juntos. Al menos, eso esperamos. Depende de en qué programa de posgrado termine. Y Luke trabajará para la empresa de mi padre.

—Yo tampoco lo echaré de menos —coincide—. Pero sí te echaré de menos en junio.

—Lo mismo digo. —Un par de semanas después de la graduación, me iré otra vez de expedición con orcas con el doctor VanBoerk—. ¿Querías hablar de eso? ¿De la gran Willy? —Ese fue el nombre que Luke le puso a la expedición, y se quedó. Incluso los correos del profesor llevan «EGW» en el asunto.

—No, ven aquí un segundo, ¿vale? Quiero enseñarte algo.

Me doy la vuelta para seguirlo, pero Owen nos detiene.

—¡Os pillé! —dice con una sonrisa, mirando el reloj en su móvil—. ¡Yo gano! ¡Todos me deben veinte pavos!

—¿Por qué? —Estoy muy confundido. La cerveza tiene que estar afectándome.

—Os escabullís a vuestro nidito de amor a las diez en punto. Tenemos una porra.

—No nos escabullimos —digo—. Bailey dice que quiere enseñarme algo.

—Sí, su polla —se carcajea Owen.

—¿Hay una porra? —pregunto, molesto—. ¿Quién apostó por la medianoche? En realidad, me encantaría subir ahora mismo. Pero ahora tengo algo que demostrar, maldita sea.

—Nadie apostó por la medianoche —dice Jako—. No somos tan tontos. Cuando el tercer piso está vibrando, mejor no molestar.

—Si volvéis a poner «Love Shack», os destruyo —gruño. Luke y yo recibimos muchas bromas. Solo me molesta porque están justificadas.

—Id con calma con estos chicos —dice Tanner, abrazándonos a los dos—. Si no fuera por ellos, no tendría un gran anuncio que hacer.

—¿Qué? —pregunto. No estoy al tanto de ningún cambio en su vida. Ya entró en la facultad de Derecho que quería. Se muda a California este verano.

—Cassidy viene conmigo en otoño. A Stanford —sonríe.

—¡No me jodas! —grito—. ¿Va en serio?

—Es la indicada —suspira feliz—. Mis padres no están contentos. Dicen que soy demasiado joven para mudarme al otro lado del país con alguien. Lo que en realidad quieren decir es que no quieren que me vaya a vivir con una *stripper*. Pero me da igual. Cassidy es la mejor.

—Por favor —replico—. Hasta que no le digas a tus padres que eres gay y te vas a dedicar al mundo académico, no sabes lo que es poner a prueba su amor.

Luke carraspea.

—Esta charla es divertida, chicos, pero realmente necesito enseñarle algo a Keaton.

—¡Sigue siendo tu polla! —dice Owen, riendo. Porque no se puede llevar a ningún sitio.

Luke ni se inmuta.

—Ya la ha visto. Anda, id a por más Doritos. Mi chico y yo tenemos que hablar.

—Hablad lo que queráis —dice Jako—. Yo aposté por las diez y media.

Luke me arrastra al vestíbulo, donde están los buzones.

—Por fin. Me muero. Toma. —Saca un sobre de mi buzón y me lo da.

—¿Es...? —me quedo boquiabierto al ver el remitente: Universidad de Columbia. Es mi primera opción. Si entro en su doctorado, podremos vivir en Manhattan este otoño. Siento el sobre en mis manos—. ¿Dirías que es grueso o delgado?

—¿Os estáis manoseando? —grita Owen desde el salón—. Si estáis besándoos, necesitamos saber si eso cierra la porra.

Lo ignoramos. Nos miramos.

—Ese sobre tiene cuerpo, cariño —dice Luke en voz baja—. Hay más de una hoja dentro. Nadie dice «vete a la mierda» en tres páginas. Ábrelo.

Pero no lo hago. Aún no.

—Siempre queda Rutgers si no me aceptan. No es Miami ni Los Ángeles...

—Ábrelo —insiste con una sonrisa—. Todo saldrá bien.

—¿Estás tratando de gafarme? —chillo.

Bailey agarra el sobre, lo muerde y lo agita como un perro. Es ridículo y adorable. Luke es más divertido ahora que está cómodo consigo mismo. Suelto una carcajada mientras deja caer el papel.

Por un momento, no lo cojo. Luego lo arranco, saco las páginas y las despliego.

Bienvenido al programa de posgrado en Artes y Ciencias...

—¡SÍ, CARIÑO! —grita Luke—. ¿Quién va a buscar piso en el Upper West Side esta primavera?

Y no sé quién se lanza primero. Pero un segundo después lo empujo contra los buzones, y su mano me agarra el trasero mientras nos besamos.

—¿Quién tenía las diez y cuarto? —grita alguien.

—Ignóralos —susurra Luke contra mis labios.

Y eso hago. Porque la persona que más importa está aquí, entre mis brazos.

FIN

Sobre las autoras

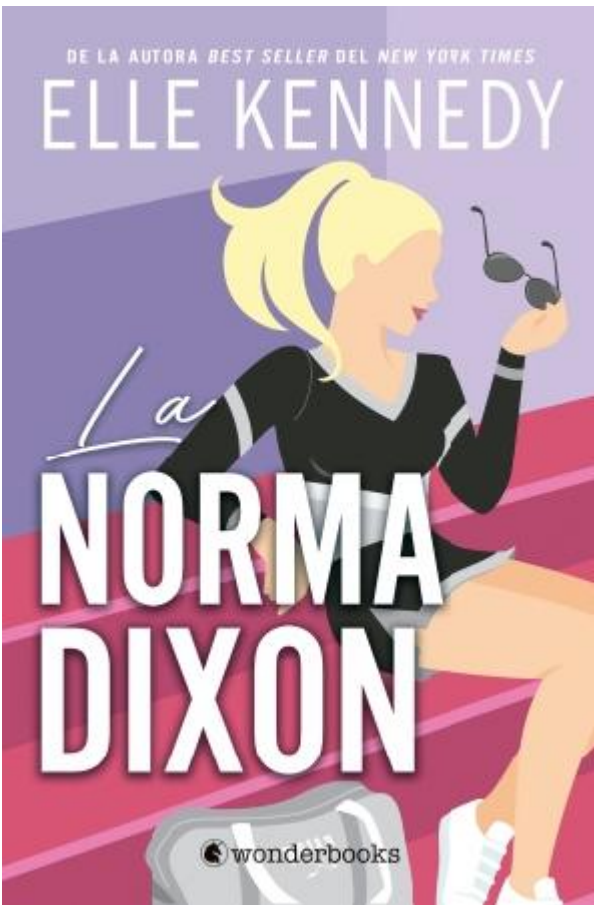


Elle Kennedy es una de las autoras más destacadas de la novela romántica. Tras graduarse en Letras Inglesas por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y

desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros. Es autora *best seller* del *The New York Times*, el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal*.



Sarina Bowen escribe romántica contemporánea llena de pasión desde las Montañas Verdes de Vermont, donde sus antepasados eran granjeros sin portátiles o lattes, algo que le parece inconcebible. A Sarina le gusta esquiar, patinar y la buena comida. Vive en Windsor County (Estados Unidos) con su familia, sus ocho gallinas y demasiado material de *hockey*. Es autora *best seller* del *USA Today* y del *Wall Street Journal*.



La norma Dixon

Kennedy, Elle
9788410425026
504

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Romper las normas nunca sentó tan bien

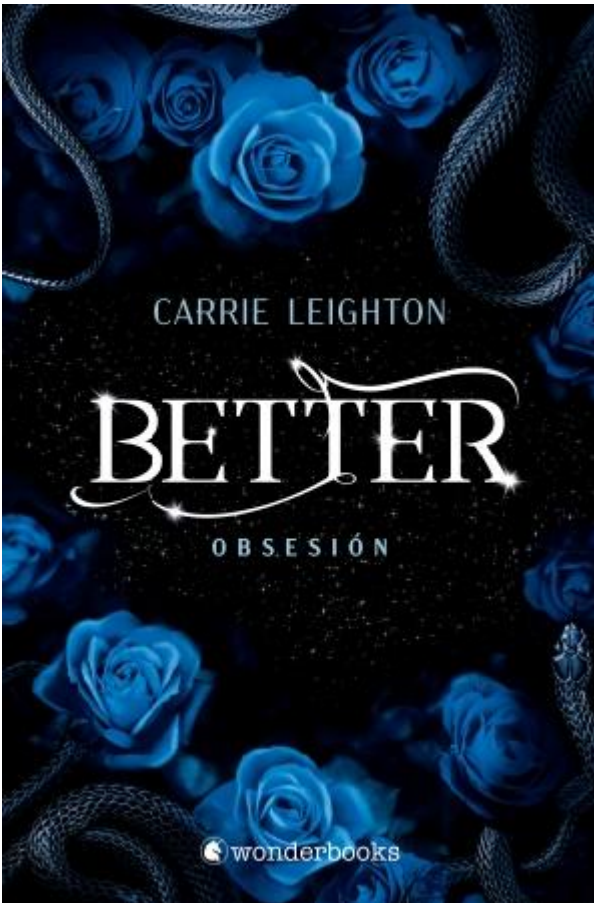
A Diana Dixon se le presenta un verano movidito: es una animadora que está ensayando para un concurso de bailes de salón, hace malabarismos con dos trabajos y lidia con un exnovio que no

entiende que ya no son pareja. Desde luego, no tiene tiempo que perder con Shane Lindley, su nuevo vecino, un jugador de *hockey* prepotente y con fama de rompecorazones. Para que la convivencia sea pacífica, habrá que instaurar algunas normas: nada de fiestas y, sobre todo, ningún contacto entre ellos.

Pero cuando Shane decide fingir que tiene novia para poner celosa a su ex, ¿quién mejor que su vecina descarada para interpretar el papel? Diana se muestra reticente, eso implicaría romper sus propias normas, pero al final accede. Aunque, claro, no esperaban la chispa que empieza a arder entre ellos... ¿Tendrán el valor de convertir su farsa en algo real?

No te pierdas la adictiva serie *Campus Diaries*, best seller del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Better 3. Obsesión

Leighton, Carrie
9788418509650
464

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

«¿Y si te dijera que prefiero un amor equivocado a un sueño perfecto?»

La historia de Thomas y Vanessa ha llegado a su fin. Las mentiras y las traiciones pesan demasiado, y no siempre es posible reparar lo que está roto. Cuando sus caminos se separan, Vanessa decide

marcharse de Corvallis, pero el viaje no es suficiente para recuperar la serenidad, ya que en su interior sigue albergando un gran resentimiento hacia el hombre que le rompió el corazón.

Mientras tanto, Thomas ha decidido enderezar su vida, y para ello está dispuesto a dejar atrás los excesos y enfrentarse de una vez por todas a los demonios que lo atormentan.

Cuando Vanessa y Thomas se reencuentran en la universidad, la rabia que ambos sienten hacia el otro se transforma en una guerra de enfrentamientos y provocaciones. Sin embargo, la atracción que los une no ha desaparecido, como un fuego que resiste bajo las cenizas y solo espera una chispa para volver a arder. Y no hace falta mucho para que ese fuego estalle, sobre todo cuando Logan se convierte en una presencia cada vez más constante junto a Vanessa.

Después de la tormenta, ¿siempre llega la calma? ¿Un gran amor puede salvarnos o no es suficiente? Thomas y Vanessa están a punto de descubrirlo.

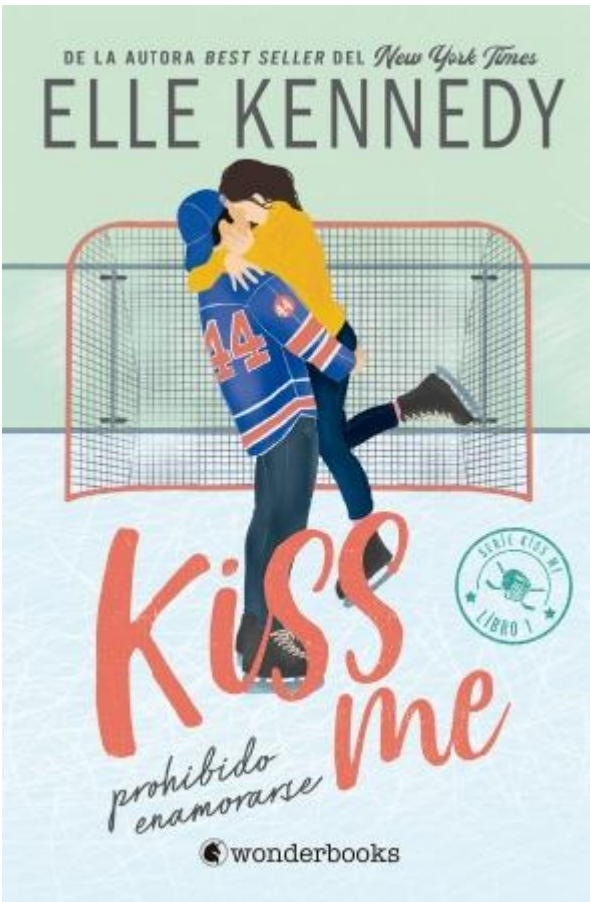
LA TRILOGÍA QUE HA CONQUISTADO LAS LISTAS DE VENTAS EN ITALIA

NO EXISTE VENENO SIN ANTÍDOTO.

NO EXISTE PRINCIPIO SIN FIN.

«Recuerda el daño que te hizo, Vanessa. Las palabras que te escupió. Recuerda las lágrimas que derramaste. Las noches en vela. Tú lo odias. Lo odias terriblemente. Y él ya no tiene ningún maldito poder sobre ti».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



Prohibido enamorarse

Kennedy, Elle
9788418509698
408

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Hacer un trato con un chico malo nunca sentó tan bien

Hannah Wells ha encontrado por fin un chico que le gusta, pero se siente insegura en la seducción y el sexo. Si quiere conseguir que el

chico que le interesa le preste atención, va a tener que salir de su zona de confort... Incluso si eso significa ser la tutora de Garrett Graham, el insoportable y arrogante capitán del equipo de hockey, a cambio de que finja salir con ella para así dejar de ser la chica invisible de la universidad.

Garrett, por su parte, sueña con ser jugador de *hockey* profesional, pero sus malas notas ponen en peligro su futuro. Ese es el único motivo por el que accede a ayudar a Hannah a poner celoso a otro. Pero cuando un beso inesperado conduce al sexo más salvaje de su vida, a Garrett le queda claro que no le basta con fingir. El problema ahora es que tiene que conseguir que Hannah se enamore de él.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



El efecto Graham

Kennedy, Elle
9788418509933
504

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Es la chica de oro, pero acaba de hacer un trato con el chico malo

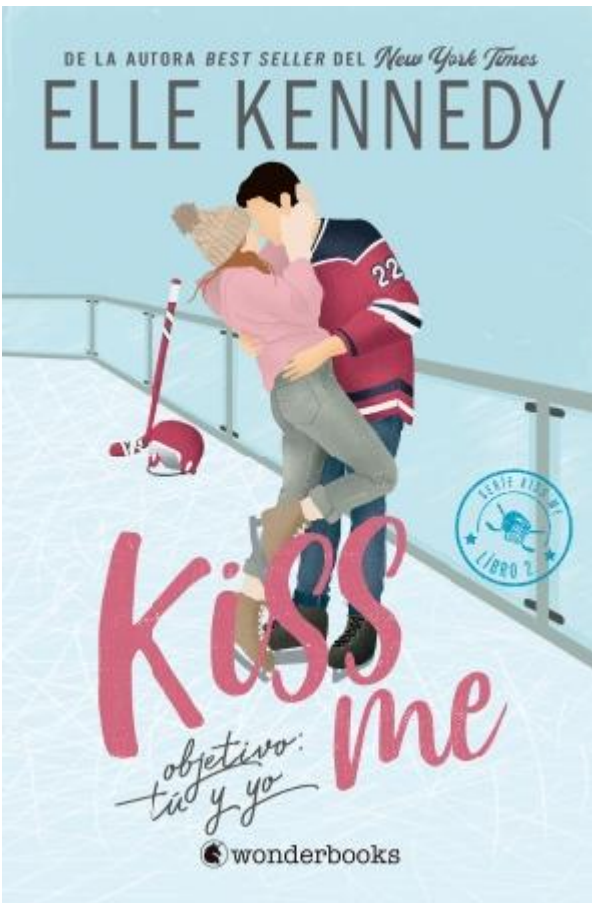
Gigi Graham tiene tres objetivos: entrar en el equipo nacional de *hockey* femenino, ganar el oro en las Olimpiadas y alejarse de la alargada sombra de su padre, Garrett Graham, uno de los mejores deportistas de todos los tiempos. Para ello, necesita ayuda, y el candidato perfecto es Luke Ryder, uno de los nuevos capitanes del equipo de *hockey* de la Universidad de Briar.

Luke es bastante antipático, testarudo e insoportablemente atractivo. Pero tal vez los dos puedan salir ganando: Gigi mejora su juego y, de paso, le habla bien de Luke a su padre, que está buscando un ayudante para un campamento de *hockey*, y claro, trabajar con Garrett Graham sería un sueño hecho realidad.

¿Qué podría arruinar este plan? La química que surge entre ellos. Es un juego peligroso, pero a veces vale la pena correr riesgos.

No te pierdas el primer libro de la adictiva serie *Campus Diaries*, best seller del *New York Times* de la autora superventas de *Kiss Me*

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Objetivo: tú y yo

Kennedy, Elle
9788418509711
360

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Un error inocente podría separarlos para siempre

John Logan es uno de los chicos más populares de la universidad. Es la estrella del equipo de *hockey* y puede conquistar a cualquier chica. Pero detrás de su sonrisa deslumbrante y de su actitud de chico seguro de sí mismo se esconde la tristeza por la vida que le

espera después de la universidad: un callejón sin salida que lo alejará del deporte para siempre.

Un encuentro inesperado y *sexy* con Grace Ivers, una estudiante de primero, es la distracción perfecta para no pensar en el futuro, pero cuando un error banal hace saltar por los aires la relación que estaban construyendo, Logan decide que pasará el último año de universidad haciendo cualquier cosa para que Grace le dé una segunda oportunidad. Esta vez, sin embargo, las reglas las dictará ella... y no piensa ponérselo fácil.

Best seller del *New York Times*, no te pierdas la serie adictiva que ya ha enganchado a miles de lectores

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)